



DG
COM

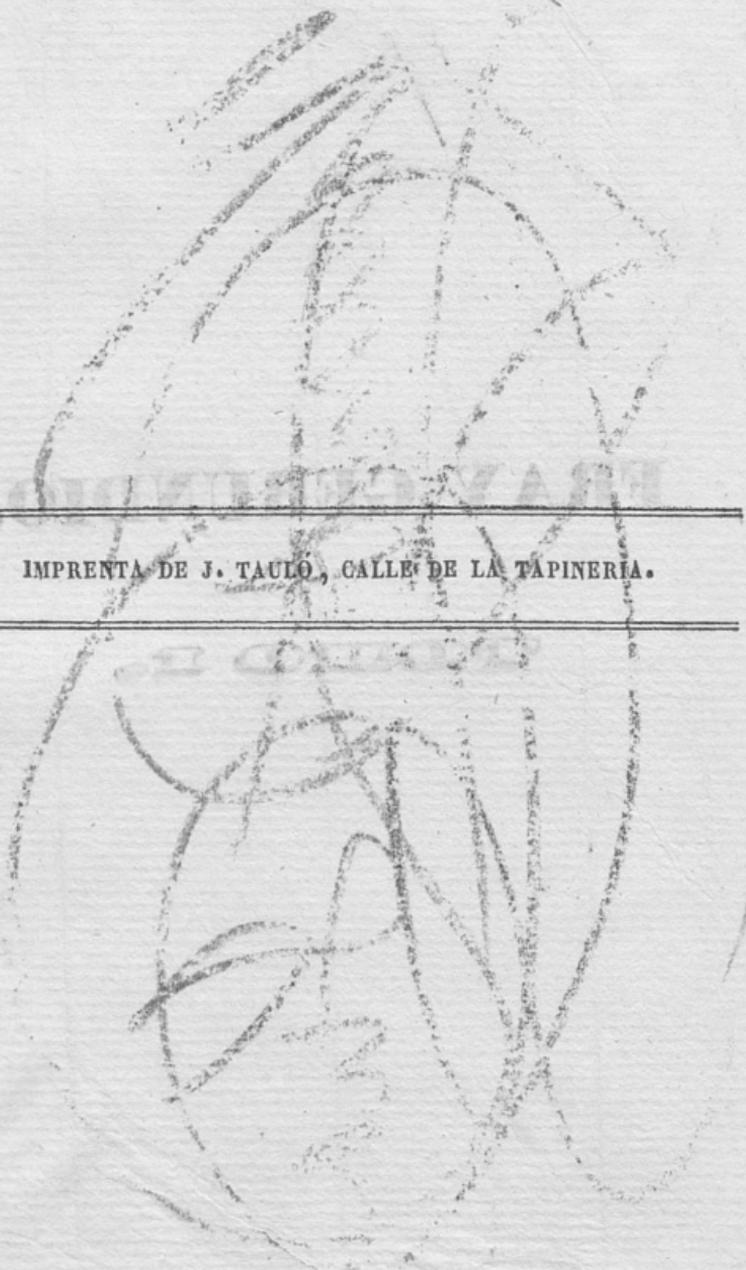
MUNDIO,

t. 1641558
C. 73447717

FRAY GERUNDIO.

IMPRESA EN LA CIUDAD DE MADRID EN EL AÑO DE 1817.

TOMO I.



IMPRESA DE J. TAULO, CALLE DE LA TAPINERIA.

James H. Jones



J. Puggari d.

P. Alsbörn g^o

A la salud de su trinidad, muy reverenda.

Tomo I.

HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO

DE CAMPAZAS, ALIAS ZOTES,

ESCRITA

(Isla, Padre)

POR EL LICENCIADO D. FRANCISCO LOBON DE ZALAZAR, PRESBITERO, BENEFICIADO DE PRESTE EN LAS VILLAS DE AGUILAR Y DE VILLAGARCIA DE CAMPOS, CURA EN LA PARROQUIAL DE SAN PEDRO DE ESTA, Y OPOSITOR A CATEDRAS EN LA UNIVERSIDAD DE VALLADOLID.

QUIEN LA DEDICA AL PUBLICO.

TOMO I.

Nueva edicion aumentada con laminas.



BARCELONA :

LIBRERIAS DE { JOSE TAULÓ, CALLE DE LA TAPINERIA.
MANUEL SAURI, CALLE ANCHA.
AÑO 1842.



AL PÚBLICO.

PODEROSÍSIMO SEÑOR;

Con efecto no le ha habido desde Adán acá mas poderoso que V. ni le habrá hasta el fin de todos los siglos. Quien trastornó toda la faz de la tierra de modo, que á vuelta de pocas generaciones, apenas la conoceria la madre que le parió? V. Quien fundó las monarquías y los imperios? V. Quien los arruinó despues, ó los trasladó á donde le dió la gana? V. Quien introdujo en el mundo la distincion de clases y gerarquias? V. Quien las conserva donde le parece, y las confunde donde se le antoja? V. Malo es que á V. se le ponga una cosa en la cabeza, que solamente el todo-poderoso la podrá embarazar.

Y si del poder de las manos hacemos tránsito al del juicio, del dictámen y de la razon, ¿donde le hay ni le ha habido mas despótico ni absoluto? Sabida cosa es, que despues del derecho divino y del natural, el derecho de V., que es el de las gentes, es el mas respetado y obedecido en todo el mundo: esto aun en caso de que el derecho de las gentes y el natural sean distintos; controversia en que no quiero embarazarme, porque para mi asunto importa un bledo. Lo cierto es, que una vez que V. mande, resuelva, decrete y determine alguna cosa, es preciso que todos le obedezcan; porque como V. es todos, y todos son V., es necesario, que todos hagan aquello que todos quieren hacer. No me señalará otro legislador mas respetado.

Parecióle á V. ser conveniente, que se llamasen sabios, los que sabian ciertas materias, que fuesen tenidos por ignorantes, los que las ignoraban aunque supiesen otras artes quizá mas útiles, ó á lo menos tanto para la vida humana. Pues salióse V. con ello. En todo el mundo el teólogo, el canonista, el legista, el filósofo, el médico, el matemático, el crítico, en una palabra, el hombre de letras es tenido por sabio; y el labrador, el carpintero, el albañil y el herrero son reputados por ignorantes. A los primeros se les habla con el sombrero en la mano y se les trata con respeto; á los segundos se les oye ó se les manda con la gorra calada, y se les trata de tú: ¿esto por qué! Porque así lo ha querido el PÚBLICO.

En consecuencia de esto, y acercándome ya á lo que mas me importa, V. solo (si por cierto), V. solo es el que dá ó el que quita el crédito á los escritos y á los escritores; V. solo el que los eleva ó los abate, segun lo tiene por conveniente; V. solo el que los introduce en el templo de la fama, los condena al calabozo de la ignominia; V. solo el que los eterniza en la memoria, ó hace, apenas ven la luz, que entregados á las llamas, se esparzan sus cenizas por el viento. Dígolo con osadía, pero con muchísima verdad; no tienen los escritores que buscar fuera de V. sombra que los refrigere, árbol adonde se arrimen, escudo que los defienda, proteccion que los asegure, ni patrono que los indemnice.

Permítame V. la flaqueza de que me cite á mi mismo. En el libro I, cap. 8, n.º 15 de esta mi historia, que lo es de lo pasado, de lo presente y de lo futuro, me burlo (y á mi parecer con razon) de los que dedican sus obras á personages de la mas soberana elevacion, pensando y aun diciéndolo ellos mismos en las dedicatorias, que de esta manera los ponen á cubierto contra los tiros de la crítica, de la malignidad ó de la envidia; pobres hombres! aun no los han desengañado tantas esperiencias! No ha habido en el mundo ni un solo personage, que haya sacado la espada para defender al autor, que la busca por Mecénas; ni lo que mas es, aunque la sacára pudiera defenderle. Demos que sea el mas poderoso monarca del mundo. Podrá colmar de honras al benemérito

autor. Podrá hacer que en sus dominios ni se escriba ni aun se hable contra él, y que se tribute un exterior respeto á sus obras; pero podrá embarazar, que la ignorancia, la mordacidad ó la crítica descontentadiza, no las muerda, y no las despedaze á sus solas? Podrá estorbar, que fuera de sus estados no broten contra ellas tantos Zoilos como verdolagas?

Desengañémonos: solo V. tiene este gran poder, porque solo V. en este particular (hablo de tejas abajo) puede todo cuanto quiere. Quiera el PÚBLICO, que nadie chiste contra una obra, ninguno chistará. Quiera el PÚBLICO, que todos la celebren interior y esteriormente, todos la celebrarán. Quiera el PÚBLICO, que se reimprima mil veces, mil veces se reimprimirá. Y este poder no es limitado á estos ó aquellos dominios; extiéndose por donde se extienden los dilatados ámbitos del mundo. En cualquiera parte donde hay hombres, hay público; porque el público son todos los hombres. Por lo menos, el PÚBLICO, á quien yo dedico mi obra, este es el PÚBLICO de España, de Francia, de Italia, de Alemania, el Tártaro, el Moscovita, el de la China y el de las Californias. Pues si yo tuviese la dicha de lograr, que todos los hombres la tomasen debajo de su proteccion; ¿á quien habia de temer? Hágome cargo de que esta fortuna es mas para pretendida, que para esperada.

Pero, señor, valga lo que valiere, yo á ella me acorjo; de V. me amparo; en solo V. solicito el patrocinio. Bien puede ser que la obrilla no le merezca; pero no lo desmerece la intencion. Soy con el mas profundo respeto,

PODEROSISIMO SEÑOR,

Vuestra mas mínima parte,

DON FRANCISCO LOBON DE SALAZAR.

PRÓLOGO

CON MORRION.

Porque (hablemos en puridad) eso de *Prólogo Galeato* es mucho latin para principio de una obra lega. Aunque el héroe de ella se supone, que fue predicador y de Misa, desengáñate, lector mio, que dijo tantas como sermones predicó. Yo le concebí, yo le parí, yo le ordené, yo le despaché el título de predicador; para todo lo cual tengo la misma autoridad y el mismo poder, que para hacerle obispo y papa. Y si no, dime con sinceridad cristiana: si Platon tuvo facultad para fabricar una república en los espacios imaginarios, Renato Descartes para figurarse un mundo como mejor le pareció, muchos filósofos modernos, alumbrados de Copérnico, y atizando la mecha mi amigo y señor Bernardo Fontenelle, para criar en su fantasia tantos millones de mundos, como millones hay de estrellas fijas, y todos habitados de hombres de carne y hueso, ni mas ni menos como nosotros, ¿qué razon habrá divina ni humana, para que mi imaginativa no se divierta en fabricarse un padrecito rechoncho, atusado y vivaracho, dándole los empleos que á ella se la antojare, y haciéndole predicar á mi placer, todo aquello que me pareciere? ¿por ventura la imaginacion de los susodichos señores míos, y de otros ciento que pudiera nombrar, tuvo algun privilegio que no tenga tambien la mia, aunque pobre y pecadora?

2. Segun eso, ¿me replicarás, no ha habido tal fray Gerundio en el mundo? Vamos despacio, y déjame tomar un polvo, que la preguntica tiene uñas. Ya le tomé, y voy á responderte. Mira hermano, *Fray Gerundio de Campa-*

zas, con este nombre y apellido, ni le hay, ni le ha habido, ni es verosimil que jamas le haya. Pero predicadores Gerundios, con *fray* y sin él, con *don* y sin *don*; con capilla y con bonete, en fin vestidos de largo, de todos colores, y de todas figuras, los ha habido, los hay, y los habrá como así, si Dios no lo remedia. Cuando dije *como así*, junté los dedos de las manos, segun se acostumbra. No digo yo, que en alguno de ellos se unan todas las sandeces de mi querido fray Gerundio, que aunque eso no es absolutamente imposible, tampoco es necesario; pero tanto como que todas ellas están esparramadas y repartidas por aquí y por allí, tocando á este mas y al otro menos, eso es una cosa tan clara, que la estamos palpando á vista de ojos. Pues, que hice yo? No mas que lo que hacen los artifices de novelas útiles, y de poemas épicos instructivos. Propónense un héroe, ó verdadero ó fingido, para hacerle un perfecto modelo, ó de las armas, ó de las letras, ó de la política, ó de las virtudes morales, que de las evangélicas hartos tenemos verdaderos, si los queremos imitar. Recogen de este, de aquel, del otro y del de mas allá, todo aquello que les parece conducente para la perfeccion de su idolillo, en aquella especie ó línea en que le quieren sacar redondeado. Aplicánselo á él con inventiva, con proporcion, y con gracia, fingiendo los lances, pasos y sucesos, que juzgan mas naturales para encadenar la historia con las hazañas, y las hazañas con la historia; y cádate aquí un poema épico, en verso ó en prosa, que no hay mas que pedir.

3. Parécete á tí, que hizo mas Homero con su Ulises, Virgilio con su Eneas, Xenofonte con su Ciro, Barclayo con su Argénis. Quevedo con su Tacaño, Cervantes con su Quijote, Salignac con su Telémaco? Y si todavía quieres, que luzca un poco mas lo erudito á bien poca costa; ¿juzgas que las *obras y dias* de Hesiodo el *Hero y Leandro* de Museo (ó quien fuere), el *Adónis* del Caballero Marino, la *Dragontea* de Lope de Vega y la *Numantina* de don Francisco Mosquera, fueron mas que unos poemas épicos, mas ó menos perfectos, mas ó menos ajustados á las leyes de la epopeya, que plúgo promulgar á sus epopeyarcas, y legisladores? Ea, no me tuerzas el hocico, ni me digas, que entre las obras que cito, hay

algunas en prosa, y consiguientemente no pueden pertenecer á la clase del poema épico. Cierta que tienes mala condicion. Sobre si el verso es ó no es esencial y necesario al poema épico, se dan sendos remoquetes los autores, y hay entre ellos una zambra y baraunda de mil dantres; tú aplicate al partido, que te pareciere mas fuerte, en la inteligencia, de que hasta ahora ningun papa ó concilio general lo ha definido, y así no te han de obligar á abjurar, ni aun *de levi*, porque sigas cualquiera de las dos opiniones.

4. Pero si todavía te mantienes reaz ó reacio (que no sé á fé como se debe decir) en que mi pobre fray Gerundio no merece sentarse en el banco elevado y aforrado en terciopelo carmesí, de los poemas épicos; ya porque está escrito en prosa lisa y llana, y harto ratera; ya porque mi héroe no es por ahí algun Lantgrave, que era lo menos que podia ser, para que se le hiciese lugar en la dieta épica, segun la decision del poeti-consulto Horacio:

Res gestæ regūque, ducūque, est tristia bella,

Quo scribi possent numero monstravit Homerus.

y ya finalmente, porque falta á mi obra el papel ó el personaje principal de todo poema épico, que es *el héroe*; puesto que el cuitado fray Gerundio no solo no era descendiente de los Dioses, pero ni aun del Cid Campeador, Lain Calvo ó Nuño Rasura, lo que por lo menos era menester para darle la investidura de héroe; amen de faltarle las otras calidades indispensables para entrar en la orden del heroismo; conviene á saber, magnanimidad, constancia, corpulencia, robustez y fuerza extraordinaria. Digo, que si por estas y por otras muchas razones te estás erre que erre en que esta no es composicion épica, ni calabaza; por mí que no lo sea, que no es negocio de romper lanzas por esta vagatela.

5. Estoy viendo, que aun te queda allá dentro cierto escrupulillo sobre esto del epicismo. Dirásme, como si lo oyera, que el principal fin de toda composicion épica es encender el ánimo á la imitacion de las virtudes heróicas, por el ejemplo del héroe, fingido ó verdadero, cuyos rasgos y hazañas se representan. Y mas, que si esto mismo me lo quieres decir en latin, para aturrullarme un poco, y para que yo sepa, que sabes tú donde te muerde el zapato épico, me espetarás en mis barbas toda la autoridad de Pa-

blo Beni (antes el *padre Pablo*), el cual dice así en su comentario sobre la poética de Aristóteles: *Certum est heroico poemati illud esse propositum, ut herois alicujus, est Ducis egregium aliquod factum celebret, in quo idea quædam etc. exemplum exprimat fortitudinis, ac militaris civilisque prudentiæ.* En cuya consecuencia dirás (y al parecer no te faltará razón), que tan lejos estoy yo de proponerte en mi obra un perfecto modelo de la heroica oratoria, cuyo ejemplo incita á la imitación, que antes bien te represento el dechado mas ridículo, que se puede imaginar, para mover á la fuga y á la abominación.

6. Parécete que me has cogido ya en la ratonera? pues óyeme esta erudicioncilla. Leila no sé donde, y no es negocio de perder ahora dos ó tres horas de tiempo en buscar el autor, para darte la cita. Haz cuenta, que lo dice Plutarco ú cualquiera otro autor de los tantos, con quien tengas mas devoción. Habia en Atenas un célebre músico (sin duda que debia ser maestro de capilla) de cuyo nombre tampoco me acuerdo. Llámale Pitágoras, si te pareciere, que es cuestion de nombre. Este, para enseñar la música á sus discípulos, segun sus modos diferentes, *Dorio, Lidio, Mixti-Lidio, Frigio, Subfrigio, Eolio*; qué hacia? Juntaba cuidadosamente las voces mas desentonadas, mas ásperas, mas carraspeñas, mas becerriles y mas descompasadas de toda la república. Hacíalas cantar en presencia de sus escolares, encargando mucho á estos, que observasen cuidadosamente el chirrion desapacible de las unas, el taladrante chillido de las otras, el insufrible desentono de estas, y los intolerables galopeos, brincos, corcobos y corbetas de las otras. Vuelto despues á sus discípulos, los decia con mucho cariño y apacibilidad: *hijos, en haciendo todo lo contrario de lo que hacen estos, cantaréis divinamente.*

7. Paréceme, que ya me has entendido lo que te quiero decir; pero si todavía no has caído en cuenta, no doy dos cuartos por tu entendimiento, y vamos á otra cosa, que no hemos de andar á mogicones, aunque digas, que esta obra á lo mas es una desdichada novela, y que dista tan solo del poema épico, como la tierra del cielo.

8. Un poco mas sério te pones para hacerme otra pregunta. Supuesto que hay tantos predicadores *Gerundios*,

por desgracia de nuestros tiempos, con *fray* y sin él, con *don* y sin *don*, de capilla y de bonete, como yo mismo confiese, qué motivo he tenido para pegar á mi Gerundio el *fray*, mas que el *padre* á secas, ó su *don*, sin otro turuleque? Es pregunta substancial, y pide sería satisfaccion: vóitela á dar, y óyeme con indiferencia; pero ántes de entrar en materia, escúchame este cuento. Fué cierto receptor á no sé qué pesquisa á Colmenar el Viejo, lugar de veinte vecinos: examinólos á todos y espetáronle una sarta de mentiras. Aturdido el receptor, dijo al alcalde santiguandose; *Jesus! Jesus! aqui se miente tanto como en Madrid*. Replicóle el alcalde: *perdóneme su mercé, que aunque en Colmenar se miente todo lo posible, pero en Madrid se miente mucho mas, porque hay mas que mientan*.

9. No me negarás, que es mucho mayor el número de los predicadores, que se honran con el nobilísimo, santísimo y venerabilísimo distintivo de *fray*, que el de los que se reconocen con el titulo de *padre*, ó con el epíteto de *don*. Para cada uno de estos, hay por lo menos veinte de aquellos: porque las familias mendicantes, no clericales, que todas le usan, y las monacales (que muchas le estilan, otras no) son sin corporacion mas numerosas, que todas las religiones de clérigos regulares, donde no se ha introducido. Los que en el clero secular ejercitan el ministerio de predicar, claro está, que en el número no pueden compararse con los que ejercen el mismo ministerio en el estado religioso. Pues ahora; aunque en todas las demas profesiones y estados, hay sin duda muchísimos Gerundios, que predicán mal, no hay ni puede haber tantos como en las otras: Por qué? porque en ellas son muchísimos mas los que predicán. De manera que toda la diferencia está en el número y no en la substancia. Siendo pues el fin único de esta obra desterrar del púlpito español los intolerables abusos que se han introducido en él, especialmente de un siglo á esta parte, parecia puesto en razon buscar el modelo donde son mas frecuentes los originales, precisa y únicamente, porque es mas copioso el número de los predicadores.

10. Si hubieran de leer este prólogo no mas que hombres discretos, bastaba lo dicho, para que sobre este ca-

título quedásemos todos en paz; pero como es naturalísimo, que le lean tambien otros muchos, que no le sean tanto, es menester decirlos esto mismo de otra manera mas de bulto.

11. Dime tú, bonísima criatura (ahora hablo por ahí con un labrador de pestorejo, hombre sano, y que sabe leer casi de corrida), haz cuenta, que para burlarme, y al mismo tiempo para corregir la desordenada pasion al tabaco de los segadores, la inclinacion al vino de los corítos, y la fantástica ventolera de los alojeros, se me antojase escribir la vida de un alojero ideal, de un coríto ente de razon, y de un segador imaginario, ¿no era naturalísimo, que á mi hombre le hiciese, si era segador, gallego; montañés, si era alojero, y si era coríto, asturiano? Se estaba cayendo de su peso. Por qué? Porque aunque es cierto, que hay corítos, alojeros, y segadores, de todos los pueblos y naciones; pero respecto de las tres que he dicho, los de todas las demas son un puñado de gente, y pedia esto la propiedad de la ficcion. Ea pues aplica el simil, y no me quiebres la cabeza.

12. Otra vez te vuelves á fruncir, y me replicas con sobrecejo. Pase el título de *fray*, pero el nombre de *Gerundio*; nombre ridículo, nombre bufon, nombre truanesco? Eso parece que es hacer burla del estado religioso, y con especialidad de aquellos religiosos institutos, que hacen tan honrada y tan gloriosa vanidad del epiteto de *fray*; porque no hay duda, que lo burlon y lo estrafalario del nombre se refunde en el estado.

13. Pecador de mí! Y cómo se conoce, que no sabes con quien tratas! Mira, si supiera yo, que habia en el mundo quien me excediese en la cordial, en la profunda, en la reverente veneracion, que profeso á todas las religiones que hay en la iglesia de Dios, sin distincion de institutos, de colores ni de vestido: si llegára á entender, que habia quien me hiciese ventajas en abominar, en detestar, en hacer el mas soberano desprecio de todos aquellos, sean de la clase que fueren, que toman con vilipendio el religiosísimo nombre de *fray*, en su indigna, en su nécia y en su presumida boca: si creyera que alguno pudiese dejarme atras en lastimarme, en compadecerme de aquellos pobres infelices religiosos (hay algunos, por nuestra desdicha, de todos institutos y profesiones) que recíprocamente

miran con menos amor, estimacion y aprecio á los de otras familias, ó porque no convengan en algunas opiniones, ó por otros motivos puramente humanos y mundanales, ajenos de aquel purísimo, nobilísimo y santísimo fin, á que todos debieran aspirar en sus operaciones, segun la peculiar y privativa profesion de cada uno: digo, que si me persuadiera, á que alguno me excedia en algo de esto, me tendria por hombre desgraciado, y á quien le habia tocado la triste suerte de nacer entre las heces de los cristianos, y aun de los racionales.

14. Te parece en Dios y en conciencia, que quien mamó con la leche estos dictámenes, quien debió á Dios la gracia de que se los arraigase mas y mas en el alma una cristiana y honrada educacion; quien se ha confirmado en las mismas máximas con alguna tal cual lectura de libros y con una mas que mediana experiencia de mundo; te parece, vuelvo á decir, que un hombre de este carácter pensaria en decir cosa, que ni de mil y quinientas leguas pudiese desdorar al sagrado estado religioso? No es verosímil.

15. Ea, vamos serenos. Con efecto, la misma ridiculez del hombre y su misma inverosimilitud, resguardan el respeto que se debe al estado, en lugar de ofenderle. Ella misma acredita, que ni ha habido ni verosímilmente puede haber tal hombre en tal estado, y no solo desvia el figurado agravio de la profesion, sino de las personas. Fingiéndose una, que ni ha existido ni puede existir, solo se da contra los defectos, sin lastimar á los individuos. Si alguno de ellos se hallare comprendido en los que se notan, le aconsejo que calle su pico y tenga paciencia; pues lo mismo hacemos los pobres pecadores, cuando desde el pulpito nos cardan la lana.

16. Y ya que te vas suavizando un poquitico, hablemos en confianza; hay por ventura en el mundo, ni aun en la iglesia de Dios, estado alguno tan santo, tan sério ni tan elevado, donde no se encuentren algunos individuos ridiculos, exóticos y extravagantes. ¿Las extravagancias y las exótiqueces de los individuos, son por ventura exótiqueces ni extravagancias del estado? Claro está que no. Y si algun satírico ó algun cómico quiere corregirlas, haciendo visible y como de vulto su ridiculez, ya en la sátira, ya en el teatro ¿no se vale siempre de algun nombre fingido,

y por lo comun estrafalario, para que ni aun la casualidad pueda hacer que recaiga la reprimenda sobre sujeto determinado? No tienes mas que preguntárselo á Horacio, á Juvenal, á Boileau, á Terencio, á Molière, y á muchos de nuestros cómicos.

17. Horacio en cabeza de Trigelio, hombre que no habia *in rerum natura*, corrige mil defectos muy frecuentes en los hombres de todos los estados, clases y condiciones. Juvenal se finge á no se que Póntico, para dar en él como en centeno verde, contra los nobles que hacen gran vanidad de su genealogía, y ninguna de imitar las virtudes y las hazañas de sus ilustres progenitores. Boileau en la supuesta persona del poeta Damon, se burla con gracia de mil monadas que se usan en las cortes, de los raros fenómenos que en ellas se ven, y de los artificios que se estilan. Pero si todavía se te antojare replicarme, que estos eran hombres reales y verdaderos, que comian y bebian, ni mas ni menos como comemos y bebemos los cristianos, ni por eso hemos de reñir; que yo en ciertos puntos de erudicion y crítica, que importan un comino, soy el hombre mas pacífico del mundo.

18. Pero dime, ha habido hasta ahora en él alguno, que se llamase *Tartufo*? Y con todo eso el bellaco de Molière, en la mas ruidosa de sus comedias, y no se yo tambien si en la mas útil, debajo de este ridículo nombre, da una carga cerrada á los hipócritas de todas profesiones que los pone tamañitos. Y cierto, que se le dará mucho de eso á san Francisco de Sales, ni á todos los que son verdaderamente virtuosos; has conocido alguno, que en la pila del bautismo le pusiesen el nombre de *Trisotin*? Pues á la sombra de él sacude valientemente el polvo el referido autor en la bella comedia de las *mugeres sabias*, á todos los preciados de *ingenios*, por cuatro equivoquillos de cajon, y media docena de dichicos sin sustancia, con que espolvorean las conversaciones, acechando la mas remota, y muchas veces la mas importuna ocasion para encajarlos; y qué cuidado le dará del tal *Trisotin* á don Francisco de Quevedo ni á los demas ingenios verdaderos; Sabes que se haya paseado por esas calles algun marques *Mascarrilla*, ó algun vizconde de *Jodelet*? Pues á Molière se le antojó despachar esos dos títulos perdonándoles las lanzas,

y las medias anatas, á dos bufones, lacayos de dos marqueses verdaderos, para hacer una sangrienta, pero bien merecida mofa de las *preciosas ridículas*. Y en verdad que no tengo noticia, de que por eso hayan perdido hasta ahora el sueño ni el marques de Astorga ni el vizconde de Zolina. Finalmente, no me diras en qué pila de Segovia está bautizado el *Gran Tacaño*? Y sin embargo no he oido quejarse á ninguno de los originales que representa esta copia, de que fuese denigrativa de su estado ó profesion. Quedemos pues de acuerdo en que fray Gerundio á ningun estado ofende; y si perjudicare á alguno, seguramente no será por la regla que profesa, sino por los disparates que dice. Corrijalos, y seremos grandísimos amigos.

19. Quieres acabar de persuadirte á esta verdad? Quieres confesar, aunque te pese, que en esta obra no se ha podido proceder con mayor miramiento ni con mayor circunspeccion, para guardar el decoro y el respeto que por todos títulos se debe á las sagradas familias? Pues haz no mas que las reflexiones siguientes. 1.^a Con grande estudio se escogió el epiteto mas genérico y mas universal entre ellas, para que á ninguna determinadamente se pudiese aplicar con razon el individuo ideal de nuestra historia. 2.^a El mismo cuidado se puso en evitar escrupulosamente quantas señas particulares podian convenir á unas mas que á otras, entre aquellas que se honran y se distinguen con el epiteto mas comun. Y aunque es cierto que en esta ó en aquella pintura ó descripcion hay tal cual rasgo, que no se puede adaptar á algunas, son realmente muy pocas, respecto de las muchas á que son adaptables los retratos indiférentemente. 3.^a Y principalísima: nota bien, que casi siempre que fray Gerundio ó cualquiera otro religioso desbarra en algun sermon, plática, máxima ó cosa tal, se le pone inmediatamente al lado otro sugeto del mismo paño, lana ó estameña, que le corrija, que le reprenda, que le enseñe. Obsérvalo en fray Blas con el padre ex-provincial, y en fray Gerundio con el maestro Prudencio, sin hablar ahora del provincial, que con tanta solidez deshizo los disparates del lego, cuando este habló con tan poca reflexion al niño Gerundio; esto qué quiere decir? Que si en el estado religioso se encuentra algun botarate, cosa que no es imposible, apenas se hallará tampoco, no digo religion, sino casa ó comunidad

tan reducida, donde no haya otros hombres verdaderamente sabios, doctos, ejemplares y prudentes, que lloren los desaciertos, y que clamen contra ellos. Digo, no es esto venerar las religiones y volver por su decoro?

20. Aun á los individuos particulares, cuyas obras públicas se desaprueban, se les guarda este respeto, siendo así, que los que dan á luz sus *producciones* (es terminillo de moda), ya las hacen *juris publici*, las sujetan al exámen y á la censura de todos, y cada pobrete puede decir con libertad lo que siente, dentro de los terminos de la religion, de la urbanidad y de la modestia. Como no se toque á la persona del autor en el pelo de la ropa, que esto no es licito, sino cuando se trata de defender la religion, por el parentesco que esta tiene con las costumbres; por lo que toca á la obra, cada uno puede repelarla, si hay motivo para ello, citándola con sus pelos y señales y llamando á juicio al padre que la engendró, con su nombre y apellido, dictados, campanillas y cascabeles. En medio de esta facultad, que tienen todos por táctica concesion de los autores, en nuestra historia se observa una circunspeccion exquisita, para que ninguno se dé justamente por ofendido. Censúranse en ella muchos sermones y no sermones de regulares y de no regulares, segun las ocasiones que salen al encuentro; pero ningun autor se nombra. Pónese el título del sermon, de la obra ó de lo que fuere: dicese á lo mas, ó se apunta la profesion genérica del autor: pero en llegando al instituto particular que profesa, y especialmente á su nombre, chiton, altisimo silencio. De manera, que solamente los que hubieren leido las obras, y tuvieren presente sus autores, podran saber sobre quien recae la conversacion; los demas se quedaran en ayunas, y á lo sumo sabrán; que *un tal* escribió otro *tal*, ó predicó otro *cual*, que no era para escribirse ni para predicarse. No cabe mayor precaucion.

21. Solo á uno se exceptúa de esta regla general. Este es el Barbadiño, á quien se le quita el sagrado disfraz, de que indignamente se vistió; se le arrancan las barbas postizas que se pegó, como vegete de entremes; y se le hace salir al público con su cara lampiña natural, ó á lo menos barbihecha, con su peluquin blanco y redondo, ú obalado por lo menos; con su cuelli-valona almidonada, y de azul á

la italiana; con su muceta de martas, terciada hácia la izquierda á lo arcediano majo; con su cruz caballeral bien hendida de hasta que no hay mas que pedir; con su roquete á puntas delicadas, que le podia traer un padre santo de Roma; con su bonetico cuadrado y mocho, arrimado al pecho, y sostenido con los dos dedos de la mano derecha, tan pulidamente; que no parece sino que el hombre toma bonete, como otros toman tabaco; con su librote de á marca empinado en la mesa, y asido con la mano izquierda por la parte superior, que en cualquiera honrado facistol podria parecer con decencia; y finalmente con su tinteron en figura de brocal de pozo, y en medio una pluma torcida, que remata en rabo de zorra por la mano zurda del penacho. Este es el retrato del señor pseudo-capuchino, que tengo en mi estudio para divertirme con él cuando me da la gana.

22. A este solo *signor abate* se le señala con el dedo, sacándole á lucir con todos sus dictados, bien que todavía se le perdona el nombre, y el apellido, aunque se sabe muy bien como es su gracia y la pila en que se bautizó. Para esta excepcion de nuestra regla general, hubo buenas y legítimas razones. ¿Por que se habia de perdonar á un hombre, que á ninguno perdona? por que se habia de tener algun respeto á quien no le tiene á los mismos santos padres, doctores y lumbreras de la iglesia? por que se habia de llevar la mano blanda con quien la lleva tan bronca y tan pesada con los maestros y príncipes de casi todas las facultades? quien habia de tener paciencia para halagar, acariciar y quitar el sombrero con mucha cortesía al que no sabe tratar con ella sino á las Ensiskmildes, á los Scheuchzeros, á los Braudrandos, á los Strauchios, á los Beve-regios, á los Krancios y á otros autores *ejusdem farinae*, pasándose con la gorra calada delante de los hombres de mayor veneracion, que todos respetamos? Al reverendísimo, eruditísimo, sabio y discreto maestro y señor Feijóo le trata como pudiera á un monaguillo. Y es la gracia, que en aquellos puntos en que convienen los dos, no se vale el Barbadiño de otras razones, que las que trae el maestro Feijóo, sin mas diferencia, que esforzarlas este con hermosura, con nervio, con eficacia y con modestia, y dejarlas caer aquel al desgaire, á lo fanfarron, desdeñoso y despreciativo.

23. Finalmente sería bueno, que yo me anduviese ahora en ceremonias ni en cortesanas con un hombre, que á todos los españoles nos trata de bárbaros y de ignorantes; pues hasta que él vino al mundo no sabiamos ni gramática ni lógica ni física ni teología ni jurisprudencia ni cánones ni medicina, y lo que es mas, no sabiamos ni aun leer y escribir, ni aun las mismas mugeres sabian hilar, hasta que por caridad tomó de su cargo instruirnos á todos este *enciclopédista*, como él se llama, ó este corrector universal de todo el genero humano, como le llamo yo. Perdóname, lector mio, que no te puedo servir en esto. Vinóseme á la pluma con ocasion oportuna ó importuna, que de eso no disputo ahora: presentóseme con viveza á la imaginacion el honor de la nacion española y portuguesa, á las cuales igualmente aja, pisa, atropella y aniquila: irritóme el entono, el orgullo y el desprecio con que trata á tanta jente honrada: fastidióme la intolerable satisfaccion y despotiquez con que trincha, corta, raja, pronuncia, sentencia, define y vomita oráculos *ex tripode*, y no pudiéndome contener, esgrimi la *maguera*, y allá van provisionalmente esos cuantos espaldarazos, reservándome el derecho de meterle la daga tinteral hasta la guarnicion, si alguna vez se me antoja tomar este asunto de propósito; porque créeme, el hombre necesita de cura radical.

24. Quizá, me dirás, que eso absolutamente no te parece mal, pero que desearias que hubiese venido mas á cuento; porque no parece sino que muy *expresamente* (úsase mucho este advervio en esta tierra) le fuí á sacar de alguno de los jardines de Roma, donde estaria el pobre divertido, oyendo alguna buena serenata, sola, y precisamente para cantarle otras árias, que no le sonasen tan bien; que si él se hubiese venido por su pie, adelante: pero que traerle yo arrastrando por los cabellos ó por las barbas, sobre ser mucha violencia, parece mala crianza. Amen de que no se hace verosimil, que una obra tan culta, tan exquisita y tan rara (pues aun anda á sombra de tejado) como *el método* del barbadiño, se hallase en la celda de un jóven tan simple, tan estrafalario y de tan mal gusto, como se pinta á fray Gerundio. Y aqui te espiritarás de critico, diciéndome, que toda inverosimilitud en este género de obras, es un pecadazo de á folio, y de aquellos que no se perdonan en este siglo ni en el futuro.

25. Ahora te me andas con esos melindres! Mira, yo soy hombre sincero, y aunque, sea contra mí, te he de confesar la verdad. Es cierto que desde que leí el tal dichoso *método* (el cual, y quede esto dicho de paso, tiene tanto de método como el *método de curar los sabañones*, que compuso el otro barbero ó cirujano latino, de que se hace mencion en esta obra. Ya va largo el parentesis, cerrémosle,) Es cierto, que desde qué leí el tal dichoso *método* tuve un hipo-metódico de zurrarle bien la badana, que no me podia remediar. Es igualmente cierto, que dentro de la misma historia de nuestro fray Gerundio, pude discurrir, buscar y disponer otro método mejor, y mas natural para zurrársela: pero dime; estoy yo por ventura obligado á seguir siempre; lo mejor parécete, que quien está rebentando por vomitar, tendrá flema para andar escogiendo rincones, y para buscar aquel donde se exonere con mas limpieza ó con menos incomodidad? Seria bueno, que por tu delicadeza reformase yo ahora quince ó veinte hojas de mi trabajadísimo ó trabajosísima Historia, solo por zurrar al señor barbi-castron mas metódicamente, mas en solfa y mas á compas? Anda, hombre, que no sabes lo mucho que esto cuesta á un pobre autor, y mas si es tan poltron como yo. Pero si no obstante te emberrinchas en que el baqueteo está fuera de su lugar, compongámonos, que yo no quiero penden-cias. Desde luego me comprometo en el juicio de aquel alcalde, á quien se fué á quejar una muger, de que su marido le habia vareado muy bien las costillas lo mas importunamente del mundo. *Declaro* (dijo el Juez) *que los palos fueron nulos, y se le apercibe al marido, que ptra vez los dé con motivo, tiempo y en sazon.*

26. A lo otro que decias, de que no es verisimil qun un hombre como fray Gerundio tuviese en su poder una obra como el método, y que la inverisimilitud es un crimen *lesæ proprietatis*, detestable, irremisible, imperdonable en este género de escritos, te digo, que me hubieras puesto tamanito con esa decision canónica; porque al fin, aunque pecador y miserable, soy timorato y un tantico escrupuloso, si no tuviera el testimonio de mi buena conciencia. En cuanto á lo primero, yo no se para aquí y para delante de Dios, que impedimento dirimente podia haber en el pobre fray Gerundio, para que no pudiese tener en su celda el método del

barbadiño ni más ni menos como podía tener las coplas de Calainos, el romance de los siete infantes de Lara, y la historia de los doce pares? Si porque es libro de contrabando, antes por lo mismo debia de parar en él mas que en otro, pues ya se sabe, que los contrabandos se guardan donde menos se sospecha. Si por ser culto y exquisito, ciertamente, que las cartas del metodista no son ni tan cultas como las del célebre monsieur de Peiresc, ni tan exquisitas como las del cardenal Antonio Perrenot, por otro nombre el cardenal Granvela, ni tan misteriosas y tan apetecidas como las de Antonio Perez; y con todo eso se yo, que muchas de las primeras pararon primero en las mochilas, y despues en los fusiles de algunos soldados salteadores, que juzgando ser otra cosa, se las hurtaron á un caballero de Leiden; gran porcion de las segundas fué redimida del cautiverio de las boticas y de las especerías; y el tomo de las terceras se rescató de una taberna de la Maragateria, donde servia de cobertera á un pichel. Sino sabes que es *pichel*, preguntá-selo á cualquiera maragato, que yo no quiero decirtelo porque no sepas tanto como yo. Así que no solamente es verdad que *donde menos se piensa salta la liebre*, sino que tambien salta el libro, donde menos se imagina.

27. Pero al fin, permitamoste de gracia, que tenga alguna pequeña inverisimilitud el lance, es posible, que has de ser tan inexorable conmigo, al mismo tiempo que callas y te muestras tan condescendiente con otros. Parecete mas verisimil, que Sigismundo en la comedia del *Alcazar del Secreto*, por el grande don Antonio de Solís, se arrojase al mar en las costas de Epiro, y llegase á las de Chipre, embarcado ó sostenido solo de su escudo, sino que este fuese de corcho y Sigismundo de papel? parécete mas verisimiles los oráculos, que á cada paso interrumpen á nuestros representantes, adivinando lo que ellos iban á decir, para que el suceso parezca misterioso? parécete mas verisimiles aquellas voces, que salen de la música tan á tiempo, que se adelantan á decir cantado aquello mismo que el cómico iba á pronunciar representado? parécete mas verisimiles aquellos versos, pensamientos y conceptos, en que prorumpen dos representantes, que á un mismo tiempo salen por diferentes puertas, y sin verse ni oirse, lo mismísimo que dice el uno, dice el otro, sin mas diferencia que la material de las

voces. En fin, si quieres una carga de estas inverisimilitudes, no tienes mas que acudir á la insigne *poética*, de don Ignacio de Luzán, y allí encontrarás tantas, que no podras con ellas.

28. Y no te parezca por Dios, que solos nuestros españoles son reos de lesa verisimilitud en sus composiciones cómicas y no cómicas. Ahí tienes entre los franceses á Moliere, á Racine, y todavía, como dicen, chorreando tinta á monsieur de Boisy en su celebrada comedia, *Les dehors trompeurs, ou l'homme du jour*; no tienes mas que leer esta, y casi todas las de los otros dos, y encontrarás á cada paso tantos lances inverisimiles, que te hagas cruces, pareciéndote, y con razon, que muchos de aquellos sucesos solamente pudieron acontecer por arte de encantamiento. Y porque no me digas, que el primero lo conoció así, pero que de propósito no lo quiso enmendar, burlándose con mucha sal de las escrupulosas reglas, á que se quiere estrechar la composicion cómica, y sentando por principio universal que la suprema y aun la única regla de todas era el arte de agradar al público, te presentaré, si me aprietas demasiado, al mismo mismísimo Cornelio, al soberano cornelio, reconocido generalmente de todos franceses y no franceses, por el grande reformador del teatro, y por el genio mas elevado de su siglo y de otros muchos, para pulir hasta la última perfeccion cualquiera pieza dramática. No obstante ya sabras (y sino sábelo ahora), que contra este corifeo de la tragedia llovieron tantos escritos de sus mismos nacionales, ya fuese por emulacion, ò ya por otro motivo, que le hubieran sofocado, si el mérito no fuese como el aceite, que al cabo nada sobre todo. Y aunque él se purgó plenamente de los otros defectillos, que le suponian ó le exageraban sus émulos y acusadores, en el capítulo de la inverisimilitud, que oponian á muchos pasos de sus tragedias, agachó un si es no es la cabeza, y solo recurrió á los ejemplares de Séneca, Terencio, Plauto y otros padres maestros del teatro antiguo, que alguna vez se descuidaron en esto; y con cuatro gotas de agua lustral exorcizada por algun sacerdote de Apolo, segun el rito poético, se juzgaban purificados de esta venialidad. Por tanto, lector mio (mira el cariño, y la cortesía con que te hablo), suplicote con el sombrero en la mano, que no quieras mostrarte tan severo conmigo sobre estas menudencias, melindres, y delicadezas.

29. Otra cosa será si tú te me pones un poco serio, ceñudo, y entonado sobre el asunto substancial de la obra. Confieso, que solo con imaginarte en esa figura de Minos y Radamanto, estoy ya tamañito; porque una cosa es que yo sea algo desembarazado de genio, y otra que no sea hombre pusilanime y meticulouso; qué sé yo si mirándome con semblante torbo, feroz y truculento, y jurandómelas por la Laguna Estigia, te dispones á reñir, á reprender, á detestar, á anatematizar mi atrevimiento, hablándome en esta ponderosa, y gravisonante substancia?

30. Bien está, mal clérigo, clérigo insensato, atrevido y nada considerado. Supongamos que el púlpito esté en España, y tambien en otras partes tan estragado y tan corrompido, como da á entender esta maldita obra, pernicioso, detestable, abominable. Supongamos que en nuestra nacion, y tambien en otras, haya muchos predicadores Gerundios, indignos de ejercitar tan sagrado ministerio. Demos caso, que esta corrupcion, esta epidemia, esta peste (llámala así si te pareciere) pidiese el mas pronto, el mas ejecutivo remedio. Dime, infeliz; podia ofrecerse asunto mas sério ni mas grave, para que le tratase una pluma docta, magestuosa, enérgica y vehemente? Habia materia mas digna de manejarse con la mayor gravedad, con el mayor nervio, con un torrente arrebatado de razones y de autoridades, y con otro torrente de lágrimas, no menos rápido y copioso en el celoso escritor? Y una materia como esta, era para tratarla como las tratas tú, sacerdote indigno; hay en el mundo licencia y autoridad para juntar las cosas mas serias con las mas burlescas, las mas graves con las mas bufonas, las mas importantes con las mas chocarrerías? No la hay, no la hay, te clama un gentil juicioso, para llenerte de confusion y de verguenza, si fueras capaz de tenerla. Es cosa ridícula, es cosa risible; y yo añado, que en la materia presente es cosa execrable, que casi casi se roza con sacrílega, juntar chuffetas y chocarrerías con atrocidades, serpientes con palomas, y tigres con corderos. Es vulgar el texto, mas no por eso es menos verdadero:

*Sed non ut placidis coëant immitia, non ut
Serpentes avibus gementur, tigribus agni.*

31. Roma ardiendo y Neron cantando! No pudo llegar á mas la fiereza de aquel monstruo, aborto de la naturaleza

humana. Tú le imitas, pues te pones á cantar, cuando arde Troya, y supones que se abrasa tu nacion; bello modo de atajar al fuego; echar mano de la flauta, y ponerse á tocar una gaita gallega!

32. Desde que se predicó en el mundo el evangelio, hubo predicadores, que abusaron de este oficio, y desde que hubo malos predicadores, hubo hombres zelosos que declamaron contra ellos; pero con que seriedad, con que peso, con que vehemencia! Este era un lugar muy oportuno para ir discurriendo de siglo en siglo hasta el nuestro por todos los padres, doctores y autores de la santa iglesia, que levantaron el grito, y manejaron la pluma contra los que en su tiempo corrompian la palabra de Dios y profanaban el evangelio. Habiendo sido este indisputablemente el verdadero origen de todos los errores, heregias y cisma, que han afligido en todas las edades á nuestra santísima madre, manchándola, ajándola, y despedazándola su túnica inconsutil, como espresamente lo dice y lo llora san Agustin en el 2.^o libro de la doctrina cristiana: *Corruptio verbi Verbi Dei, viscera Ecclesiæ disrumpit, et tunicam dilacerat*, discurre tú cuanto habrán declamado los padres, los doctores, y los concilios contra estos corruptores y profanadores de la sagrada escritura, en la misma cátedra de la verdad, trono especial del espíritu santo, que solo debe presidir, inspirar, encender, mover y hacer hablar en él. Facil cosa me seria ponerte á la vista un largo catálogo de las vehementes invectivas, que se han hecho contra esta profanísima profanidad en todos los siglos de la iglesia, comenzando por el apóstol san Pablo, y acabando en los autores mas famosos del siglo pasado, y del presente; ¿pero cuanto creceria este tu prologo? cuanto te detendria en esta conversacion? Ni tu con la pluma, ni tus simples lectores con su necia curiosidad llegariais en un año á tu perniciosa historia.

33. Conténtome pues solo con apuntártelo, y con preguntarte, ¿si tienes noticia de que alguno de los santos padres, doctores y escritores sagrados hayan seguido el diabólico rumbo que tu sigues, para corregir á los malos predicadores; si has encontrado con alguno, que se vistiese el boton gordo, con la caperuza y saco de bobo, y el látigo de vejigas en la mano que es el uniforme de los satiricos, para desterrar del mundo esta epidemia? Razones, textos,

decisiones, cánones conciliares, constituciones apostólicas, edictos de santísimos y zelosísimos prelados, censuras fulminadas, ayes lamentaciones, lágrimas, súplicas, exclamaciones, amenazas, eso sí: de esto hallarás mucho, muchísimo, infinito, y todo muy escogido en innumerables escritores, que ya de propósito, ya por incidencia tratan este gravísimo punto; pero chufletas, pero bufonadas, pero chocarrias ¿donde, donde las has visto empleadas en esta materia, párroco atrevido y mal aconsejado? Voy, voy á dar contigo en todos los tribunales de la tierra, para que te castiguen, para que te confundan, para que te aniquilen, y para que hagan en tí un ejemplar, que sirva de escarmiento á los siglos venideros.

34. *Mansuescat te Deus Pater, mansuescat te Deus Filius, et reliqua.* De muy mal humor te levantaste esta mañana, severísimo lector de mi alma, y no tengo yo la culpa de que hubieses pasado mala noche, por las indigestiones y crudezas de la cena. Yo cené poco, lo digeri presto, dormí bien, y estoy como una lechuga. Por tanto, óyeme serenamente si gustares, y sino tapa los ojos, que son las orejas por donde se oye á los autores.

35. Todo cuanto dices es así, y no hubieras perdido nada por habérmelo dicho con mayor templanza y con un poco mas de urbanidad, siquiera por esta coronaza, que me abre de cuando en cuando mi barbero, molde de vaciar Sanchos Panzas: si tú le vieras, oh, si tú le vieras! Basta decirte, que sus navajas no rapan tanto como sus dedos aforrados en piel de lija, y por yemas cabezas de cardo silvestre, aunque por otra parte no hay hombre mas bueno en todo Campos. Pero esta digresion no viene al caso, y sino sirve para cortarte la cólera, por lo demas es un grande despropósito. Volvamos pues á nuestro asunto. Digo pues, que tienes muchísima razon, que todos los que han tratado el asunto que yo trato, ó ya adredemente, ó ya porque le salió al camino, le trataron con la mayor gravedad, peso, circunspeccion, vehemencia y seriedad, solo un tal Erasmo de Rotterdam, cuyo nombre huele mejor á los humanistas que á los teólogos, en un libro latino, que intituló el *Elogio de la locura*, dijo mil gracias contra los malos predicadores de su tiempo; pero como su idea principal era hacer ridículas con esta ocasion á las sagradas religio-

nes, que entónces florecian, burlándose, ya de sus trages, ya de sus ceremonias, ya de sus usos, ya de sus costumbres, confundiendo inicua y perversamente el todo con la parte, el uso con el abuso, y la vida ejemplar de millares de individuos con la menos ajustada de un puñado de defectuosos; el tal *elogio de la locura* corrió poca fortuna. y solo la tuvo y aun la tiene el dia de hoy, con los que por interesados merecen ser comprendidos en el referido elogio. Fuera de este señor Desiderio Erasmo (que era su verdadero nombre y apellido), monaguillo, monge, ex-monge, clérigo secular, rector, consejero, todo y nada; fuera de este perillan y otro autor modernísimo, venerado y muy circunstanciado, todos los demas trataron el punto, que yo trato, con toda la gravedad, que Vm. pondera, y aun no la pondera mucho, señor lector, y circunspectísimo dueño mio.

36. Pero, y bien, ¿qué fruto sacaron todos esos gravísimos autores de sus truenos, relámpagos y rayos? ¿atemorizaron á los malos predicadores, obligáronlos á abandonar el campo, y á retirarse á sus celdas, aposentos, cuartos ó casas, á lo menos mientras pasaba la tempestad, para estar á cubierto de ella? corrigiéronse los insufribles desórdenes del púlpito de España, Portugal, Francia, Italia, Alemania y todo el mundo? Si eso fuera así, no hubieran llovido escritos contra esta lamentable corrupcion en estos dos últimos siglos. Ni Claudio Aquaviva y Juan Paulo, Oliva, generales ambos de la compañía, hubieran arrancado ayes tan profundos de lo mas íntimo de su corazon, lastimándose de ella, aquel en una gravísima instruccion, y este en una sentidísima y discretísima carta. Ni el elegante Nicolás Causino hubiera gastado tanto color intelectual, oratorio y crítico en su vastísima obra de la *elocuencia sagrada*. Ni don Cristóbal Soteri, abad de Santa Cruz en los estados de Venecia (sino estoy equivocado) hubiera dado á luz aquel librito de oro: *Rudimenta oratoris cristiani*, que á instancias suyas y para su particular instruccion escribió cierto religioso docto, grave y erúdito. Ni Antonio de Vieira en su famoso sermón de la sexagésima, sobre el evangelio de *excit qui seminat seminare semen suum* hubiera declamado con tanto ardor contra muchos predicadores, que en su tiempo infestaban las almas y los oidos. Ni el célebre señor arzobispo de Cambray, Francisco de Salignac de la Mote Fenelon se

hubiera fatigado en componer sus admirables *diálogos sobre la elocuencia en general, y sobre la elocuencia del púlpito en particular*, en los cuales no solo no perdona los que todo hombre de mediano entendimiento califica de disparates y despropósitos, sino que critiquiza sin piedad algunos sermones, que á primera vista parecerian á muchos, modelos de ingenio, de juicio y de elocuencia: ni el P. Blas Gisbert hubiera dado á luz su estimado libro: *elocuencia cristiana en la especulativa y en la práctica*, que corre con tanta aceptación en las naciones; y en el cual descarga mortales golpes sobre todas las especies de malos predicadores. Y nota para tu consuelo y para el nuestro, que todos los autores que he citado, á excepcion de uno, son extranjeros: todos declaman contra la corrupcion del púlpito en sus respectivos pueblos, no en los estraños. De donde inferirás, que ese pernicioso mal no es privativo de los españoles y de los portugueses, como quieren muchos, la mitad por ignorancia, y la otra mitad por emulacion.

37. Y despues de todos estos escritos enérgicos, convincentes, graves, serios y magestuosos, ¿que hemos sacado en limpio? Nada ó casi nada, los pseudo-predicadores *vont leur train*, como dicen nuestros vecinos, ó prosiguen su camino, como debemos decir nosotros; el mal cunde, la peste se dilata, y el estrago es cada dia mayor. Pues ahora dime, lector avinagrado (que ya me canso de tratarte con tanta urbanidad), si la esperiencia de todos los siglos ha acreditado, que no alcanzan estos remedios narcóticos, emolientes y dulcificantes, ¿no pide la razon y la caridad, que tentemos á ver como prueban los acres y los corrosivos? quienes introducir en la medicina intelectual, para curar las dolencias del espíritu (y tal dolencia como la que tenemos entre manos) aquel bárbaro aforismo, á quien con tanta razon trata de *aforismo exterminador* el mas famoso de nuestros modernos críticos: *Omnia secundúm rationem facienti, si non succedat secundúm rationem, non est transeundum ad aliud, suppetente quod ab initio probaveris?* El médico que cura fundado en razon, aunque el suceso no corresponda, y aunque le sea contraria la esperiencia, prosiga adelante, no mude de remedios, y si se le murieren los enfermos, que los entierren, *et Fidelium animæ per misericordiam Dei, requiescant in pace*: ¿paré-

cete justo, que en una materia de tanta importancia me acomode yo con tan bárbara doctrina? Vete á pasear; que no te puedo servir.

38. Antes quiero probar fortuna, y ver si soy en este asunto tan feliz como lo han sido muchos autores honrados en otros diferentes, persuadidos á la verdadera máxima de Horacio, de que

Ridiculum acri

Fortius plerumque, est melius magnas secare res.

Esto es, que muchas veces ó las mas, ha sido mas poderoso para corregir las costumbres el medio festivo y chufletero de hacerlas ridículas, que el entonado y grave de convencer las disonantes: echaron por este camino, y lograron su intento con felicidad, y por lo mismo dice un sábio académico de Paris; hizo Moliere mas fruto en Francia con sus *preciosas ridículas*, con su *tartufo*, con su *paisano caballero*, con su *escuela de los maridos y de las mugeres*, y con su *enfermo imaginario*, que cuantos libros se escribieron, y cuantas declamaciones se gritaron contra los vicios, ya morales, ya intelectuales, y ya políticos, que se satirizaban en estas graciosas comedias. Todas las tropas unidas de los mayores y de los mejores filósofos modernos contra los ingenios y específicos sueños de Renato Descartes, no le hicieron perder tanto terreno como el graciosísimo discretísimo, é ingeniosísimo *viage al mundo de Descartes*, escrito en francés por el P. Gabriel Daniel, y harto bien traducido en castellano; que nos cansamos? Hasta que Miguel de Cervantes salió con su incomparable *historia de don Quijote de la Mancha*, no se desterró de España el extravagante gusto á historias y aventuras romancescas, que embaucaban inutilísimamente á innumerables lectores, quitándoles el tiempo y el gusto para leer otros libros, que los instruyesen, por mas que las mejores plumas habian gritado contra esta rústica y grosera inclinacion, hasta enronquecerse; pues, ¿por que no podré esperar yo, que sea tan dichosa la *historia de fray Gerundio de Campazas*, como la fué la de don Quijote de la Mancha, y mas siendo la materia de orden tan superior, y los inconvenientes, que se pretenden desterrar, de tanto mayor bulto, gravedad y peso?

39. Y ves aquí, lector mio (ahora vuelvo á acariciarte

y á pasarte la mano por el cerro), que con esto queda servido el autor duende de cierto recientísimo papel, que anda por ahí de tapadillo, á título de que se imprimió *in partibus*, y es su gracia: *La sabiduria y la locura en el púlpito de las monjas*. Hacia el fin del prólogo (que casi es tan pesado como este) refiere el autor como de oídas, que *un obispo de Francia, viendo inutilizadas las prohibiciones de cincuenta ó sesenta predicadores, que deshonraban en el púlpito el ministerio de la palabra de Dios, creyó que debía probar si seria mas útil ridiculizarlos, que emplear la autoridad severa. Compuso, dicen, un sermon lleno de conceptos, del que nuestros predicadores del número se holgarian ser los autores. El texto que puso fué: Sicut unguentum quod descendit á capite in barbam, barbam Aaron. Luego que pareció este sermon, y al dia siguiente, no tenia el librero un ejemplar: Mas de cuarenta reimpressiones, que se han hecho de él, han tenido el mismo despacho. Pero lo mejor que tiene es, que ha desterrado del púlpito los conceptos; y si por descuido ó á algun orador se le desliza alguna, basta para que le digan, que ha predicado en el gusto de sicut unguentum.... Este medio me parece el mas eficaz y el mas pronto.*

40. Tiene vuestra reverendísima muchísima razon, reverendo padre mio. (Hablo con el autor de este papel, á quien conozco como á los dedos de las manos, y se muy bien, que tiene tanto de español, como yo de frances, por mas que quiera honrarnos con hacerse nuestro nacional, honor que le estimamos sin envidiarle demasiado.) Digo que vuestra reverendísima tiene en esto tanta razon, como en el religioso zelo con que tomó la pluma para corregirnos, no ménos en los dos disparatadísimos sermones de autores españoles, que coteja con otros dos, verdaderamente solidos y buenos, de un célebre autor francés, que en la primera parte de su prólogo; pues aunque esté tomada de lugares comunes, y se componga de reflexiones trivialísimas, al fin ellas son muy verdaderas, y nada pierdan por manoseadas.

41. Asi la tuviera vuestra reverendísima en la poquísima merced que nos hace á todos los españoles en general, y en lo mucho que ofende en particular al respetable gremio de los predicadores del rey, singularizando entre ellos

á los *predicadores del número*. Es un gusto ver como desde la pág. xxvi, comienza vuestra reverendísima á esgrimir tajo y rebeses contra todos nuestros predicadores, á diestro y á siniestro, en monton, indefinidamente, y caiga quien cayere. *Ha un siglo* (dice V. R.) *que nos faltan los predicadores. En vez de predicadores tenemos rábulas, charlatanes papagayos, delirantes, vocingleros*. Esto si que es ser hombre denodado, á cometer valerosamente al *todo*, y no andarse ahora en escaramuzas con partidas y destacamentos. La pequeña guerra es buena para generales raposas, tretillas y pusilánimes: los Alejandro de la pluma van á atacar al enemigo cara á cara, y donde está el grueso del ejército. No hay que cansarse: los Bárcias, los Gastejones, los Bermudez, los Gallos, y otra larguísima lista de vivos y sanos, que podia añadir, *son unos rábulas, unos charlatanes, unos papagayos, delirantes, y vocingleros*, y pueden aprender otro oficio, porque al fin *ha un siglo que nos faltan los predicadores*.

42. *No hay que admirarnos pues* (prosigue V. R. en la pág. xxvii y xxviii de su discreto, urbano y caritativo prólogo) *de que entre nosotros no haya predicadores, que hagan conversiones, porque no los hay que formen el proyecto de hacerlas, y aun ellos se admirarian, si vieran que alguno se convertia, porque nunca pensaron en intentarlo*. Acabáramos con ello, y viva vuestra reverendísima mil años, porque nos abre los ojos, que hasta aquí teniamos todos lastimosamente cerrados, ó por lo menos cubiertos de cataratas. Pensabamos nosotros, que dentro de nuestro siglo, y en nuestros mismos dias los infatigables Garceses, los austerísimos, y zelosísimos Hernándezes (dominicanos), los apostólicos Dutaris y Calatayudes (jesuitas), los ilustrísimos Gloris, y los señores Aldaos, Gonzáleces y Michelenes (del clero secular), habian hecho, y estaban haciendo muchas, y muy portentosas conversiones. Imaginábamos, que este era el *único proyecto que se formaban* en las continuas escursiones apostólicas, con que corren incansablemente unos por todo el reino de España, y otros por determinados reinos, y provincias de la monarquía. Creíamos, que los imitaban en lo mismo otros innumerables misioneros, no de tanto nombre, pero de no inferior zelo, y espíritu, que andan casi perpetua-

mente santificando, ya estos, ya aquellos pueblos de nuestra península. A lo menos teníamos el consuelo de pensar, que el número sin número de los predicadores evangélicos, que en tiempo de cuaresma declaran sangrienta guerra á la ignorancia y al vicio, yéndoles á atacar dentro de sus mismas trincheras, *ni formaban otro proyecto ni tenían otro intento*, que el de la conversion de las almas, y que *lejos de admirarse ellos mismos, si convirtiesen alguna*, se admirarian con mas razon sino convirtiesen muchas; pues aunque entre estos últimos, por nuestra desgracia, haya algunos, ó sean tambien muchos, que ó no se propongan este fin, ó no acierten con los medios, no se puede negar que los mas, ni tienen otro intento, ni se pueden valer de medios mas oportunos, atento el genio de la nacion y circunstancias del auditorio. Esto creíamos nosotros, pero gracias á vuestra reverendísima, que *nos quita la ilusion* (bella frase para el castellano que gasta vuestra reverendísima) ni los primeros, ni los segundos, ni los terceros han *formado ese proyecto, ni nunca pensaron en intentarlo, porque entre nosotros no hay predicadores que hagan conversiones ni piensan nunca en hacerlas*. Vamos claros, ¿en qué medallon del emperador Caracalla estaba distraido V. R. cuando estampó una proposicion tan escandalosa y tan injuriosa á toda nuestra nacion? Pero lo mas gracioso, y acaso sin ejemplo, es el ser mendigada, no solo la sentencia, sino es la frase y casi todo el prólogo del libro que escribió en el idioma del autor, intitulado: *verdadero método de predicar, segun el espíritu del evangelio*, el ilustrísimo señor Luis Abelly, obispo de Rodas; y por que se haga creíble tamaña galantería, doy la cata: «No debe «pues causar admiracion haya tan pocos predicadores que «conviertan, habiendo tan pocos que formen tan importan- «te designio; antes bien hay muchos, que justamente se ad- «mirarán y mucho (como dice un buen espíritu) si se les «mostrase alguno, que se hubiese convertido por sus ser- «mones, pues ellos nunca pensaron en tal cosa.» Hállase á la letra al cáp. 7, pág. 28, de la traduccion publicada en Madrid por el P. maestro Medrano, dominicano, año de 1724. No para aquí lo mas fino de la superchería, sino es que así por algunos pasages, que claramente hablan con los franceses en particular, como por ser el autor fran-

ces, se reconoce ser dirigida la obra, y la referida sentencia á ellos y á sus malos predicadores, y su reverendísima la devota con un candor que edifica, en invectiva contra los nuestros, y apología por los suyos; ¿cabe mas valentia, cabe plagio mas descarado ni mas ratero?

43. Pero ya parece que achica vuestra reverendísima la voz en la pág. xxxi, cuando tácitamente confiesa, que algunos de nuestros misioneros predicán con este intento; mas yerran miserablemente los medios, y aun mas lastimosamente se engañan en las señales por donde regulan el fruto de sus misiones. *Quedan despues muy pagados de su fervor (dice V. R.) porque gritó con ellos y como ellos el pueblo en sus actos de contricion; porque se asustó la vieja, malparió la embarazada, se desmayó de susto la doncella; porque comulgaron dos ó tres mil personas; pero advierten, que de estas no se convierten dos á nueva vida; porqué? Porque como no quedó ganado, sino atemorizado del grito el corazon, se arrojó al tribunal de la penitencia sin propósito meditado... y endureciéndose mas y mas en la culpa por falta de este propósito, se aleja y se desvia de la verdadera conversion, que es cuanto el diablo desea, pues de estas misiones saca un sin número de sacrilegios, y un renuevo de sus cadenas en los miserables pecadores, que se llevaron de los ahullidos sin penitencia interior del alma.*

44. Padre reverendísimo, no se yo que haya misionero de nombre en España ni predicador de juicio, que no esté bien persuadido á que ni los gritos del auditorio, ni el susto de la vieja, ni el aborto de la embarazada (no hacia falta este *verbi gracia*) ni el desmayo de la doncella, ni la comunión de tres mil personas, ni aun de treinta mil, como ya se ha visto mas de una vez, sean señales infalibles de una conversion verdadera. Saben muy bien que son señales equívocas; pero al fin son señales, si no de que se convierten todos, á lo menos de que les hace fuerza lo que oyen. La mocion no está muy distante de la conmocion, segun aquella sentencia del espíritu santo: *Ubi spiritus ibi commotio*. Y en verdad que á san Juan Crisóstomo no le parecian mal las demostraciones exteriores de su pueblo antioqueno, cuando lloraba si el santo lloraba, clamaba si clamaba el santo, y se derretia en ternura

si el santo se derretia. Apenas leerá vuestra reverendísima Homilia alguna de este elocuentísimo padre, donde no encuentre expresiones del consuelo, y de la santa complacencia, que esto le causaba. *En los sermones de san Vicente Ferrer* (dice el historiador de su vida) *todo el auditorio era lágrimas, gritos, alaridos, desmayos, accidentes.* Si por español le descarta vuestra reverendísima, oiga lo que dice el padre Croiset, que sabe vuestra reverendísima que no lo es, en la vida del mismo santo; que se lee el día 5 de abril en su célebre *año cristiano*.

45. *Predicaba con tanta fuerza y con tanto zelo, que llenaba de terror aun los corazones mas insensibles. Predicando en Tolosa* (note V. R. que no fué en Labajos, ni en algun otro pueblo de España) *sobre el juicio universal, todo el auditorio comenzó á estremecerse con una especie de temblor, semejante al que causa el frio á la entrada de una furiosa calentura. Muchas veces le obligaban á interrumpir el sermón los llantos y los alaridos de sus oyentes, viéndose el santo precisado á callar por largo rato, y á mezclar sus lágrimas con las del auditorio. En no pocas ocasiones, predicando ya en las plazas públicas, ya en campaña rasa, se veian quedar muchas personas inmóviles y pasmadas como si fueran estatuas.* Y ahora dígame vuestra reverendísima, ¿párecelle en puridad, que el santo le sonarian mal estas demostraciones exteriores, erupciones casi precisas de la conmocion interior del corazon?

46. O señor, que en las misiones *se comete un sin número de sacrilegios!* Pase, aunque sea á trágala perro, el *sin número*; ¿pero juzga vuestra reverendísima, que se cometen pocos en el tiempo de la confesion, y de la comunión pascual, á que es preciso se sugete todo católico, so pena de tablillas y algo mas? cree buenamente vuestra reverendísima, que dejarán de cometerse algunos en los jubileos mas célebres? ¿y será bueno que por eso no sepan cual es su alegría derecha aquellos zelosos párrocos, que tanto se regocijan en el señor, cuando ven que han cumplido con la Iglesia todos sus feligreses? ¿será bueno que vuestra reverendísima se ria del espiritual consuelo, que siente todo hombre de mediano zelo y amor á la religion, cuando ve un número sin número de confesiones; y de comuniones

en los jubileos plenísimos? ¿Será bien parecido, que vuestra reverendísima asiente con la mayor rotundidad, que eso es *cuanto el diablo desea*, que todos confiesen y comulguen, así en el precepto pascual, como en los grandes jubileos, *pues de esto saca un sin número de sacrilegios?* Mi padre, como se llama, otra vez váyase vuestra reverendísima con mas tiento en esas proposiciones tan universales y tan odiosas, pesando un poco mas las razones con que pretende probarlas, y créame, que por estar de prisa y de pura lástima, no me detengo en acribar otras clausulillas de tan donoso parrafito, en que se asoman unos granzones de mala calidad.

47. Pero, ¿como quiere vuestra reverendísima, que en Dios y en conciencia le disimule todo este monton de proposiciones injuriosísimas, por ser tan universales, que se siguen? Pág. xxviii. *Tambien una vieja que chochea, habla; habla un delirante, y un papagayo habla; y son predicadores estos? sí, COMO NUESTROS PREDICADORES... que no son mas que unos habladores y nada mas.* Pág. xxxii. *Pues digo á NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS, que no saben, que no pueden predicar de san Josef, de san Benito, de san Bernardo, etc. sin decir heregias.* Página xxxiv. *¿Puede darse libertad ni mas osada ni mas comun, que la de NUESTROS PREDICADORES, que ponen los santos, que panegirizan, siempre superiores á todos los del antiguo y nuevo testamento?* Pág. xliii. *NUESTROS PREDICADORES juntan, como en otro tiempo Pablo en las plazas de Atenas, un auditorio ocioso, que no se propone otro fin, que el de oír algo de nuevo.* Pág. liii. *En una librería de Holanda habia un gran número de volúmenes españoles: eran unos sermones impresos de NUESTROS grandes PREDICADORES, cuidadosamente recogidos y respaldado cada tomo con una inscripcion, que con letras doradas decia: DIÁLECTICA ELOCUCENCIA DE LOS SALVAGES DE EUROPA.*

48. Basta, que ya no hay paciencia para mas, con que NUESTROS PREDICADORES son unos delirantes, unos papagayos, unos habladores, y nada mas; con que NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS no saben predicar de los santos sin decir heregias, con que NUESTROS PREDICADORES son unos charlatanes, que convocan un auditorio ocioso, *como en otro*

tiempo Pablo en las plazas de Atenas! (pobre apóstol! y que bien te ponen!) Con que NUESTROS grandes PREDICADORES son los salvages de Europa; y para que compremos el papelejo donde esto se estampó á hurtadillas, nos despachan por el correo á todas partes papeletas impresas, en que se especifica el lugar de la impresion, y las librerías extrangeras donde nos regalarán por nuestro dinero con estas donosuras? ¿Y hay españoles, que se han dado prisa á comprar estas dulcissimas lisonjas! y el autor de ellas, que tanto nos honra, quizá estará comiendo sueldo de España, como el gran Bruzen de la Martiniere, que en su diccionario geográfico habló de nosotros con tal descuido, ignorancia y poca estimacion, que parece se lo pagaron nuestros enemigos.

49. Iba á exaltárseme el atrabilis; pero la eché una losa encima, porque estos negocios mejor se tratan con flema. Hora bien, reverendísimo mio, no se puede negar, que entre NUESTROS PREDICADORES hay algunos, hay muchos, que son todo lo que vuestra reverendísima dice, y algo mas si pudiera ser, ¿pero lo son *todos* NUESTROS PREDICADORES? que eso quiere decir una proposicion tan indefnida? ¿y lo son *solamente* NUESTROS PREDICADORES? Eso da á entender vuestra reverendísima, cuando en la Pág. XL. nos propone el ejemplo de *nuestros vecinos* (los predicadores franceses), *que como fieles canes ladran contra los lobos, los apartan así de sus hatos, hacen constantemente la guerra mas viva al vicio, etc.* Y despues comienza vuestra reverendísima á decir por contraposicion lo que pasa. *Aquí en nuestra España... LOS PREDICADORES, mudos contra el vicio, le dejan que se arraigue, que se extienda, que se multiplique.*

50. Valgáme Dios; y que flaco de memoria debe de ser vuestra reverendísima; pues no nos acaba de contar aquel cuentecito (y con una gracia que encanta) de aquel señor obispo de Francia que quitó la licencia de predicar á *cinuenta ó sesenta predicadores*; y viendo que esto no alcanzaba, estampó aquel sermon burlesco, que se reimprimió mas de cuarenta veces, sobre el texto *sicut unguentum*, que al leer la sal con que vuestra reverendísima le refiere, se nos derrite la risa por las barbas; y esos cincuenta ó sesenta predicadores *nuestros vecinos* (dentro de una misma dió-

cesis, como es preciso suponerlo, para que estuviesen sujetos á la jurisdiccion del tal señor obispo) serian *unos canes fieles, que ladraban contra los lobos, y lo apartaban de sus hatos*; ¿y no podrian contarse tambien entre los *salvajes de Europa*? Pues ahora regule vuestra reverendísima no mas que á razon de cincuenta ó sesenta predicadores *de las barbas de Aaron*, por cada uno de los ciento y doce obispados, que contienen el reino de Francia, y eche no mas que cien predicadores de la misma estofa á cada uno de los diez y ocho arzobispados que cuentan en sus dominios: hallará vuestra reverendísima un cuerpo de 8500 *salvajes de nuestro vecino*, que no es mal socorro para reforzar el ejército de los *salvajes de Europa*, que digo? harto será que las tropas auxiliares no excedan el todo de las principales.

51. Mi reverendo padre, no nos alucinemos. Ninguno de los vicios, que vuestra reverendísima nota en NUESTROS PREDICADORES, dejaron de notar en los PREDICADORES NUESTROS VECINOS el señor Salignac, y los padres Causino y Cispert, en las obras que escribieron para corregir los abusos del púlpito; precisamente en sus paisanos, porque ellos no se metieron con otros, singularmente el primero y el último. *Si esto valiera la pena* (tampoco es macula frase para el gusto de vuestra reverendísima y el de otros camaradas) fácil cosa me seria hacer la demostracion *ad oculum*; pero me fastidia detenerme tanto en un prólogo que ya me tiene hasta las cejas. ¿Y seria yo bien recibido en Francia, si finjiéndome frances, y aprovechándome de lo que los mismos franceses declaman contra sus malos predicadores, diese á luz un *folleto*, ó llámese *libélo*, en que á rapaterron gritase: NUESTROS PREDICADORES *son unos rúbulas* NUESTROS PREDICADORES *son unos charlatanes*, NUESTROS PREDICADORES *son unos papagayos*, NUESTROS PREDICADORES *son unos vocingleros*, NUESTROS PREDICADORES *no hacen conversiones*, NUESTROS PREDICADORES *no forman tal proyecto*, NUESTROS PREDICADORES *quedan muy pagados de su fervor porque se asustó la vieja y malparió la embarazada*, NUESTROS PREDICADORES *son unos habladores y nada mas*, NUESTROS PREDICADORES PANEGIRISTAS *no saben predicar de los santos sino heregías*, NUESTROS grandes PREDICADORES *son los salvajes de Europa*?

52. Si yo publicase en Francia, dándome por autoridad

propia el derecho de naturalidad, un librejo atestado de estas lindezas ¿no lloverian con razon mas decretos de todos los parlamentos, de fuego contra el librejo, y de prision contra mí, que han llovido de algunos anos á esta parte contra los curas, sobre el negocio que sabe vuestra reverendísima? no me pelarian justísimamente las barbas, y me gritarian todos, hombres, mugeres, y niños, *al Coquin, al Faquin, al Maraud*, que hace una injusticia *si criante* á todos los grandes predicadores que ha tenido la Francia, y que cada dia están saliendo de su seno, solo porque deshonran su púlpito un puñado de fátuos y de mentecatos? no me darian en los vigotes con los Bourdalues, con los La-Colombieres, con los Fleuris, con los Flechieres, con los Segauts, con los Masillones, con los Bretonaus, y con un inmenso catálogo de oradores verdaderamente apostolicos, celosos, elocuentes, rápidos, evangélicos, sólidos, sublimes, modelos originales? y no me reconvendrian tambien, con que no necesitaba la Francia de que un frances postizo se fuese á entrometer para corregir los defectos de sus compatriotas, pues ya tenia ella hijos verdaderos suyos, que lo tomasen de su cuenta con mucha mas gracia y con mucho mayor juicio? Señor padre, estamos en el mismo caso, y suplico á vuestra reverendísima que me excuse la aplicacion.

53. Como soy cristiano, que ya quisiera dejarlo; porque me voy abochornando, y no me puede hacer provecho para la digestion. Pero formo escrúpulo de no decir una palabrita sobre cierta digresion, la mas impertinente del mundo para el intento, que hace vuestra reverendísima en la pág. 1; y *con todo predicando así* (dice vuestra reverendísima) *han llegado varios religiosos á la mitra; como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas; ¿continuarémos en tener á los estrangeros persuadidos por nuestra culpa á esto? Como no están acostumbrados á ver, que fuera de España obispen los frailes, cuando leen en las gacetas, que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispales se ve el rey precisado á echar mano de los religiosos, pues no tiene quien pueda ni merezca ser obispo entre los bonetes.*

54. Que se engaste este parrafito en piedras preciosas de á dos en quintal, mientras tanto voy á sonarme las narices, porque me baja la fluxion, y lo pide la materia.

Mire, padre, ninguno puede hablar con mas imparcialidad que yo en este asunto, porque ha de saber su reverendísima, que yo soy un pobre bonete, no tengo *metida la cabeza en la capucha*, y no puedo ser obispo ¿á que cura de san Pedro de Villagarcía se le ha sentado jamas la mitra, no digo en la cabeza, pero ni aun en la fantasia? Lo mas que tuvimos aqui, fué un doctor por Sigüenza ó cosa tal, que llegó á ser comisario del santo oficio, y estuvo la villa para sacarle un vitor pintado con almagre, lo que se dejó, porque no alcanzaban los propios para los gastos. A mi me graduó la universidad de Valladolid de Bachiller, y casi soy un fenómeno. Cuando me oyen decir, que fui opositor á cátedras (si alguna vez lo digo) se santigua el consejo, y mas de dos preguntan si las cátedras son cosa de comer; considere vuestra reverendísima, si con estos dictados serán humildes mis pensamientos, y si podré pensar en mitra. Con una prebendica de 700 ó de 800 ducados no me trocaria por un patriarca, y dígaselo asi vuestra reverendísima de mí parte al rey y al señor confesor, que como los dos quieran, está hecha la cosa; pues por lo que toca á mí, allá va anticipada la aceptacion.

55. Esto supuesto ¿no me dirá vuestra reverendísima en que pensaba, cuando se atrevió á escribir la primera cláusula de tan donoso parrafillo? *Y con todo, predicando asi, han llegado varios religiosos á la mitra!* Esto es, han llegado á la mitra varios *rábulas, charlatanés, papagayos, habladores, delirantes, predicadores de heregias, salvajes de la Europa*, porque al fin estos son los que *predican asi*. ¿A estos ha consultado la cámara de Castilla para obispos? se han conformado con la consulta los señores y padres confesores, y el rey los ha nombrado para la mitra? Saque vuestra reverendísima las consecuencias que se siguen de esto, que yo estoy algo de prisa, y me está llamando la cláusula que viene despues: *Como si las mitras fueran para cabezas escondidas en las capuchas*; hay tal? con que ni las mitras son para cabezas escondidas en las capuchas, ni las cabezas escondidas en las capuchas son para las mitras! Pues mucho menos serán para el sombrero rojo (*capelo*, le llama el italiano) y muchísimo menos para la tiara ¿y tiene vuestra reverendísima bien contadas las cabezas, que desde la *capucha* salieron para el *capelo*, y desde el

capelo se cubrieron con la tiara, sin contar las muchas otras, á las cuales encajaron la tiara casi casi encima de la *capucha*? ¿ha leído vuestra reverendísima algo de la historia eclesiástica? Me temo que solamente ha oído hay en el mundo una cosa que se llama así; porque si la hubiera no mas que saludado, sabria que por casi doscientos años (otros dicen trescientos) apénas salió la tiara de la *capucha* benedictina del célebre Monte Casino; pero que *capucha*! Pero que tiara!

56. ¿Y las mitras de Francia nunca *se hicieron para cabezas metidas en las capuchas*? pobre español pegote, y que poco *sabe su historia* (tambien esta frase es *favorita* de vuestra reverendísima): ignora vuestra reverendísima, que por mas de tres siglos apénas hubo obispo en Francia, que no hubiese salido de las *capuchas* escondidas en los célebres monasterios de Lerins, Pontigni, Tours, Fuente-Juan, Chalis, Mon-Martre, Ista-Barba, Brou y otros innumerables, así de benedictinos como de cistercienses, por no contar á Cluni ni al Cister, que en los siglos decimotercio y decimocuarto se llamaban *les Pepinieres des Evêques*, como si dijéramos el plantío de los obispos: ¿nunca leyó en su historia, que en el siglo duodécimo era ya como cosa sentada, que para las mitras vacantes se habian de proponer en la junta del clero y del pueblo á los abades del Cister, cuya órden florecia entónces con el mayor rigor de la mas exacta observancia? ¿no reparó en ella el grande embarazo, en que se halló la clerecia y la ciudad de Bourges en la muerte de su arzobispo Henrique de Sully, porque *floreceia entónces el órden cisterciense en tantos sugetos insignes, que esta misma multitud embarazaba la eleccion del clero*? palabras con que se esplica la historia, como que era preciso, que la eleccion recayese en sugeto de aquella orden. Dígame, padre español neofito, ¿los Martines, los Guillemos, los Luvines, los Euchérios, y otro número sin número de mitras francesas, canonizadas y no canonizadas, *fuéron cabezas metidas en los bonetes ó en las capuchas*?

57. Dice vuestra reverendísima: *Que como los estrangeros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispasen los frailes, cuando leen en las gacetas, que el rey de España ha dado un obispado á un religioso, creen que por falta de eclesiásticos obispaes se vé el rey precisado al echar mano de los religiosos, con que los estran-*

geros no están acostumbrados á ver que fuera de España obispen los frailes? con que en Italia no hay frailes obispos, ni en Alemania hay obispos frailes ó religiosos! Déjelo, padre, por amor de Dios; antes que vuestra reverendísima diese á luz esta proposicion, ¿no le hubiera sido mejor y mas facil averiguar si habia en estos tiempos en Alemania y en Italia algunos frailes vestidos de obispos, que gastar el calor natural en inquirir, si dos mil ó tres mil años ha los niños y las niñas de los gentiles se vestian de Diosecico y Diosecicas de devocion, así como se visten ahora de frailicos y mongicas de devocion muchos niños y niñas de los cristianos? Curiosa noticia, que debemos á la infatigable laboriosidad de vuestra reverendísima, pero que nos hacía poca falta y á vuestra reverendísima le hacia mucha, saber que los estrangeros están muy acostumbrados á ver fuera de España muchos frailes vestidos de obispos, y muchos obispos vestidos de frailes.

58. Finalmente vamos á la raiz, y abreviemos el camino. Es cierto, padre mio, que en el primer siglo de la institucion ó de la fundacion de los monges, las cabezas *metidas en las capuchas* (si es que tenian capuchas en que meterse las cabezas de aquellos primeros monges) no solo no se hicieron para las mitras, pero ni aun para las coronas; porque aquellos monges primitivos, por regla general, ni recibian, ni querian recibir los órdenes sagrados. Tan legos eran todos, como la madre que los parió, salvo tal cual que despues de ordenado *in sacris*, se retiraba á la vida monacal. Y no era esto porque no hubiese entre ellos muchísimos hombres tan eminentes en sabiduría como en virtud, sino porque su profunda humildad los desviaba de aquel altísimo estado. Si vuestra reverendísima quiere instruirse á fondo en la materia, no tiene mas que leer al padre Mabillon. Esto era el primer siglo del instituto y de la profesion monacal.

59. Pero despues que el Papa Siricio, por los años de 390, consideró despacio los grandes bienes de que se privaba la iglesia de Dios, y las grandes ventajas que podia sacar de que los monges graves, circunspectos, ejemplares y sabios fuesen promovidos, no solo á todos los órdenes, sino á todos los oficios y beneficios de la santa iglesia: despues que reflexionó, que no era razon que el bien particular, que les representaba á ellos su humildad, prevaleciese al bien común: y finalmente, despues que en virtud de estas con-

sideraciones, en la famosa carta que escribió Himerio, obispo de Tarragona, en el capítulo 13 le dice, que no solo ordene, sino que eleve á todos los oficios y beneficios eclesiásticos á los monges que sobresaliéren en gravedad, doctrina, pureza de la fé y en santidad: *Monachis quoque, quos tamen morum gravitas, et vitæ ac fidei institutio sancta commendat, clericorum officiis aggregari*: es gusto ver la prisa que se diéron los obispos, los pueblos, los emperadores, y los mismos papas, á turbar por decirlo así, la santa quietud de los desiertos, y á arrancar de ellos á los estáticos Cenobitas, para colocarlos en las primeras dignidades, pareciéndoles muy justo, que los que habian santificado primero el claustro y la soledad, fuesen á santificar despues á los poblados y al mundo. Desde entónces, y por muchos siglos despues, apénas se vieron mas que monjes en las primeras sillas de la iglesia universal, tanto en oriente como en occidente. Vea ahora vuestra paternidad muy reverenda, *si las mitras se hicieron para cabezas metidas en las capuchas*.

60. Conclusion. Suplicasele pues á vuestra reverendísima con el mayor rendimiento, que otra vez no se meta en lo que no entiende, que haga mas justicia (ya que no quiera hacerla merced) á la nacion española: que cuando intente corregir abusos hable con menos universalidad; que trate con mayor respeto las resoluciones del Rey, el dictámen de sus prudentes confesores, y el parecer de sus sábios ministros; y en fin, que no eche en olvido aquel refrancito español: *Quien tiene tejado de vidrio, no tire piedras al del vecino*.

61. Mas para que vuestra reverendísima conozca que procedo de buena fé y que no choco, porque tengo gana de chocar, le digo ingénuamente, que como se hubiese contentado con la primera parte de su prólogo coracero; con haber contraido un poco mas la segunda, sin meterse en el delicado punto de obispados (que ya pica en antigua historia) con no haber salpicado á todos los predicadores del rey, singularmente á los del número, y con haber hecho su paralelo de los sermones franceses y castellanos, aunque fuese con los parentesis y glosas en romance. Esguizaro, que añade á estos últimos no hubiéramos reñido. Le hubiera abandonado á vuestra reverendísima los dos sermones, con sus dos predicadores y aunque fuesen otros dos mil como ellos,

sin que hubiésemos sacado las espadas. Porque al fin vuestra reverendísima tiene muchísima razon en todo lo que dice de los tales dos sermones, y de todos los demás que sean tales como los susodichos. Convengo en eso: y por lo mismo esgrimo la pluma en este escrito, para ver si los puedo desterrar, no solo de España, sino de todo el mundo: porque mas ó menos en todo el mundo hay orates con el nombre de oradores. Si *el unguento* de la barba de Aaron sanó en Francia á tantos predicadores relajados, como dice vuestra reverendísima, no desconfio de que *el sebo* del entendimiento de fray Gerundio haga en España iguales prodigios. En todo caso, yo tendré grande consuelo, si al acabar de oir un sermón de los que tanto su usan, dice el auditorio: *que ha estado admirable el padre fray Gerundio: que el padre Gerundio lo ha hecho asombrosamente; y que no ha podido decir mas el señor don Gerundio.*

62. Para esto, lector mio (¡ cuánto ha que no nos hablamos! perdona, que se me atravesó este embozado en el camino, y era preciso contestarle): para esto, lector mio, ha sido indispensable citar muchos textos de la sagrada escritura, como los citan los fray Gerundios, aplicarlos como ellos los aplican, y fingir entenderlos, como ellos los entienden. Pero oia, no te persuadas ni aun en burlas, á que yo los cito, las aplico, ni los entiendo de veras, como las entienden ellos. Tengo muy presente, así el gravísimo decreto del concilio de trento, como las bulas de Pio V, Gregorio XIII, Clemente VIII y Alejandro VII, contra esta sacrilega profanacion. Protesto que antes quemara mil historias de fray Gerundio que contravenir ni aun ligerisimamente á tan severa como sagrada prohibicion. Pero no era posible hacer ridiculos á los predicadores, que incurren tan lastimosamente en ella, y en las censuras que la acompañan, sin hacer ridiculo el modo con que ellos manejan el sagrado texto. Mas esto ¿ como podia ser sin citar el texto y sin burlarme del modo con que le manejan ellos? Así pues, siempre que encuentres algun lugar de la sagrada escritura ridiculamente entendido, y estrafulariamente aplicado, ten entendido, que es por burlarme de ellos, por correrlos, por confundirlos y consiguientemente, que esta impiedad debe ir de cuenta suya y no de la mia. Cuidado con esta advertencia, que es de suma importancia; pues al fin aunque no sea

mas que un pobre clérigo de misa y olla (y esta flaca) soy un poco temeroso de Dios, me profeso rendido y obediente á las leyes de la iglesia, y por fin y por postre tengo mi alma en las carnes, á la cual estimo tanto como puede estimar la suya un patriarca.

63. Pero si no eres de lo que dices (esta es tu última réplica); ¿quien te ha metido á tí en dibujos y en tales dibujos? Faltaban en España hombres doctísimos, zelosísimos, eruditísimos y sazoadísimos, que tomasen de su cargo un empeño de tanta importancia como gravedad? ¿de donde te ha venido de repente el caudal de literatura, de juicio, de crítica, de noticias y de sal, que se necesita para un empeño tan arduo? Dejo á un lado la autoridad, dictados, crédito y fama, que era menester para emprenderle; Un capellan de san Luis, un cura de la iglesia de san Pedro de Villagarcía, un Lobon metido á reformador del púlpito en España? un Lobon? santos Cielos! un Lobon, que sabemos quien fué, los que le conocemos; un Lobon, que en tres ó cuatro sermones que predicó (y algunos de ellos *de rumbo*) dejó muy atrás á todos los Gerundios pasados, presentes, futuros y posibles; este nos quiere reformar? este se nos viene ahora á burlarse de nosotros? ó tiempos! ó costumbres!

64. Si, amigo lector, sí, aunque te pese. Ese mismo Lobon que fué todo lo que tú dices, y todo lo que quieres decir, y aun mucho mas, si estás contento, es el que se atreve á una empresa como esta. Mayor fué la de la conversion de todo el mundo, y en verdad que para ella no se valió Dios de catedráticos, sino de unos pobres pescadores; porque al fin, amigo el espíritu del Señor inspira donde quiere, cuando quiere y en quien quiere. Que lo haria mucho mejor que yo cualquiera otro, no te lo puedo negar; mas como oigo, que infinitos se lastiman, y que ninguno lo emprende, escusándose los hombres grandes con estas, con aquellas y con las otras razones; yo que ni me mato por ser mas, ni tampoco puedo ser menos, escupí las manos, refreguélas, y púselas á la obra con este tal cual caudalejo, que el Señor me dió. Si acerté en algo, á él sea la gloria: si lo erré en todo, agradéceme la buena voluntad. Y con esto á Dios, que á fe estoy ya cansado de tanta parladuría.



HISTORIA

DEL FAMOSO PREDICADOR

FRAY GERUNDIO DE CAMPAZAS.

LIBRO PRIMERO.



CAPITULO I.

Patria, nacimiento y primera educacion de fray Gerundio.

Campazas es un lugar de que no hizo mencion Ptolomeo en sus cartas geográficas; porque verisilmente no tuvo noticia de él, y es que se fundó como mil y doscientos años despues de la muerte de este insigne Geografo, como consta de un instrumento antiguo, que se conserva en el famoso archivo de Cotanes. Su situacion es en la provincia de Campos, entre poniente y septentrion, mirando derechamente hácia este, por aquella parte que se opone al mediodia. No es Campazas ciertamente de las poblaciones mas nombradas, ni tampoco de las mas numerosas de Castilla la Vieja; pero pudiera serlo; y no es culpa suya, que no sea tan grande como Madrid, Paris, Lóndres y Constantinopla, siéndo cosa averiguada, que por cualquiera de las cuatro partes pudiera extenderse hasta diez y doce leguas sin embarazo alguno. Y si como sus celebérrimos fundadores (cuyo nombre no se sabe) se conten-

táron con levantar en ella veinte ó treinta chozas, que llamaron casas por mal nombre, hubieran podido y hubieran querido edificar doscientos mil suntuosos palacios con sus torres y chapiteles, con plazas, fuentes, obeliscos y otros edificios públicos, sin duda seria hoy la mayor ciudad del mundo. Bien sé lo que dice cierto crítico moderno, que esto no pudiera ser, por cuanto á una legua de distancia corre de norte á poniente el rio grande, y era preciso que por esta parte se cortase la poblacion. Pero sobre que era cosa muy fácil chupar con esponjas toda el agua del rio, como dice un viagero frances que se usa en el Indostan y en el gran Cayro; ó cuando menos se pudiera extraer con la máquina Pneumática todo el aire y cuerpecillos estraños, que se mezclan en el agua, y entonces apenas quedaria en todo el rio la bastante para llenar una vinagera, como á cada paso lo experimentan con el Rin, y con el Rodano los filósofos modernos; que inconveniente tendria que corriese el rio grande por medio de la ciudad de Campazas, dividiéndola en dos mitades; ¿no lo hace asi el Támesis con Londres, el Moldava con Praga, el Spreé con Berlin, el Elba con Dresde, y el Tiber con Roma, sin que por esto pierdan nada estas ciudades? Pero al fin los ilustres fundadores de Campazas no se quisieron meter en estos dibujos, y por las razones que ellos se sabrian, se contentaron con levantar en aquel sitio como hasta unas treinta chozas (segun la opinion que se tiene por mas cierta) con sus cobertizos ó techumbres de paja, á modo de cucurruchos, *que hacen un punto de vista el mas delicioso del mundo.*

2. Sobre la etimología de Campazas hay grande variedad en los autores. Algunos quieren que en lo antiguo se llamase *Campazos*, para denotar los grandes campos de que está rodeado el lugar, que verisimilmente dieron nombre á toda la provincia de campos, cuya punta occidental comienzan por aquella parte; y á esta opinion se arriman Anton Borrego, Blas Chamarro, Domingo Ovejero y Pascual Cebollon, diligentes investigadores de las cosas de esta provincia. Otros son de sentir, que se llamó y hoy se debiera llamar *Capazas*, por haberse dado principio en él al uso de las capas grandes, que en lugar de mantellinas usaban hasta muy entrado este siglo las mugeres de Campos, llamadas por otro nombre *las tias*, poniendo sobre la cabeza el cuello; ó la vuelta de la capa cortada en cuadro,

y colgando hasta la mitad de la saya de frechilla, que era la gala récia en el dia del Corpus y de san Roque, ó cuando el tio de la casa servia alguna mayordomía. De este parecer son Cesar Capi-Sucio, Hugo Capet, Daniel Caporal, y no se desvia mucho de él Julio Caponi. Pero como quiera que esto de etimologías por lo comun es erudicion *ad libitum*, y que en las bien fundadas de san Isidoro no se hace mencion de la de Campazas, dejamos al curioso lector que siga la que mejor le pareciere; pues la verdad de la historia no nos permite á nosotros tomar partido en lo que no está bien averiguado.

3. En Campazas pues (que asi le llamaremos, conformándonos con el estilo de los mejores historiadores, que en materia de nombres de lugares usan de los modernos, despues de haber apuntado los antiguos): en Campazas habia á mediado del siglo pasado un labrador, que llamaban el rico del lugar; porque tenia dos pares de bueyes de labranza, una yegua torda, dos carros, un pollino rucio, zancudo, de pujanza y andador para ir á los mercados, un hato de ovejas, la mitad parideras, y la otra mitad machorras, y se distinguia su casa entre todas las del lugar, en ser la única que tenia tejas. Entrábase á ella por un gran corralon flanqueado de cobertizos, que llaman *tenadas* los naturales; y antes de la primera puerta interior, se elevaba otro cobertizo en figura de pestaña horizontal, muy jalbegueado de cal, con sus chafarrinadas á trechos de almagre, á manera de faldon de disciplinante en dia de juéves santo. El zaguan o portal interior estaba barnizado con el mismo jalbegue, á excepcion de las ráfagas de almagre, y todos los sábados se tenia cuidado de lavarle la cara con un baño de aguacal. En la pared del portal, que hacia frente á la puerta, habia una especie de aparador ó estante, que se llamaba *basar* en el vocabulario del pais, donde se presentaba desde luego á los que entraban, toda la vajilla de la casa, doce platos, otras tantas escudillas, tres fuentes grandes, todas de Talavera de la reina, y en medio dos jarras de vidrio con sus cenefas azules hácia el brocal, y sus asas á picos ó á dentellones como crestas de gallo. A los dos lados del basar se levantaban desde el suelo, con proporcionada elevacion, dos poyos de tierra, almagreados por el pie y caleados por el plano, sobre cada uno de los

cuales se habian abierto cuatro á manera de hornillos, para asentar otros tantos cántaros de barro, cuatro de agua zarca para beber, y los otros cuatro de agua del rio para los demás menesteres de la casa.

4. Hacia la mano derecha del zaguan, como entramos por la puerta del corral, estaba la sala principal, que tendria sus buenas cuatro varas en cuadro, con su alcoba de dos y media. Eran los muebles de la sala seis cuadros de los mas primorosos y mas finos de la famosa calle de Santiago de Valladolid, que representaban un san Jorge, una santa Bárbara, un Santiago á caballo, un san Roque, una nuestra señora del Cármen, y un san Antonio Abad con su cochinito al canto. Habia un bufete con su sobremesa de jerga listoneada á fluecos, un banco de álamo, dos sillas de tijera á la usanza antigua, como las de ceremonia del colegio viejo de Salamanca; otra que al parecer habia sido de baqueta, como las que se usan ahora, pero solo tenia el respaldar, y en el asiento no habia mas que la armazon; una arca grande, y junto á ella un cofre sin pelo y sin cerradura. A la entrada de la alcoba se dejaba ver una cortina de gasa con sus listas de encajes de á seis maravedis la vara, cuya cenefa estaba toda cuajada de escapularios con cintas coloradas y santas Teresas de barro, en sus urnicas de carton, cubiertas de seda floja, todo distribuido y colocado con mucha gracia. Y es, que *el rico de Campazas* era hermano de muchas religiones, cuyas cartas de hermandad tenia pegadas en la pared, unas con hostia y otras con pan mazcado, entre cuadro y cuadro de los de la calle de Santiago; y cuando se hospedaban en su casa algunos padres graves, ú otros frailes que habian sido confesores de monjas, dejaban unos á la tia Gatuja (así se llamaba la muger del rico), y los mas á su hija Petrona, que era una moza rolliza y de no desgraciado parecer, aquellas piadosas alhajuclas en reconocimiento del hospedage, encargando mucho la devocion, y ponderando las indulgencias.

5. Por mal de mis pecados se me habia olvidado el mueble mas estimado que se registraba en la sala. Eran unas conclusiones de tafetan carmesí de cierto acto que habia defendido en el colegio de san Gregorio de Valladolid un hermano del rico de Campazas; que habiendo sido primero colegial del insigne colegio de san Froilan de Leon, el cual

tiene hermandad con muchos colegios menores de Salamanca, fué despues porcionista de san Gregorio; llegó á ser Gimnasiarca, puesto importante que mereció por sus puños; obtuvo por oposicion el curato de Ajos y Cebollas en el obispado de Avilla, y murió en la flor de su edad, consultado ya en primera letra para el del Berraco. En memoria de este doctísimo varon, ornamento de la familia, se conservaban aquellas conclusionès en un marco de pino, dado con tinta de imprenta; y era tradicion en la casa, que habiendo intentado dedicarlas primero á un obispo, despues á un título, y despues á un oidor, todos se escusaron, porque les olió á petardo; con que desesperado el Gimnasiarca (la tia Catuja le llamaba siempre *el heresiarca*), se las dedicó al santo Cristo de Villaquejida, haciendole el gasto de la impresion un tio suyo, comisario del santo oficio.

6. Su hermano el rico de Campazas, que habia sido estudiante en Villagarcia, y habia llegado hasta medianos, siendo el primero del banco de abajo, como se entra por la puerta, sabia de memoria la dedicatoria, que tenia prevenida para cualquiera de los tres Mecenas, que se la hubiera aceptado, porque el Gimnasiarca se la habia enviado de Valladolid, asegurándole que era obra de cierto fraile mozo, de estos que se llaman *padres colegiales*, el cual trataba en dedicatorias, arengas y quodlibetos, por ser uno de los latinos mas deshechos, mas encrespados y mas reumbantes, que hasta entonces se habian conocido, y que habia ganado muchísimo dinero, tabaco, pañuelos y chocolate en este género de trato; *porque al fin* (decia en su carta el Gimnasiarca) *el latin de este fraile es una borrachera, y sus allisonantes frases son una Babilonia*. Con efecto, apenas leyó el rico de Campazas la dedicatoria, cuando se hizo cruces, pasmado de aquella estupendisima elegancia, y desde luego se resolvió á tomarla de memoria, como lo consiguió al cabo de tres años, retirándose todos los dias detras de la iglesia, que está fuera del lugar, por espacio de cuatro horas: y cuando la hubo bien decorado, aturrullaba á los curas del contorno, que concurrían á la fiesta del patrono, y tambien á los que iban á la romería de Villaquejida, unas veces encajándose la toda, y otras salpicando con trozos de ella la comida en la mesa de los mayordomos. Y como el so-

carron del rico á ninguno declaraba de quien era la obra, todos la tenian por suya, con lo cual entre los curas del rio grande para acá, y aun entre lo del Páramo, pasaba por el gramático mas horroroso, que habia salido jamas de Villagarcia: tanto, que algunos se adelantaban á decir sabia mas latin, que el mismo Taranilla, aquel famoso *domine*, que atolondró á toda la tierra de Campos con su latin crespo y enrebesado, como v. gr. aquella famosa carta con que examinaba á sus discípulos, que comenzaba asi: *Palentiam mea si quis*; que unos construían, *si alguno mea á Palencia*; y por cuanto esto no sonaba bien, y parecia mala crianza, con peligro de que se alborotasen los de la Puebla; y no era verisimil que el domine Taranilla, hombre por otra parte modesto, circunspecto y grande azotador, hablase con poco decoro de una ciudad, por tantos títulos tan respetable, otros discípulos suyos lo construían de este modo: *Si quis meat* chico mio, *suple fuge*, huye, *Palentiam* de Palencia. A todos estos los azotaba irremisiblemente el *impitoyable* Taranilla; porque los primeros perdian el respeto á la ciudad, y los segundos le empullaban á él; sobre que unos y otros le suponian capaz de hacer un latin, que segun su construccion estaria atestado de solecismos. Hasta que finalmente despues de haber enviado al rincon á todo el general, porque ninguno daba con el recóndito sentido de la enfática cláusula, el domine, sacando la caja, dando encima de ella dos golpecillos, tomando un polvo á pausas, sorbido con mucha fuerza, arqueando las cejas, abuecando la voz y hablando gangoso reposadamente, la construía de esta manera: *mea*, vé; *si quis*, si puedes; *Palentiam* á Palencia. Los muchachos se quedaban atónitos, mirándose los unos á los otros, pasmados de la profunda sabiduría de su domine; porque aunque es verdad, que echada bien la cuenta habia en su construccion mitad por mitad tantos disparates como palabras; puesto que ni *meo meas* significa como quiera *ir*, sino *ir por rodeos*, *por giros y serpenteando*; ni *queo quis* significa *poder* como quiera, sino *poder con dificultad*; pero los pobres niños no entendian estos primores; ni el penetrar la propiedad de los varios significados, que corresponden á los verbos, y á los nombres que parecen sinónimos y no lo son, es para gramáticos de primera tonsura, ni para preceptores de la lengua.

7. Ya se vé, como los curas del Páramo no estaban muy enterados de estas menudencias, tenían á Taranilla por el Ciceron de su siglo, y como oian relatar al rico de Campazas la retumbante y sonora dedicatoria, le ponian dos codos mas alto que al mismo Taranilla. Y por quanto la mayor parte de los historiadores, que dejaron escritas á la posteridad las cosas de nuestro fray Gerundio, convienen en que la tal dedicatoria tuvo gran parte en la formacion de su exquisito y delicado gusto, no será fuera de propósito ponerla luego en este lugar, primero en latin, y despues fielmente traducida en castellano, para que en el discurso de esta verdadera historia, y con el calor de la narracion no se nos olvide.

CAPITULO II.

En que, sin acabar lo que prometió el primero, se trata de otra cosa.

Decia pues así la recondita, abstrusa y endiablada dedicatoria, dejando á un lado los títulos, que no tuvo por bien trasladar el Gimnasiarca.

2. *Hactenus me intra vurgam animi litescentis inipitum, tua heretudo instar mihi luminis extimandea denorman redubiare compellet sed antistar gerras meas anitas diributa est posartitum Nasonem quasi agredula: quibusdam lacunis. Barburrum stridorem averrucandus oblatero. Vos etiam viri obtimi: ne mihi in anginam vestræ hispiditatis arnanticataclum carmen irreptet. Adrabem meam magicopertit: cicuresque conspiciate ut alimones mei carnatoriis, quam censiones extetis. Igitur conramo sensu mean returem quamvis vasculam Prie ridem actutum de vobis lamponam comtulam spero. Adjuta namque cupedia præsumentis, jam non exippitandum sibi esse conjectat. Ergó benepedamus me hac pudori, citimum colucari censete. Quam si hac nec treperat exiterint nec fracebunt quæ halucinari, vel ut vovinator adactus sum voti vobis damiummusque ad exodium vitulanti is cohacmentem. Quis enim mesonibium est non murgisonem fabula autamabit quam Mentorem exfabal-*

libit altibuans unde favorem exfebruate, fellibrem ut applaudam armoniæ tensore á me velut ambrone collectam adoreos veritatis instruppas.

3. Esta es la famosa dedicatoria que el Gimnasiarca de san Gregorio, cura de Ajos y Cebollas, electo del Berraco, envió desde Valladolid á su hermano el rico de Campazas: la cual, despues de haber corrido por las mas célebres universidades de España con el aplauso que se merecia, pasó los Pirineos, penetró á Francia, donde fué recibida con tanta estimacion, que se conserva impresa una puntual, exacta y menudísima noticia genealógica de todas las manos por donde corrió el manuscrito, con los pelos y señales de los sugetos que le tuvieron, hasta que llegó á las del maldito adicionador de la *menagiana*, que la estampó en el primer tomo de los cuatro que echó á perder con sus impertinentísimas notas, scolios y añadiduras. Dice pues este scoliador de mis pecados, que el primer manuscrito que se sepa hubiese llegado á Francia paró en poder de Juan Lacurna, el cual era hombre hábil y Bailío de Arnai-del-duque: que despues pasó al docto Saumaise, y de este le heredó su hijo primogénito Claudio Saumaise, el cual murió en Beaune á los 34 años de su edad, el dia 18 de Abril de 1661: que por muerte de Claudio paró en la biblioteca de Juan Bautista Lantin, consejero, el cual y otro consejero llamado Filiberto de la Mare, fueron legatarios por mitad de los manuscritos de Saumaise, y que de Juan Bautista Lantin le heredó su hijo el señor Lantin, consejero de Dijon.

4. Todo está muy bien, con puntualidad, con menudencia y con exactitud; porque claro está, que iba á perder mucho la república de las letras, sino se supiera con toda individualidad, por que manos de padres á hijos habia pasado un manuscrito tan importante; y si todos los investigadores hubieran sido tan diligentes y tan menudos como este doctísimo y exactísimo adicionador, no hubiera ahora tantas disputas, repiquetes y contiendas entre nuestros críticos sobre quien fué el verdadero autor de la *Pulga* del licenciado Burguillos, que unos atribuyen á Lope de Vega, y otros á un fraile, engañados sin duda, porque en el manuscrito sobre el cual se hizo la primera impresion en Sevilla, se leían al fin de él estas letras: Fr. L. de V. entendiendo que el *frey* era *fray*, cosas entre sí muy distintas

y diversas, como lo saben hasta los niños malabares. Ni en Inglaterra se hubieran dado las batallas campales, que se dieron á principio de este siglo entre dos sábios anticuarios de la universidad de Oxford, sobre *el origen de las espuelas, y la primitiva invencion de las alforjas*, fundándose uno y otro en dos manuscritos, que se hallaban en la biblioteca de la misma universidad, pero sin saberse en que tiempo, ni por quien se habian introducido en ella, que era el punto decisivo para resolver la cuestion.

5. Pero si al adicionador de la Menagiana se le deben gracias por esta parte, no se las daré yo, porque con su cronología sobre el manuscrito de la dedicatoria me meto en un embrollo histórico, del cual no se cómo me he de desenvolver, sin cometer un *anacronismo*, voz griega y sonora, que significa contradiccion en el computo de los tiempos. Dice monsieur el adicionador, que Claudio Saumaise murió el año de 1661, y que cuando llegó á él el manuscrito de la dedicatoria, ya habia pasado por otras dos manos; conviene á saber, por las de su padre el docto Saumaise, y por las del Bailío Juan Lacurna; y es mucho de notar, que no dice que pasó de mano en mano, como suele pasar la gaceta, y el pronóstico de Torres, sino que dá bastantemente á entender, que fué por via de herencia, y no de donacion *inter vivos*. Esto supuesto, parece claro como el agua, que ya por los años de 1600 se tenia noticia en Francia de la tal dedicatoria, no siendo mucho dar sesenta años al señor Lacurna, y veinte ó treinta á Saumaise; porque aunque se pudiera decir que ambos eran de una misma edad, no parece verosímil, que un particular, por doctísimo que fuese, viviese tanto como un Bailío; pues bien que esto de Bailío en Francia signifique poco mas que acá un alcalde gorrilla; pero al fin para lo de Dios el Bailío de Arnai era tan Bailío como el de Lora. Y habiendo dicho nosotros al principio de esta verdaderísima historia, ó por lo menos habiéndolo dado á entender, que la dedicatoria la compuso un padre colegial, que estudiaba en Valladolid, cuando ya estaba muy entrado en dias el siglo pasado, puesto que hasta la mitad de él no hacen mencion del rico de Campazas los anales de esta posibilísima ciudad, y que se la envió su hermano el Gimnasiarca; ¿como era posible que se tuviese noticia de ella en Francia por los años de 1600?

46. Para salir de esta intrincada dificultad, no hay otra callejuela sino decir, que el padre colegial leería esta estupidísima pieza en algun librete frances, y despues se la embocaria al bonísimo del Gimnasiarca como si fuera obra suya, porque de estas travesuras á cada paso vemos muchas aun en el siglo que corre, en el cual no pocos de estos, que se llaman autores, y que tienen cara de hombres de bien, averiguada despues su vida y milagros, se halla ser unos raterillos literarios, que hurtando de aquí y de allí, salen de la noche para la mañana en la gaceta con los campanudos dictados de matemáticos, filológicos, fisicos, eléctricos, proto-críticos, anti-sistemáticos, cuando todo bien considerado no son en la realidad mas que unos verdaderos pantomímicos.

7. Mas dejando este punto indeciso, lo que en Dios y en conciencia no se puede perdonar al impertinentísimo adicionador, es la injusta y desapiadada crítica que hace de la susodicha dedicatoria, tratándola de la cosa mas perversa, mas ridicula y mas extravagante que se puede imaginar; y añadiendo, que el language, aunque parece suena á latin, es de una latinidad monstruosa, bárbara y salvage. Pero con licencia de su mala condicion, yo le digo claritamente y en sus barbas, que no sabe cual es su latin derecho, y que se conoce que en su vida ha saludado los cristus de la verdadera latinidad, pues le hago saber, que ni Ciceron ni Quintiliano ni Tito-Libio ni Salustio hicieron jamas cosa semejante, ni fueron capaces de hacerla. Y á lo otro, que añade con mucha socarronería, de que aunque en la cultísima dedicatoria se hallan algunas palabras latinas que se encuentran en las glosas de Isidoro y de Papías, y en la coleccion de du Cange, pero que se engaña mucho, ó no se há de encontrar ingenio tan hábil en el mundo, que al todo de ella le dé verdadero y genuino sentido; yo le digo, que para que vea con efecto lo mucho que se engaña, el mismo padre colegial, que dió al Gimnasiarca la dedicatoria en latin, hora fuese composicion suya, hora agena, se la dió tambien vertida en castellano fluido, corriente, natural, claro, perspicuo, como se vé en una copia auténtica, que se encontró en el libro donde el rico de Campazas iba asentando por rayas la soldada de los criados, y los pellejos de ovejas que iba trayendo el pastor. La version pues de dicha dedicatoria decia así ni mas ni menos.

8. «Hasta aquí la excelsa ingratitud de tu soberanía ha
 « obscurecido en el ánimo, á manera de clarísimo esplendor
 « las apagadas antorchas del mas sonoro clarín, con ecos lu-
 « minosos, á impulsos balbucientes de la furibunda fama.
 « Pero cuando examino el rosicler de los despojos al terso
 « bruñir del emisferio en el blando oróscopo del argentado
 « catre, que elevado á la region de la techumbre inspira
 « oráculos al acierto en bóbedas de cristal; ni lo airoso admite
 « mas competencia, ni en lo heróico caben mas elocuentes
 « disonancias. Temerario arrojé seria escalar con pompa fú-
 « nebre hasta el golfo insondable, donde campea cual vivo-
 « rezno animado el piélago de tu hermosura; porque hay sis-
 « témas tan atrevidos, que á guisa de emblemáticos furios es-
 « terilizan á trechos toda su osadía al escrutinio; mas no por
 « eso el piadoso Eneas agotó sus caudales al Ródano, cubier-
 « ta la arrogante faz con el crespo, falaz y alagüeño manto:
 « que si el jazmin sostiene pirámides á los lisonjeros pezes,
 « tambien el chopo franquea espumoso lecho á las odoríferas
 « naves; ni es tan crítico el enojo del carrasco, que no destile
 « rayo á rayo todo el alambique del aprisco. Mentor en ca-
 « bilaciones de sol, pudo esgrimir orgullosas sinrazones de
 « fanal; pero tambien esperimentó á golpes del desengaño de-
 « sagravios incautos del alevoso ceño, cuando la agigantada
 « nobleza de tu regia exactitud embota las puntas al acero
 « de alentada magestad. Admite pues este literario desden,
 « elegante tributo de soporífero afán; y si estienes los
 « aplausos de tu armonía á los hirsutos cambrones, no pue-
 « de menos de penetrar tu colete la fragancia de la verdad,
 « hasta calarse á las tripas, ó hasta aniquilar con dichosa for-
 « tuna los estrupros: *Ut aplaudam armoniæ temsore á me
 « velut ambrone collectam adoreos veritatis instruppas.*”

CAPITULO III.

Donde se prosigue lo que prometió el primero.

Este tal rico de Campazas, hermano del Gimnasiarca, se llamaba Anton Zotes, familia arraigada en Campos; pero entendida por todo el mundo, y tan fecundamente propagada,

que no se hallará en todo el reino, provincia, ciudad, villa, aldea ni aun alquería donde no hiervan los Zotes, como garbanzos en olla de potage. Era Anton Zotes, como ya se ha dicho, un labrador de una mediana pasada; hombre de machorra, cecina y pan mediado los días ordinarios, con cebolla, ó puerro por postre; baca, y chorizo los días de fiesta su torrezno corriente por almuerzo y cena, aunque esta tal vez era un salpicon de baca; despensa ó agua-pié su bebida usual, menos cuando tenia en casa algun fraile, especialmente si era prelado, lector ó algun gran supuesto en la órden, que entonces se sacaba á mesa vino de Villamañan ó del Páramo. El genio bondadoso en la corteza, pero en el fondo un si es no es suspicaz, envidioso, interesado y cuentero: en fin legítimo *bonus vir de Campis*. Su estatura mediana, pero fornido y repolludo; cabeza grande y redonda, frente estrecha, ojos pequeños, desiguales y algo taimados; güedejas rabi-cortas, á la usanza del Páramo, y no consistoriales como las de los sexmeros del campo de Salamanca; pestorejo, se supone, á la geronimiana, rechoncho colorado y con pliegues. Este era el hombre interior y exterior del tio Anton Zotes, el cual, aunque habia llegado hasta el banco de abajo de medianos, con ánimo de ordenarse, porque dicen que le venia una capellanía de sangre, en muriendo un tio suyo, Arcipreste de Villaornate; pero al fin le puso pleito una moza del lugar, y se vió precisado á ir por la iglesia, mas no al coro, ni al altar, sino al santo matrimonio. El caso paso de esta manera.

2. Hallábase estudiando en Villagarcía, y ya medianista como se ha dicho, á los veinte y cinco años de su edad. Llegaron *los quince dias*, que asi se llaman las vacaciones, que hay en la semana santa; y en la de Pascua, y fuese á su lugar, como es uso y costumbre en todos los estudiantes de la redonda. El diablo que no duerme, le tentó á que se vistiese de penitente el jueves santo; y es, que como el estudiantico ya era un poco espigado, adulto y barbicubierto, miraba con buenos ojos á una mozueta vecina suya, desde que habian andado juntos á la escuela del sacristan, y para cortejarla mas le pareció cosa precisa salir de disciplinante; porque es de saber, que este es uno de los cortejos de que se pagan mas todas las mozas de Campos, donde ya es observacion muy antigua, que las mas de las bodas se fra-

guan el juéves santo, el dia de la Cruz de mayo, y las tardes que hay baile, habiendo algunas tan devotas y tan compungidas, que se pagan mas de la pelotilla y del ramal, que de la castañuela. Y á la verdad, mirada la cosa con ojos serenos y sin pasion, un disciplinante con su cucurucho de á cinco cuartas, derecho, almidonado y piramidal; su capillo á moco de pabo con caída en punta hasta la mitad del pecho (pues qué si tiene ojeras á perspunte, rasgadas con mucha gracia?): con su almilla blanca de lienzo casero, pero aplanchada, ajustada y atacada hasta poner en prensa el pecho y el talle: dos grandes trozos de carne mómia, maciza y elevada, que se asoman por las dos troneras rasgadas en las espaldas, divididas entre sí por una tira de lienzo, que corre de alto á bajo entre una y otra, que como están cortadas en figura oval, á manera de cuartos traseros de calzon, no parece sino que las nalgas se han subido á las costillas, especialmente en los que son rechonchos y carnosos; sus enaguas ó su faldon campanudo, pomposo y entre-plegado. Añádase á todo esto, que los disciplinantes macarenos y majos suelen llevar sus zapatillas blancas; con cabos negros; se éntiende cuando son disciplinantes de devocion y no de cofradía, porque á estos no se les permiten zapatos, salvo á los penitentes de luz, que son los jubilados de la órden. Considérese despues, que este tal disciplinante que vamos pintando, saca su pelotilla de cera, salpicada de puntas de vidrio, y pendiente de una cuerda de cáñamo empegada para mayor seguridad; que la mide hasta el codo con gravedad y con mesura, que toma con la mano izquierda la punta del moco del capillo; que apoya el codo derecho sobre el ijar del mismo lado (menos que sea zurdo nuestro disciplinante, porque entonces es cosa muy necesaria advertir, que todas estas posturas se hacen al contrario), que sin mover el codo y jugando unicamente la mitad del brazo derecho, comienza á sacudirse con la pelotilla hácia uno y otro lado, sabiendo con cierta ciencia, que de esta manera ha de venir á dar en el punto céntrico de las dos carnosidades espalderas, por reglas inconcusas de anatomía, que dejó escritas un cirujano de Villamayor, mancebo y aprendiz que fué de otro de Villaramiel. Contémplese finalmente como empieza á brotar la sangre, que en algunos, sino es en los mas, parecen las dos espaldas dos manantiales de pez, que brotan leche de

empegar botas; como vá salpicando las enaguas, como se distribuye en canales por el faldon, como le humedece, como le empapa, hasta entraparse en los pernejos del pobre disciplinante. Y dígame con serenidad el mas apasionado contra las glorias de Campos; ¿si hay en el mundo espectáculo mas galan, ni mas airoso: si puede haber resistencia para este hechizo, y si no tienen buen gusto las mozacanas, que se van tras los penitentes, como muchachos tras los gigantones y la tarasca el dia del Corpus?

3. No se le ocultaba al bellaco de Anton esta inclinacion de las mozas de su tierra, y así salió de disciplinante el juéves santo, como ya llevamos dicho. A la legua le conoció Catanla Rebollo (que este era el nombre de la doncella su vecina, y su condiscipula de escuela); porque ademas de que en toda la procesion no habia otro caperuz tan chusco ni tan empinado, llevaba por contraseña una cinta negra, que ella misma le habia dado al despedirse por san Lucas para ir á Villagarcia. No le quitaba ojo en toda la procesion; y él, que lo conocia muy bien, tenia gran cuidado de cruzar de cuando en cuando los brazos, encorbar un poco el cuerpo y apretar las espaldas, para que exprimiesen la sangre, haciendo de camino un par de arrumacos con el caperuz, que es uno de los pasos tiernos á que están mas atentas las doncellas casaderas; y el patan que le supiere hacer con mayor gracia, tendrá mozas á escoger, aunque por otra parte no sea el mayor jugador de la calva ó del morrillo, que haya en el lugar. Al fin, como Anton se desangraba tanto, llegó el caso de que uno de los mayordomos de la Cruz, que gobernaba la procesion, le dijese que se fuese á curar. Catanla se fué tras él, y como vecina se entró en su casa, donde ya estaba prevenido el vino con romero, sal y estopas, que es todo el aparato de estas curaciones. Estrujáronle muy bien las espaldas, por si acaso habia quedado en ellas algun vidrio de la pelotilla; lavarónselas, aplicáronle la estopada, vistióse, embozóse en su capa parda, y los demas se fueron á ver la procesion, menos Catanla, que dijo estaba cansada, y se quedó á darle conversacion. Lo que pasó entre los dos no se sabe: solo consta de los anales de aquel tiempo, que vuelto Anton á Villagarcia, comenzó á correr un run run malicioso por el lugar; que sus padres quisieron se ordenase á título de la capellanía, que él, por debazo de cuer-

da hizo que la moza le pusiese impedimento: que al fin y postre se casaron; y que para que se vea el poco temor de Dios y la mucha malicia con que habian corrido aquellas voces por el pueblo, la buena de la Catanla no parió hasta el tiempo legal y competente.

CAPÍTULO IV.

Acábase lo prometido.

Parió pues la tia Catuja un niño como unas flores, y fué su padrino el licenciado Quijano de Perote, un capellan del mismo Campazas, que en otro tiempo habia querido casarse con su madre y se dejó por haberse hallado, que eran parientes en grado prohibido. Empeñóse el padrino en que se habia de llamar Perote, en memoria ó en alusion á su apellido; porque aunque no habia este nombre en el calendario, tampoco habia el de Lain, Nuño, Tristan, Tello ni Peranzules, y constaba que los habian tenido hombres de gran pro y de mucha cuenta. Esto decia el licenciado, Quijano, alegando las historias de Castilla; pero como Anton Zotes no las habia leído, no le hacian mucha fuerza, hasta que se le ofreció decirle, que tampoco estaban en el calendario los nombres de Oliveros, Roldán, Florismarte ni el de Turpin, y que esto no embargante no le habia estorbado eso para ser arzobispo. Vaya que soy un asno, dijo entonces el tio Anton, pues no tengo leído otra cosa; y es, que era muy versado en la historia de los doce pares, la que sabia tan de memoria como la dedicatoria del Gimnasiarca. Llámese Perote, y no se hable mas en la materia; pero el cura del lugar que se hallaba presente, reparó en que *Perote Zotes* no sonaba bien, añadiendo, no sin alguna socarroneria, que *Zote* era consonante de *Perote*, y que él habia leído, no se acordaba de donde, que esto se debia evitar mucho, cuando se hablaba en prosa. No gaste usted tanta, señor cura, replicó el padre del niño, que tampoco suena bien Sancho Ravancho, Alberto Retuerto, Geromo Palomo, Antonio Bolonio, y no vemos ni oímos otra cosa en nuestra tierra. Fuera de que eso se remedia facilmente con llamar al niño Perote de Campazas, dándole por ape-

Hido el nombre de nuestro pueblo, como se usaba en lo antiguo con los hombres grandes, segun nos informan las historias mas verídicas; y así vemos hablar en ellas Oliveros de Castilla, de Amadis de Gaula, de Artus de Algarve, y de Palmerín de Hircania, constándonos ciertamente, que estos no eran sus verdaderos apellidos, sino los nombres de provincias ó reinos donde nacióeron aquellos grandes caballeros, que por haberlas honrado con sus hazañas, quisieron eternizar de esta manera la memoria de su patria en la posteridad. Y esto no solamente lo usaron los que fuéron por las armas, si no tambien los que fuéron por las letras, y dejaron escritos algunas libros famosos, como el Piscatór de Sarabál; el Dios Momo; la Carantamaula, el Lazarillo de Tormes, la picara Justina y otros muchos que tengo leídos, cuyos autores, dejando el propio apellido, tomaron el de los lugares donde nacieron para ilustrarlos: y á mí me da el corazon, que este niño ha de ser hombre de provecho, y así llámese por ahora Perotico de Campazas, hasta que con la edad y con el tiempo le podamos llamar Perote á boca llena.

2. No en mis días, dijo la tia Catanla. *Perote* suena á cosa de perol, y no ha de andar por abí el hijo de mis entrañas, como andan los peroles por la cocina. Punto en boca, señores, exclamó Anton Zotes de repente. Ahora me incurre un estupedisimo nombre, que en jamas se empuso á nengun nacido, y se ha de impuner á mi chicote. *Gerundio* se ha de llamar, y no se ha de llamar de otra manera, aunque me lo pidiera de rodillas el padre santo de Roma. Lo primero, y prencipal, porque *Gerundio* es nombre sengular, y eso busco yo para mijo. Lo segundo, porque macuerdo bien, que cuando estudiaba con los teatinos de Villagarcia, por un *Gerundio* gané seis puntos para la vanda, y es mi última y postrimera voluntad hacer enmortal en mi familia la memoria de esta hazaña.

3. Hizose así ni mas ni ménos, y desde luego dió el niño grandes señales de lo que habia de ser en adelante, porque antes de dos años ya llamaba *pueca* á su madre con mucha gracia, y decia *no chero, cuerno*, tan claramente como si fuera una persona; de manera, que era la diversion del lugar, y todos decian que habia de ser la honra de Campazas. Pasando por allí un fraile lego, que estaba en opinion de santo, porque á todo trataba de *tú*, llamaba *bi-*

chos á las mugeres, y á la Virgen *la borrega*, dijo que aquel niño habia de ser fraile, gran letrado y estupendo predicador. El suceso acreditó la verdad de la profecía; porque en cuanto á fraile, lo fué tanto como el que mas; lo de gran letrado, si no se verificó en esto de tener muchas letras, á lo menos en cuanto á ser gordas y abultadas las que tenía, se verificó cumplidamente; y en lo de ser estupendo predicador, no hubo mas que desear, porque este fué el talento mas sobresaliente de nuestro Gerundico, como se verá en el discurso de la historia.

4. Aun no sabia leer ni escribir, y ya sabia predicar; porque como pasaban por la casa de sus padres tantos frailes, especialmente cuesteros, verederos, predicadores sabatinos, y aquellos que en tiempo de cuaresma y adviento iban á predicar á los mercados de los lugares circunvecinos; y estos unas veces rogados por el tio Anton Zotes, y por su buena muger la tia Catanla; otras (y eran las mas) sin esperar á que se lo rogasen, sobre mesa sacaban sus papelones, y ni mas ni menos que si estuvieran en el púlpito, leían en tono alto, sonóro y concionatorio lo que llevaban prevenido; el niño Gerundio tenia gran gusto en oírlos, y despues en remedarlos, tomando de memoria los mayores disparates que los oía, que no parece sino que estos se le quedaban mejor, y si por milagro los oía alguna cosa buena, no habia forma de aprenderla.

5. En cierta ocasion estuvo en su casa á la cuesta del mes de agosto un padrecito de estos atusados, con su poco de copete en el frontispicio, cuelli-erguido, barbi-rabio, de hábito limpio y plegado, zapato chusco, calzon de ante, y gran cantador de jacaras á la guitarrilla, del cual no se apartaba un punto nuestro Gerundico, porque le daba confites. Tenia el buen padre mitad por mitad tanto de presumido, como de evaporado, y contaba, como estando él de colegial en uno de los conventos de Salamanca, le habia enviado su prelado á predicar un sermon de ánimas á Cabrerizos, y que habian concurrido á oírle muchos colegiales mayores, graduados y catedráticos de aquella Universidad, por el crédito que habia cogido en ella con ocasion de graduarse cierto rector de un colegio menor, ya ordenado in sacris, de quien era pública voz y fama, que despues de haber recibido el sub-diaconato subrepticamente y á hurtadillas, habia esta-

do un año en la cárcel eclesiástica de su tierra; por cuanto tres doncellas honradas habian presentado al señor provisor tres papeles con palabra de casamiento. Esto se compuso lo mejor que se pudo; volvió á proseguir sus estudios á Salamanca, porque era mozo de ingenio; quiso graduarse y encomendó una de las arengas al tal padrecito, que era paisano suyo, el cual comenzó por aquello de *aprehenderunt septem mulieres virum unum*; encajó despues lo de *fili tui de longé venient, et filice tuæ de latere surgent*; y no se le quedó en el tintero el texto tan oportuno de *generatio Rectorum benedicetur*. Y puesto que los textos y lugares de la sagrada escritura en semejantes composiciones puramente retóricas y profanas son tan inpertinentes y tan importunos como las fábulas y los versos de los poetas antiguos, usados á pasto y con inmoderacion, lo son en los sermones: no embarazante tampoco, que el tal fraile incurrió boniticamente en la escomunion, que el sagrado concilio de Trento tiene fulminada contra los que abusan de la sagrada escritura para liviandades, sátiras, chanzonetas y chocarrerías, la tal arenga tuvo su aplauso á título de truanesca, y el susodicho padre quedó tildado por pieza.

6. Pues como supieron que predicaba en Cabrerizos el sermón de ánimas, concurrieron con efecto á oírle todos aquellos ociosos y desocupados de Salamanca (hailos de todas clases y especies) que se huelgan á todo lo que sale; y el buen religioso quedó tan pagado de su sermón, que repetía, muchas cláusulas de él en todas las casas de los hermanos donde se hospedaba. Oigan ustedes por vida suya como comenzaba, dijo la primera noche de sobremesa á Anton Zotes, á su muger y al cura del lugar, que habia concurrido al levantarse los manteles, para cortejar al fraile y brindar á la salud de su buena venida, como es uso en toda buena crianza.

7. Fuego, fuego, fuego, que se quema la casa: *Domus mea, domus orationis vocabitur*. Ea Sacristan, toca esas retumbantes campanas: *In cymbalis bené somantibus*. Así lo hace; porque tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa, como dijo el discreto Picinelo: *Lazarus amicus noster dormit*. Agua, señores, agua, que se abrasa el mundo; *Quis dabit capiti meo aquam?* La Interlineal; *Qui erant in hoc mundo*. Pagnino: *Et mundus eum non cog-*

novit; pero que veo! ay, cristianos, que se abrasan las ánimas de los fieles! *Fidelium animæ*, y sirve de yesca á las voraces llamas derretida pez: *Requiescant in pasc,* *id est in pice*, como espone Vatablo; fuego de Dios; cómo quema! *Ignis á Deo illatus*. Pero, albricias, que ya baja la Virgen del Cármen á librar á las que trajeron su devoto escapulario: *Scapulis suis*. Dice Cristo, favor á la justicia: dice la Virgen, válgame la gracia. *Ave Maria*.

8. Anton Zotes estaba pasmado; á la tia Catanla se la caia la baba; el cura del lugar, que se habia ordenado con reverendas de sede-vacante, y entendia lo que rezaba como cualquiera monja, le miraba como atónito; y juró por los santos cuatro Evangelios, que aunque habia oido predicar la semana santa de Campazas á los predicadores Sabatinos mas famosos de toda la redonda, ninguno le llegaba á la suela del zapato. No acaba de ponderar aquel chiste de comenzar un sermon de ánimas con *fuego, fuego que se quema la casa*; ¿pues qué el ingenioso pensamiento de que lo mismo es tocar á muerto, que tocar á fuego? Tenga usted, señor cura, le interrumpió el padre, alargándole la caja para que tomase un polvo, que eso tiene mas alma de la que parece. Las almas de los difuntos ó están en la gloria ó están en el infierno ó están en el purgatorio; por las primeras no se toca, porque no han menester sufragios; por las segundas tampoco, porque no las aprovechan; con qué solo se toca por las terceras, para que Dios las saque de aquellas llamas: pues eso, y tocar á fuego, allá se va todo. Ahora prosiga usted con su glosa, que me da mucho gusto, y se conoce que es hombre que lo entiende; y no como cierto padre maestro de mi religion, que aunque es hombre grave en la órden, y le tienen por docto y de entendimiento, me tiene ojeriza desde que le negué el voto en un capítulo del convento para que fuese prelado, y me dijo, que el sermon era un hato de disparates, añadiendo, que eran delatables á la inquisicion.

9. Todos somos hombres, replicó el cura, y como de esas envidias se ven en las religiones. A fe, que acaso su reverendísima el tal padre maestro en todos los dias de su vida daria con una cosa tan oportuna como aquella de *agua agua, que se quema la casa*, con ser así, que despues de haber tocado las campanas á fuego, se estaba cayendo de

su peso el pedir agua. Añada usted, le dijo el padre colegial, que ahí se hace alusion al agua bendita, la cual, como usted sabe, es uno de los sufragios mas provechosos para las benditas ánimas del purgatorio. Eso es claro respondió el cura, porque el fuego se apaga con el agua, y así se lo esplico yo en la misa á mis feligreses. Desde que se lo oí predicar á su mercé (saltó la tia Catanla) tengo yo mucho cuidado de regar bien la sepultura de mi madre, porque dizque cada gota de agua bendita, que cae sobre ella, apaga una gota del fuego del purgatorio. Lo que mas me admira, continuó el cura, es la propiedad de los textos, que no parece sino que vuesa paternidad los trae en la manga; y cuando habla de agua, luego saca un texto, que habla de agua; cuando de casa, de casa; y cuando de mundo, de mundo: todos tan claros, que los entenderá cualquiera aunque no haya estudiado latin. Ese es el chiste respondió el padre; ¿pero va que no sabe Vmd. porqué traje el texto de *Lazarus amicus noster dormit*, cuando dije, que tocar á muerto y tocar á fuego es una misma cosa? Confieso que no lo entendí, dijo el buen cura; y que aunque me sonó á despropósito, pero como veo el grande ingenio de vuesa paternidad, lo atribuí á mi rudeza, y desde luego creí, que sin duda se ocultaba algun misterio; ¿y como que le hay? prosiguió el fraile: y sino dígame Vmd.; ¿cuando Cristo resucitó á Lázaro, no estaba este muerto? Así lo dice san Agustin, Lira, Cartagena y otros muchos, y no hay duda que esta es la sentencia mas probable; porque aunque el texto dice que dormia, *dormit*, es porque la muerte se llama sueño como lo notó doctamente el sapientísimo Idiota. Pues ahora, habiendo yo dicho *tocar á muerto*, venia de perlas poner delante un difunto. ¿Y por qué escogeria yo á Lázaro mas que á otro? Aquí está el chiste; porque el mayordomo de la cofradía de las ánimas de Cabrerizos se llamaba Lázaro, y era grande amigo de nuestro convento, el cual enviaba de limosna todos los años un cordero, y media cántara de vino. Por eso dije, *Lazarus amicus noster*; que al oirlo el alcalde, el regidor y el fiel de fechos, que estaban delante del púlpito, sentado en el banco de la señora justicia, dieron muchas cabezadas, mirándose unos á otros. No pudo contenerse el cura: levantóse del asiento, y echando al padre los brazos al cuello, le dijo casi llorando

de gozo: padre, vuesa paternidad es un demonio; y añadió Catanla; ¡benditas las madres que tales hijos paren!

10. A todo esto estaba muy atento el niño Gerundio, y no le quitaba ojo al religioso. Pero como la conversacion se iba alargando, y era algo tarde, vinole el sueño, y comenzó á llorar. Acostóse su madre, y á la mañana, como se habia quedado dormido con las especies que habia oído al padre, luego que despertó, se puso de pies y en camisa sobre la cama, y comenzó á predicar con mucha gracia el sermon, que habia oido por la noche, pero sin atar ni desatar, y repitiendo no mas que aquellas palabras mas fáciles, que podia pronunciar su tiernecita lengua, como *fuego, agua, campanas, saquistán, tio Lázaro*, y en lugar de Picinelo, Pagnino, y Vatablo, decia *pañuelo, pollino, y bien nabo*, porque aun no tenia fuerza para pronunciar la *l*. Anton Zotes y su muger quedaron aturridos: diéronle mil besos, despertaron al padre colegial, llamaron al cura, dijeron al niño, que repitiese el sermon delante de ellos; y él lo hizo con tanto donaire y donosura, que el cura le dió un ochavo para avellanas, el fraile seis chochos, su madre un poco de turrón de villada, que habia traído de una romería; y contando la buena de la Catanla la profecia del bendito lego (así le llamaba ella), todos convinieron en que aquel niño habia de ser gran predicador, y que sin perder tiempo era menester ponerle á la escuela de Villaornate, donde habia un maestro muy famoso.

CAPÍTULO V.

De los disparates que aprendió en la escuela de Villaornate.

Eralo un cojo, el cual siendo de diez años, se habia quebrado una pierna por ir á coger un nido. Habia sido discípulo en Leon de un maestro famoso, que de un rasgo hacia una pájara, de otro un pavellon, y con una *A* ó con una *M* al principio de una carta, cubria toda aquella primera llana de garambainas. Hacia carteles, que dedicaba á grandes personajes, los cuales por lo comun se los pagaban bien; y aunque le llamaban por esto el maestro so-

caliñas, á él se le daba poco de los murmuradores, y no por eso dejaba de hacer sus ridículos cortejos. Sobre todo era eminente en dibujar aquellos carteles, que llaman de letras de humo, y con efecto pintaba *un alabado*, que podia arder en un candil. De este insigne maestro fué discípulo el cojo de Villaornate; y era fama, que por lo menos habia salido tan primoroso garambainista, como su mismo maestro.

2. Siendo cosa averiguada que los cojos por lo comun son ladinos y avisados, este tal cojo de quien vamos hablando, no era lerdo, aunque picaba un poco en presumido, y en extravagante. Como salió tan buen pendolista, desde luego hizo ánimo á seguir la carrera de las escuelas; esto es, á ser maestro de niños: y para soltarse en la letra, se acomodó por dos ó tres años de escribiente con el notario de la vicaría de san Milan, el cual era hombre curioso, y tenia algunos libros romancistas, unos buenos y otros malos. Entre estos habia tres libritos de ortografía, cuyos autores seguian rumbos diferentes y aun opuestos, queriendo uno que se escribiese segun la etimología ó derivacion de las voces; otro defendiendo, que se habia de escribir como se pronunciaba; y otro, que se debia seguir en eso la costumbre. Cada uno alegaba por su parte razones, ejemplos, autoridades, citando academias, diccionarios, lexicones, *ex omni lingua, tribu, populo, et natione*; y cada cual esforzaba su partido con el mayor empeño, como si de este punto dependiera la conservacion, ó el trastornamiento y ruina universal de todo el orbe literario, conviniendo todos tres en que la ortografía era la verdadera *clavis scientiarum*, el fundamento de todo el buen saber, la puerta principal del templo de Minerva, y que si alguno entraba en él sin ser buen ortografista, entraba por la puerta falsa; no habiendo en el mundo cosa mas lastimosa, que el que se llamasen escritores los que no sabian escribir. Sobre este pie metia cada autor una zambra de todos los diantres en defensa de su particular opinion. Al etimologista y derivativo, se le partia el corazon de dolor, viendo á innumerables españoles indignos, que escribian *España* sin *H*, en gravísimo deshonor de la gloria de su misma patria, siendo así que se deriva de *Hispania*, y esta de *Hispaan*, aquel héroe, que hizo tantas proezas

en la caza de conejos, de donde en lengua *púnica* se vino á llamar *Hispania* toda tierra, donde habia mucha gaza-pina. Y si se quiere que se derive de *Hespero*, aun tiene origen y cuna mas brillante, pues no viene menos que del lucero vespertino, que es ayuda de cámara del sol cuando se acuesta, y le sirve el gorro para dormir, el cual á ojos vistos se ve, que está en el territorio celestial de nuestra amada patria; y quitándola á esta la *H* con sacrilega impiedad, oscurecióse todo el esplendor de su clarísimo origen; y los que hacen esto se han de llamar españoles? ¡ó indignidad; ó indecencia!

3. Pero donde perdia todos los estribos de la paciencia y aun de la razon, era en la torpe, en la bárbara, en la escandalosa costumbre ó corruptela de haber introducido la *Y* griega, cuando servia de conjuncion, en lugar de la *I* latina, que sobre ser mas pulida y mas pelada, tenia mas parentesco con el *et* de la misma lengua, de donde tomamos nosotros nuestra *i*. Fuera de que la *y* griega tiene una figura basta, rústica y grosera, pues se parece á la horquilla con que los labradores cargan los haces en el carro; y aunque no fuera mas que por esta gravísima razon, debia deterrarse de toda escritura culta y aseada. Por estó, decia dicho etimologista, siempre que leo en algun autor *y Pedro y Juan, y Diego*, en lugar de *i Diego, i Pedro, i Juan*, se me revuelven las tripas, se me conmueven de rabia las entrañas, y no me puedo contener sin decir entre dientes: Hi-de pu.... Y al contrario, no me harto de echar mil bendiciones á aquellos celebérrimos autores, que saben cual es su *I* derecha, y entre otros á dos catedráticos de dos famosas universidades, ambos inmortal honor de nuestro siglo, y envidia de los futuros, los cuales en sus dos importantísimos tratados de ortografía, han trabajado con glorioso empeño en restituir la *I* latina al trono de sus antepasados; por lo cual digo y diré mil veces, que son benditos entre todos los benditos.

4. No le iba en zaga el otro autor, que despreciando la etimologia y la derivacion, pretendia que en las lenguas vivas se debia escribir como se hablaba, sin quitar ni añadir letra alguna, que no se pronunciase. Era gusto ver como se encendia, como se irritaba, como se enfurecia contra la introduccion de tantas *hh*, *nn*, *ss*, otras letras impertinen-

tes, que no suenan en nuestra pronunciacion. Aquí de Dios, y del rey (decia el tal autor, que no parecia sino portu- gues en lo fanfarron y en lo arrogante): Si pronunciamos *ombre, onra, ijo* sin aspiracion ni alforjas; ¿á que ton hemos de pegar á estas palabras aquella *h* arrimadiza, que no es letra, ni calabaza, sino un recuerdo, ó un punto aspira- tivo? Y si se debe aspirar con la *h* siempre se pone; ¿por que nos reimos del andalúz cuando pronuncia *jijo, jonra, jombre*? Una de dos; ó él jabla bien, ó nosotros escribi- mos mal; ¿pues que diré de las *nn, ss, rr, pp* y demas letras dobles, que desperdiciamos lo mas lastimosamente del mun- do? Si suena lo mismo *pasion* con una *s* que con dos; *ino- cente* con una *n* que con dos; *Philipo* con una *p* que con dos; *ut quid perditio hæc*? Que doblemos las letras en aquellas palabras, en que se pronuncian con particular for- taleza, ó en las cuales, sino se doblan, se puede confun- dir su significado con otro, como en *perro* para distin- guirle de *pero*, en *parro*, para diferenciarle de *paro*, y en *cerro* para que no se equivoque con *cero*, vaya; pero en *buro*, que ya se sabe lo que es, y no puede equivo- carse con otro algun significado; para que hemos de gastar una *r* mas, que despues puede acernos falta para mil co- sas; ¿es esto mas que gastar tinta, papel y tiempo contra todas las reglas de la buena economia? No digo nada de la prodigalidad con que malvaratamos un prodigioso cau- dal de *uu*, que para nada nos sirven á nosotros, y con las cuales se podian remediar muchisimas pobres naciones, que no tienen una *u* que llegar á la boca: v. gr. *en qué*, en *por qué*, en *para qué*, en *quiero*, et reliqua; ¿no me dirán ustedes qué falta nos gace la *u*, puesto que no se pronun- cia; estaria peor escrito *quiero, por qué, para qué*, etc? Aña- do, que como la misma *q* lleva envuelta en su misma pro- nunciacion la *u*, podiamos ahorrar muchísimo caudal de *uu* para una urgencia, aun en aquellas voces en que cla- ramente suena esta letra: porque; ¿qué inconveniente tendria, que escribiésemos *qerno, qando, qales*, para pronunciar *querno, cuando, quales*? Aun hay mas en la materia: puesto que la *K* tiene la misma fuerza que la *q*, todas las veces que la *u* no se declare, distingamos de tiempos y con- cordaremos derechos; quiero decir, desterremos la *q* de to- das aquellas palabras, en que no se pronuncia la *u*, y val-

gámonos de la *K*, pues aunque así se parecerá la escritura á los *kyries* de la misa, no perderá nada por eso. Vaya un *verbi gracia* de toda esta ortografía.

5. «El hombre ke kiera escribir coretamente, uya qanto «pudiere de escribir akellas letras, ke no se egspresan en «la pronunciacion; porke es desonra de la pluma, ke debe «ser buena ija de la lengua, no aprender lo ke la enseña «su madre, etc.» Cuéntense las *uu* que se ahorran en solo este período, y por aquí se sacará las que se podian aborrar al cabo del año en libros, instrumentos y cartas; y luego extrañarán que se haya encarecido el papel.

6. Por el contrario, el ortografista, que era de opinion, que en esto de escribir se habia de seguir la costumbre, no se metia en dibujos; y haciendo gran burla de los que gastaban el calor natural en estas vagatelas, decia, que en escribiendo como habian escrito nuestros abuelos se cumplia bastantemente; y mas cuando en esto de ortografía, hasta ahora no se habian establecido principios ciertos y generalmente admitidos, mas que unos pocos, y que en lo restante cada uno fingia los que se le antojaba. El cojo, que como ya dijimos era un sí es no es muchísimo extravagante, leyó todos los tres tratados; y como vió que la materia tenia mucho de arbitraria, y que cada cual discurría segun los senderos de su corazon, le vino á la imaginacion un extraño pensamiento. Parecióle que él tenia tanto caudal como cualquiera para ser inventor fundador y patriarca de un nuevo sistema ortográfico; y aun se lisonjeó su vanidad, que acaso daria con uno jamas oido ni imaginado, que fuese mas racional y mas justo que todos los descubiertos; figurándosele, que si acertaba con él, se haria el maestro de niños mas famoso, que habia habido en el mundo, desde la fundacion de las escuelas hasta institucion de los *esculapios inclusive*.

7. Con esta idea comenzó á razonar allá para consigo, diciéndose á sí mismo; válgame Dios! las palabras son imágenes de los conceptos, y las letras se inventáron para ser representacion de las palabras; con que por fin y postre ellas tambien vienen á ser representacion de los conceptos. Pues ahora, aquellas letras que representaren mejor lo que se concibe, esas serán las mas propias y adecuadas; y así, cuando yo concibo una cosa pequeña la debo escribir con

letra pequeña, y cuando grande con letra grande. Verbi gracia; ¿que cosa mas impertinente, que hablando de una pierna de baca, escribirla con una *p* tan pequeña, como si se hablara de una pierna de hormiga, y tratando de un monte, usar una *m* tan ruin, como si tratara de un mosquito? Esto no se puede tolerar, y ha sido una inadvertencia fatal y crasísima de todos cuantos han escrito hasta aquí; hay cosa mas graciosa, ó por mejor decir mas ridícula, que igualar á Zaquéo en la *Z* con Zorobabel y con Zabulon; siendo asi, que consta de la escritura, que el primero era pequeñito y casi enano, y los otros dos cualquiera hombre de juicio los concibe por lo menos tan grandes y tan corpulentos como el mayor gigantón del dia del Corpus? Porque pensar, que no llenaban tanto espacio de aire, como llenan de boca, *proportione servatú*; es cuento de niños. Pues vé aquí, que salgan Zaquéo, y Zabulon en un escrito; ¡y que siendo ó habiendo sido en sí mismos tan desiguales en el tamaño, han de parecer iguales en la escritura! Vaya, que es un grandísimo despropósito. Item, si se habla de un hombre, en quien todas las cosas fueron grandes, como si dijéramos un san Agustin, ponderando su talento, su ingenio, su comprension; ¿hemos de escribir y pintar en el papel estas agigantadas prendas con unas letricas tan menudas y tan indivisibles, como si habláramos por comparanza de las del autor *del Poema Epico de la vida de san Anton* y otros de la misma calaña? Eso seria cosa ridicula, y aun ofensiva á la grandeza de un santo padre de tanta magnitud. Fuera de que ¿donde puede haber mayor primor, que el hacer que qualquiera lector, solo con abrir un libro, y antes de leer ni una sola palabra, conozca por el mismo tamaño y multitud de las letras grandes, que allí se trata de cosas grandiosas, magnificas y abultadas; y al contrario, en viendo que todas las letras son de estatura regular menos tal cual que sobresale á trechos, como los pendones en la procesion, cierre incontinenti el libro, y no pierda tiempo en leerle, conociendo desde luego, que no se contienen en él sino cosas muy ordinarias y comunes? Quiero explicar esto con el ejemplo de un estupendo sermon, predicado al mismo san Agustin, el mejor que he oido ni pienso oir en los dias de mi vida. Preguntaba el predicador; ¿por qué á san Agustin se le llamaba el

gran padre de la iglesia, y á ningun otro santo padre ni doctor de ella se le daba este *epiteto*? (Asi decia él). Y respondió:

8. « Porque mi Agustino, no solo fué gran padre, sino « gran madre, y gran abuelo de la iglesia. Gran padre, por- « que antes de su conversion tuvo muchos hijos aunque no « se le logró mas que uno. Gran madre, porque concibió, y « parió muchos libros. Gran abuelo, porque engendró á los « hermitaños de san Agustin, y los hermitaños de san Agus- « tin engendraron despues todas las religiones mendicantes, « que siguen su santa regla, las cuales todas son nietas del « grande Agustino. Y note de paso el discreto, que la regla « destruye la maternidad, y la regla fué la que aseguró la « paternidad de mi gran padre. *Magnus Parens* »

9. Este trozo de sermon, que oí con estos mismísimos oídos, que han de comer la tierra, y un pobre ignorante y mentecato, aunque tenia crédito de gran letrado y hombre maduro, trató de puerco, sucio, hediondo y digno del fuego; pero á mí me pareció, y hoy dia me lo parece, la cosa mayor del mundo: digo que este trozo de sermon, escrito como está escrito, esto es, con letras mayúsculas, y garrafales en todo lo que toca á san Agustin, desde la primera vista llama la atencion del lector, y le hace conocer, que allí se contienen cosas grandes, y sin poderse contener, luego se avalanza á leerlo: cuando al contrario, si estuviera escrito con letras ordinarias, no pararia mientes en él, y quizá le arrimaria sin haber leído una letra. Así que en esta mi ortografía se logra lo primero, la propiedad de las letras con los conceptos que representan; lo segundo el decoro de las personas de quien se trata; lo tercero, el llamar la atencion de los lectores. Y podia añadir lo cuarto, que tambien se logra la hermosura del mismo escrito; porque son las letras grandes en el papel lo que los árboles en la huerta, que la amenizan y la agracian, y desde luego da á entender, que aquella es huerta de señor; cuando un libro todo de letras iguales y pequeñas, parece huerta de verdura y hortaliza, que es cosa de frailes y gente ordinaria.

10. Con estas disparatadas consideraciones se enamoró tanto el extravagante cojo de su ideada ortografía, que resolvió seguirla, entablarla y enseñarla. Y habiendo vacado por aquel tiempo la escuela de Villaornate, por ascenso del maestro

actual á fiel de fechos de Cojeces de abajo, la pretendió y la logró á dos paletadas; porque ya habia cobrado mucha fama en toda la tierra, con ocasion de los litigantes que acudian á la vicaría. Llovian niños como paja de todo el contorno á la fama de tan estupendo maestro; y Anton Zotes y su muger resolvieron enviar allá á su Gerundico, para que no se malograra la viveza que mostraba. El cojo le hizo mil caricias, y desde luego comenzo á distinguirle entre todos los demás niños. Sentábale junto á sí, haciale punteros, limpiábale los mocos, dábale avellanas y mondaduras de peras, y cuando el niño tenia gana de proveerse, el mismo maestro le soltaba los dos cuartos traseros de las bragas (porque consta de instrumentos de aquel tiempo que eran abiertas) y arremangándole la camisita, le llevaba en esta postura hasta el corral, donde el chicuelo hacia lo que habia menester. No era oro todo lo que relucia, y el bellaco del cojo sabia bien que no echaba en saco roto los cariños que hacía á Gerundico; porque á los buenos de sus padres se les caia con esto la baba; y ademas de pagarle muy puntualmente el real del mes, la rosca del sábado, que llevaba su hijo, era la primera y la mayor, y siempre acompañada con dos huevos de paba, que no parecian sino mesmamente como dos bolas de trucos. Amen de eso, en tiempo de mantanza eran corrientes y seguras tres morcillas, con un buen pedazo de solomo: esto sin entrar en cuenta la morcilla cagalar con dos buenas varas de longaniza, que era el colgajo del dia de san Martin, nombre que tenia el maestro. Y cuando paria señora (asi llamaban los niños á la maestra), era cosa sabida, que la tia Cataula la regalaba con dos gallinas las mas gordas que habia en todo su gallinero, y con una libra de vizcochos, que se traian exprofesamente de la confitería de Villamañan. Con esto se esmeraban maestro y maestra en acariciar al niño, tanto, que la maestra t dos los sábados le cortaba las uñas, y de quince en quince dias le espulgaba la cabeza, y sacaba las liendres.

CAPÍTULO VI.

En que se parte el capítulo quinto, porque ya va largo,

Pues con este cuidado, que el maestro tenia de Gerundico, con la aplicacion del niño, y con su viveza é ingenio, que realmente le tenia, aprendió fácilmente y presto todo cuanto le enseñaban. Su desgracia fué, que siempre le deparó la suerte maestros estrafalarios y estrambóticos como el cojo, que en todas las facultades le enseñaron mil sandeces, formándole desde niño un gusto tan particular á todo lo ridículo, impertinente y estravagante, que jamas hubo forma de quitársele; y aunque muchas veces encontró con sugetos hábiles, cuerdos y maduros, que intentáron abrirle los ojos, para que distinguiese lo bueno de lo malo (como se verá en el discurso de esta puntual historia), nunca fué posible apearle de su capricho: tanta impresion habian hecho en su ánimo los primeros disparates. El cojo los inventaba cada dia mayores, y habiendo leído en un libro, que se intitula *maestro del maestro de niños*, que este debe poner particular cuidado en enseñarlos la lengua propia, nativa y materna con pureza y con propiedad: por quanto enseña la experiencia: que la incongruidad, barbarismos y solecismos, con que la hablan toda la vida muchos nacionales, dependen de los malos modos, impropiedades y frases desacertadas, que se les pegan cuando niños; él hacia grandísimo estudio de enseñarlos á hablar bien la lengua castellana; pero era el caso, que él mismo no la podia hablar peor; porque como era tan presumido y tan exótico en el modo de concebir así como habia inventado una estravagantísima ortografía, así tambien se le habia puesto en la cabeza, que podia inventar una lengua no menos extravagante.

2. Mientras fué escribiente del notario de san Millan, habia notado en varios procesos, que se decía así: *cuarto testigo examinado, Maria Gavillan: octavo testigo examinado, Sebastiana Palomo*. Esto le chocaba infinitamente; porque decía, que si los hombres eran testigos, las mugeres se habian de llamar *testigas*, pues lo contrario era confundir los sexos, y parecia romance de vizcaíno. De la

misma manera no podia sufrir, que el autor de la vida de santa Catalina dijese, *Catalina, sugeto de nuestra historia*; pareciéndole, que *Catalina y sugeto* eran mala concordancia, pues venia á ser lo mismo que si se dijera: *Catalina el hombre de nuestra historia*, siendo cosa averiguada, que solamente los hombres se deben llamar *sugetos*, y las mugeres *sugetas*; ¿pues qué, cuando encontraba en un libro, *era una muger no comun, era un gigante*? Entonces perdia los estribos de la paciencia, y decia á sus chicos todo en colera y furioso: ya no falta mas sino que nos quiten las barbas y los calzones y se los pongan á las mugeres; ¿por qué no se dirá, *era una muger no comun, era una gigante*? Y por esta misma regla los enseñaba, que nunca dijesen, *el alma, el arte, el agua*, sino *la alma, la agua, la arte*, pues lo contrario era *ridiculario*, como dice el indigesto y docto Barbadiño.

3. Sobre todo estaba de malísimo humor con aquellos verbos y nombres de la lengua castellana, que comenzaban con *arre*, como *arrepentirse, arremangarse, arreglarse, arreo, etc.* jurando y perjurando, que no habia de parar hasta desterrarlos de todos los dominios de España: porque era imposible, que no los hubiesen introducido en ella algunos arrieros de los que conducian el bagaje de los Godos, y de los Arabes. Decia á sus niños, que hablar de esta manera era mala crianza, porque era tratar de burros ó de machos á las personas. Y á este propósito los contaba, que yendo un padre maestro de cierta religion por Salamanca, y llevando por compañero á un frailecito irlandes recién transplantado de Irlanda, que aun no entendia bien nuestra lengua, encontraron en la calle del río muchos aguadores con sus burros delante, que iban diciendo, *arre, arre*. Preguntó el irlandesillo al padre maestro; ¿que queria decir *arre*, pronunciando la *r* blandamente, como lo acostumbran los estrangeros? Respondióle el maestro, que aquello queria decir, que anduviesen los burros adelante. A poco trecho despues encontró el maestro á un amigo suyo, con quien se paró á hablar en medio de la calle: la conversacion iba algo larga; cansábase el irlandes, y no sabiendo otro modo de esplicarse, cogio de la manga á su compañero y le dijo con mucha gracia: *arre, padre maestro, arre*: lo cual se celebró con grande risa en Salamanca. Pues ahora, decia el cojo

hecho un veneno, que el *arre* váya solo, que váya con la comitiva y acompañamiento de otras letras, siempre es *arre*, y siempre es una grandísima desvergüenza y descortesía, que á los racionales nos traten de esta manera: y así tenga entendido todo aquel que me arreare las orejas que yo le he de arrear á él el cu...: y acabolo de pronunciar redondamente. A este tiempo le vino gana de hacer cierto menester á un niño, que todavía andaba en sayas, fuese delante de la mesa donde estaba el maestro, puso las manicas, y le pidió la caca con grandísima inocencia; pero le dijo, que no sabia *arremangarse*. Pues yo te enseñaré, grandísimo bellaco, le respondió el cojo enfurecido: y diciendo y haciendo, le levantó las faldas, y le asentó unos buenos azotes, repitiéndole á cada uno de ellos: *anda, para que otra vez no vengas á arremangarnos los livianos*.

4. Todas estas lecciones las tomaba de memoria admirablemente nuestro Gerundico; y como por otra parte en poco mas de un año aprendió á leer por libro, por carta y por proceso, y aun á hacer palotes y á escribir de á ocho, el maestro se empeñó en cultivarle mas y mas, enseñándole lo mas recondito que él mismo sabia, y con lo que lo habia lucido en mas de dos convites de cofradía, asistiendo á la mesa algunos curas, que eran tenidos por los mayores moralistones de toda la comarca; y uno, que tenia en la uña todo el Larraga, y era un hombre que se perdia de vista, se quedó embobado, habiéndole oido en cierta ocasion.

5. Fué pues el caso, que como la fortuna ó la mala trampa deparaban al buen cojo todas las cosas ridículas, y él tenia tanta habilidad para que lo fuesen en su boca las mas discretas, por no saber entenderlas ni aprovecharse de ellas, llegó á sus manos, no se sabe como, una comedia castellana intitulada: *el villano caballero*, que es copia mal sacada y peor zurcida, de otra que escribió en frances el incomparable Molière, casi con el mismo titulo. En ella se hace una graciosísima burla de aquellos maestros pedantes, que pierden el tiempo en enseñar á los niños cosas impertinentes y ridículas, que tanto importa ignorarlas como saberlas; y para esto se introduce al maestro ó al preceptor del repentino caballero, que con grande aparato y ostentacion de voces le enseña como se pronuncian las letras vocales y las consonantes. El cojo de mis pecados tomó de me-

moria todo aquel chistosísimo pasage; y como era tan cojo de entendederas como de pies, entendióle con la mayor seriedad del mundo, y la que en realidad no es mas que una delicadísima sátira, se le representó como una leccion tan importante, que sin ella no podia haber maestro de niños; que en Dios y en conciencia mereciese serlo.

6. Un dia pues habiendo corregido las planas mas aprisa de lo acostumbrado, llamó á Gerundio, hizole poner en pie delante de la mesa, tocó la campanilla á silencio, intimó atencion á todos los muchachos, y dirigiendo la palabra al niño Gerundio, le preguntó con mucha gravedad: ¿dime, hijo, cuántas son las letras? Respondió el niño prontamente; señor maestro, yo no lo sé, porque no las he contado. Pues has de saber, continuó el cojo, que son veinte y cuatro, y sino cuéntalas. Contolas el niño, y dijo con intrepidez: Señor maestro, en mi cartilla salen veinte y cinco. Eres un tonto, le replicó el maestro, porque las dos *A a* primeras no son mas que una letra, con forma ó con figura diferente. Conoció que se habia cortado el chico, y para alentarle añadió: no estraño que siendo tú un niño, y no habiendo mas que un año que andas á la escuela, no supieses el número de las letras, porque hombres conozco yo, que están llenos de canas, se llaman doctísimos, y se ven en grandes puestos, y no saben cuantas son las letras del abecedario; ¡pero así anda el mundo! Y al decir esto, arrancó un profundísimo suspiro. La culpa de esta fatal ignorancia la tienen las repúblicas y los magistrados; que admiten para maestros de escuela á unos idiotas, que no valian ni aun para monacillos; pero esto no es para vosotros ni para aquí: tiempo vendrá en que sabrá el rey lo que pasa. Vamos adelante.

7. De estas veinte y cuatro letras, unas se llaman *vocales* y otras *consonantes*. Las vocales son cinco, a, e, i, o, u: llámanse vocales, porque se pronuncian con la boca; ¿pues acaso las otras, señor maestro (le interrumpió Gerundio con su natural viveza), se pronuncian con el cu...? y díjolo por entero. Los muchachos se rieron mucho; el cojo se corrió un poco, pero tomándolo á gracia, se contento con ponerse un poco serio, diciéndole: no seas intrépido y déjame acabar lo que iba á decir. Digo pues, que las vocales se llaman así, porque se pronuncian con la boca y puramente con la voz; pero las consonantes se pronuncian con otras vocales.

Esto se esplica mejor con los ejemplos. *A*, primera vocal, se pronuncia abriendo mucho la boca, *A*. Luego que oyó esto Gerundico, abrió su boquita, y mirando á todas partes, repetia muchas veces *a, a, a*; tiene razon el señor maestro. Y éste prosiguió: la *E* se pronuncia acercando la mandíbula inferior á la superior, esto es, la quijada de abajo á la de arriba, *e*. A ver, á ver como lo hago yo, señor maestro, dijo el niño *e, e, e: a, a, a, e*; Jesus, y que cosa tan buena! La *I* se pronuncia acercando mas las quijadas una á otra, y retirando igualmente las dos extremidades de la boca hácia los orejas, *i, i*. Deje usted; ¿á ver si yo sé hacerlo? *i, i, i* Ni mas, ni menos, hijo mio, y pronuncias la *i á la perfeccion*. La *O* se forma abriendo las quijadas, y despues juntando los labios por los extremos, sacándolos un poco hácia fuera, y formando la misma figura de ellos como una cosa redonda, que representa una *o*. Gerundillo con su acostumbrada intrepidez, luego comenzó á hacer la prueba y á gritar *o, o, o*: el maestro quiso saber si los demás muchachos habian aprendido tambien las importantísimas lecciones que los acababa de enseñar, y mandó que todos á un tiempo y en voz alta pronunciasen las letras que les habia esplicado. Al punto se oyó una gritería, una confusion y una algarabía de todos los diantres: unos gritaban *a, a*; otros *e, e*; otros *i, i*; otros *o, o*. El cojo andaba de banco en banco, mirando á unos, observando á otros, y emendando á todos: á este le abria mas las mandíbulas, á aquel se las cerraba un poco; á uno le plegaba los labios, á otro se los descosia; y en fin era tal la gritería, la confusion y la zambra, que parecia la escuela ni mas ni menos al coro de la santa iglesia de Toledo en las vísperas de la Expectacion.

8. Bien atestada la cabeza de estas impertinencias, y muy aprovechado en necedades y en extravagancias, leyendo mal y escribiendo peor, se volvió nuestro Gerundio á Campazas; porque el maestro habia dicho á sus padres, que ya era cargo de conciencia tenerle mas tiempo en la escuela, siendo un muchacho que se perdia de vista, y encargándoles que no dejasen de ponerle luego á la gramática, porque habia de ser la honra de la tierra. La misma noche que llegó hizo nuestro Escolin ostentacion de sus habilidades y de lo mucho que habia aprendido en la escuela, delante de sus padres, del cura del lugar, y de un fraile, que iba

con obediencia á otro convento, porque de estos apenas se limpiaba la casa. Gerundico preguntó al cura: ¿á que no sabe usted cuantas son las letras de la cartilla? El cura se cortó, oyendo una pregunta, que jamás se la habian hecho, y respondió: Hijo, yo nunca las he contado. ¿Pues cuéntelas usted, prosiguió el chico; y va un ochavo á que aun despues de haberlas contado no sabe cuantas son? contó el cura veinte y cinco, despues de haberse errado dos veces en el a, b, c; y el niño dando muchas palmadas, decia: Ay! ay! que le cogí, que le gané, porque cuenta por dos letras las dos A a primeras, y no es mas que una letra escrita de dos modos diferentes. Despues preguntó al padre: ¿vaya otro ochavo á que no me dice usted como se escribe burro, con *b* pequeña ó con *B* grande? hijo, respondió el buen religioso, yo siempre le he visto escrito con *b* pequeña. No señor, no señor, le replicó el muchacho: si el burro es pequenito y anda todavía á la escuela, se escribe con *b* pequeña; pero si es un burro grande, como el Burro de mi padre, se escribe con *B* grande; porque dice el señor maestro, que las cosas se han de escribir como ellas son, y que por eso una pierna de baca se ha de escribir con una *P* mayor, que una pierna de carnero. A todos les hizo grande fuerza la razon, y no quedaron menos admirados de la profunda sabiduria del maestro, que del adelantamiento del discipulo: y el buen padre confesó, que aunque habia cursado en las dos universidades de Salamanca y Valladolid, jamás habia oido en ellas cosa semejante; y vuelto á Anton Zotes y á su muger los dijo muy ponderado: señores hermanos, no tienen que arrepentirse de lo que han gastado con el maestro de Villaornate, porque lo han empleado bien. Cuando el niño oyó *arrepentirse*, comenzó á hacer grandes aspamientos, y á decir; Jesus! Jesus! que mala palabra; *arrepentirse!* no señor, no señor, no se dice *arrepentirse* ni cosa que lleve *arre* que eso dice señor maestro, que es bueno para los burros ó para las ruecas (*recuas* querrás decir, hijo, le interrumpió Anton Zotes, cayéndosele la baba): Si señor, para las recuas, y no para los cristianos; los cuales debemos decir *enrepen-tir*, *enremangar*, *enreglar* el papel, y cosas semejantes. El cura estaba aturdido, el religioso se hacia cruces, la buena de la Catanla lloraba de gozo, y Anton Zotes no se

pudo contener sin exclamar; *vaya, que es bobada!* que es la frase con que se pondera en Campos una cosa nunca vista ni oída.

9. Como Gerundico vió el aplauso con que se celebraban sus agudezas, quiso echar todos los registros, y volviéndose segunda vez al cura, le dijo: señor cura, pregúnteme usted de las vocales, y de las consonantes. El cura, que no entendia palabra de lo que el niño queria decir, le respondió; *¿De que brocales, hijo; del brocal del pozo del humilladero, y del otro que está junto á la hermita de san Blas?* No señor, de las letras consonantes y de las vocales. Cortóse el bueno del cura, confesando, que á él nunca le habian enseñado cosas tan bondas. Pues á mí sí, continuó el niño, y de rabo á oreja, sin faltarle punto ni coma, los encajó toda la ridícula arenga, que habia oído al cojo de su maestro sobre las letras vocales y consonantes; y en acabando, para ver si la habian entendido, dijo á su madre: *¿Madrica, como se pronuncia la A^a hijo, como se ha de pronunciar: así, A, abriendo la boca. No, madre; ¿pero como se habre la boca? como se ha de abrir, hijo, de esta manera, A.* Que no es eso, señora: pero cuando usted la abre para pronunciar la A; ¿que es lo que hace? abrirla, hijo mio, respondió la bonísima Catanla: abrirla? eso cualquiera lo dice: tambien se abre para pronunciar E, y para pronunciar I, O, U, y entonces no se pronuncia A. Mire usted, para pronunciar A, se baja una quijada, y se levanta otra, de esta manera: y cogiendo con sus manos las mandíbulas de la madre, la bajaba la inferior y la subía la superior, diciéndola, que cuanto mas abriese la boca, mayor seria la A que pronunciaría: Hizo despues, que el padre pronunciasse la E, el cura la I, el fraile la O, y él escogió por la mas dificultosa de todas la pronunciacion de la U, encargándolos que todos á un tiempo pronunciasen la letra que tocaba á cada uno levantando la voz todo cuanto pudiesen, y observando unos á otros la postara de la boca, para que viesen la puntualidad de las reglas, que le habia enseñado el señor maestro. El metal de las voces era muy diferente; porque la tia Catanla la tenia hombruna y carraspeña, Anton Zotes clueca y algo aternerada, el cura gangosa y tabacuna, el padre, que estaba ya aperdigado para vicario de coro, corpulenta y bercerril, Gerundico

atiplada y de chillido. Comenzó cada uno á representar su papel y á pronunciar su letra levantando el grito á cual mas podia: hundíase el cuarto, atronábase la casa, era noche de verano, y todo el lugar estaba tomando el fresco á las puertas de la calle. Al estruendo y á la algazara de la casa de Anton Zotes, acudieron todos los vecinos, creyendo que se quemaba ó que habia sucedido alguna desgracia; entran en la sala, prosiguen los gritos descompasados, ven aquellas figuras, y como ignoraban lo que habia pasado, juzgan que todos se han vuelto locos. Ya iban á atarlos, cuando sucedió una cosa nunca creida, ni imaginada, que hizo cesar de repente la gritería, y por poco no convirtió la música en responsos. Como la buena de la Catania abria tanto la boca para pronunciar su *A*, y naturaleza liberal la habia proveido de este organo abundantísimamente, siendo muger que de un bocado se engullía una pera de donguindo hasta el pezon, quiso su desgracia que se la desencajó la mandibula inferior tan descompasadamente, que se quedó hecha un mascarón de retablo, viéndosela toda la entrada del osofago, y de la traqui-arteria, con los conductos salivales, tan clara y distintamente, que el barbero dijo descubria hasta los vasos linfáticos, donde excretaba la respiracion. Cesaron las voces, asustáronse todos, hicieron mil diligencias para restituir la mandibula á su lugar; pero todas sin fruto, hasta que al barbero le ocurrió cogerla de repente, y darla por debajo de la barba un cachete tan furioso, que se la volvió á encajar en su sitio natural, bien que, como estaba desprevenida, se mordió un poco la lengua, y escupió algo de sangre. Con esto paró en risa la funcion; y habiéndose instruidos los concurrentes del motivo de ella, quedaron pasmados de lo que sabia el niño Gerundio, y todos dijeron á su padre que le diese estudios, porque sin duda habia de ser obispo.

CAPÍTULO VII.

Estudia gramática con un domine, que por lo que toca al entendimiento, no se podia casar sin dispensacion con el cojo de Villaornate.

En eso estaba ya Anton Zotes; pero toda la duda era, si le habia de enviar á Villagarcia, ó á cierto lugar, no distante de Campazas, donde habia un domine, que tenia aturdida toda la tierra, y muchos decian, que era mayor latino que el famoso Taranilla. Pero la tia Catanla se puso como una furia, diciendo, que primero se habia de echar en un pozo, que permitir que su hijo fuese á Villagarcia, á que se le matasen los teatinos; porque su marido *toadía* tenia las señales de una *guella* de azotes, que le habian dado en junta de generales, solo porque de cuando en cuando bebia dos ó tres azumbres de vino mas de las que llevaba su *estógamo*, y porque se iba á divertir con las mozas del lugar, que todas eran niñerías, y cosas que las hacen los mozos mas honrados, sin que perdian por eso casamiento, ni dejen de cumplir honradamente con la *Perrochia*, como cualquiera cristiano viejo. Con esto, por contentarla, se determinó finalmente, que el muchacho fuese á estudiar con el domine; y mas, que Anton Zotes, afirmaba con juramento, que solo él habia construido la elegante dedicatoria de su hermano el Gimnasiarca, sin errar punto: cosa que no habian hecho los mayores moralistas de todo el páramo, ni ninguno de cuantos religiosos doctos se habian hospedado en su casa, aunque algunos de ellos habian sido definidores.

2. Luego pues que llegó san Lucas, el mismo Anton llevó á su hijo á presentársele y á recomendársele al domine. Era este un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista, y perpetuamente aforrado en un tabardo talar de paño pardo, con uno entre becoquin y casquete de cuero rayado, que en su primitiva fundacion habia sido ne-

gro, pero ya era del mismo color que el tabardo. Su conversacion era taraceada de latin y de romance, citando á cada paso dichos, sentencias, emistichios, y versos enteros de poetas, oradores, historiadores y gramáticos latinos antiguos y modernos, para apoyar cualquiera friolera. Díjole Anton Zotes, que aquel muchacho era hijo suyo, y que como padre queria darle la mejor crianza, que pudiese. *Optimè enim veró*, le interrumpió luego el domine, esa es la primera obligacion de los padres, *maximè* cuando Dios les ha dado bastantes conveniencias. Díjolo Plutarco: *Nil antiquius, nil parentibus sanctius, quàm ut filiorum curam habeant; iis præsertim quos Pluto non omninò insalutatos reliquit.* Añadió Anton Zotes, que él habia estudiado tambien su poco de gramática, y queria que su hijo la estudiase. *Qualis pater, talis filius*, le replicó el preceptor: aunque mejor lo dijo el otro, hablando de las madres, y de las hijas: *de meretrice puta, quòd sit semper filia..... Nam sequitur levitèr filia matris iter:* lo que ya Vm. vé cuan fácilmente se puede acomodar á los hijos respecto de los padres; y *obitèr* sepa Vm. que á esto llamamos nosotros versos leoninos; porque asi como el leon (*animal rugibile* le define el filósofo) cuando enrosca la cola, viene á caer la extremidad de ella (*caudo caudæ*, cola de la cola la llamé yo en una dedicatoria á la ciudad de Leon) sobre la mitad del cuerpo, ó de la espalda de la rugible fiera; asi la cola del verso, que es la última palabra, como que se enrosca y viene á caer sobre la mitad del mismo verso. Nótelo Vm. en el exametro; *puta-puta*: clavado: despues el pentámetro: *iter-levitèr*, de quien *iter* es eco. Porque, aunque un moderno (*quos neotericos dicimus cultissimi latinorum*) quiera decir, que esto de los ecos es invencion pueril, rídica y de ayer acá, *pace tanti viri*, le diré yo en sus mismas barbas, que ya en tiempo de Marcial era muy usado entre los griegos, *juxta illud: nusquàm græcula quòd recantat echo.* Y si fuera menester citar á Aristóteles, á Euripides, á Callimaco, y aun al mismo Gauradas, que no por que sea un poeta poco conocido, deja de tener mas de dos mil años de antigüedad, yo le haria ver *luce meridiana clarius*, si era ó no era invencion moderna esto de los ecos; y luego le preguntaria, si era verisimil que inventase una cosa pueril y rídica

un hombre que se llamaba *Gauradas*; *O furor! O insania maledicendi!*

Pues señor, prosigió Anton Zotes, este niño muestra mucha viveza, aunque no tiene mas que diez años, *Ætas humanioribus litteris aptissima* (interrumpió el pedante), como dijo Justo Lipsio; y aun con mayor elegancia en otra parte: *decennis Romanæ linguæ elementis maturatus*, Porque si bien es verdad, que de esa y aun de menor edad se han visto en el mundo algunos niños, que ya eran perfectos grámaticos, retóricos y poetas (*quos videre sis apud Anium viterbiensem de præcocibus mentis partibus*); pero esos se llaman con razon mónstruos de la naturaleza: *mostrum horrendum, ingens*. Y Quinto Horacio Flacco (*quem Lyricorum Antistitem, exlitisse, mortalium nemo iverit inficias*) no gustaba de esos frutos anticipados, pareciéndole que casi siempre se malograban; y así *solemne erat illi dicere: odi puero præcoces fructus*. Y el cojo de Villaornate, que fué su maestro.... (iba á proseguir el buen Anton). Tenga Vm. le cortó el enlatinizado domine: *Siste gradum, viator*. ¿El cojo de Villaornate fué maestro de este niño? Sí señor, respondió el padre: *¡ó fortunate nate!* exclamó el eruditísimo preceptor; *¡ó niño mil veces afortunado!* Muchos cojos famosos celebró la antigüedad, como lo habrá leído Vm. en el curiosísimo tratado de *Claudis non claudicantibus*, de los cojos que no cojeáron, tomando el presente por el pretérito, segun aquella figura retórica, *præsens pro præterito*, á quien nosotros llamamos *Enalage*: tratado que compuso un prevoste de los mercaderes de Leon de Francia, llamado monsiur Pericon; porque, sepalo usted de paso, en Francia hasta los pericones son monsiures, y pueden ser prevostes. *Imó potius*, sin recurrir á tiempos antiguos, *novissimis his temporibus*, en nuestros dias hubo en la misma Francia un celebérri- mo cojo llamado Gil Menage, que aunque no fué cojo *natura sua*, al fin sea como se fuese, él fue cojo real y verdadero, esto es cojo *realitèr, et á parte rei*, como se explica con elegancia el filósofo: y no obstante de ser cojo, él era hombre sapientísimo: *sapientissimus claudorum quotquot fuerunt, et erunt*, que dijo doctamente Plinio el mozo. Pero, *meo videri*, en mi pobre juicio, todos los cojos antiguos y modernos fueron cojos de teta, respecto

del cojo de Villaornate; hablo, *intrá suos limites*, en su línea de maestro de niños: y por eso dije, que este niño habia sido mil veces afortunado en tener tal maestro; *¡o fortunate nate!*

4. No lo es menos, prosiguió Anton Zotes, en que Vm. lo sea suyo: *Non laudes hominem invita sua; lauda post mortem*, dijo mesurado el domine. Son palabras del espíritu santo, pero mejor lo dijo el profano: *Post facum laudare decet, dum gloria certa*; señor preceptor, mejor que el Espíritu santo! le preguntó Anton Zotes; ¿pues qué, ahora se escandaliza Vm. de eso? ¿cuántas veces lo habrá oído en esos púlpitos á predicadores que se pierden de vista? así el profeta rey, así Jeremias, así Pablo; pero yo de otra manera. Eso qué quiere decir, sino... pero yo lo diré mejor. *Præter quàm quod*: yo no digo que el dicho sea mejor, sino que está mejor dicho, porque las palabras de la sagrada escritura son poco á propósito para confirmar las reglas de la gramática: *verba sacre scripturæ Grammaticis exemplis sconfirmendis parum sunt idonea*. Eso ya lo leí yo en no sé qué libro, cuando estudiaba en Villagarcía, replicó el buen Anton, y cierto que no dejé de escandalizarme. A ese llaman los teólogos, dijo el domine, *scandalum pusillorum*, escándalo de parvulillos, y aunque dicen que no debe despreciarse, y en este particular me parece que llevan razon; pero tambien dicen ellos otras mil cosas harto despreciables, por mas que ellos las digan.

5. Yo no me meto en esas honduras, respondió el bonazo de Anton Zotes; y lo que suplico á Vm. es, que me cuide de este muchacho, que yo cuidare de agradecérselo, y que le mire como si fuera padre suyo. *Prima magistrorum obligatio*, respondió el domine, *quos discipulis parentum loco esse decet*, dijo á este intento Salustio. Es la primera obligacion del maestro tratar á los dicipulos como hijos, porque ellos están en lugar de padres. Y dime hijo, le preguntó al niño Gerundio, mirándole entre recto y cariñoso; ¿has estudiado algunos cánones gramaticales? no señor, respondió el chico prontamente, los cañones, que yo traigo no son grajales, que son plumas de pato, que mi madre se las quitó á un pato grande, que tenemos en casa: ¿no es así, padre? sonrióse el preceptor de la viveza y de la intrepidez del muchacho; y le dijo: *non quæro á te hoc*,

no te pregunto eso; pregúntote si traes alguna talega. Señor, la talega era cuando andaba en sayas, pero despues que me puso calzones, me la quitó señora madre *Non va-
leo à risu temperare*, dijo el domine, y en medio de su grande seriedad, soltó una carcajada, añadiendo: *ingenium
errando probat*, aun en los desaciertos muestra su viveza. Hijo, lo que te pregunto es, si has estudiado algo del arte; ah ¿eso si señor: ya llegué hasta *Musa, æ*. No has de decir asi, querido; sino *Musa Musæ*. No señor no señor: mi arte no dice *Musa, Musæ*, sino *Musa, æ*. Vaya segun eso has estudiado en el arte de Nebrija? no señor, en mi arte no está pintada ninguna lagartija, sino un leon muy guapo; mírele usté, y enseñóle el leon, enblema ó insignia de la oficina que está en la llana del frontis.

6. No dejaron de caer en gracia á la rectísima severidad del preceptor las candideces de Gerundico; pero volviéndose al padre, le dijo en tono ponderativo: *ecce tibi sebosus*. Vé aquí uno de los errores tan crasos, como velas de sebo, que yo noto en este arte de Nebrija ó de la Cerda de que usan los padres de la compañía, con quienes tambien estudié yo. Es cierto que son varones sapientísimos, pero son hombres, y *hominum est errare*: son agudos, son buenos ingenios y muy despiertos; pero muy despierto y muy bueno fué el ingenio de Homero, y con todo eso, *quandoque bonus dormitat Homerus*. Lo primero comenzar la gramática por *Musa, Musæ*, es comenzar por donde se ha de acabar: *cæpisti quâ finis erat*: porque las musas, esto es, la poesia es lo último, que se ha de enseñar á los muchachos despues de la retórica. Argumento es este, que le he puesto á muchos jesuitas, clarísimos varones, y ninguno ha sabido responderme; ¿pero qué me habian de responder, si no tiene respuesta? *deindé*, en la impresion de muchos artes, en lugar de poner *Nominativo Musa, genitivo Musæ, dativo Musæ, acusativo Musam*, todo á la larga, y por extenso; por ahorrar papel lo ponen en abreviatura: *Nom. Musa. Gen. æ. Dat. æ. Acus. am*; ¿y qué sucede? ó que los pobres chicos lo pronuncian así, *quod video quâ sit ridiculum*; ó que sea menester gastar tiempo malamente en enseñárselo á pronunciar; *et nihil est tempore pretiosius*. Pero donde se palpan *ad oculum* los inconvenientes de estas abreviaturas, es en los tesauros,

ya sea de Salas, ya de Requejo. Va un niño á buscar un nombre, *exempli causa*, que hay por *madre*, y en lugar de encontrar *mater*, *matris*, halla *mater*, *tris*. Quiere saber que hay por *enviar*, y en vez de hallar *mitto*, *mittis*, encuentra *mitto*, *is*, Busca que hay por *camisa*, y en lugar de *subucula*, *subuculæ*, no lee mas que *subucula*, *æ*. Antójasele, como al otro muchacho, escribir á su madre una carta latina, para darla á entender lo mucho que habia aprovechado, en la cual la dice, que la envia una camisa sucia, para que se la lave, y encájala esta sarta de disparates: *mater*, *tris*; *mitto*, *is*; *subucula*, *æ*; *ut labo*, *as*. *Quid tibi videtur?* ¿qué le parece á Vm. señor Anton Zotes? que me ha de parecer, que aunque habia oido mil cosas de la estupendísima sabiduría de usted, y yo tenia alguna experiencia; pero habiéndole oido ahora, me he quedado aturdido, y en llegando á mi lugar, he de dar muchas gracias á la mi Catanla, porque me quitó de la cabeza el enviar al mi Gerundio á Villagarcía; pues dempués de Dios, á ella se le debe el que miyo mereza tener tan doctísimo maestro. Con esto se despidió del preceptor, dejó á su hijo en una posada, y se restituyó á Campazas, donde luego que llegó dijo á su muger y al cura, que le estaban esperando á la puerta de la calle, que si Gerundico habia tenido fortuna en topar con el cojo de Villaornate, mas enfortunado habia sido entoadía en dar con un maestro como el domine, con quien le dejaba, porque era un latino de todos los diantres, y que todos los teatinos de Villagarcía juntos no llegaban al zancajo de su sabiduría. Déjelo, señor, aquello era una gabilonia: mas de una hora estuvimos palrando mano á mano, y á cada palabra, que yo le decia, luego me sacaba un rimero de testos en latin, que no parecia sino que los traía en el balsopeto de una enguarina muy larga que tenia puesta. Por fin, y por postre, el cojo de Villaornate bien puede ser el *tuaiten*, de los maestros de escuela: pero en linia de preceptor el domine de Villamandos es el *per omnia secula seculorum*, y mientras Campos sea Campos, no habrá quien le desquite.

7. Con efecto el paralelo no podia ser mas justo; porque si el cultísimo cojo tenia una innata propension á todo lo extravagante en orden á la ortografía y á la propiedad de la lengua castellana, el latinísimo domine no podia tener gusto

mas estrafalario en todo lo que tocaba á la latinidad, comenzando por la ortografía latina, y acabando por la poesía. A la verdad él entendia medianamente los autores, y habia leído muchos; pero pagábase de lo peor, y sobre todo le caian mas en gracia los que eran mas retumbantes, y mas inteligibles. Preferia la afectada pomposidad de Amiano y Plinio el mozo, á la grave magestad de Ciceron; la obscuridad y la dureza de Valerio Máximo, á la dulce elegancia de Tito-Livio; los entusiásmos de Estacio, á la elevacion sublime y juiciosa de Virgilio: decia que Marcial era un insulso respecto de Catulo, y que todas las gracias del inimitable Horacio no merecian descalzar el menor de los chistes de Plauto. Los cortadillos de Séneca le daban grandísimo gusto; pero de quien estaba furiosamente enamorado era de aquel sonsonete, de aquel paloteado, de aquellos triqui-traques del estilo de Casiodoro; y aunque no le habia leído sino en las aprobaciones de los libros, se alampaba por leerlas, asegurado de que hallaria pocas, que no estuviesen empedradas de sus cultísimos fragmentos porque aprobacion sin Casiodoro, es lo mismo que sermon sin Agustino, y olla sin tocino.

8. Para él no habia cosa como un libro; que tuviese título sonoro, pomposo y alti-sonante, y mas si era alegórico y estaba en él bien seguida la alegoria. Por eso hacia una suprema estimacion de aquella famosa obra, intitulada: *Pentacontarchus, sive quinquaginta militum ductor; stipendiis Ramirezii de Prado conductus, cujus auspiciis varia in omni Litterarum ditone monstra prostigantur, abdita panduntur, latebræ ac tenebræ pervestigantur, et illustrantur*. Quiere decir: El pentacontarcho, esto es, el capitán de cincuenta soldados, á sueldo de Ramirez de Prado, con cuyo valor, y auspicio se persiguen, y se ahuyentan varios monstruos de todos los dominios de la literatura; se descubren cosas no conocidas, se penetran los senos mas ocultos, y se ilustran las mas densas tinieblas. Porque, si bien es verdad, que el título no puede ser mas ridículo, y mas cuando nos hallamos con que todo el negocio del señor Pentacontarcho se reduce á impugnar cincuenta errores, que al bueno de Ramirez de Prado le pareció haber encontrado en varias facultades; y no embargante, de que á la tercera paletada se le cansó la alegoria; pues no sabemos que hasta ahora se hayan levantado regimientos ni compañías de sol-

dados para salir á caza de monstruos ni de fieras, y mucho menos que sea incumbencia de la soldadesca examinar escondrijos, ni quitar el oficio á los candiles, á cuyo cargo corre esto de desalojar las tinieblas; pero el bendito del Domine no reparaba en estas menudencias, y atronado con el estrépitoso sonido de Pentacontarcho, capitán, soldados y estipendio, decia á sus discipulos, que no se habia inventado título de libro semejante, y que este era el modo de bautizar las obras en culto y sonoro. Por el mismo principio caia muy en gracia aquella parentacion latina, que se hizo en la muerte de cierto personaje llamado Fol-de Cardona, varon pio y favorecido con muchos consuelos celestiales, á la cual se la puso este oportunísimo título: *Follis spiritua-
lis, vento consolatorio turgidus acrophytio Sacræ Scri-
pturæ armatus, manuque Samaritani applicatus*. Es decir: Fuelle espiritual, hinchado con el viento de la consolacion, aplicado al órgano de la sagrada escritura, siendo su entonador el Samaritano; ¿quien hasta ahora decia el pedantísimo preceptor, ha escogitado cosa mas discreta ni mas elegante? Si alguna pudiera competirla, era el incomparable título de aquel elocuentísimo libro, que se imprimió en Italia á fines del siglo pasado, con esta harmoniosa inscripcion: *Fratrum Rosæ crucis fama scancia redux, buccina ju-
bilæi ultimi, Evæ hyperboleæ prenuntia, montium Eu-
ropæ cacumina suo clangore feriens, inter colles, et val-
les Araba resonans*: Fama recobrada de los hermanos de la Roja Cruz; trompeta sonora del último jubiléo, precursora de la hiperbólica Eva, cuyos ecos hiriendo en las cumbres de los montes de Europa, retumban en los valles y en las concavidades de Arabia. Esto es inventar y elevarse, que lo demás es arrastrar por el suelo. Y no que los preciados de críticos, y de cultos han dado ahora en estilar unos títulos de libros tan sencillos, tan claros y tan naturales, que cualquiera vejezuela entenderá la materia de que se trata en la obra á la primera ojeada, queriéndonos persuadir, que así se debe hacer, que lo demás es *pedanteria*, nombre sucio y mal sonante. Y al decir esto se espritaba de cólera el enfurecido domine. Por toda razon de un gusto tan ratero y tan vulgar, nos alegan, que ni Ciceron ni Tito-Livio ni Cornelio Nepote ni algun otro autor de los del siglo de Augusto usáron jamás de títulos rumbosos, sino simples y na-

turales. *Ciceronis Epistolæ: Orationis: Ciceronis Cicero de Officiis: Historia Lito-Tivii: Annales Cornelii Taciti;* y daca el siglo de Augusto, torna el siglo de Augusto, que nos tienen ensiglados y en-augustados los sesos, como si en todos los siglos no se hubieran estilado hombres de mal gusto, y que cometieron muchos yerros, como lo dice espresamente la iglesia en una oracion que comienza: *Deus qui errantibus,* y acaba: *per omnia sæcula sæculorum.* Digan Ciceron, Tito-Livio y Tácito, y cien Tácitos, si en Tito-Livios y cien Cicerones lo que quisieren, todo cuanto ellos hicieron no llega al carcañal de aquella estupendísima obra, intitulada: *Amphitheatrum sapientiæ æternæ, solius, veræ cristiano-Cabalisticum, divino-Magicum, necnon Physico-Chymicum, ter-trium-Catholicum; instructore Henrico Cunrath.* Anfiteatro de la sabiduría eterna, única, verdadera, cristiano-cabalístico, divino-mágico, físico-químico, uni-trino católico, construido ó fabricado por Enrico Conrath. Que me den en toda la antigüedad, aunque entre en ella su siglo de Augusto, cosa que se le parezca. Dejo á un lado aquella oportunidad de adjetivos encadenados, cada cual con su esdrújulo corriente que son comprensivos de todas las materias tratadas en el discurso de la obra. Despues de haberla llamado á esta *anfiteatro;* ¿qué cosa mas aguda ni mas oportuna ni mas al caso, que decir *construido, fabricado,* y no *escrito,* ni *compuesto* por Enrique Conrath, siguiendo la alegoría hasta la última boqueada? Si este no es primor, que me quiten á mí el crisma de la verdadera latinidad.

CAPITULO VIII.

Salte Gerundio de la escuela del domine, hecho un horroroso latino.

Despues de haberse echado el preceptor á sí mismo tan terrible maldicion, que si por nuestros pecados le hubiera comprendido, quedaria la latinidad preceptoril defraudada de uno de sus mas ridículos ornamentos, pasaba á instruir á sus discípulos de las buenas partes, de que se compone un libro latino. Despues del título del libro, los decia, se

siguen los títulos ó los dictados del autor; y así como la estuendosa, magnífica é intrincada retumbancia del título excita naturalmente la curiosidad de los lectores, así los dictados, títulos y empleos del autor dan desde luego á conocer á todo el mundo el mérito de la obra. Porque claro está, que viendo un libro compuesto por un maestro de teología, un catedrático de prima, y mas si es del gremio y claustro de alguna universidad, por un abad, por un prior, por un definidor; pues qué si se le añade un *ex* á muchos de sus dictados, como *ex*-definidor, *ex*-provincial, etc. y se le junta que es teólogo de la Nunciatura, de la junta de la Concepcion, consultor de la suprema, predicador de su magestad de los del número: sobre todo, si en los títulos se leen media docena de *Protos*, con algunos pocos de *Archis*, como proto-médico, proto-filo-matemático, proto-químico, archi-historiógrafo? De contado es una grandísima recomendacion de la obra, y cualquiera que tenga el entendimiento bien puesto y el juicio en su lugar, no ha menester mas para creer, que un autor tan condecorado, no puede producir cosa que no sea exquisitísima; y entra á leer el libro ya con un conceptazo de la sabiduría del autor, que le aturrulla. Bien hayan nuestros españoles y tambien los alemanes, que en eso dan buen ejemplo á la república de las letras; pues aunque no impriman mas que un folleto, sea en latin, sea en romance, un sermoncete, una oracioncilla, y tal vez una mera consulta moral, ponen en el frontis todo lo que son y todo lo que fuéron, y aun todo lo que pudieron ser, para que el lector no se equivoque y sepa quien es el sugeto que le habla; que no es menos, que un lector jubilado, un secretario general, un visitador, un provincial, y uno que estuvo consultado para obispo. Asi debe ser; pues sobre lo que esto cede en recomendacion de la obra, se adelanta una ventaja, que pocos han reflexionado dignamente. Hoy se usan en todas partes bibliotecas de los escritores de todas las naciones, en que á lo menos es menester expresar la patria, la edad, los empleos y las obras, que dió á luz cada escritor de quien se trata. Pues con esta moda de poner el escritor todos sus dictados, y mas si tienen cuidado de declarar la patria donde nacieron, como loablemente lo practican muchos, por no defraudarla de esa gloria, diciendo: *N. N. Generosus Valentinus, Nobilis Cesaraugustanus,*

clarissimus Cordubensis, et reliqua; ahorran al pobre bibliotecista mucho trabajo, pesquisas y dinero; porque en abriendo cualquiera obra del escritor, halla su vida escrita por él mismo ante todas cosas.

2. Y aun por eso no solo no condeno, sino que alabo muchísimo á ciertos escritores modernos, que si se ofrece buena ocasion, se dejan caer en alguna obrilla suya la noticia de las demas obras, que ántes dieron á luz, ya para que allí las encuentre juntas el curioso, y ya para que algun malsin no les prohija partos que no son suyos; pues por la diversidad del estilo se puede sacar concluyentemente la suposicion del hijo espúrio. Por este importantísimo motivo se vió precisado á dar individual noticia de todas, ó casi todas *las producciones* con que hasta allí habia enriquecido á la república literaria cierto escritor neotérico, culto, terso, aliñado y exactísimo ortográfico hasta la prolijidad y hasta el escrúpulo. Un autor columbino y serpentino, que todo lo juntaba; pues decia el Pericon mismo, que se llamaba *fray Columbo Serpiente*, dió á luz un papelon, que se intitulaba: *Derrota de los Alanos* contra el doctísimo, el elocuentísimo y el modestísimo M. Soto-Marne; pues no porque el rey y el consejo sean de parecer contrario, y le hubiesen negado la licencia de escribir ó de imprimir contra ese pobre hombre del maestro Feyjoó, nos quitan á los demas la libertad de juzgar lo que nos pareciere. Sospechóse, y dijose en cierta comunidad, que el autor del tal derrotado ó derrotador papel era fulano. Ya se vé, que injuria mas atroz, que esta sospecha; ni que agravio mas público, que el discurso de cuatro amigos en la celda de un convento! Monta en cólera el irritadísimo doctor: enristra la pluma, y escribe una carta dirigida á cierto hermano suyo, que era casi-lector en aquella comunidad: dala á la estampa, y espárcela por España, para que venga á noticia de todos su agravio y su satisfaccion, que sin duda era grandísima. Y despues de haber tratado á la tal *derrota* como merecia, llamándola *derrota de la conciencia y la urbanidad, derrota de la lengua castellana, derrota de la erudicion, derrota d' el gracejo, derrota d' el método, derrota de la ortografía, y derrota al fin de todas las derrotas, que toman las nobles plumas en el mar de la crítica y de las letras*, añade. *Nada hay en ella, que puede lla-*

marse cosa mia. Ni locucion ni phrase ni contextura ni transiciones, ni el modo de traer las noticias, ni la falta de aliño, ni la impropiedad de las voces, ni la grosería d' el dicterio, ni lo ramplon de unos apodos i la improporcion de otros; i para decirlo de una vez, ni aquella falta de aire subtilísimo, que da en los escritos á conocer sus auctores i no lo perciben mas que los entendimientos bien abiertos de poros. Que es lo mismo que decir: Hermano, si tus frailes no fueran tan cerrados de poros, ó no tuvieran el entendimiento constipado, á mil leguas olerian que no era ni podia ser obra mia esa derrota; porque en todas mis obras la locucion es tersa, la frase culta, la contextura natural, las transiciones ni de encaje, el modo de traer las noticias ni aunque vinieran en silla de manos; las voces propísimas, los dicterios delicados, los apodos no ramplones, sino con mas de cuatro dedos de tacon. Aunque no fuera mas que por la ortografía, cualquiera que no estuviese aromadizado podria oler, que si fuera cosa mia la derrota, no permitiria que se imprimiese como se imprimió, aunque supiera quedarme sin borla; permitir yo, que se escribiese la conjuncion con la *y* griega, y no con *i* latina; tolerar que en mis obras se estampase *de el padre, de la agua, de ayer acá*, y no con el apóstrofe, que las da tanta sal, y tanto chiste, escribiendo *d' ayer acá, de l' agua, d' el padre!* Vaya, que es falta de criterio, y no tener olfato para percibir aquel *ayre subtilísimo, que da en los escritos á conocer sus auctores*: y el que no conociere, que mis escritos están llenos de este aire, no vale para podenco: declárole por mastin.

3. *Prueba perentoria de quanto digo sean mis producciones.* Ahora entra lo que antes os decia (continuaba el domine, hablando con sus discípulos) del cuidado que tienen los escritos de mejor nota, no solo de autorizar sus obras con todos sus dietados, sino de dejarse caer en alguna de ellas la importante noticia de todas las que las han precedido. Y no hablando de las latinas, que á la razon cuando se escribió dicha carta, se sabe que serian como media docena de arengas y otra tanta porcion de dedicatorias: *De las hespañolas en prosa, i verso* (prosigue nuestro autor) *unas guardan clausura en el retiro de mi celda. . . . otras handan como vergonzan-*

tes, embozadas siempre con los retazos de un acertijo, cuyo ribete es un anagrama: otras en fin llevan todo el tren de mis nombres i apellidos, campanillas, i cascabeles. Y habeis de saber, hijos (interrumpia aquí el so-carron del domine), que en esto de cascabeles son muchos los que los tienen. *D' este calibre son (esto es del calibre de los cascabeles) la aprobacion, que di á un sermon del padre maestro... la que hice al sermon de... la que está en el libro de las fiestas de... una oracion que pronuncié en el capítulo de mi orden, otra que dije en las exequias de... el libro de las fiestas de... Y qué se yo que mas!* Veis aquí una noticia curiosa, individual y menuda de unas obras de grandisima importancia, que cualquiera autor que mañana quiera proseguir la *Biblioteca Hispana* de don Nicolás Antonio, las encuentra á mano en esta carta, y por lo menos hasta el año de 1750, sabe puntualmente todas las obras, que dió á luz nuestro gravisimo escritor, *con sus nombres, apellidos, campanillas y cascabeles.*

4. Yo bien se, que algunos críticos modernos hacen gran burla de esta moda, tratándola de charlatanería y de titulomania, con otras voces disonantes y *piarum aurium* ofensivas, pretendiendo que es una vana ostentacion y muy impertinente para dar recomendacion á la obra; pues dicen, que esta no se hace recomendable por los dictados del autor, sino por lo bien ó mal dictada que esté ella. Tráenos el ejemplar de los franceses, y de los italianos: que por lo comun nunca ponen mas que el nombre, el apellido, y á lo mas la profesion del autor, aun en las obras mas célebres y de mas largo aliento (gustame mucho esta frase): como *Historia Romana por Monsieur Rollin Mabillon, benedictino, de la congregacion de san Mauro, de Re diplomática. Historia Eclesiástica por el Abad Fleuri. Specimen orientalis Ecclesiæ, autore Joanne Bapt. Salerno, Societ. Jesu.* Y aun nos quieren tambien decir, que los títulos, asi magníficos como ridículos, que han tomado algunas academias, especialmente de Italia, no son mas que una graciosa sátira, con que se rien de los títulos, con que salen á la luz pública algunos autores fantasmas: y que por eso unas academias se llaman *de los Seráficos, de los Elevados, de los inflamados, de los Olímpicos, de los Partenicos, de los Entronizados:* y otras por el contra-

de los Oscuros, de los Infecundos, de los Obsti-
nados, de los Ofuscados, de los Ociosos, de los Somno-
lientos, de los Inhbiles, de los Fantásticos. Pero di-
 gan lo que quisieren estos desterradores de las costumbres,
 usos y ritos mas loables, y estos grandisimos bufones y
 burladores de las cosas mas serias, mas establecidas y mas
 generalmente recibidas de hombres graves, doctos y pios,
 yo siempre me tiraré á un libro, cuyo autor salga con la
 comitiva de una docena de dictados, que acrediten bien
 sus estudios y su literatura, antes que á otro, cuyo autor
 parece que sale al teatro en carnes vivas, y que no tiene
 siquiera un trapo, con que cubrir su desnudez. Esto pa-
 rece que es escribir en el estado de la inocencia, y ya no
 estamos en ese estado. *Obras de Fr. Luis de Granada,*
del Orden de Predicadores. Miren qué insulséz; ¿y que
 sabemos quien fué ese Fr. Luis? *Obras del P. Luis de la*
Puente, de la Compañía de Jesus; otro que tal; ¿y por
 donde nos consta, que este padre no fue por ahí algun
 grangero ó procurador de alguna cabaña?

5. Y ya que viene á cuento, y hablamos de esta re-
 ligion, es cierto que en todo lo demas la venero mucho;
 pero en esto de los títulos de los libros y de los autores,
 no deja de enfadarme un poco: aquellos por lo comun son
 llanos y sencillos, y estos por lo regular salen á la calle
 poco menos que en cueros: su nombre, su apellido, su
 profesion y tal cual su patria, por no confundirse con otros
 del mismo nombre y apellido, y santas pascuas. No pare-
 ce sino que los autores mas graves, los de primera mag-
 nitud, hacen estudio particular de intitular sus libros como
 si fueran por ahí la vida del Lazarillo de Tormes, y de
 presentarse ellos, como pudiera un pobre lego pelon. *De*
religione: tomus primus, autore Francisco Suarez Gra-
natensi, societatis Jesu. De concordancia gratiae, et li-
beri arbitrii: autore Ludovico de Molina, societatis Je-
su. De Controversiis Tom. I. autore Roberto Bellarmi-
no, Societatis Jesu. Y si alguno de estos añade *presbítero,*
 ya le parece, que no hay mas que decir. No alabo esta
 moda ó acaso esta manía; y por mas que me quieran de-
 cir, que es modestia, juicio, cordura, religiosidad, y aun
 en cierta manera mayor autoridad y gravedad, no me lo
 persuadirán cuantos aran y caban, que parece son los ora-

dores mas persuasivos, que se han descubierto hasta ahora. Y sino díganme ¿dejan de ser modestos, cuerdos, religiosos y graves aquellos autores jesuitas (no son muchos), que ponen á sus obras títulos magníficos y sonorosos, como *Theopompus, ars magna lucis et umbræ. Pharus scientiarum etc.*? y los otros que no dejan de decir si son ó fueron maestros de teología y en donde doctores, catedráticos ó rectores? Díganme mas; ¿no vemos que hasta los reyes ponen todos sus títulos, dictados y señoríos en sus reales provisiones, para darlas mayor autoridad; y que lo mismo hacen los arzobispos, obispos, provisosores, y cuantos tienen algo que poner, aunque sean títulos *in partibus*, ó del calendario que dan señoría simple, sin carga de residencia? Solo el papa se contenta con decir, *Benedictus XIV, servus servorum Dei*, y acabóse la comision; pero esa es humildad de la cabeza de la iglesia, que no hace consecuencia para los demás, y no debe traerse á colacion. Estas últimas razones, aunque tan ridículas, hacian grandísima fuerza á nuestro insigne preceptor; y procuraba imprimírselas bien en la memoria á sus muchachos, para que supiesen que libros habian de escojer y de estimar.

6. De los títulos, asi de las obras como de los autores pasaba á las dedicatorias. En primer lugar ponderaba mucho la utilísima y urbanísima invencion del primero, que introdujo en el orbe literario este género de obsequios: pues sobre que tal vez un pobre autor, que no tiene otras rentas que su pluma, gana de comer honradamente por un medio tan lícite y honesto; logra con esto la ocasion de alabar á cuatro amigos, y de cortejar á media docena de poderosos, los cuales, sino fueren en la realidad lo que se dice en las dedicatorias que son, á lo menos sabrán lo que debieran de ser. En segundo lugar se irritaba furiosamente contra el autor de las *observaciones halences*, y contra algunos otros pocos de su mismo estambre, que con poco temor de Dios y sin miramiento por su alma, dicen con grande satisfaccion, que esto de dedicar libros es especie de petardear, ó á lo menos de mendigar: *dedicatio librorum est species mendicandi*; y aun no sé quien de ellos se adelanta á proferir, que el primer inventor de las dedicatorias fué un fraile mendican-

te; blasfemia, malignidad, ignorancia supinísima: ¿pues no sabemos, que Ciceron dedicaba sus obras á sus parientes y á sus amigos? y Ciceron fué fraile mendicante? no sabemos que Virgilio dedicó, ó á lo menos pensó dedicar su Eneida á Augusto? y fué fraile mendicante Publio Virgilio Maron? finalmente no saben hasta los autores Malabares, que Horacio dedicó á Mecenas todo cuanto escribió, y que de ahí vino el llamarse Mecenas cualquiera á quien se dedica una obra, aunque por su alcurnia, y por el nombre de pila se llame Pedro Fernandez? ¿y no me dirán, de qué religion fué fraile mendicante el reverendísimo padre maestro fray Quinto Horacio Flacco? Asi que, hijos míos, este uso de las dedicatorias es antiquísimo, y muy loable, y no solo le han usado los autores pordioseros y mendicantes, como dicen estos bufones, sino los papas, los emperadores y los reyes: pues vemos que san Gregorio el grande dedicó el libro de sus morales á san Leandro, arzobispo de Sevilla: Carlo Magno compuso un tratado contra cierto conciliabulo, que se celebró en Grecia para desterrar las santas imágenes, y le dedicó á su secretario Enginardo; y Enrique VIII rey de Inglaterra, dedicó al papa y á la iglesia católica, de quien despues se separó, el libro que escribió en defensa de la fé contra Lutero.

7. Y, señor domine, le preguntó uno de los estudiantes ¿como se hacen las dedicatorias? con la mayor facilidad del mundo, respondió el preceptor, diga lo que dijere cierto semi-autorcillo moderno, que se anda traduciendo libretes, franceses, y quiere parecer persona, solo por que hace con el frances lo que cualquiera mediaristilla hace con el latin; siendo asi que hasta ahora no hemos visto de su pegujal mas que una miserable aclamacion del reino de Navarra en la coronacion de nuestro rey Fernando el VI (á quien Dios inmortalice): por señas que la sacudió bravamente el polvo un papel, que salió luego contra ella, intitulado: *Colirio para los cortos de vista*; el cual, aunque muchísimos dijeron que no tocaba á la obrilla en el pelo de la ropa, y que en suma se reducía á reimprimirla en pedazos, añadiendo á cada trozo una buena rociada de desvergüenzas á metralla contra el autor y contra los que este alababa; y aunque tambien es verdad, que inmediatamente le prohibió la inquisicion; pero en fin el tal papel ponía de vuelta y media, y mas negro

que su sotana al susodicho autorcillo. Este pues en cierta dedicatoria, que acaba de hacer á un gran ministro, nos quiere persuadir, solo porque á él se le antoja, *que no hay en todo el pais de la elocuencia, provincia mas árdua, que la de una dedicatoria bien hecha.*

8. Yo digo que no la hay mas fácil, como se quiera tomar el verdadero gusto y el verdadero aire de las dedicatorias. Porque lo primero se busca media docena de sustantivos y adjetivos sonoros, y metafóricos (y si fuere una docena tanto mejor), los cuales se han de poner en el frontis del libro, de las conclusiones, ó de la Estampa de Papel (porque hasta estas se dedican), antes del nombre y apellido del Mecenás, que sean apropiados, y vengan como de molde á su carácter y empleos. Por ejemplo, si la dedicatoria es latina y se dirige á un señor obispo: el sobre-escrito la direccion ó el epígrafe ha de ser á este modo: *Sapientiæ Oceano, virtutum omnium abisso, charismatum encyclopædiæ, prudentiæ miraculo, charitatis portento, miserationum thaumaturgo, spiranti polianthæ, bibliothecæ, deambulanti, Ecclesiæ Tytani, insularum mytræ, Hespericæque totius fulgentissimo phosphoro: Illmo. Dño. Domino meo D. Fulano de tal.* Si la obra se dedica á una santa imágen, como si dijéramos á nuestra señora de la Soledad ó de los Dolores, hay mil cosas buenas de que echar mano: como *Mari Amaro, Soli Bis-Soli, Orbis Orbati Parenti, Ancillæ Liberrimæ absque Libero, Theotoco sine filio, Confictæ non fichte Puerperæ, inquam, diris mucronibus confossæ sub Iconico Archytypo de tal y tal.* Pero si la dedicatoria fuere de algun libro romancista y se dirigiere á un militar, aunque no sea mas que capitán de caballos, entónces se ha de ir por otro rumbo, y ante todas cosas se ha de decir: *al Xerxes Español, al Alexandro Andaluz, al Cesar Bethico, al Cyro del Genil, al Tamborlan Europeo, al Kauli-Kan Cismontano, al Marte no-fabuloso, á Don Fulano de tal, Capitan de caballos ligeros del Regimiento de tal.* Y no encajar el nombre y el apellido de Mecenás de topeton, como lo estilan ahora los ridículos modernos, diciendo á secas: *á D. Fulano de tal, á mi Señora Doña Zutana de tal, á la Excm. Señora Duquesa de cual;* que no parece sino sobre-escrito de carta, que ha de ir por el correo.

9. Dedicatoria he visto yo muy ponderada por algunos ignorantes y boqui-rubios, dirigida al mismo rey de España, la cual solo decia en el frontis, AL REY, con letras gordas iniciales sin mas principios ni postes, caireles ni campanillas; no puedo ponderar cuanto me estomacó, moviéndome una náusea, que aun ahora mismo me está causando arcadas y bascas, AL REY; ¿pero á que rey, majadero? Pues no sabemos si es á alguno de los reyes magos, al rey Perico, ó al rey que rabio; AL REY; ¿puede haber mayor llaneza? Como si dijéramos, á Juan Fernandez ó á Perico el de los Palotes. AL REY. Díme, insolente, desvergonzado y atrevido; ¿es al rey de bastos ó al de copas? Nos quieren embocar los críticos y los cultos, que este es mayor respeto, mayor veneracion, y tambien mas profundo rendimiento, como que ningun español puede ni debe entender por el nombre antonomástico de rey, á otro que al rey de España, y como que lo mismo debieran entender todas las demas naciones, puesto que no hay rey en el mundo descubierto, que tenga tan dilatados dominios como nuestro católico monarca, ni con algunos millares de leguas de diferencia: vagatelas, y mas vagatelas! Por lo mismo era muy puesto en razon, que antes de llegar á su augusto nombre, se le diera á conocer por lo menos con unos cincuenta dictados ó inscripciones alegóricas, que fuesen poco á poco conciliando la espectacion y el asombro, los cuales pudieran ser, como si dijéramos de esta manera: *al poderoso emperador de dos mundos; al émulo del sol, Febo sublimar en lo que domina, como el celeste en lo que alumbrá: al archimonarca de la tierra;* y despues para dar á entender sus reales virtudes personales, añadir: *al depósito real de la clemencia, al coronado archivo de la justicia; al sacro augusto tesoro de la piedad, al escudo imperial de la religion, al pacífico, al benéfico, al magnético, al magnífico, al católico rey de las Españas FERNANDO el sexto, pio, feliz, siempre augusto, rey de Castilla, de Leon, de Navarra, de Aragon, etc.,* é ir prosiguiendo asi hasta el último de sus reales dictados. Lo demas es tratar al rey como se pudiera á un hidalgo de polaina, y sacarle tan solo al teatro del papel, como si fuera uno de aquellos reyes antiguos, que se andaban por esos campos de Dios, pastoreando ovejas, y ellos mismos llevaban los bueyes a beber en su propia real persona.

10. Despues tampoco me gusta que se comience á hablar con el rey, espetándole un *señor* tan tieso como un garrote, que ya no falta mas sino que añadan un *señor mio*, como si fuera carta de oficio de algun ministro superior á otro subalterno. Nuestros antepasados eran hombres mas respetuosos y verdaderamente circunspectísimos, pues nunca hablaban con el rey, sin que comenzasen de esta manera: *sacra, católica, real magestad*; cosa que llenaba la boca de veneracion, y de contado se tenia ya hecho un pie magestuoso para un romance heroico, al modo de las coplas de Juan de Mena. He oido decir, que esta moda de tratar al rey, llamándole señor á secas, nos le han pegado tambien los franceses, como otras mil y quinientas cosas mas, por quanto ellos, quando hablan con su rey cristianísimo, le encajan un *Sire, in puris naturalibus*; y vamos adelante. Válgate Dios por franceses, y que contagiosos que sois; con que si á ellos se les antojara llamar *Sirena* á la reina, tambien nosotros se lo llamaríamos corrientemente á la nuestra; y cierto que quedaria su magestad muy lisonjeada! Ellos tratan de *madama* á la suya; y en verdad, que si á algun español se le antojara tratar así á la reina nuestra señora, no le arrendaria yo la ganancia; salvo que fuese por ahí algun lego, ó algun donado, de estos que son santos y simples adredemente, que esos tienen licencia para tutear al mismo papa, pues ahí está toda la gracia de su santidad. Por tanto, hijos míos, lo dicho dicho, y tomad bien de memoria estas importantísimas lecciones.

11. Nunca imprimais cosa alguna, aunque sean unos tristes *Quodlibetos*, sin vuestra dedicatoria al canto, que en eso no vais á perder nada, y de contado mal será que no ahorreis por lo menos el coste de la impresion; pues no todos los mecenas han de ser como aquel conchudo papa (Dios me lo perdone) Leon X, á quien un famoso alquimista dedicó un importantísimo libro, en que, como él mismo aseguraba, se contenian los mas reconditos arcanos de la Crisopeya, esto es, un modo facilísimo de convertir en oro todo el hierro, y todos los metales del mundo; y el bueno del pontifice (perdonemelo Dios) por todo agradecimiento le regaló con un carro de talegos, para que recogiese en ellos el oro que pensaba hacer: cosa de que

se rieron mucho los mal intencionados: pero los eruditos y verdaderamente literatos la tuvieron por mezquindad, y la lloraron con lágrimas de indignacion. Resuelta vuestra dedicatoria atacarla bien de epígrafes alegóricos, simbólicos y altisonantes; y si fuere alguna persona real, cuidado con tratarla como es razon, y que no salga en público sin su compañía de guardias de corps, y sin su guardia de alabarderos, esto es, de epítetos bien galoneados y bien montados, precedidos de epígrafes á mostachos, que vayan abriendo calle.

12. Y aunque ya va un poco larga la leccion, por concluir en ella todo lo que toca á lo substancial de las dedicatorias, quiero instruiros en otros dos puntos, que son de la mayor importancia. Autores latinos hay tan romancistas, que cuando llegan á poner los verdaderos títulos que tienen los sujetos, á quienes dedican sus obras, como duque de tal, conde de tal, marques de tal, señor de tal, consejero de tal, etc: los ponen en un latin tan llano, tan natural y tan ramplon, que le entenderá una demandadera, aunque no sepa leer ni escribir, solo con oírle; pues dicen muy á la pata llana: *Duci de Medina-Celi, Comiti de Altamira, Marchioni de Astorga, Domino de los Cameros, Consiliario Regio, etc.* ¡Cosa ridícula! Para eso mas valiera decirlo como pudiera un maragato. ¿Cuanto mas culto y mas latino será decir: *Cælico-Metimnensi, Doctori-Satrapæ, á Comitibus de Cacuminato-conspectu; Mænium Asturicensum á Marchis; Lucti-Fabrorum Dynastæ, á penetralibus Regiis?* y si no lo entendieren los lectores, que aprendan otro oficio, porque esa no es culpa del autor, el cual cuando se pone á escribir en latin, no ha de gastar un latin que le entienda cualquiera reminimista.

13. Otra cosa es, cuando los títulos no son verdaderos y reales, sino puramente simbólicos ó alegóricos, inventados por el ingenio del autor; que entonces, para que se penetre bien toda la gracia y toda la oportunidad de la invencion, conviene mucho ponerlos llana y sencillamente, explicaréme con un ejemplo. El año de 1704 cierto autor aleman publico una obra latina, intitulada: *Geographia Sacra, seu Ecclesiastica*: geografia sagrada, ó eclesiástica. Dedicola á los tres únicos soberanos príncipes hereditarios en el cielo y en la tierra: *tribus summis, atque uni-*

cis principibus hæreditariis in cælo et in terra; esto es, á Jesucristo, á Federico Augusto, príncipe electoral de Sajonia, y á Mauricio Guillermo, príncipe hereditario de las provincias de Saxe-Geitz: Cristo, nempé, Friderico Augusto, principi electorali Saxonie, et Mauricio Wilhelmo, provinciarum Saxo-Cizensium hæredi; cosa grande! pero aun todavía la habeis de oír mucho mayor; y que títulos inventaria nuestro incomparable autor para explicar los estados de que era príncipe hereditario Jesucristo? Atención, hijos míos, que acaso no leeréis en toda vuestra vida cosa mas divina; y lo que es, yo, si fuera el inventor de ella, no me trocaria por Aristóteles ni por Platon.

14. Llama pues á Jesucristo en latin claro y sencillo, como era razon que le usase en esta importante ocasion. *Imperator coronatus cælestium exercituum, electus Rex Sionis, sempre augustus, cristianæ ecclesie Pontifex maximus, et Archi-episcopus animarum, elector veritatis, archi-dux gloriæ, dux vitæ, princeps pacis, eques portæ inferni, triumphator mortis, dominus hæreditarius gentium, dominus justiciæ, et patris cælestis á sanctioribus consiliis, etc. etc. etc.* Quiere decir, porque es importantísimo, que ninguno se quede sin entenderlo. Es Cristo coronado emperador de los ejércitos celestiales, electo rey de Sion siempre augusto, pontífice máximo de la iglesia cristiana, arzobispo de las almas, elector de la verdad, archi-duque de la Gloria, duque de la vida; príncipe de la paz, caballero de la puerta del infierno, triunfador de la muerte, señor hereditario de las gentes; señor de la justicia y del consejo de estado y gabinete del rey su padre celestial. Y anadió el autor muy oportunamente tres etc. etc. etc. es, para dar á entender, que todavía le quedaban entre los dedos otros muchos títulos y dictados, y que de aquí á mañana los estaria escribiendo, si no bastáran los dichos, para que se conociese los que podia anadir. Muchachos, encomendad esto á la memoria, aprendedlo bien, tenedlo siempre en la uña, que se os ofrecerán mil ocasiones, en que os pueda servir de modelo; para acreditaros vosotros y para acreditarme á mi.

15. Falta decir dos palabritas sobre el cuerpo y el alma de las dedicatorias. Súponese, que el latin siempre

ha de ser de boato, altisono, enrevesado é inconstruible, ni mas ni menos como el latin de una insigne dedicatoria, que años ha me dió á construir el padre de Gerundio de Campazas, *alias* Zotes, y en verdad, que se la construí sin errar un punto á presencia de todo el arciprestazgo de san Millan en la romería del Cristo de Villaquejida. Supónese tambien, que á cualquiera á quien se le dedica una obra, sea quien fuere, se le ha de entroncar por aquí ó por allí con el rey Bamba, ó á lo menos menos con D. Veremundo el diácono, sea por línea recta ó por línea transversal, que eso hace poco al caso, y es negocio de cortísimo trabajo; pues ahí está Jacobo Guillermo Imhoff, dinamarques ó sueco (que ahora no me acuerdo) famoso genealogista de las casas ilustres de la España y de Italia, que á cualquiera le emparentará con quien le venga mas á cuento. Sobre este supuesto, ya se sabe que la entrada de toda dedicatoria ha de ser siempre esponiendo la causa impulsiva, que dejó sin libertad al autor para emprender aquella osadía, la cual causa nunca jamas ha de ser otra, que la de buscar un poderoso protector contra la emulacion, un escudo contra la malignidad, una sombra contra los abrasados ardores de la envidia, asegurando á rostro firme, que con tal mecenaz, no teme ni á los Aristarcos ni á los Zoilos; pues ó acobardados no osarán sacar las cabezas de sus madrigueras y escondrijos; ó si tuvieren atrevimiento para hacerlo, serán ícaros de su temeridad, derretidas sus alas de cera á los encendidos centelleantes rayos de tan fogoso resplandeciente padrino. Porque si bien es verdad, que aunque un libro se dedique al santísimo Sacramento, si él es malo, hay hombres tan insolentes y tan mordaces, que adorando al divino objeto de la dedicatoria, hacen añicos al libro, y tal vez á la misma dedicatoria, no la dejan hueso sano; y mas de dos libros de á fólío he visto yo recogidos por la inquisicion, con estar dedicados á reyes, á emperadores, y aun al mismo papa, sin que los mecenaz hagan duelo de eso ni se les dé un ardite, no hallándose noticia en la historia, de que jamas haya habido guerras entre los príncipes cristianos por la defensa de un libro que se les haya dedicado; siendo así, que muchas veces las ha habido por quitame allá esas pajas. Digo que aunque todo eso sea así (por justos juicios de Dios y por los pecados

del mundo), en todo caso siempre debemos atenernos á aquel refran que dice: *Quien á buen árbol se arrima, buena sombra le acobija*; y de una manera ó de otra, es indispensable de toda indispensabilidad, que toda dedicatoria bien hecha, se abra por este tan oportuno como delicado y verdadero pensamiento.

CAPÍTULO IX.

En que se da razon del justo motivo que tuvo nuestro Gerundio, para no salir todavía de la gramática, como lo prometió el capítulo pasado.

Admirado estará sin duda el curioso lector, de que habiéndose dicho en el capítulo antecedente, como salia en él de la gramática el ingenioso y aplicado Gerundico, todavía le dejemos en ella, oyendo con atencion las acertadas lecciones de su doctísimo preceptor, contra la fe de la historia, ó á lo menos contra la inviolable fidelidad de nuestra honrada palabra. Pero si quisiese tener un poco de paciencia, y prestar oidos benignos á nuestras poderosísimas razones, puede ser que se arrepienta de la temeridad y de la precipitacion, con que ya en lo interior de su corazon nos ha condenado sin oirnos.

2. Lo primero es una intolerable esclavitud, por no llamarla ridícula servidumbre, esto de querer obligar á un pobre autor á que cumpla lo que promete, no solo en el título de un capítulo, sino en el título de un libro; ¿que escritura de obligacion hace el autor con el lector para obligarle á eso ni en juicio ni fuera de él? Y así vemos, que autores, que no son ranas, ponen á sus libros los títulos que se les antoja, aunque nunca tengan parantesco con lo que se trata en ellos, y ninguno los ha hablado palabra, ni por eso han perdido casamiento. Verbi gracia, al leer al título de *Margarita Antoniana*, ó de *Antoniana Margarita*; con que bautizó su obra el famosísimo español Gomez Pereira, que fué el verdadero patriarca de los Descartes, de los Newtones, de los Boiles y de los Leibnitzes, ¿quien no creerá que vá á regalarnos con algun

curiosísimo tratado sobre aquella Margarita ó aquella perla, que valía no se cuantos millones, con la cual, desatada en vino ó en agua (que esto aun no está bien averiguado), brindó Cleopatra á la salud de su Antonio, ó se la dió á este de colacion en un día de ayuno, que de una y otra manera nos lo cuentan las historias? Pues no señor, no es nada de eso. La *Antoniana Margarita* no es mas que un delicadísimo tratado de filosofia, para probar que los brutos no tienen alma sensitiva, y para citar á juicio con esta ocasion, otras muchas opiniones de Aristoteles, que por larga série de siglos estaban en la quieta y pacífica posesion de ser veneradas en las escuelas, no solo como opiniones de tal autor, sino como principios indisputables, que solo el dudar de ellos seria especie de herejica pravedad: y no obstante aquel travieso, sùtil y litigioso gallego, se atrevió á ponerles á pleito la propiedad, ya que no pudiese litigarles la posesion; pero ¿por qué puso á su obra un título tan distante del asunto? ¿por qué? por una razon igualmente fuerte que piadosa, y que ninguno se le impugnará: porque su padre se llamaba Antonio, y su madre Margarita, y ya que no se hallaba con caudal para fundar un aniversario por sus almas, quiso á lo menos dejar fundada esta agradecida memoria. Pues que se me vengan ahora á hacerme cargo de que no cumplo lo que ofrezco en mis capítulos.

3. Amen de eso: por grave que sea el capítulo de un libro, ¿lo será nunca tanto como el capítulo de una religion? Y no obstante, cuantas veces vemos que nada de lo que se decia al principio del capítulo sale despues al fin de él; ¿y qué capítulo se ha declarado hasta ahora nulo, precisamente por este motivo? Finalmente, si un pobre autor comienza á escribir un capítulo con buena y sana intencion de sacarle moderado y de justa medida y proporcion, y de cumplir honradamente lo que prometió al principio de él, y despues se atreviesan otras mil cosas, que antes no le habian pasado por el pensamiento, y le da gran lástima dejarlas, ¿es posible que no se le ha de hacer esta gracia, ni disimularle esta flaqueza, siendo asi que á cada paso vemos en las conversaciones atravesarse especies, que interrumpen el hilo del asunto principal por una y por dos horas, y no por eso se hacen aspavientos, antes bien

se llevan en paciencia las adversidades y flaquezas de nuestros prójimos? Y vamos adelante; pues ¿por qué no se usará la misma caridad, y se ejercitará la misma obra de misericordia con los autores y con los libros? fuera de que ¿no seria gran lástima, que solo por cumplir con lo que prometió el capítulo inconsideradamente, sacásemos á nuestro Gerundio de la gramática antes de tiempo, y sin haber oido otras lecciones, no menos curiosas que necesarias, con que enriquecia á sus discípulos el pedantísimo maestro?

4. Deciales pues, que en sus composiciones latinas, fuesen de la especie que se fuesen, se guardasen bien de imitar el estilo de Ciceron ni alguno de aquellos otros estilos, á la verdad propios, castizos, perspicuos y elegantes, pero por otra parte tan claros y tan naturales, que cualquiera lector, por bobo que fuese, comprendia luego á la primera ojeada lo que le querian decir. Esto por varias razones, todas á cual mas poderosas: la primera, porque hasta en las sagradas letras se alaba mucho á aquel no menos valeroso que discreto héroe, que trataba las ciencias magnificamente: *magnificè etenim scientiam tractabat*; y ciertamente nada se puede tratar con magnificencia, quando se usa de voces obias, triviales y comunes, aunque sean muy propias y muy puras. La segunda, porque sino se procura tener atada la atencion de los lectores y de los oyentes con la obscuridad, ó á lo menos con que no esté á primer folio de inteligencia de la frase, enseña la experiencia, que unos roncan y otros piensan en las babias, por cuanto es muy volátil la imaginacion de los mortales. La tercera, porque mientras el lector anda revolviendo Calepinos, Vocabularios y Lexicónes para entender una voz, se le queda despues mas impreso su significado, y á vueltas de él la doctrina y el pensamiento del autor. La cuarta y mas poderosa de todas, para que sepan esos estrangeirillos, que notan el latin de los españoles de despeluzado, incurioso ó desgrenaado, que tambien acá sabemos escribir á la papillota, y sacar un latin con tantos bucles, como si se hubiera peinado en la calle de san Honorato de Paris: lo que no es posible que sea mientras no se ande á caza de frases escogidas, crespas y naturalmente ensortijadas.

5. Ahí teneis al ingles ó al escoces Juan Barclayo (que

yo no tengo ahora empeño, en que fuese de Lóndres ó de Edimburgo) el cual no dirá *exhortatio*, aunque le quemen, sino *parænesis*, que significa lo mismo, pero un poco mas en griego; ni *obedire* por obedecer, que lo dice cualquiera lego, sino *decedere*, que sobre tener mejor sonido, es de significado mas abstruso, por lo mismo que es equivoco. Llamar *prologus* al prologo, ¿qué lego no entenderá ese latin? llamarle *procemium*, suena á zaguan de lógicas: *Præfatio*, parece cosa de misal, y luego ofrece á la imaginacion la idea del canto Gregoriano: llámese *Alloquium*, *Ante-loquium*, *Præloquium*, *Præloquutio*, y dejadlo de mi cuenta. Al estilo doctrinal llámesele siempre en latin *Stilus didascalicus*, y caiga quien cayere: cuando se quiera notar á algun autor latino, aunque sea de los mas famosos, de que aun no ha cogido bien el aire de la lengua romana, y que hasta en ella se descubre el propio de la suya nacional, dígasé á Dios te la depare buena, *redolet Pata vinitatem*; porque si bien es así, que todavia no han convenido los gramáticos en el verdadero significado de esta voz, cualquiera que la usa queda *ipso facto* calificado de un latino que se pierde de vista, elegante, culto y terso. Sobre todo os encargo mucho, que ni á mí ni á algun otro preceptor, maestro ó doctor apellideis jamas con los vulgarísimos nombres de *doctor*, *magister*, *præceptor*; Jesus, qué parvulez y qué panatismo! A cualquiera que enseñe alguna facultad, llamadle siempre *Mystagogus*; porque aunque es cierto que no viene á propósito, aun el mismo que lo conoce os lo agradecerá, por ser voz que presenta una idea misteriosa y extraordinaria. La mejor advertencia se me olvidaba. Es de la mayor importancia: cuando leais alguna obra latina, de las que *están mas en voga* (frase que me cae muy en gracia), decir de cuando en cuando: *hic est Trasonismus*, este es Trasonismo: y no os dé cuidado, que vosotros ni los que os oyeren entendais bien lo que en eso quereis decir; porque yo os empeño mi palabra, de que los dejareis aturrullados y arqueando los ojos de admiracion. Con esto y con hacer grande estudio en no escribir jamas trabados los diftongos de *a* y *e*, ni de *o* y *e*, como lo han hecho hasta aqui muchos latinos honrados, sino con sus letras separadas, escribiendo, v. g. *feminae* en lugar de *feminæ*, y *Phoebus*

en vez de *Phœbus*: con no contar las datas por los dias del mes, sino por las kalendas, los idus y las nonas, con guardaros mucho de no llamar á los meses de julio y agosto con sus nombres ya sabidos y regulares, sino con los de *Quintilis* y *Sextilis*, como se llaman *in diebus illis*: y finalmente con desterrar los números arábigos de todas vuestras composiciones latinas, usando siempre de las letras romanas, en vez de números, y esas dibujadas á la antigua, v. gr. para poner *anno millesimo septingentesimo quinquagesimo quarto*, año de mil-sete-cientos-y-cincuenta-y-cuatro, no poner, como pudiera un contador ó un comerciante, *anno 1754*, sino an. CIC.DCC.LIV: digo, hijos mios, que con solo esto podeis echar piernas de latin por todo el mundo: *et pereant ego, nisi cultissimi omnium latinissimorum hominum audieritis.*

6. Muy atento estaba nuestro Gerundio á las lecciones del domine, oyéndolas con singular complacencia, porque como tenia bastante viveza las comprendia luego; y por otra parte, como eran tan conformes al gusto estravagante con que hasta allí le habian criado, le cuadraban maravillosamente. Pero como vió que el domine inculcaba tanto en que el latin fuese siempre crespo, y todo lo mas obscuro que fuese posible; y por otra parte, en fuerza de la inclinacion que desde niño habia mostrado á predicar, su padrino el licenciado Quijano le habia enviado los cuatro tomos de sermones del famoso Juan Raulin, doctor parisien- se, que murió en el año 1514, los cuales por ser de un latin muy llano, muy chavacano y casi macarrónico, los entendia perfectamente Gerundico, dijo al domine muy desconsolado hablándole en latin, porque habia pena para los que en el aula hablasen en romance: *Domine, secundum ipsum, quidam sermones latini, quos ego habeo in pautatione mea, non valebunt nihil, quia sunt plani; et clari sicut aqua.* Pues señor, segun eso unos sermones latinos, que yo tengo en mi posada, no valdrán nada, porque son llanos y claros como el agua: *¿qui sunt hi sermones?* le preguntó el domine; ¿qué sermones son esos? *Sunt cujusdam prædicatoris,* respondió el chico, *qui vocatur Joannes de... non me recordor, quia habet appellitum multum enrebesatum:* son de un predicador que se llama Juan de... no me acuerdo, porque tiene un ape-

lido muy enrevesado: ¿de quo agunt? le volvió á preguntar el domine; ¿de qué tratan? Domine, respondió el muchacho, de multis rebus quæ faciunt ridere: señor, de muchas cosas que hacen reir. Anda vé y tráelos, le dijo el preceptor, y veremos que cosa son ellos y que cosa es el tatin.

7. Partió volando el obediente Gerundio, trajo los sermones, abrió el domine un tomo, y encontróse con sermón 3.º de Viduitate, donde leyó en voz alta este admirable pasage.

8. *Dicitur de quadam vidua, quòd venit ad Curatum suum, quærens ab eo consiliu, si deberet iterum maritali, et allegabat, quòd erat siné adjutorio, et quòd habebat servum optimum, et peritum in arte maritali sui. Tunc Curatus dixit; Bené accipite eum. E contrario illa dicebat: Sed periculum est accipera illum, ne de servo meo faciam Dominum. Tunc curatus dixit: Bené, nolite eum accipere. Ait illa: quomodó ergo faciam? Non possum sustinere pondus illud, quod substinebat maritus meus, nisi unum habeam. Tunc Curatus dixit: Bené, habedtis eum. At illa: sed si malus esset, et vellet me disperdere, et usurpare? Tunc Curatus: non accipiatis ergó eum. Et sic Curatus semper juxta argumenta sua concedebat ei. Videns autem Curatus, quia vellet illum habere, et habere devotionem ad eum dixit ei; ut bené distincte intelligeret, quid campanæ Ecclesiæ ei dicerent, et secundum consilium campanarum, quod ipsa faceret. Campanis autem pulsantibus intellexit, juxta voluntatem suam quod dicerent: prends ton valet, prends ton valet. Quo accepto, servus egregiè verberavit eam, et fuit ancilla, quæ prius fuerat domina. Tunc ad Curatum suum conquesta est de consilio, maledicendo horam, quæ crediderat ei. Cui ille: non satis audisti, quid dicant campanæ. Tunc Curatus pulsavit campanam, et tunc intellexit, quod campanæ dicebant: ne le prends pas, ne le prends pas: Tunc enim vexatio dederat ei intellectum.*

9. No obstante la seriedad innata y congénita del gravísimo preceptor, afirma un autor coetáneo, sincrónico y fidedigno, que al acabar de leer este gracioso trozo de sermón, no pudo contener la risa; y para que le entendiesen

hasta los niños que habian comenzado aquel año la gramática, mandó á Gerundio que le construyese. Esto dijo, que de puro leerle se le habia quedado en la cabeza; y que sin construirle, si queria su merced, le relataria todo seguidamente, y aun le predicaria como si fuera precisamente el mismo predicador. Parecióle bien la proposicion, hizo silencio, dando sobre la mesa tres golpes con la palma: plantóse Gerundio con gentil donaire en medio del general: limpióse los mocos con la punta de la capa; hizo la cortesía con el sombrero á todos los condiscípulos, y una reverencia con el pie derecho, á modo de quien escarba; volvió á encasquetarse el sombrero, gargajeó y comenzó á predicar de esta manera, siguiendo punto por punto el sermón de Juan Raulin.

10. « Cuéntase de cierta viuda, que fué á casa de su cura á pedirle consejo sobre si se volveria á casar; por- que decia, que no podia estar sin alguno que la ayudase, « y que tenia un criado muy bueno y muy inteligente en « el oficio de su marido. Entonces la dijo el cura: bien, pues « cástate con él. Mas ella le decia; ¿pero está á pique, si « me caso con él, que se suba á mayores, y que de criado, « se haga amo mio. Entonces el cura la dijo; bien, pues « no te cases tal. Pero ella le replicó; nó sé, que me ha- ga, porque yo no puedo llevar sola todo el trabajo que « tenia mi marido, y he menester un compañero que me « ayuda á llevarle. Entonces la dijo el cura: bien, pues « cástate con ese mozo. Mas ella le volvió á replicar; y si « sale malo, y quiere tratarme mal, y desperdiciar mi ha- cienda? Entonces el cura la dijo: bien, pues no te ca- ses. Y así la iba respondiendo siempre el cura, segun las « proposiciones y las réplicas que la viuda le hacia. Pero « al fin, conociendo el cura, que la viuda en realidad te- nia gana de casarse con aquel mozo, porque le tenia pa- sion, díjola, que atendiese bien lo que la dijessen las cam- panas de la iglesia, y que hiciese segun ellas la aconse- jasen. Tocaron las campanas, y á ella le pareció que la « decian, segun lo que tenia en su corazon: *ca-sa-te-con- él, ca-sa-te-con-él*. Casóse, y el marido la azotó y la dió « de palos tan lindamente, pasando á ser esclava la que an- tes era ama. Entonces la viuda se fué al cura, queján- dose del consejo, que la habia dado, y echando mil mal-

«diciones á la hora en que le habia creído. Entonces el cura «la dijo: sin duda, que no oiste bien lo que decian las «campanas. Tocólas el cura, y á la viuda le pareció entonces, que decian clara y distintamente: *no-te-cases-tal*; «*no-te-cases-tal*, porque con la pena se habia hecho cuerda.»

11. Aplaudió mucho el domine lo bien, que Gerundio habia entendido el cuento del predicador, y la gracia con que le habia recitado, conociendo, que sin duda habia de tener mucho talento para predicar: los condiscípulos tambien le vitoreáron, y rieron mucho el cuento. Pero el preceptor, volviendo á tomar la palabra, hizo algunas reflexiones serias, y juiciosas, acabando con otras, que no podian ser mas ridiculas. Por lo que toca al latin, dijo á sus discípulos, es muy chavacano, y aun los mismos que gustan de latin claro y corriente, no le aprobarán, porque eso no tanto es claro y natural, quanto apatanado y soez, en lo cual tenia muchísima razon. Pero habeis de notar una cosa, y es la poca razon que tienen algunos señores franceses para hacer mucha burla del latin de los españoles, tratándonos de bárbaros en punto de latinidad, y diciendo, que siempre hemos hablado esta lengua como pudieran hablarla los godos y los vándalos. Esto porque hubo tal cual autor nuestro, que realmente escribió en un latin charro y güedejudo, ó como latin de boticario y sacristan. Ea, monsiures, démonos todos por buenos, que si acá tuvimos nuestros Garcías, nuestros Cruces y nuestros Pedros Fernandez, tambien ustedes tuvieron sus Raulines, sus Maillardos, sus Barletas, sus Menotos; y en verdad, que su autor de ustedes el célebre monsieur du Cange, en el vocabulario que compuso de la *baja latinidad*, la mayor parte de los ejemplos que trae, no los fué á buscar fuera de casa. Y de camino adviertan ustedes, que cuando allá en su Paris se usaba un latin tan elegante, como el del doctor Juan Raulin, acá teníamos dentro de aquel mismo siglo á los Montanos, á los Brocenses, á los Pereyras, á los Leones, y á otros muchos que pudieran escupir en corro y hablar barba á barba con los Tulios y con los Livios, que ustedes alaban tanto, aunque no sean de mi parroquia, ni de mi mayor devocion.

12. Esto en cuanto al latin, dijo el domine; mas por lo que mira á la substancia del sermon, continuó, cansándose de hablar en juicio ó dejándose llevar de su estrafalarío

modo de concebir; por lo que mira á la substancia del sermón, aunque de este predicador no he leído mas que este trozo, desde luego digo, que fué uno de los mayores predicadores que ha habido en el mundo, y me iría yo hasta el cabo de él solo por oírle. A mi me gustan tanto en los sermones estos cuentecitos, estas gracias y estos chistes, que sermón en que el auditorio no se ría, por lo menos media docena de veces á carcajada tendida, no daría yo cuatro cuartos por él, y luego me da gana de dormir. Yo creía, que esta era una gracia privativa de algunos famosos predicadores españoles, y que en otras partes no se estilaba este modo de predicar y de divertir á la gente; pero ahora veo, que todo el mundo es país; y aunque por una parte siento, que no tengan la gloria de ser los únicos en esto algunos de nuestros célebres oradores, por otra no me pesa que también participen de ella otras naciones, porque lo demás sería envidia, y una especie de viciosa ambición. No echó esta lección en saco roto nuestro Gerundico; porqué como desde niño habia mostrado tanta inclinación á predicar, oía con especial gusto y atención todo cuando podia hacerle famoso por este camino, y desde luego propuso en su corazón, que si algun día llegaba á ser predicador, no predicaría sermón, fuese el que se fuese, que no le atestase bien de chistes y de cuentecillos.

13. Finalmente el bueno del domine instruía á sus discípulos en todas las demás partes de que se compone la perfecta latinidad ó el perfecto uso de la lengua latina, con el mismo gusto ni mas ni menos con que les habia instruido en el estilo. Decíales, que la retórica no era *arte de persuadir*, sino *arte de hablar*; y que eso de andar buscando razones sólidas y argumentos concluyentes para probar una cosa, y para convencer al entendimiento, era una mecánica buena para los lógicos, y para los matemáticos, que se andaban á caza de demostraciones, como á caza de gangas; que el perfecto retórico era aquel que le atacaba y le convencía con cuatro fruslerías y que para eso se habian inventado las figuras, las cuales eran inútiles para dar peso, á lo que de suyo le tenia, y que toda su gracia consistía en alucinar á la razón, haciéndola creer, que el vidrio era diamante, y oro el oropel. Enseñábaseles, que no gastasen tiempo ni se quebrasen la cabeza en aprender lo que es

introduccion, proposicion, division, prueba, confirmacion, aumento, epilogo, peroracion ni exortacion; porque eran cuentos de viejas, invenciones de modernos, y querer componer una oracion latina con la misma simetria con que se fabrica una casa. No les disimulaba, que Aristoteles, Demóstenes, Ciceron, Longino y Quintiliano habian enseñado, que esto era indispensable, no solo para que una oracion fuese perfecta, sino para que mereciese el nombre de oracion; pero añadia, que esos habian sido unos pobres hombres, y porque ellos nunca habian sabido hablar en público de otra manera, dado le ha, que habian de hablar así todos los que habian de hablar bien. Prueba clara de que no tenian razon, eran, millares de millares de sermones, que andaban por ese mundo de Dios, impresos de letra de molde, con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones de hombres muy científicos, y muy sapientes, los cuales habian sido oidos con un aplauso horroroso; y sabiendo todo el género humano, que los sermones no son ó no deberian de ser otra cosa, que una artificiosa y bien ordenada composicion de elocuencia, y de retorica, en los susodichos no se hallaba pizca de toda esa faramalla y barahunda de introduccion, proposicion, division, etc. sino unos pensamientos brillantes, saltarines y aparentes, á cual mas falso, sembrados por aquí y por allí, conforme se le antojaba al predicador, sin convencimiento, persuacion ni calabaza; y con todo eso fueron aplaudidos, como piezas de elocuencia inimitables, y se dieron á la prensa, para que se eternizase su memoria. De todo la cual, legitima y perentoriamente se concluía, que la verdadera retorica, y la verdadera elocuencia no consistia en nada de eso, sino principalisimamente en tener bien decoradas las figuras retoricas con los nombres griegos y retumbantes, con que habia sido bautizada cada una, estando pronto el retórico á dar su propia y adecuada definicion siempre que fuese legitimamente preguntado. Y así, concluia el domine, dadme acá uno, que sepa bien *quid est Epanorthosis, Ellypsis, Hyperbaton, Paralypsis, Pleonasmó, Synonymia, Hypotyposis, Epiphonema, Apostrophe, Prolepsis, Upobolia, Epitrophe, Periphrasis y Prosopopeya*; y que en cualquiera composicion, sea latina, sea castellana, use de estas figuras conforme se le entojare, vengan ó no ven-

gan, que yo os le daré mas retórico y mas elocuente, que cien Cicerones y doscientos Demóstenes pasados por alambique. Asi pues todo el empeño del cultísimo preceptor era, que sus muchachos supiesen bien de memoria estas vagatelas; y á los que veía mas instruidos y mas expeditos en ellas, los decia lleno de satisfaccion y de vanidad: *Andad, hijos, que ya podeis echar piernas de retórico por todos esos estudios de Dios, y por todos esos seminarios de Cristo.* Con efecto los retóricos del domine *Zancas-largas* (este era su mote ó su verdadero apellido) eran muy nombrados por toda la ribera del Orbigo, y por todo lo que baña el famoso rio Tuerto.

14. Finalmente las lecciones que les daba sobre la poesía latina, última parte de todo, lo que les enseñaba eran primas hermanas de las otras, pertenecientes á las demas partes de la latinidad. Contentábase con hacerlos aprender de memoria la prosodia, la cantidad de las sílabas, los nombres griegos de los pies, *dáctilo, spondeo, yambo, trochaico, pirrichio, etc.* aquellos que explicaban la uniformidad ó la variedad de las estrofas, *monócolos, monóstrofos, dícolos, distrofos, tetástrofos,* y que decorasen gran número de versos de los poetas latinos, única y precisamente para probar con ellos la cantidad de las sílabas breves ó largas por su naturaleza; sin advertir, que esta regla no es absolutamente infalible, por cuanto los mejores poetas latinos hicieron no pocas veces, largas las sílabas breves y breves las largas, ó usando de la licencia poética, ó tambien porque no embargante de ser poetas, eran hombres y pudieron descuidarse, pues que tal vez hasta el mismo Homero dormitó. Hecho esto, como los muchachos compusiesen versos que constasen, mas que fuesen languidos, insulsos y chavacanos, y aunque estuviesen mas atestados de ripio, que pared maestra de argamasa, no habia menester mas para coronarlos con el laurel de Apolo. Una vez decia en el tema ó en el romance, para una cuartillá, estas palabras: *Entonces se supo, con cuanta razon castigó Dios al mundo con el diluvio, y se fabricó el Arca de Noé.* Compúsola en verso latino un discipulo de Zancas-largas, y dijo:

Dilwiumque, Arcamque Noe, tñm quã ratione.

Por solo este admirable verso le dió el domine dos parces

y un abrazo, sin poderse contener. En otro tema se decia esta sentencia: *Se deben tolerar las cosas, que no se pueden mudar*, y un chico la acomodó en este bello pentámetro:

Quæ non mutari sunt toleranda, queunt.

Valióle doce puntos para su vanda, y una tarde de asueto. Mandó componer en una estrofa de versos sáficos este breve romance: *Andres Corbino convidó á Pedro Pagano á que el miércoles por la tarde fuese á merendar á su casa, porque aquel dia se habia de hacer en ella la matanza de un cerdo.* Un muchacho, que pasaba por ingenio milagroso, le llevó el dia siguiente la siguiente estrofa;

*Domine Petre, Domine Pagane,
Corpius rogat, velis, ut Andreas,
Vesperi quarta mactabimus suem,
Ad se Venire.*

15. Faltó poco para que el preceptor se volviese loco de contento, y luego incontinenti le declaró emperador perpetuo de la vanda de Roma: hizole tomar posesion del primer asiento ó trono imperial; mandó que provisionalmente fuese laureado con una corona de malvas y otras yerbas, por quanto no habia otra cosa mas á mano en uno que se llamaba huerto, y era un erreñal de la casa del domine, mientras se hacia venir de la montaña un ramo de laurel; y ordenó, que desde allí adelante, y por todos los siglos venideros, hasta la fin del mundo, fuese habido, tenido y reputado por el archi-poeta Parames (era del Páramo el rayo del muchacho) para diferenciarle y no confundirle jamas con Camilo Guerno, archi-poeta de la Pulla.

16. Pararse el domine á esplicar á sus discípulos, en que consistia la alma y el divino furor de la poesía; pedirle, que los hiciese observar el carácter, y la diferencia de los mejores poetas; esperar, que los enseñase á conocerlos, y á distinguirlos y á calificarlos; pretender que los instruyese, en que no se pagasen de atronamientos, ridiculeces y puerilidades; no habia que pensar en eso, porque ni él lo sabia, ni él mismo se papaba de otra cosa. Naturalmente se le iba la inclinacion á lo peor, que encontraba en los poetas, como tuviese un poco de retumbancia ó algun sonsonetillo ridiculo, insulso y pueril. Por el primer

capítulo, elevaba hasta las nubes aquellas dos bocanadas ó ventosidades poéticas de Ovidio:

Semi-bobemque virum, semi-virumque bobem:

Egelidum boream, egelidumque notum.

Y decia con grande satisfaccion, que este poeta no encontraba otra que alabar. Por el segundo no habia para él cosa igual á aquella recancanilla tan ridícula y tan fria de Ciceron, que para siempre le dejó tildado por tan pobre hombre entre los poetas, como máximo entre los oradores:

O fortunatam natam, me Consule, Roman!

17. Pero nada le asombraba tanto, como el divino ingenio de aquel poeta oculto, que en solas dos palabras compuso un verso exámetro cabal y ajustado á todas las reglas de la prosodia; pero tan escondido, que sin revelacion apenas se puede conocer que es verso. Porque sin ella; quien dirá que lo es este:

Consternabatur Constantinopolitanus?

Y con todo eso no le falta sílaba. Así pues, todo su mayor empeño y todo su conato le ponía en enseñar á sus muchachos puntualmente todo aquello, que en materia de poesía debieran ignorar ó saberlo únicamente para abominarlo, ó para hacer de ello una solemnísima burla, como la hacen cuantos hombres de pelo en pecho merecen hacerse la barba en el parnaso. Por mal de sus pecados habia caido en sus manos cierta obra de un escritor de este siglo, intitulada: *de poesia germanorum symbolica*, de la poesía simbólica de los alemanes, en la cual se trata y se celebra la prodijiosa variedad de tantas especies de versos Leoninos, Alejandrinos, Acrósticos, Cronológicos, Gerglíficos, Cancrinos, Piramidales, Laberínticos, Cruciformes y otras mil varatijas como ha inventado aquella nacion, por otra parte docta, ingeniosa y sesuda; pero en este particular, de un gusto tan estravagante, que ha dado mucho que admirar, y no poco que reir á las demás naciones, aunque muy rara será aquella á quien no la haya pegado este contagio; bien así como el de las viruelas, que por lo comun solo se pegan á los niños y á los muchachos de poca edad, de la misma manera esta ridiculísima epidemia, por lo regular, solo cunde en poetillas rapaces, que aun no tienen uso de razon poética; y si tal vez inficiona á algun adulto, es mal incurable, ó punto menos que desesperado.

18. A todas las demas castas de versos preferia Zancas-largas, los que son de la peor casta de todos; esto es, los Leoninos ó Aconsonantados, que fueron en opinion muy probable, los que introdujeron en el mundo poético la perversa secta de las rimas ó de los consonantes, que con su cola de dragon arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas; quiero decir, que ha sido la perdicion de tantos nobles ingenios, los cuales hubieran enriquecido á la posteridad con mil divinidades, y por estos malditos de consonantes (Dios me lo perdone) felizmente ignorados de toda la antigüedad, la dejaron un tesoro inagotable de pobreza, de impropiedades y de rипios insufribles. Encaprichado nuestro domine en su mal aconsejada opinion, juraba por los Dioses inmortales, que toda la Iliada de Homero, toda la Eneida de Virgilio, y toda la Farsalia de Lucano no valian aquel solo dístico, con que Mureto hizo burla de Gambarra, poeta Anturpiense, salva empero la suciedad, la hediondez y el mal olor, que eso no era de cuenta de la poesia.

Crédite, vestratum merdosa volumina vatum,

Non sunt nostrates tergere digna nates.

19. Por fin y por postre, los instruía en la que él llamaba *divina ciencia* de los equívocos y de los anagramas; y de esta última con especialidad estaba furiosamente enamorado. Un anagrama perfecto, decia, es arte de artes, ciencia de ciencias, delicadeza de delicadezas, elevacion de elevaciones, en una palabra, es el *lydius lapis*, ó la piedra de toque de los ingenios castizos, de ley y de quilates; donde hay en el mundo cosa, v. gr. como llamar *bolo* al lobo, y *lobo al bolo* como decir *pace* al gato, y *zape* al buey cuando está paciendo; ¿pues qué, si en una oracion perfecta se disimula, no menos que un nombre y un par de apellidos, sin faltar ni sobrar silaba ni letra, como por ejemplo, el bello disfraz con que el autor de cierto escrito moderno ocultó y salió en público con su nombre y aledaños, diciendo en el frontis de la obra: *Homo impugnat lites*, y concluyéndola con un *pinquet olim*, que vale un potosi, por cuanto es perfectísimo anagrama de sus dos apellidos, y una y otra oracion tienen unos significados propisimos y que se pierden de vista? Anagramas hay imperfectos, que con ser así que lo son, son de un valor

inestimable, y en su misma imperfeccion tienen mas gracia, que toda la que se pondera en las insulseces de Owen y de Marcial. Por ejemplo, el que hizo un anagrama del apellido *Osma*, y dijo *Asno*, y *sobra una pierna*, ¿no merecia por este solo dicho, que le erigiesen una estatua en el capitolio de Minerva? Y mereceria menos el otro, que habiendo encontrado en el nombre y apellido de cierto obispo este anagrama: *Tu serás cardenal*, pero sobraban dos *ll*, que no podia acomodar, anadio: *Y sobran dos ll, para látigos de la posta, que ha de traer la noticia?* Desengañémonos; que esto de los anagramas es cosa divina, digan lo que dijeren media docena de bufones, que los tienen por juego de niños, y que nos quieren decir, que aquello de Marcial: *Turpe est difficiles habere nugas, et stultus labor est ineptiarum*, está bien aplicado á los anagramatistas. Y menos fuerza me hace la otra sátira del indigesto Adrian de Valois, que porque él no sabia cual era su anagrama derecho, cantó este bello epifonema á deum de dere.

Cytharædus esse, qui nequit, sit Aulædus:

Anagrammatista, qui poeta non sperat.

Vitor; y denle un confite por la gracia. Pues yo le digo, que el que no supiere hacer anagramas, no espere ser poeta en los dias de su vida; y el que los hiciera bueno, tiene ya andado mas de la mitad del camino para ser un poetazo de á folio, porque si la poesia no es mas que un noble trastornamiento de las palabras, los anagramas no son otra cosa, que un bello trastornamiento de las letras. Y váyase muy enhoramala el otro Colletet ó Coletillo, que dijo con bien poco temor de Dios:

*Eso de hacer anagramas,
Y andar trastornando letras,
Lo hacen solo los que tienen
Trastornada la cabeza.*

CAPÍTULO X.

En que se trata, de lo que él mismo dirá.

Cinco años, cuatro meses, veinte dias, tres horas y siete minutos gastó nuestro Gerundio en aprender estas y

otras impertinencias de la misma estofa (segun una puntualísima leyenda antigua, que nos dejó exactamente apuntados hasta los ápices de la cronología), y cargado á entera satisfaccion del domine, de figuras, de reglas, de versos, de himnos y de lecciones de breviario, que tambien hacia construir á sus discípulos y tomarlas de memoria, por ser un admirable prontuario para los exámenes de ordenes, se restituyó á Campazas un dia del mes de mayo, que nota el susodicho cronicon habia amanecido pardo y continuó despues lluvioso. Convienen todos los gravísimos autores, que dejaron escritas las cosas de este insigne hombre, en que siendo así que el domine era grande azotador, y que especialmente en errando un muchacho un punto de algun himno, la cantidad de una sílaba, el acomódo de un anagrama y cosas á este tenor, iba al rincon irremisiblemente, aunque le atestase el gorro de parces. Con todo eso, nuestro Gerundio era tan exacto en todo el susodicho tiempo que gastó en estudiar la Gramática, no llevó mas que cuatrocientas y diez vueltas de azotes, por cuenta ajustada, que apenas salen tres cada semana: cosa que admiró á los que tenian noticia del rigor y de la severidad de Zancaslargas. No causa menos admiracion, que en todo el discurso de este tiempo no hubiese hecho Gerundio novillos del estudio, sino doce veces, segun un autor, ó trece, segun otro, y esas siempre con causas legítimas y urgentes; porque una los hizo por ir á ver unos toros á la Bañeza, otra, por ir á la Romería del Cristo de Villaquejida, otras dos por ir á cazar pájaros con liga á una zarza, junto á una fuente, que habia tres leguas del lugar donde estudiaba, y asi de todas las demas, lo que acredita bien su aplicacion y el grande amor que tenia al estudio. Tambien aseguran los mismos autores, que en todo él no habia muchacho mas quieto ni mas pacífico. Jamas se reconocieron en él otros enredos ni otras travesuras, que el gustazo que tenia en *echar gatas* á los nuevos, que iban á su posada; esto es que despues de acostados los dejaba dormir, y haciendo de un bramante un lazo corredizo, le echaba con grandísima suavidad al dedo pulgar del pie derecho ó izquierdo, del que estaba dormido, despues se retiraba él á su cama con el mayor disimulo, y tirando poco á poco del bramante, conforme se iba estrechando el lazo, iba el do-

lor despertando al paciente, y este iba chillando á proporcion que el dolor le afligia, el cual tambien iba creciendo conforme Gerundio iba tirando del cordel: y como el pobre paciente no veia quien le hacia el daño, ni podia presumir que fuese alguno de sus compañeros, porque á este tiempo todos roncaban adredemente, fingiendo un profundísimo sueño, gritaba el pobrecito, que las brujas ó el duende le arrancaban el dedo. Y si bien es verdad, que dos ó tres niños estuvieron para perderle, pero siempre se tenia por una travesura muy inocente, y mas diciendo Gerundio por la mañana, que lo habia hecho por entretenimiento y no mas que para reir. Por lo demas era quietísimo; pues habia semana en que apenas descalabraba á media docena de muchachos, y en los cinco años bien cumplidos que estuvo en una misma posada, nunca quebró un plato ni una escudilla, y lo mas que hizo en esta materia, fue en cuatro ocasiones hacer pedazos toda la vasija que habia en el basar; pero eso fue con grande motivo, porque un gato rojo, á quien queria mucho el ama, le habia comido el torrezno gordo que tenia para cenar. Su compostura en la iglesia del lugar, adonde todos los estudiantes iban á oír misa de comunidad, era ejemplar y edificante. No habia que pensar que nuestro Gerundio volviese la cabeza á un lado ni á otro, como veleta de campanario, ni que tirase de la capa al muchacho que estaba delante, ni que mojado con saliva la estremidad de una pajita se la arrimase suavemente á la oreja ó al pescuezo, como que era una mosca, ni mucho menos que se entretuviese en hacer una cadena con lo que sobraba del cordon del justillo ó de la almilla, tirando despues por la punta para deshacerla de repente. Todos estos enredos, con que suelen divertir la misa los muchachos, le daban en rostro, y le parecian muy mal. Nuestro Gerundio siempre estaba con la cabeza fija enfrente del altar, y con los ojos clavados en las fábulas de Esopo, construyéndolas una y muchas veces con grandísima devocion.

2. Vuelto á Campazas ¿quien podrá ponderar la alegria y las demostraciones de cariño con que fue recibido del tio Anton, de la tia Catania, del cura del lugar, y de su padrino el licenciado Quijano, que eran los continuos comensales de la casa de Anton Zotes, y apenas habian salido

de ella, desde que supieron, que ya habia ido la burra por Gerundio?

NOTA. *En Campos, cuando se envia por un chico que está estudiando Gramática, se dice: ya le envié la burra, ya fue la burra por él, etc.*

3. Despues de los primeros abrazos, que le dieron todos, se quedaron atónitos y aturdidos al verle echar espadañadas de latin por aquella boca, que era un juicio. Hablóse luego como era natural del preceptor, y el chico exclamó al instante; *Proh Dii immortales! mystagogus meus est homo, qui amittitur de conspectu:* O Dioses immortales! mi maestro es un hombre, que se pierde de vista. Preguntáronle si habia muchos muchachos: y al punto respondió: *Qui numerat stellas, poterit numerare puellas:* El que pudiere contar el número de las estrellas, podrá contar el número de los muchachos. Su padrino el licenciado Quijano, que era el menos romancista de todos los circunstantes, le dijo: mira hombre, que *puellas* no significa muchachos, sino muchachas. *Pace tua dixerim, domine Dripane,* le replicó su ahijado: *puella puellæ* es epíceno: *juxta illud; uno epicena vocant graii; promiscua nostri.* No tuvo que responderle el padrino, y solamente le preguntó, ¿por que le llamaba *Dripane*, que le sonaba á cosa de mote, y le parecia atrevimiento? *Neutiquam per medium fidium!* le respondió Gerundio, sonriéndose, y como quien se burlaba de su ignorancia: *Dripane est anagrammaton de padrine; et anagrammaton figura est, quâ unius vel plurimum vocum litteræ transponuntur, vel invertuntur.* Y así, señor padrino, con licencia de usted, y para que lo entiendan todos, si en lugar de decir *mi madre*, dijera *mi merda*, y en vez de decir *Antonio Zotes*, dijera ó *Tina* ó *Zesto*, sobran dos piernas, tan lejos estaria de perderlos el respeto, que usaria de una de las figuras mas delicadas y mas ingeniosas que hay en toda la retórica.

4. Con estas y otras necedades de la misma calaña pasaba Gerundio el tiempo, dando muestras de sus grandes progresos en la latinidad, y esperando á que llegase S. Lucas para dar principio á las sumulas, cuando hácia la mitad del verano pasó por su casa y se detuvo en ella algunos dias el provincial de cierta orden, varon religioso y docto.

Componíase su comitiva, como se acostumbra, de otro padre grave, que era su socio y secretario, y de un lego rollizo, despejado, mañoso y de pujanza que en los caminos servia para los menesteres de las posadas, y en los conventos para los oficios de la celda. Era el lego de buen humor, nada gazmoño, y mucho menos que nada, escrupuloso. Dábale á Gerundio periquitos, rosquilla y alcorzas, con que le habian regalado unas monjas, cuyo convento acababan de visitar. Con esto se le aficionó mucho el muchacho, y tambien con los cuentos y chistes que contaba entre la familia, mientras su paternidad y el secretario dormian la siesta, que el lego no gustaba de dormir, y dicen que los contaba con gracia. Por las tardes, luego que acababan de refrescar los dos padres graves, el lego se salia á pasear con Gerundio, y este le llevaba unas veces á las eras, otras al humilladero, y otras al majuelo de su padre, que linda con el carrascal. En estas conversaciones vertia el muchacho todos los disparates, que habia aprendido con el dominé; y como el lego le oia hablar tanto en latin, que para él era lo mismo que griego, y por otra parte el chico era bien dispuesto y desembarazado, pareciale que podia ser muy á propósito para la orden, y asi comenzó á catequizarle.

5. Deciale, que en el mundo no habia mejor vida que la de fraile, porque el mas topo tenia la racion segura, y en asistiendo á su coro, santas pascuas; que el que tenia mediano ingenio iba por la carrera de maestro, ó por la carrera de predicador; y que aunque la de las leturías era mas lucida, la del púlpito era mas descansada y mas lucrosa; pues conocia él predicadores generales, que en su vida habian sacado un sermon de su cabeza, y con todo eso, eran unos predicadores que se perdian de vista, y habian ganado muchísimo dinero; y que en fin, en jubilando por una ó por otra carrera, lo pasaban como unos obispos; pues qué la vida de los colegiales! que asi llamamos á los que están en los estudios, ni el rey ni el papa la tienen mejor; por lo menos mas alegre. Algunas crugias pasan con los lectores y con los maestros de estudiantes, si son un poco ridiculos ó zelosos de que estudien; pero ¿qué importa si se la pegan guapamente? Nunca comen mejor, que cuando les dan algun pan y agua por flojos, porque no llevaron la leccion, ó porque se quedaron en la cama; pues



entonces los demas compañeros los guardan en la manga lo mejor de su pitanza, y comen como unos abades. Ahora; la bulla, la fiesta, la chacota que tienen entre sí cuando estan solos: los chascos que se dan unos á otros, eso es un juicio: y han sucedido lances preciosísimos. Es verdad, que si los pillan lo pagan, y hay despojos que cantan misterio: pero *datus sunt passatus sunt*. De la vida de los novicios no se habla: ya se ve, que asisten siempre al coro, que nunca faltan á maitines, que ayudan las misas, que tienen mucha oracion y muchas disciplinas, que andan con los ojos bajos y con la cabeza colgando á manera de higo maduro; pero eso es una friolera: en volviendo la suya el maestro, ó en aquellos ratos de libertad y de asueto que los dan de cuando en cuando, hay la zambra y la trisca, que se hunde el noviciado: juegan á la gallina-ciega, á fiel-derecho y á los batanes, que no hay otra cosa que ver.

6. No se puede ponderar el gusto con que oia nuestro Gerundio esta indiscreta pintura de la vida religiosa, representada con mas imprudencia que verdad; pues descubriendo únicamente las travesuras de los religiosos imperfectos, ocultaba la severidad con que se reprendian y se castigaban disimulando el rigor con que se zelaba la observancia, y lo mucho que pide á todos sus individuos cualquiera religion, por mitigada que sea. Pero al bueno del lego le parecia, que como él una por una le metiese al chico en el cuerpo la vocacion, hacia una gran cosa, y que lo demás allá lo veria. Con efecto se la metió tan medidamente, que desde luego dijo á su catequista, que aunque le ahorcasen habia de ser fraile de su orden, y que aquella misma noche habia de pedir el hábito al padre provincial delante de sus padres. El lego le dió un abrazo, dos corazones de alcorza, y un escapulario con cintas coloradas y su escudo bordado de hilo de oro, con lo cual se le arraigó la vocacion, de manera que ya no le quitarian de ser fraile, aunque le dieran el curato de su mismo lugar. Y mas, que el lego le instruyó en el modo con que se habia de esplicar con el provincial, y que despues de haber conseguido el sí, le habia de pedir, que él mismo fuese su padre de hábito; pues de esa manera aseguraba su fortuna por quanto el partido de su paternidad era el que mandaba, y mandaria verosimilmente por algunos años, puesto que

apenas habia definidor, jubilado ni prelado conventual que no fuese hijo ó nieto de su reverendísima, esto es, ó discípulo suyo ó discípulo de sus discípulos, y que así se llevaba los capítulos en el pico, disponiendo en ellos á des-tajo cuanto se le antojaba.

7. Siglos se le hicieron á Gerundio las horas que faltaban hasta la de cenar, y llegada esta se sentó á la mesa junto á sus padres con el provincial y secretario, como acostumbra: pero en vez de que otros dias los divertia mucho con sus intrepideces, latines, anagramas y versos de memoria, que decia á borbotones; aquella noche, segun la instruccion del socarron del lego, se mostró mustio, cabiz-bajo y desganado. Picábanle por aquí y por allí, mas él apenas hablaba palabra, hasta que levantados los manteles el provincial y el secretario le hicieron sentar entre los dos, comenzaron á acariciarle mucho, y le preguntaron que tenia. Despues que se hizo bien de rogar, y de burlas ó de veras se le asomaron algunas lágrimas, dijo por fin y por postre, que queria ser fraile de su orden, y que aunque fuese á pie se habia de ir tras ellos, hasta que le diesen el hábito. Al oir esto la buena de la Catanla, volviéndose á su marido, puestas ó enrucijadas las manos y meneando la cabeza, le dijo con la mayor bondad del mundo: *¿no te lo dije yo, mi Anton, que al cabo el chico habia de ser fraile; ¿no ves como se cumple el prefacio de aquel bendito lego, que pernosticó que este niño habia de ser un gran predicador?* Y volviéndose despues á Gerundio, echándole la bendicion, le dijo: *anda bendito de Dios, con la bendicion de su divina magestad y con la mia, que aunque te venia una capellania de sangre, y tu padrino el licenciado Quijano queria persignar en tí el beneficio siempre de Berrocal de arriba, mas te quiero ver en un cúlbito convirtiendo almas, que si te viera arcipeste de todo el partido.* Anton Zotes que era bueno cemo el buen pan, solo respondió; *yo por mí, como sea buen flaire, mas gaga lo que quisiere, porque los padres no podemos quitar la voluntad á los hijos.*

8. Viendo el provincial lo poco que habia que hacer por parte de los padres, y conociendo que el muchacho tenia en realidad viveza y habilidad, y que los disparates

que le habian enseñado eran efectos de la mala escuela los que se podia esperar, que con el tiempo y con los libros los conociese y enmendase, desde luego ofreció que le recibiria, y que él mismo le daria el hábito, y seria siempre su padre y su padrino. Pero como era varon docto y religioso, y el punto era tan serio, temió que fuese alguna veleidad de muchacho, ó que á lo menos quisiese abrazar aquel estado atolondradamente, y sin conocimiento de lo que abrazaba; y para cumplir con su conciencia, con su oficio, y con su grande entendimiento, resolvió desengañarle delante de sus mismos padres, y asi le habló de esta manera.

9. « ¿Sabes, hijo mio lo que es el estado religioso? Es « una cruz en que se enclava el alma con los tres votos « religiosos, desde el mismo punto en que los hace, y no « se desprende de ella hasta que espira. Es un martirio con- « tinuado, que comienza cuando se abraza, y se acaba cuan- « do se deja, advirtiéndote, que solo se puede dejar ó per- « diendo la vida ó abandonando la honra, y tambien con « ella el alma. Es un estado todo de humildad, todo de mor- « tificacion, y todo de obediencia. El que no se desprecia á « sí mismo, ese es el mas despreciado de todos; ninguno « es mas mortificado, que el que menos se mortifica, con « el desconsuelo de que padece mas y merece menos. Al « que no quiere ser obediente, se le obliga á ser esclavo; « ¿ves estas nevadas canas que blanquean mi cabeza? (al- « decir esto, se quitó un becoquin ó escofieta que traia en « ella) pues sábeta, que ha veinte años, que me la cu- « bren, me la desfiguran y desmienten los que tengo, que « aun hoy faltan algunos para llegar á cincuenta, y nunca « se anticipa tanto el color tardío de estas naturales plan- « tas sino cuando las deseca el calor de las pesadumbres; y « puedes observar, que apenas hay religioso, que no en- « canezca por razon de estado, muchos años antes de lo « que debiera por la edad. Ciertamente que esta violencia « que se hace á la naturaleza, no puede tener regularmen- « te otro principio, que la que se hace voluntaria ó invo- « luntariamente al natural.

10. « Como nunca has tratado mas religiosos, que los « que la caridad de nuestros hermanos y tus padres hos- « peda cristiana y piadosamente en su casa, temo que

« alguno menos prudente (pues no podemos negar que en
« todas partes los hay) te haya pintado la religion, como
« aquel pintor, que para ocultar la deformidad de Filipo
« padre de Alejandro, á quien le faltaba un ojo, le pintó á
« medio perfil, representándole solo por aquel lado de la
« cara que no era defectuoso, y cubriendo el otro con el
« lienzo. Quiero decir, temo que solo te hayan pintado á la
« religion por donde puede agradarte, ocultándote artifi-
« ciosamente aquello, por donde pudiera retraer tu natural
« inclinacion. Sí, hijo mio, hay en el estado religioso hom-
« bres graves, justamente atendidos por sus méritos con
« privilegios y con exenciones; pero no hay ni puede ha-
« ber privilegios contra la obediencia ni contra la observan-
« cia, ni hasta ahora se han descubierto en el mundo exen-
« ciones de las pesadumbres y de los trabajos; ¿qué impor-
« ta que á esos padres graves les sobre cuanto han menes-
« ter en la celda, si en caso de no ser ajustados, los falta
« lo que mas necesitan en el corazon? Tampoco te negaré
« que en la religion mas estrecha se encuentran inobser-
« vantes, y tal vez se vé algun escandaloso. Pero tambien
« en el cielo hubo ángeles apostatas, en el paraíso hombres
« inobedientes, y en el colegio apostólico un alevoso, un
« presumido, un inconstante, un incrédulo y muchos co-
« bardes, y ni el cielo dejó de ser un cielo, ni el paraíso un
« paraíso ni el colegio apostólico la comunidad mas santa
« que ha habido ni ha de haber en el mundo. No se llama per-
« fecto un estado porque no se hallen en él hombres defec-
« tuosos, sino porque á los que lo son se les corrige, y
« á los que no se corrigen no se les tolera; porque ó se
« les corta como miembros podridos, para que no inficio-
« nen á los sanos, ó se les conjura como á las tempestades,
« para que vayan á descargar donde á ninguno hagan da-
« ño: quiero decir, que encerrados de por vida entre cua-
« tro paredes, ó la pena les hace entrar en sí mismos y
« entonces son verdaderamente felices, ó si con la desespe-
« racion echan el sello á su desgracia, solo se perjudican á
« sí propios, y pasan solos de un infierno á otro, del tem-
« poral al eterno. Asi pues, hijo mio, si quieres ser religio-
« so has de hacer ánimo, á que si fueres bueno has de vivir
« y morir en una perpetua cruz; si fueres malo, aun vivi-
« rás y morirás mas atormentado, y de cualquiera manera

« siempre te aguarda un martirio, que durará mientras te
« durare la vida. Yo he cumplido con lo que á mí me to-
« ca, tú ahora resolverás lo que te pareciere, en la inteli-
« gencia, de que si no obstante la claridad con que te ha-
« blo, te determinares á abrazarte con la cruz, yo como
« padre y como padrino tuyo, que desde luego me consti-
« tuyo por tal, aunque no pueda quitártela de los hombros,
« hare cuanto me sea posible por aligerártela, salva siempre
« la religiosa observancia.”

11. Atentísimos estuvieron Anton Zotes, y la buena de Catanla á la discreta arenga del prudente y piadoso provincial, y no dejaron de enternecerse un si es no es, tanto, que la última tuvo necesidad de limpiarse los ojos y las narices, estas con el delantal, y aquellos con la punta de la toca. Pero Gerundio la oyó con grandísima serenidad y sin ninguna atencion, pensando solo como habia de jugar á fiel-derecho cuando estuviese en el noviciado, en dar ya trazas, como pegársela al despensero, corriendo un par de raciones cada semana, y figurándose ya en su imaginacion el mayor predicador de toda aquella tierra; confesando despues que mientras el provincial estaba hablando, él estaba ideando una plática de diciplinantes, para cuando le echasen la semana santa de Campazas. A esto contribuyó tambien, que el bellacon del lego se puso donde, sin ser visto del provincial, pudiese serlo de Gerundio, y cuando este ponderaba alguna cosa, aquel le guiñaba el ojo, y le hacia señas con la cabeza, como que no hiciese caso de lo que le decia: con que luego qua acabó de hablar aquel prelado, el muchacho se cerró en que queria ser fraile, y que si otros pasaban por todas aquellas cosas, él tambien pasaria por ellas, sin dar otra razon chica ni grande. Viéndole todos tan resuelto, se determinó, que lo que habia de ser tarde fuese luego; porque teniendo ya quince años, estaba en la mejor edad para entrar en religion: y asi dentro de dos dias el provincial con su comitiva, acompañado de Gerundio, de su padre, de su madre y del licenciado Quijano su padrino, que quiso hacer la costa de la entrada, se fueron á un convento de la orden no muy distante de Campazas, donde el mismo provincial le puso por su mano el hábito con grande solemnidad; y asi al prelado de la casa, como al maestro de novicios, se le dejó muy recomendado al fin como cosa suya.



LIBRO SEGUNDO.



CAPITULO I.

Concluido su noviciado pasa á estudiar artes.

Ya tenemos á fray Gerundio en Campaña, como toro en plaza, novicio hecho y derecho, como el mas pintado, sin que ninguno le echase el pie adelante ni en la puntual asistencia á los ejercicios de comunidad, porque guardaba mucho su colete, ni en las travesuras que le habia pintado el lego cuando podia hacerlas sin ser cogido en ellas, porque era mañoso, disimulado y de admirable ligereza en las manos y en los pies. No obstante, como no perdía ocasion de correr un panecillo, de encajarse en la manga una racion, y en un santi-amen se echaba á pechos un Jesus, cuando ayudaba al refitolero á componer el refectorio, llegó á sospecharse, que no era tan limpio como parecia, y así el refitolero como el sacristan, le acusaron al maestro de novicios, que cuando fray Gerundio asistia al refectorio ó ayudaba á las misas, se acababa el vino de estas á la mitad de la mañana, y á un volver de cabeza se hallaban vacios uno ó dos jesuses, de los que juraria á Dios y á una cruz, que ya habia llenado; y aunque nunca le habian cogido con el hurto en las manos, pero que por el hilo se sacaba el ovillo; y que en Dios, y en su conciencia no podia ser otra la lechuza que chupaba el aceite de aquellas lámparas.

2. Era el maestro de novicios un bellissimo religioso, devoto y pio hasta mas no poder; pero sencillo y cándido como él mismo. En viendo á un novicio con los ojos bajos, con la capilla calada, las manos siempre debajo del escapulario, poco curioso en el hábito, traquiñándose al an-

dar, y andando siempre arrimado á la pared, puntual á todos los actos de comunidad, silencioso, rezador, y que en las recreaciones hablaba siempre de Dios; pues qué, si naturalmente era bien agestadillo, y vergonzoso? si le pedia licencia para hacer mortificaciones y penitencias extraordinarias y ocultas, aunque nunca las hiciese; si acudia frecuentemente á comunicarle las cosas de su espíritu, y á darle cuenta de los sentimientos, que tenia en la oracion, especialmente si habia algo, que oliese á cosa de vision imaginaria? Sobre todo; si en tono de caridad, de escrúpulo ó de zelo iba á contarle las faltas que habia notado, ó que quizá solo habia aprendido en los otros su malicia? Para el buen maestro no habia mas que pedir: no creeria cosa mala de este novicio, aunque se la predicaran frailes descalzos; y si alguno le acusaba de alguna faltilla, lo tenia por envidia ó por emulacion, diciendo casi con lágrimas, que la virtud hasta en los claustros es perseguida. Los bellacos de los novicios, aunque por la mayor parte de poca edad, ya tenian bastante malicia para conocer esta flaqueza ó esta bondad de su maestro, y asi los mas ladinos se la pegaban tan lindamente, haciéndole creer que eran los mas santos. Nuestro Gerundio no iba en zaga al mas raposilla de todos antes bien en esta especie de farándula los hacia muchas ventajas, y se sabia, que era el queridito del maestro, y mas añadiéndose á su buen parecer, disimulo y afectada compostura el ser ahijado y tan recomendado de nuestro padre provincial; porque si bien es verdad, que el maestro de novicios era varon espiritual y místico, no embargante todo eso, á mayor gloria de Dios, y por el mayor bien de la religion, hacia con purísima intencion su corte á los mandones, y no querria disgustar á un padre grave, por cuanto tuviese el mundo.

3. En esta disposicion del maestro, dicho se está lo mal recibidas que fueron las acusaciones del refitolero y del sacristan. Dijoles el bendito varon, que conocian mal al hermano fray Gerundio, y que no sabia con qué conciencia hacian juicios tan temerarios, y levantaban aquellos falsos testimonios á un novicio tan angelical; que si supieran bien quien era aquel mancebo, se tendrian por dichosos en poner la boca donde él ponía los pies; y que si era verdad que los faltaba el vino, seria sin duda, porque el diablo to-

miaba la figura del santo novicio para beberle, y para desacreditarle: concluyendo con decirlos, que si la orden tuviera media docena de fray Gerundios, esa media docena de santos mas adoraria con el tiempo en los altares.

4. Sucedió, que mientras el bueno del maestro de novicios estaba dando esta repasata á los dos legos acusadores, el angelical fray Gerundio pasó (no se sabe si por casualidad ó por aviso que tuvo) por delante de la despensa, y viendo á la puerta de ella una cesta de huevos, se embocó media docena en el seno, y con la mayor modestia del mundo siguió su camino para el noviciado, y se fué derecho á la celda del maestro á darle cuenta de lo que le habia pasado en la oracion de aquel dia. Entró como acostumbraba con los ojos clavados en el suelo, la capilla hasta como dos dedos sobre la frente, las manos en las mangas debajo del escapulario, sonroseado adredemente, para lo cual le vino de perlas la travesurilla que acababa de hacer; y en todo caso (lo que era mucho del conjuro) amagando á una risita. Luego que el maestro le vió entrar, se le renovó todo el cariño mandándole sentar junto á sí, comenzó la cuenta de oracion, y comenzaron las mentiras, ensartando todas cuantas se le vinieron á la cabeza; pero tan bien concertadas, y dichas con tanta gracia y con tanta compostura, que el bonazo del maestro sin poderse contener, se levantó de la silla y para alentar mas y mas á su novicio, le dió un estrechísimo abrazo. En hora menguada se le dió porque como le apretó tanto en el seno, se estrellaron en el pecho los huevos, que el angelical mancebo traia escondidos en él y comenzaron á chorrear yemas y claras por el hábito abajo, que parecia haberse vaciado el perol donde se bavian los huevos para las tortillas de la comunidad. El maestro quedó atónito y confuso, y le preguntó; al novicio, pues qué es esto, hermano fray Gerundio? El santo mozo, que era asaz sereno y de imaginacion pronta y viva para salir con lucimiento de los lances repentinos, le respondió sin turbarse; padre, yo se lo diré á su reverencia. Como ha dos meses, que su reverencia me dió licencia para tomar disciplina en las espaldas, por no poderla ya tomar en otra parte, se me han hecho unas llagas, y llevaba estos huevos para ponerme una estopada; y no me atreví á decirlo á su reverencia, porque su reverencia no me privase

del consuelo de esta corta mortificacion. Tragó el anzuelo el bonísimo varon, y pasmado de la estupenda mortificacion de su novicio, volvió á darle otro abrazo, aunque menos apretado que el primero, por no lastimarle en las llagas de las espaldas, y por no mancharse con la chorrera del hábito; y contentándose con advertirle blandamente, que mejor es la obediencia que no los sacrificios, le despidió, dándole orden, de que se fuese á mudar otra saya y otro escapulario.

5. Con estas trazas pasó nuestro fray Gerundio su noviciado, échizo su profesion *inofenso pede*, sin que le faltase voto; y como todavía duraba el provincialato de su padrino y padre de hábito, le envió luego á estudiar las artes á un convento de los mas graves de la provincia, sin que pasase por la regular aduana de corista, por dos ó por tres años, como pasan los demas frailes en canal, que no tienen arrime.

6. Era lector un religiosito mozo, como de hasta treinta años escasos, de mediano ingenio, de bastante comprension, de memoria feliz, estudianton de cal y canto, furiosamente Aristotélico, porque jamas habia leído otra filosofia, ni podia tolerar que se hablase de ella; eterno disputador, para lo cual le ayudaba una gran volubilidad de lengua, una voz clara, gruesa y corpulenta, una admirable consistencia de pecho, y una maravillosa fortaleza de pulmones: en fin, un escolástico esencialmente tan atestado de voces facultativas, que no usaba de otras ni las sabia, para explicar las cosas mas triviales. Si le preguntaban como lo pasaba, respondia, *materialitèr*, bien, *formalisèr*, subdistingo; *reduplicativè ut homo*, no me duele nada; *reduplicativè ut religioso*, no deja de haber sus trabajos. En una ocasion se le quejó su madre, de que en las cartas que la escribia no la hablaba palabra de su salud, y él la respondió: « madre y señoria mia, es cierto, que *signatè* « no decia á Vm. que estaba bueno, por *exercité* ya se « lo decia. Ahora pongo en noticia de Vm. como estoy es- « plicando á mis discipulos la *transcendencia*, ó la *intrans- « cendencia del Ente*: yo llevo la *analogía*, y niego la « *transcendencia*. A mi hermana Rosa dirá Vm. que me ale- « gro mucho lo pase bien, así *ut quo*, como *ut quod*, « y que en cuanto á las calcetas con que me regala, la ma-

« *teria ex quâ* me pareció un poco gorda, pero la *forma*
 « *artificial* viene con todos sus *constitutivos*. De las cuatro
 « libras de chocolate, que Vm. me envia, diré *in rei ve-*
 « *ritate* lo que me parece: las *cualidades intrinsecas* son
 « buenas, pero las *accidentales* le echaron á perder, por
 « haber estado aplicado mas tiempo del conveniente á la *na-*
 « *turaleza ignea, mediante la virtud combustiva*. B. L.
 « M. de Vm. su hijo *inadæquaté, et partialitèr*, y su
 « capellan *totalitèr, et adæquaté* fray Toribio, lector de
 « artes.”

7. Por aquí se puede sacar el carácter del padre lector fray Toribio, que en un argumento á todos se los llevaba de calle, porque con la voz sonora, con el pecho fuerte, con la lengua expedita, y con la abundancia de términos, no habia quien le resistiese, y así le llamaban el azote de los concursos. Tenia atestada la cabeza de apelaciones, ampliaciones, alienaciones, equipolencias, reducciones, y de todo lo mas inútil y mas ridiculo, que se enseña en las sumulas, sirviendo solo para gastar el tiempo en aprender mil cosas inútiles. Ejercitábase él, y hacia que sus discípulos se ejercitasen en componer contradictorias, contrarias, sub-contrarias y sub-alternas, en todo género de proposiciones, en las categóricas, en las hipotéticas, en las simples, en las complexas, en las necesarias, en las contingentes y en las de imposible, gastando meses enteros en estas vagatelas impertinentísimas. Sobre la importante y gravísima cuestion de *si blictiri es término*, era cosa de espiritarse; y si alguno le queria defender, que la union era tan término como todos los demas, y que en ella se resolvía la proposicion *tan resolvidamente*, como en el sugeto y en el predicado, era negocio de volverse loco, y á lo menos no le faltaba un tris para perder el juicio.

8. El mismo esquisito gusto, y la misma buena eleccion que tenia en las sumulas, mostraba en lo perteneciente á la logica. Aunque sabia muy bien, que esta no es mas que un arte, que ayuda á la razon natural á discurrir con penetracion, y con solidez, enseñándola el modo de buscar y descubrir la esencia de las cosas, de formar diferentes ideas de una misma, segun los diversos respetos, nociones ó formalidades con que se presenta al entendimiento; y que estas diferentes formalidades, nociones y respetos le

dan bastante fundamento, no para que de una sola cosa haga dos, sino para que conciba, como si fueran dos, la que en realidad es una sola; y que supuesta esta penetracion y esta division ideal, pueda ir despues racionando y discutiendo acerca de ellas, hasta llegar muchas veces á la demostracion, y casi siempre á un prudentísimo asenso. Repito, que aunque el buen padre lector no ignoraba, que esta y no otra era la verdadera lógica, de nada menos cuidaba, que de instruir á sus discípulos en lo que conducia para esto, y de los nueve meses del curso, gastaba los siete en enseñarlos lo que de maldita la cosa servia, si no de llenarles aquellas cabezas de ideas confusas, de representaciones impertinentes, y de idolillos ó figuras imaginarias; si consiste en un único hábito, cualidad ó facilidad científica ó en un complejo de muchos, correspondientes á la variedad de los actos logicos; si es ciencia práctica ó especulativa; si la docente se distingue de la utente, esto es, si la instruccion en las reglas se distingue del uso de ellas; si su objeto es un entecillo duende, enteramente fingido por el entendimiento, ó una entidad, que tiene verdadero y real ser, aunque puramente intelectual: si la lógica artificial es tan necesaria para aprender otras ciencias, que sin ella ninguna pueda aprenderse ni bien ni mal; y así de otras cuestiones proemiales, que de nada sirven y para nada conducen, sino para perder tiempo, y para quebrarse la cabeza la mas inútilmente del mundo.

9. Esto es, por paridad, como si un maestro de obra prima (que así se llama, no se sabe por qué, á los zapateros) con un aprendiz, que quisiese instruirse en el oficio, gastase un mes en enseñarle si la facultad zapateril era arte ó ciencia, y si arte, si era mecánico, ó liberal. Otro en instruirle, si era lo mismo saber cortar, que saber coser, saber coser, que saber desvirar, ó si para cada una de estas operaciones era menester un hábito ó instruccion científica que las dirijiese. Señor, que yo quiero aprender á hacer zapatos. Espérate, tonto; ¿cómo has de saber hacerlo, sino sabes si el objeto del arte zapateril es el zapato, que realmente se calza, ó aquel que se representa en la imaginacion, como idea del que despues se ha de hacer? Señor, que yo no quiero hacer zapatos imaginarios, sino estos que se palpan, se tocan y se calzan. Eres un orate: por

ventura, sabrás nunca hacer esos zapatos, no estando bien enterado, de si las reglas que se dan para hacerlos, son ó no son diferentes del uso y práctica de ellas; ¿señor, que se me da á mi, que lo sean ni dejen de serlo? Enséñeme usted esas reglas, pues ha cuatro meses que estoy en su casa, y hasta ahora ni si quiera una me ha enseñado. Ven acá, idiota, ¿como te las he de enseñar yo, ni como las has de aprender tú, mientras no estes plenísimamente instruido en que esta arte, que llamamos de obra prima, es en parte práctica y en parte especulativa? Práctica, porque su fin es enseñar á hacer zapatos, ajustados, airosos y duraderos: especulativa, porque las reglas que da para eso, es menester que dirijan primero á la razon, sin lo cual no se gobernarían bien las manos. Por vida de... (y echóle redondo) que usted matará á un santo. Y dígame, señor, para que yo aprenda esas reglas, ¿que me importará saber, si el oficio es plático, ó culativo, ó la perra que me parió?

10. Si alguno fuera al padre lector con este cuento, bien se yo que no lo habia de contar por gracia; porque sobre abundar de un humor escolástico flavo-bilioso, que hiriendo en un momento las fibras del cerebro, se comunicaba rápidamente al corazon por el nervio intercostal, con movimiento crispatorio, y de aqui por una instantánea repercusion volvía al mismo cerebro, donde agitaba con igual ó con mayor crispatura las fibras, que se ramifican en la lengua, estaba tan furiosamente poseido de todas estas vanas inutilidades, que era capaz de chocar con el mismo sol, si pretendia alumbrarle en este punto. En primer lugar, luego daba en los hocicos con aquella prodijiosa multitud de hombres grandes, que se han ocupado loablemente en estas materias, y eran tenidos de todo el mundo por hombres sapientísimos. Si alguno le replicaba, que los hombres mas sabios, y los hombres mas grandes al fin son hombres, y que no se habian acreditado ni de grandes ni de sabios por haber gastado el tiempo en esas fruslerias, sino por haber escrito grave y doctamente otras materias utilísimas; y si se habian empleado en aquellas impertinencias, no era por no conocer que lo fuesen, sino porque la obediencia ó la política los habia precisado á no desviarse del camino carretero, y á seguir el uso comun, le faltaba poco para romperle los cascos; y si lo dejaba de hacer, era de

pura compasion, despreciándole como á un pobre mentecato. Despues echaba mano de aquel otro lugar comun, con que se defienden los que no tienen bastante valor ni bastante generosidad, para confesar que estas son impertinencias, diciendo, que sirven de mucho, aunque no sirvan de otra cosa que de materia para aguzar los ingenios, y para ejercitarlos en la disputa.

11. No habia que responderle á lo primero, que siendo la lógica la que enseña á discurrir y á disputar, parecia cosa ridícula començar á aprenderla arguyendo y disputando. Porque ó ya se sabian las reglas de la disputa ó se ignoraban: si se sabian, era ociosa la lógica; si se ignoraban; ¿como era posible, que se disputase, sino diciendo en le materia y en la forma cuatrocientos disparates? Y así vemos, que las artes mas mecánicas, y los oficios mas fáciles no se comienzan á apreuder por el ejercicio, sino á lo menos por aquellas reglas, generales, que son necesarias para saber imperfectamente ejercitarle. No hay oficio, mas fácil que el de aguador, porque en sabiendo echar al burro la albarda, y el camino del rio ó de la fuente, está aprendido el oficio: con todo es indispensable, antes de ir por agua, saber echar la albarda al burro y saber el camino. Si á un aprendiz de herrero le dijese desde el primer dia, que hiciese una sarten, se reiria del maestro. Primero es menester darle una noticia general de todos los instrumentos del oficio, del uso particular de cada uno, del modo de manejarlos y de disponer la materia para recibir la forma artificial, que se pretende darla: despues irle ejercitando en lo mas fácil. Pues ahora, ¿hay cosa mas graciosa, que començar disputando, si la lógica docente se distingue de la utente, y empedrar por presicion la disputa de toda la doctrina, que se da acerca de los hábitos naturales, infusos, y adquiridos, suponiendo ya sabido el modo con que estos se engendran, y en que consiste la virtud, que tienen para producir despues unos hijos, enteramente parecidos á sus abuelos, esto es, á los actos que engendraron á los hábitos, siendo así que el pobre niño no tiene idea ni noticia de otros hábitos, que de los hábitos largos de los curas, ó de los hábitos de los frailes, que vió predicar la cuaresma y pedir el agosto en su lugar? ¿que concepto formará de toda aquella algaravía de hábitos,

de actos, de semejanza específica, de semejanza genérica, que es indispensable entienda, aun solo para penetrar los términos de la cuestion, si nada de esto se le ha de explicar, hasta que estudie la metafísica ó la animástica?

12. No habia que reponerle lo segundo, que toserado y no concedido, que para ejercitar el entendimiento en la disputa, fuese conveniente escitar algunas cuestiones proemiales, seria razon tomarlas de aquellos puntos históricos, que pertenecen al fin, invencion, progresos y estado actual de la misma lógica. Como v. gr. ¿para qué fin fué inventada, la lógica, si solamente para enseñar á discurrir bien, ó para evitar que otros no nos alucinassen con sofismas y con paralogismos? ¿si la lógica es mas antigua ó mas moderna que la filosofía en todas sus partes? Y aqui entraba naturalmente un curioso resumen historial del origen de la filosofía; y de su division en tanta variedad de sectas, la jónica, la itálica, la cirenáica, la elíaca, la megárica, la cínic, la estoica, la académica, la peripatética, la eleánica, la pirrónica ó scéptica, la epicúrea, y finalmente la ecléctica; antes de hablar de los diversos sistemas de la filosofía moderna. Hallárase, que la lógica, respecto de unas sectas, habia sido muy posterior, muy anterior respecto de otras, y respecto de algunas síncrona ó coetánea.

13. Despues se podia preguntar, ¿si la lógica se inventó por casualidad ó de propósito? Y suponiendo, como suponen todos, que se inventó por casualidad, haciendo algunas observaciones, para descubrir y para desembarazarse de los sofismas, se seguia la pregunta, ¿de quien fué el primero, que hizo estas observaciones y formo una coleccion de ellas, para enseñar y para abrir los ojos á los demas, si Zenon Eleates, si Sócrates, si Platon, si Aristóteles ó si Speusippo? Y constando por la historia que Zenon hizo algunas observaciones, Sócrates otras, y Platon otras, todas tres anteriores á Aristóteles, de quien Platon fue maestro, preguntar; ¿por qué no obstante eso, se tiene comunmente á Aristóteles por inventor de la lógica ó de la dialéctica? A lo cual se ha de responder necesariamente, que porque fué el primero que hizo una coleccion de todas las observaciones de aquellos tres filósofos, añadiendo él otras muchas de suyo, disponiéndolas en estilo didascálico ó instructivo, y dándolas un método seguido, claro, conexo y na-

tural. Asi como Pedro Lombardo, por otro nombre el maestro de las sentencias, se llama regularmente el inventor de la teología escolástica, no porque lo fuese de los tratados de que se compone, sino porque los que estaban esparcidos y sin orden en las obras de los padres, especialmente latinos, los redujo á un método uniforme en los cuatro libros de los sentenciarios, disponiéndolos de manera, que formasen un cuerpo bien repartido de facultad y de doctrina; añadiendo de suyo, ademas de eso, el poner en estilo de escuela y de disputa, algunos puntos, que en las obras de los padres se leen en estilo puramente doctrinal.

14. Despues de todas estas cuestiones, se concluía naturalisimamente con las pertenecientes á los progresos y estado actual de la misma lógica; ¿si Aristóteles la concluyó, ó la dejó imperfecta? ¿si la que hoy tenemos es la misma que enseñó aquel filósofo ú otra diferente? Si la misma, aunque muy añadida, ¿qué partes son las que se añadieron, cuando, por quienes, y con qué ocasion ó motivo? y de estas partes añadidas, ¿cuáles son necesarias, cuales útiles, y cuales impertinentes? Vé aquí unos proemiales de mucha utilidad, de mucha curiosidad, y de muchos y bellos materiales, para que los entendimientos se ejerciten en disputas históricas y críticas, pertenecientes á la misma lógica, con tanto gusto como aprovechamiento. Pero vé aquí tambien lo que oía nuestro padre lector fray Toribio, unas veces con una cólera espantable, y otras con una risa falsa y despreciativa, que le caía muy en gracia. Decia por toda respuesta, que todos eran tiquis-miquis, fruslerías de entendimientos superficiales, y que esos proemiales eran buenos para una lógica de corbatin ó de sufocante: en una palabra, admirables cuestiones para aquellos, lógicos, que leían gacetas, y encargaban á un corresponsal de Madrid que los enviase el mercurio.

15. No puede omitir la historia un caso curioso, que sucedió con nuestro escolasticísimo padre lector. Cierta padre maestro de su misma orden, hombre de vasta erudicion, y de igualmente grave, que amena literatura, harto mejor instruido en lo que era verdadera lógica y verdadera filosofía, que el bendito fray Toribio, viendole tan escolasticado en aquellas vanísimas sofisterías, y no pudiendo reducir á la razon aquella mollera endurecida y callosa, le di-

jo por burla cierto dia: pues de ese modo, padre lector, para usted no habrá en el mundo cuestion mas importante, que aquella que se defendió en Alemania, *¿ Utrùm chimæra bõmbilians in vacuo possit comedere secundas intentiones ?* Quedóse atónito y como pasmado al oír semejante cuestion el metafisiquísimo fray Toribio; porque aunque no habia curso tomista, scotista, suarista, okamista, nominalista ni baconista, que á su parecer no hubiese revuelto, no hacia memoria de haber leído jamas aquella cuestion *in terminis*. Suplicó al padre maestro, que se la volviese á repetir: hizolo este con grande socarronería. Quedóse el lector suspenso por un rato, como quien repasaba allá para consigo los términos de la cuestion, queriendo penetrarlos; y despues de haber repetido dos ó tres veces en voz inteligible, *¿ Utrùm chimæra bombilians in vacuo possit comedere secundas intentiones; utrùm chimæra bombilians invacuo possit comedere secundas intentiones ?* dió una gran patada en el suelo, y prorumpió; diciendo: *Por el santo hábito que visto, que mas quisiera ser autor de esta cuestion, que si desde luego me hicieran presentado; y concluido me vea yo en las primeras sabatinas, si no la defendiere en acto público; llevando la afirmativa.* Rióse á su satisfaccion el bellacon del maestro del fánatico lector, y para echar el sello á la burla que estaba haciendo de él, le dijo con bufonada: Hará bien, padre lector, hará bien, y muérase con el consuelo, de que le podran poner sobre la piedra este epitáfio, que se puso sobre la sepultura de otro, que era de su mismo genio y gusto:

*Hic jacet magister noster,
 Qui disputavit bis aut ter
 In barbara et celarent,
 Ita ut omnes admirarent
 In fapesmo et frisesomorum,
 Orate pro animas eorum.*

CAPITULO II.

Prosigue fray Gerundio estudiando su filosofia, sin entender palabra de ella.

La verdad sea dicha (porque ¿qué provecho sacará el curioso lector, de que yo infierne mi alma?) que cuanto mas cuidado ponía el incomparable fray Toribio en embutir á sus discípulos en estas inútiles sutilezas, menos entendia de ellas nuestro fray Gerundio: no porque le faltase bastante habilidad y viveza, sino porque como el genio y la inclinacion le llevaban hácia el púlpito, que contemplaba carrera mas amena, mas lucrosa y mas á propósito para conseguir nombre y aplauso, le causaban tédio las materias escolásticas, y no podia acabar consigo el aplicarse á estudiarlas. Por eso era gusto oírle las ideas confusas, embrolladas y ridículas, que él concebía de los términos facultativos, conforme iban saliendo al teatro en la esplicacion del maestro. Llegó este á explicar los grados metafísicos de ente, substancia, criatura, cuerpo, etc. y por mas que se desgañaba, en enseñar que todo lo que existe es ente; si se vé y se palpa, es ente real, físico y corporeo; sino se puede ver ni palpar, porque no tiene cuerpo, como el alma, y todo cuanto ella sola produce, es ente verdadero y real; pero espiritual, immaterial é incorporeo: sino tiene mas ser, que el que le da la imaginacion y el entendimiento, es ente intelectual, ideal, é imaginario. Siendo esta una cosa tan clara, para fray Gerundio era una algaravía; porque habiendo oído muchas veces en la religion, cuando se trataba de algun sujeto exótico y estrafalario, *vaya que ese es ente*, jamas pudo entender por *ente* otra cosa, que un hombre irregular ó risible por algun camino. Y así, despues que oyó á su lector las propiedades del ente, contenidas en las letras iniciales de aquella palabra barbara *R. E. V. B. A. U*, cuando veía á alguno de genio extravagante, decia, no sin vanidad de su comprension escolástica, este es un revbau, como lo esplicó mi lector.

2. Por la palabra *substancia*, en su vida entendió otra cosa mas que caldo de gallina, por cuanto siempre habia oído á su madre, cuando habia enfermo en casa, *voy á*

darle una substancia. Y así se halló el hombre mas confuso del mundo el año que estudió la física. Tocandole arguir á la cuestion, que pregunta *si la substancia es inmediatamente operativa*, su lector defendia que no; y fray Gerundio perdía los estribos de la razon y de la paciencia, pareciéndole que este era el mayor disparate que podia defenderse pues era claramente contra la esperiencia, y á él se le habia ofrecido un argumento, á su modo de entender, demostrativo, que convencia concluyentemente lo contrario. Fuése pues al general muy armado de su argumento, y propúsole de esta manera: *El caldo de gallina es verdadera substancia; sed sic est, que el caldo de gallina es inmediatamente operativo: luego la substancia es inmediatamente operativa*. Negáronle la menor, y próvola así: *Aquello que administrado en una ayuda hace obrar inmediatamente, es inmediatamente operativo. Sed sic est, que el caldo de gallina administrado en una ayuda, hace obrar inmediatamente: luego el caldo de gallina es inmediatamente operativo*. Rióse á carcajada tendida toda la mosquetería del aula; negáronle la menor de este segundo silogismo; y él enfurecido, parte con la risa, y parte con que le hubiesen negado una proposicion, que tenia por mas clara que el sol que nos alumbra; sale del general precipitado y ciego, sin que nadie pudiese detenerle, sube á la celda, llama al enfermero, dícele que luego luego le eche una ayuda con caldo de gallina, si por dicha habia alguno prevenido para los enfermos. El enfermero que le vió tan turbado, tan inquieto y tan encendido, creyendo sin duda que le habia dado algun accidente colico, para el cual habia oido decir, que eran admirable específico los caldos de pollo, juzgando que lo mismo serian los de gallina, va volando á su cocinilla particular, dispónole la lavativa y administrasela: hace prontamente un prodigioso efecto; llena una gran vasija de las que se destinan para este ministerio, y bajando al general sin detenerse, dijo colérico al lector, al que sustentaba y á todos los circunstantes: *Los que quisieren ver si el caldo de gallina hace ó no hace obrar inmediatamente, vayan á mi celda, y allí encontrarán la prueba; y despues que se vayan á defender, que la substancia no es inmediatamente operativa*.

3. Este lance acabó de ponerle de muy mal humor con todo lo que se llamaba estudio escolástico, Y aunque algunos padres graves y verdaderamente doctos, que le querian bien, procuraron persuadirle que se dedicase algo á este estudio; á lo menos al de aquellas materias, asi físicas como metafísicas, que no solo eran conducentes, sino casi necesarias, para la inteligencia de las cuestiones mas importantes de la teología en todas sus partes, escolástica, espositiva, dogmática y moral, sin cuya noticia era imposible saber hacer un sermón, sin esponerse á decir mil necedades, heregías y dislates; no fue posible convencerle; ni aunque le dieron algunos panes y agua, hasta llegar tambien á media docena de despojos, ni por esas se pudo conseguir que se aplicase á lo que no le llevaba la inclinacion, y mas habiendo en casa quien le ayudaba á lo mismo.

4. Era el caso, que por mal de sus pecados se encontró nuestro fray Gerundio con un predicador mayor del convento, el cual era un mozalvete poco mas ó menos de la edad de su lector, pero de traza, gusto y carácter muy diferente.

6. Hallábase el padre predicador mayor en lo mas florido de la edad, esto es, en los treinta y tres años cabales. Su estatura procerosa, robusta y corpulenta; miembros bien repartidos, y asaz simétricos y proporcionados; muy derecho de andadura, algo salido de panza, cuelli-erguido, su cerquillo copetudo, y estudiosamente arremolinado, hábitos siempre limpios, muy prolijos de pliegues, zapato ajustado, y sobre todo su solideo de seda, hecho de aguja; con muchas y muy graciosas labores, elevándose en el centro una borlita muy airosa; obra toda de ciertas beatas que se desvivian por su padre predicador. En conclusion, él era mozo galan, y juntándose á todo esto una voz clara y sonora, algo de ceceo, gracia especial para contar un cuentecillo, talento conocido para remedar, despejo en las acciones, popularidad en las modales, boato en el estilo y osadia en los pensamientos, sin olvidarse jamás de sembrar sus sermones de chistes, gracias, refranes y frases de chimenea, encajadas con grande donosura, no solo se arrastraba los concursos, sino que se llevaba de calle los estrados.

6. Era de aquellos cultísimos predicadores que jamas citaban á los santos padres, ni aun á los sagrados evangelis-

tas por sus propios nombres, pareciéndoles que esta es vulgaridad. A san Mateo le llamaba *el ángel historiador*, á san Marcos *el evangélico toro*; á san Lucas *el mas divino pincel*, á san Juan *el águila de Pátmos*, á san Gerónimo *la púrpura de Belen*, á san Ambrosio *el panal de los doctores*, á san Gregorio *la alegórica tiara*. Pensar que al acabar de proponer el tema de un sermón, para citar el evangelio y el capítulo de donde le tomaba, habia de decir sencilla y naturalmente: *Joannis capite decimo tertio: Mathæi capite decimo cuarto*, eso era cuento, y le parecia que bastaria eso para que le tuviesen por un predicador sabatino; ya se sabia, que siempre habia de decir: *Ex evangélica lectione Mathæi, vel Joannis capite cuarto decimo*; y otras veces, para que saliese mas rumbosa la colocacion: *quartodecimo ex capite*: Pues qué, dejar de meter los dos deditos de la mano derecha, con garbosa pulidez entre el cuello y el tapacuello de la capilla, en ademan de quien desahoga el pescuezo, haciendo un par de movimientos dengosos con la cabeza mientras estaba proponiendo el tema; y al acabar de proponerle, dar dos ó tres brinquitos disimulados, y como para limpiar el pecho hinchar los carrillos, y mirando con desden á una y otra parte del auditorio, romper en cierto ruido gutural, entre estornudo y rolincho! Esto, afeitarse siempre que habia de predicar, igualar el cerquillo, levantar el copete, y luego que hecha ó no hecha una breve oracion, se ponía de pie en el púlpito, sacar con airoso ademan de la manga izquierda un pañuelo de seda de á vara y de color vivo, tremolarle, sonarse las narices con estrépito, aunque no saliese de ellas mas que aire, volverle á meter en la manga á compas y con armonía, mirar á todo el concurso con despejo, entre ceñudo y desdeñoso, y dar principio con aquello de *séa ante todas cosas bendito, alabado y glorificado*; concluyendo con lo otro de, *en el primitivo instantaneo ser de su natural animacion*, no dejaria de hacerlo el padre predicador mayor en todos sus sermones, aunque el mismo san Pablo le predicara, que todas ellas eran, por lo menos, otras tantas evidencias de que alli no habia ni migaja de juicio, ni asomo, de sindéresis ni gota de ingenio, ni sombra de meollo, ni pizca de entendimiento.

7. Sí, andaos á persuadirselo, cuando á ojos vistas es-

taba viendo, que solo con este preliminar aparato se arrasaba los concursos, se llevaba los aplausos, conquistaba para si los corazones, y no habia estrado ni visita donde no se hablase del último sermon que habia predicado.

8. Ya era sabido que siempre habia de dar principio á sus sermones ó con algun refran ó con algun chiste ó con alguna frase de bodegon ó con alguna cláusula enfática ó partida, que á primera vista pareciese una blasfemia, una impiedad ó un desacato, hasta que despues de tener suspenso al auditorio por un rato, acababa la cláusula, ó salia con una esplicacion que venia á quedar en una grandísima friolera. Predicando un dia del misterio de la Trinidad, dió principio á su sermon con este período: *Niego que Dios sea uno en esecia y trino en personas; y paróse un poco. Los oyentes, claro está, comenzaron á mirarse los unos á los otros, ó como escandalizados ó como suspensos, esperando en que habia de parar aquella blasfemia heretical. Y cuando á nuestro predicador le pareció que ya los tenia cogidos, prosigue con la insulsez de añadir: Asi lo dice el evionista, el marcionista, el arriano, el maniqueo, el sociniano; pero yo lo pruebo contra ellos con la escritura, con los concilios y con los padres.*

9. En otro sermon de la Encarnacion, comenzó de esta manera: *á la salud de ustedes, caballeros:* y como todo el auditorio se riese á carcajada tendida, porque lo dijo con chulada, él prosiguió diciendo: No hay que reirse, porque á la salud de ustedes, de la mia y la de todos, bajó del cielo Jesucristo y encarnó en las entrañas de María. Es artículo de fe. Pruébolo: *Propter nos homines, et propter nostram salutem, descendit de cælis, et incarnatus est.* Al oír esto, quedaron todos como suspensos y embobados, mirándose los unos á los otros, y escuchándose una especie de murmurio en toda la iglesia, que faltó poco para que parase en pública aclamacion.

10. Habia en el lugar un zapatero, truan de profesion y eterno decidor, á quien llamaban en el pueblo *el azote de los predicadores*; porque en materia de sermones su voto era el decisivo. En diciendo del predicador, *gran pájaro, pájaro de cuenta!* bien podia el padre desvarrar á tiros largos; porque tendria seguros los mas principales sermones de la villa, incluso el de la fiesta de los Pastores

y el de san Roque en que habia novillos y un toro de muerte. Pero si el zapatero torcia el hozico, y al acabar el sermón decia, *polluelo, cachorrillo! Iráse haciendo*; mas que el predicador fuese el mismísimo Vieira en su misma mesmedad, no tenia que esperar volver á predicar en el lugar, ni aun el sermón de san Sebastian, que solo valia una rosca, un azumbre de hipocras y dos cuartas de cerilla. Está pues formidable censor de los sermones estaba tan pagado de los del padre fray Blas (que esta era la gracia del padre predicador mayor), que no encontraba voces para ponderarlos: llamábale *pájaro de pájaros, el non prus hurta de los pulpitos*, y en fin *el orador por Antonio Mesta*, queriendo decia *el orador por Antonomásia*: y como el tal zapatero llevaba en el lugar, y aun en todo aquel contorno la voz de los sermones, no se puede ponderar lo mucho que acreditó con sus elogios á fray Blas, y la gran parte que tuvo en que se hiciese incurable su locura, vanidad y bobería.

11. Compadecido igualmente de la sandez del predicador, que de la perjudicial simpleza del zapatero, un padre grave, religioso, docto y de gran juicio, que despues de haber sido provincial de la orden, se habia retirado á aquel convento, emprendió curar á los dos, si podia conseguirlo, y como el dia despues del famoso sermón de la Anunciacion, le fuese á calzar el zapatero (porque era el maestro de la comunidad), y este con su acostumbrada bachilleria comenzase á ponderar el sermón del dia antecedente, pareciendole tambien, que en aquello lisonjeaba al reverendísimo por ser fraile de su orden, el buen padre ex-provincial quiso aprovechar aquella ocasion, y sacando la caja dió un polvo á Martin (que este era el nombre del zapatero), hizole sentar junto á sí, y encarándose con él, le dijo con grandísima bondad.

12. « Ven acá, Martin; ¿que entiendes tu de sermones? « para que hablas de lo que no entiendes ni eres capaz de « entender? Si no sabes escribir, ni apenas sabes deletrear, « ¿como has de saber quien predica mal ni bien? Dime: si « yo te dijera á tí, que no sabias cortar, coser, desvirar, ni « estaquillar, y que todo esto lo hacia mejor fulano ó zuta- « no de tu misma profesion, no me dirias con razon; padre. « déjelo, que no lo entiende, métase allá con sus libros, y

«¿déjenos, á los maestros de obra prima con nuestra tijera,
 « con nuestra lesna y con nuestro trinchete? Esto, siendo así,
 « que saber cual zapato está bien ó mal cosido, bien ó mal
 « cortado, es cosa que puede conocer cualquiera que no sea
 « ciego. Pues si un maestro y un predicador harían mal en
 « censurar, y mucho peor en dar reglas de cortar ni de
 « coser á un zapatero; ¿será tolerable que un zapatero se
 « meta en dar reglas de predicar á los predicadores, y en
 « censurar sus sermones? Mira, Martin, lo mas que tu
 « puedes conocer, y en que puedes dar tu voto, es, en si un
 « predicador es alto ó bajo, derecho ó corcobado, cura ó
 « fraile, gordo ó flaco, de voz gruesa ó delgada, si manotea
 « mucho ó poco, y si tiene miedo ó no le tiene; porque
 « para esto no es menester mas que tener ojos y oídos: pe-
 « ro en saliendo de aquí, no solo te espones á decir mil dis-
 « parates, sino á elogiar cien heregías.»

13. Vitor, padre reverendísimo, dijo el truan del zapatero; ¿y por que no acaba su reverendísima con gracia y gloria, para que el sermonecillo tenga su debido y legitimo final? Segun eso, tendrá vuestra reverendísima por heregía aquella gallarda entradilla con que el padre predicador mayor dió principio al sermón de la Santísima Trinidad: *niego, que Dios sea uno en esencia y trino en personas*. Y de las mas escandalosas que se pueden oír en un púlpito católico, respondió el grave y docto religioso. Pero si dentro de poco (replicó Martin) añadió el padre fray Blas, que no lo negaba él, sino el Evarista, el Marconista, el Marrano, el Macabeo y el Sucio Enano, ó una cosa así, y sabemos, que todos estos fueron unos perros hereges; ¿que heregía de mis pecados dijo el buen padre predicador, sino puramente referir la que esos turcos, y moros dijeron? Sonrióse el reverendo ex-provincial, y sin mudar de tono, le replicó blandamente: dígame, Martin; ¿si uno echa un *voto-á-Cristo* redondo, y de allí á un rato añade *valillo*, dejará de haber echado un juramento? Claro es que no, respondió el zapatero, porque así lo he oido cien veces á los teatinos, cuando vienen á misionarnos el alma. Y á fé, que en esto tienen razon; porque el *valillo* que se sigue despues, ya viene tarde; y es así, á la manera que digamos de aquello que dice el refran: *romperle la cabeza, y despues labarle los cascós*. Pues á la letra sucede lo mis-

mo en esa proposicion escandalosa, y otras semejantes que profieren muchos predicadores de mollera por cocer (reputo el buen padre); la heregía ó el disparate sale rotundo, y en todo caso descalabran con él al auditorio, y eso es lo que ellos pretenden, teniéndolo por gracia: despues entran las hilas, los parchecitos y las vendas para curarle. De manera, que todo el chiste se reduce á echar por delante una proposicion que escandalice, y cuanto sea mas disonante mejor; despues se la da una explicacion, con la cual viene á quedar una grandísima friolera; ¿no te parece, Martin, que, aun cuando asi se salve la heregía, á lo menos no se puede salvar la insensatez, y la locura?

14. No entiendo de tulgías, respondió el zapatero, lo que sé es, que por lo que toca á la entradilla del sermon de ayer: *á la salud de ustedes, caballeros*, ni vuestra reverendísima ni todo el concilio trementino me harán creer, que allí hubo heregía, porque la probó claramente con el credo: *propter nostra salute descendit de cælos*, y que á todos nos dejó aturridos. Es cierto (replicó el Rmo.), que en eso no hubo heregía; pero no me dirá Martin, en qué estuvo el chiste ó la agudeza, que tanto los aturdió? pues qué (respondió el maestro de obra prima) no es la mayor agudeza del mundo comenzar un sermon, como quien va á echar un brindis, y cuando todo el auditorio se rió juzgando que iba á sacar un jarro de vino para convidarnos, echarnos á todos un jarro de agua con un texto, que vino que ni pintado? Oígame, Martin, le dijo con sosiego el reverendísimo cuando en una taberna comienza un borracho á predicar, ¿qué se suele decir de él? A esos, respondió Martin, nosotros los cofrades de la cuba, los llamamos los borrachos desahuciados; porque sabida cosa es, que borrachera que entra por la mística ó á la apostólica, es incurable. Pues venga acá, buen hombre (replicó el ex-provincial), si la mayor borrachera de un borracho es hablar en la taberna, como hablan en el púlpito los predicadores; será gracia, ¿chiste y agudeza de un predicador usar en el púlpito las frases que usan en la taberna los borrachos? ¡y á estos predicadores alaba Martin! á estos aplaude! Vaya, que tiene poca razon. Padre maestro, respondió convencido y despechado el zapatero, yo no he estudiado lógica ni garbainas, lo que digo es, que lo que me suena me suena.

Vuestra paternidad es de esa opinion, y otros son de otra, y son de la misma lana, y en verdad que no son ranas. El mundo está lleno de envidia, y los claustros no estan muy vacíos de ella. Viva mi padre fray Blas, y vuestra paternidad deme su licencia, que me voy á calzar al padre refitolero.

15. No bien habia salido Martin de la celda del padre ex-provincial, quando entró en ella fray Blas á despedirse de su reverendísima, porque el dia siguiente tenia que ir á una villa, que distaba quatro leguas, á predicar de la colocacion de un retablo. Como estaban frescas las especies del zapatero, y el buen reverendísimo, ya por la honra de la religion, ya por la estimacion del mismo padre predicador, á quien realmente queria bien, y sentia ver malogradas unas prendas, que manejadas con juicio podian ser muy apreciables, deseaba lograr coyuntura de desengañarle; y pareciéndole, que era muy oportuna la presente, le dijo luego que le vió: padre predicador, siento que no hubiese llegado Vm. un poco ántes, para que oyese una conversacion en que estaba con Martin el zapatero, y él me la cortó, quando yo deseaba proseguirla. Apuesto, respondió fray Blas, que era acerca de sermones, porque no habla de otra cosa, y en verdad que tiene voto. Podrále tener, replicó el ex-provincial, en saber donde aprieta el zapato, pero en saber donde aprieta el sermón, no sé por qué ha de tenerle. Porque para saber quien predica bien ó mal, respondió fray Blas, no es menester mas, que tener ojos y oidos. Pues de esa manera, replicó el ex-provincial, todos los que no sean ciegos ni sordos, tendrán tanto voto como el zapatero. Es que hay algunos, respondió el padre fray Blas, que sin ser sordos ni ciegos, no tienen tan buenos ojos ni tan buenos oidos como otros. Eso es decir, replicó el ex-provincial, que para calificar un sermón, no es menester mas, que ver como lo acciona, y oir como lo siente el predicador. No, padre nuestro, no es menester mas. Con que segun eso, arguyó el ex-provincial, para ser buen predicador no es menester mas que ser buen representante. *Concedo consequentiam*, dijo fray Blas muy satisfecho.

16. Y es posible, que tenga aliento para proferir semejante proposicion un orador cristiano, y un hijo de mi

padre san N. que viste su santo hábito? Ora bien, padre predicador mayor; ¿cual es el fin, que se debe proponer en todos sus sermones un cristiano orador? padre nuestro, respondió fray Blas, no sin algun desenfado, el fin que debe tener todo orador cristiano y no cristiano es agradar al auditorio, dar gusto á todos y caerles en gracia: á los doctos, por la abundancia de la doctrina, por la multitud de las citas, por la variedad y por lo selecto de la erudicion: á los discretos, por las agudezas, por los chistes y por los equívocos: á los cultos, por el estilo pomposo, elevado, altisonante y de rumbo: á los vulgares, por la popularidad, por los refranes y por los cuentecillos, encajados con oportunidad y dichos con gracia; y en fin, á todos por la presencia, por el despejo, por la voz y por las acciones. Yo á lo menos en mis sermones no tengo otro fin, ni para conseguirle me valgo de otros medios, y en verdad, que no me va mal; porque nunca falta en mi celda un polvo de buen tabaco, una jícara de chocolate rico, hay un par de mudas de ropa blanca, está bien proveida la frasquera, y finalmente no faltan en la naveta cuatro doblones para una necesidad, y nunca salgo á predicar, que no traiga cien misas para el convento, y otras tantas para repartirlas entre cuatro amigos. No hay sermon de rumbo en todo el contorno que no se me encargue, y mañana voy á predicar á la colocacion del retablo de..., cuyo mayor-domo me dijo, que la limosna del sermon era un doblon de á ocho.

17. Apenas pudo contener las lágrimas el religioso y docto ex-provincial, cuando oyó un discurso tan necio, tan aturdido y tan impio en la boca de aquel pobre fraile, mas lleno de presuncion y de ignorancia, que de verdadera sabiduría: y compadecido de verle tan engañado, encendido en un santo celo de la gloria de Dios, de la honra de la religion y del bien de las almas, en las cuales podia hacer gran fruto aquel alucinado religioso, si empleara mejor sus naturales talentos, quiso ver si podia convencerle y desengañarle. Levantose de la silla en que estaba sentado, cerró la puerta de la celda, echó la aldabilla por adentro, para que ninguno los interrumpiese; tomó de la mano al predicador mayor, metióle en el estudio, hizole sentar, y sentándose él mismo junto á él, con aquella autoridad que le

daban sus canas, su venerable ancianidad, su doctrina, su virtud, sus empleos, su crédito y su estimacion en la orden, le habló de esta manera:

CAPÍTULO III.

Del grave y docto razonamiento, que un padre ex-provincial de la orden hizo al predicador mayor de la casa donde estudiaba las artes nuestro fray Gerundio.

« **A**turdido estoy padre fray Blas, de lo que acabo de
« oirle, tanto que aun ahora mismo estoy dudando si me
« engañan mis oidos, ó si sueño lo que oigo. Bien temia
« yo al oirle predicar, y al observar cuidadosamente todos
« sus movimientos, ántes del púlpito, en el púlpito y des-
« pues del púlpito, que en sus sermones no se proponia
« otro fin, que el de la vanidad, el del aplauso y del in-
« teres; pero este temor no pasaba de ofrecimiento, y ni
« aun se atrevia á ser sospecha, porque no se fuese arri-
« mando á juicio temerario. Mas ya veo por lo que acabo
« de oirle, que me propasé de piadoso.

2. « Con que el fin de un orador cristiano y no cris-
« tiano es agradar al auditorio, captar aplausos, grangear
« crédito, hacer bolsillo y solicitar sus convenenzuelas! A
« vista de esto, ya no me admiro, de que el padre pre-
« dicador se disponga para subir al púlpito, como se dispo-
« ne un comediante para salir al teatro: muy rasurado, muy
« afeitado, muy copetudo, el mejor hábito, la capa de lustre,
« la saya plegada, zapatos nuevos, ajustados y curiosos, pa-
« ñuelo de color sobresaliente, otro blanco cumplido y de te-
« la muy delgada, menos para limpiar el sudor, que para ha-
« cer ostentacion, de lo que debiera correrse un religioso,
« que profesa modestia, pobreza y humildad. Un predicador
« apostólico, que subiese á la cátedra del espiritu santo con
« el único fin de enamorar á los oyentes de la virtud, y
« moverlos eficazmente á un santo aborrecimiento del pe-
« cado, se avergonzaria de esos afectados adornos, tan im-
« propios de su estado, como de su ministerio; pero quien
« sube á profanarla con fines tan indecentes, y aun estoy

« por decir, tan sacrílegos, ni puede ni debe usar otros
« medios. No quiero decir, que el desaliño cuidadoso sea
« loable en un predicador, solo pretendo, que la afectada
« curiosidad en el vestido ó en el traje, es la cosa mas
« risible, y no hay hombre de juicio, que no tenga por
« loco al religioso, que pone mas cuidado en componer el
« hábito, que en componer el sermon, pareciéndole que el
« afeite de la persona puede suplir la tosca groseria del pa-
« pel. En una palabra, padre mio, el que se adorna de esa
« manera para predicar, bien da á entender, que no va á
« ganar almas para Dios, sino á conquistar corazones para
« sí. No sube á predicar, sino á galantear, tiene mas de
« orate, que de verdadero orador.

3. « El fin de este, sea sagrado, sea profano, siempre
« debe ser convencer al entendimiento, y mover á la volun-
« tad, ya sea á abrazar alguna verdad de la religion, si el
« orador es sagrado, ya á tomar alguna determinacion ho-
« nesta y justa, si fuere profano el orador. No habrá leído
« ni leerá jamas el padre predicador, que un orador pro-
« fano, por profano que fuese, se hubiese jamas propuesto
« otro fin. Este es el único, que se propusieron en sus ora-
« ciones Demóstenes, Ciceron y Quintiliano, dirigiéndose
« todas á algun fin honesto y laudable; unas á conservar á
« la república, otras á encender los ánimos contra la tira-
« nía, estas á defender á la inocencia, aquellas á reprimir
« la injusticia; muchas á implorar la misericordia, no po-
« cas á excitar toda la severidad de las leyes contra los atre-
« vimientos de la insolencia. Si se hubiera oido, que alguno
« de aquellos famosos oradores no tenia otro fin en sus
« declamaciones, que hacerse oír con gusto, captar el aura
« popular, ostentar el aseo ó la magestad del vestido, el
« aire de la persona, el garbo de las acciones, lo sonoro
« de la voz, lo bien sentido de los afectos, la pomposa oja-
« rasca de las palabras, y la agudeza ó falsa brillantez de
« los pensamientos: si se hubiera llegado á entender, que
« sus arengas no se dirigian á otro fin que á solicitar aplau-
« sos, á conquistar corazones y á ganar dinero, hubieran
« sido el objeto de la risa, del desprecio y aun de la in-
« dignacion de todos. Y si algunos concurriesen á oírlos,
« no seria ciertamente para dejarse persuadir de ellos, como
« de oradores, sino para divertirse con ellos, como se di-

« vertian con los histriones, con los pantomimos y con los
 « charlatanes. Porque en suma mi padre predicador, el ora-
 « dor no es mas que un hombre dedicado por su ministerio
 « á instruir á los otros hombres, haciéndolos mejores de lo
 « que son. Y dígame, los hará mejores de lo que son, el que
 « desde que se presenta en el púlpito, se muestra tan do-
 « minado de las pasioncillas humanas, como el que mas?
 « hará humilde al vano y al soberbio, el que en todas sus
 « acciones y movimientos está respirando presuncion y va-
 « nidad? corregirá la profanidad de los adornos y el de-
 « sordenado artificio de los afeites, el que dentro de los
 « términos, á que puede extenderse su estado y su profesion,
 « sube al púlpito de gala? enmendará los desórdenes de la
 « codicia, el que se sabe que hace tráfico de su ministerio,
 « que predica por interés, y que revuelve al mundo, para
 « que le encarguen los sermones que mas valen? Finalmen-
 « te; á quien persuadirá; que á solo Dios debemos agradar,
 « el que confiesa que en sus sermones no tiene otro fin, que
 « el agradar á los hombres?

4. « No me dirá el padre predicador, si los apóstoles se
 « propusieron este bastardo fin en los sermones, con que
 « doce hombres rústicos, groseros y desaliñados convirtié-
 « ron á todo el mundo? Dirá, que Dios hacia la costa: ¿y
 « quién le ha dicho, que no la haria tambien ahora, si se
 « predicara con el espíritu con que predicaron los aposto-
 « les? replicará, que aquellos eran otros tiempos, y que
 « los nuestros son muy diferentes que aquellos: ¿qué quiere
 « decir en eso, padre mio? Si quiere decir, que los aposto-
 « les predicaron á una gente idiota, bárbara, inculta, igno-
 « rante, que se convencía de cualquiera cosa, y en cual-
 « quiera manera que se la propusiesen, acreditará que está
 « mas versado en leer libros de conceptillos, que llaman
 « predicables, y yo llamo intolerables y contentibles, que
 « en la historia eclesiástica y profana; ¿sabe que nunca es-
 « tuvo el mundo mas cultivado, que cuando Dios envió sus
 « apóstoles á él? ignora que aun duraban y duraron por
 « algun tiempo las preciosas reliquias del dorado siglo de
 « Augusto, dentro del cual nació Cristo, y en el cual flo-
 « recieron mas que en otro alguno todas las artes y cien-
 « cias, especialmente la oratoria, la poesía, la filosofía y la
 « historia? Nuestro siglo presume, con razon ó sin ella, de

« mas cultivado que otro alguno, y no se puede negar que
 « en algunas determinadas facultades y artes se han hecho
 « descubrimientos, que ignoraron los que le precedieron.
 « Con todo eso, en aquellas que cultivaron los antiguos, no
 « ha decidido hasta ahora entre los críticos la famosa cues-
 « tion sobre la preferencia de estos á los modernos; y sepa
 « el padre predicador, que aunque las razones, que se ale-
 « gan por unos y por otros, son de mucho peso; pero el
 « número de votos, que están por los primeros, hace in-
 « comparables excesos al que cuentan los segundos. Vea
 « ahora si eran ignorantes, bárbaros é incultos aquellos, á
 « quienes predicaron y convirtieron los apóstoles, cuando
 « se disputa con grandes fundamentos, si nos excedieron
 « en comprension, en ingenio, en buen gusto y en cul-
 « tura.

5. « Repondrá, que aun por eso mismo los apóstoles
 « no convertian mas que á la gente popular, idiota y del
 « vulgacho. Otra alucinacion, que nace del mismo princi-
 « pio. No me hará merced el padre predicador de decirme,
 « si era idiota, popular, y del vulgacho Cornelio el Cen-
 « turion? si el eunúco de la reina Candace era tambien del
 « vulgacho, y popular? si era idiota san Dionisio Areo-
 « pagita? si era un pobre ignorante san Justino mártir? si
 « san Clemente Alejandrino fue idiota? si era popular y del
 « vulgacho san Lino, y sus padres Herculano y Claudia, am-
 « bos de las familias mas ilustres de Toscana? si tantos re-
 « yes, tantos príncipes y tantos magistrados, como convir-
 « tieron los apóstoles en sus respectivas provincias eran del
 « vulgacho y populares? Un predicador, que siquiera se to-
 « mase el corto y necesario trabajo de leer las vidas de los
 « santos, de quienes predica, no incurriria en semejante po-
 « breza; ¿pero cómo no ha de incurria en esta y en mas
 « erasas ignorancias, cuando muchas veces, quien tiene me-
 « nos noticia del santo á que se predica, es el mismo pre-
 « dicador, haciendo vanidad de tomar asuntos tan abstrai-
 « dos, que un mismo sermon se pueda predicar á san Li-
 « borio, á san Roque, á san Cosme y san Damian, á la Vír-
 « gen de las Angustias, y en caso necesario á las benditas
 « ánimas del purgatorio?

6. « Pero si acaso quiere decir el padre predicador que
 « aquellos primeros tiempos de la iglesia, aunque no eran

« menos instruidos, eran menos estragados que los nues-
 « tros, y consiguientemente no era tan dificultoso reducir-
 « los á la verdad del evangelio con razones claras, natu-
 « rales, desnudas y sencillas, dirá otra necedad, que en con-
 « ciencia no se le puede perdonar; con que eran menos es-
 « tragados que los nuestros, unos tiempos en que los vicios
 « eran adorados como virtudes, y las virtudes aborrecidas
 « como vicios? unos tiempos en que la incontinencia reci-
 « bia inciensos en Citea, la embriaguez adoraciones en
 « Baco, el latrocinio sacrificios en Mercurio? unos tiempos
 « en que se adoraba á Júpiter estrupador, á Venus ince-
 « tuosa, á Hércules usurpador y á Caco ratero? unos tiem-
 « pos en que la vanidad se llamaba grandeza de corazon,
 « el orgullo elevacion de espíritu, la soberbia magnanimi-
 « dad, la usurpacion heroismo; y al contrario, la modes-
 « tia, el encogimiento la moderacion y el retiro se trataban
 « como bajeza de ánimo, como apocamiento, no solo inú-
 « til sino pernicioso á la sociedad?

7. « Mas no quiero estrecharle tanto: no quiero hacer
 « cotejo de nuestro siglo, con el primer siglo de la iglesia;
 « conténtome con hacer la comparacion entre nuestros tiem-
 « pos, y aquellos en que florecieron los Paduas, los Ferre-
 « res, los Tomases de Villanueva. Dígame ¿hay mucha di-
 « ferencia entre nuestras costumbres y las de aquellos tiem-
 « pos? Si sabe algo de historia, precisamente responderá,
 « que si hay alguna adversidad, es en los trages, en las
 « modas, en la mayor perfeccion de las lenguas, y en al-
 « gunos usos puramente accidentales y exteriores; que en
 « lo demas reinaban entonces como ahora las mismas cos-
 « tumbres, las mismas pasiones, las mismas inclinaciones,
 « los mismos vicios los mismos desórdenes; solo que estos
 « eran mas frecuentes, mas públicos y mas escandalosos
 « en aquellos tiempos que en estos. Con todo eso ¿qué con-
 « versiones tan portentosas y tan innumerables no hicieron
 « aquellos santos en los suyos? qué séquito no tenian siem-
 « pre que predicaban, despoblándose las ciudades, y aun
 « las provincias enteras por oírlos? y se predicaban á sí mis-
 « mos? No se proponian otro fin en sus sermones, que el
 « de captar aplausos, grangear admiraciones, ganar dinero
 « y meter ruido en el mundo? Metiáble y grande; pero era
 « esto lo que ellos intentaban? y conseguianlo por unos me-

« dios tan improprios, tan indecentes, tan indignos, y aun
« estoy por decir tan sacrílegos?

8. « Paréceme que estoy ya oyendo lo que me dirá in-
« teriormente el padre predicador: lo que veo es que yo lo
« consigo por los que uso, que tambien meto ruido, que
« me siguen, que me aplauden y que me admiran; linda-
« mente; y de ahí, qué se infiere; que predica bien? que
« sabe si quieralo que se predica? ó qué mala consecuen-
« cia! Mete ruido; tambien le mete una farsa, cuando en-
« tra en un lugar. Siguenle: tambien se sigue á un char-
« latan, á un truan, á un titiritero, aun arlequin, cuando
« hacen sus habilidades en un pueblo. Apláudente; ¿pero
« quiénes? los que oyen como oráculo á un infeliz zapate-
« ro, y los que celebran á un predicador, como pudieran
« á un representante. Admíranse al oírle; ¿pero de qué? los
« necios y los aturdidos de su osadía y de sus gesticulacio-
« nes, los cuerdos y los inteligentes de su satisfaccion y de
« su falta de juicio.

9. « Ora bien, padre predicador, ¿quién le ha dicho,
« que los aplausos y las admiraciones de la muchedumbre
« son hijas de los aciertos? Frecuentísimamente, por no de-
« cir las mas veces, son hijas de la ignorancia. El vulgo,
« por lo comun, aplaude lo que no entiende; y sepa, que
« en todas las clases de la república hay mucho vulgo. Ya
« habrá leído, ú oído lo de aquel famoso orador, que aren-
« gando en presencia de todo el pueblo, y oyendo hácia la
« mitad de la oracion, una especie de alegre murmurio de
« la multitud, que le sonó á aclamacion, se volvió á un
« amigo suyo que estaba cerca, y le preguntó sobresaltado:
« ¿he dicho algun disparate? porque este aplauso popu-
« lar no puede nacer de otro principio. Aun el mismo
« Ciceron, que no escupia los aplausos, desconfiaba de ellos
« si eran muy frecuentes, pareciéndole que no siendo po-
« sible merecerlos siempre, necesariamente habia de tener
« en ellos mucha parte la adulacion ó la ignorancia: *No*
« *gusto oír muchas veces en mis oraciones; ¡qué cosa*
« *tan buena, no se puede decir mejor! Bellé, et præ-*
« *claré nimium, sæpé, nolo.*

10. « Aun mas equívocas son las admiraciones que los
« elogios: estos nunca debieran dirigirse sino á lo bueno y
« á lo sólido; aquellas pueden sin salir de su esfera limi-

« tarse precisamente á lo singular y á lo nuevo; porque la
 « admiracion no tiene por objeto lo bueno sino lo raro. Y
 « así, dice discretamente un jesuita frances muy al caso
 « en que nos hallamos, que *puede suceder y sucede con*
 « *frecuencia una especie de paradoja en los sermones;*
 « *esta es, que el auditorio tiene razon para admirar*
 « *ciertos trozos del discurso, que se oponen al juicio y*
 « *á la razon; y de aquí nace, que muy frecuentemen-*
 « *te se condena poco despues lo mismo, que á primera*
 « *vista se habia admirado; ¿cuántas veces lo pudo ha-*
 « *ber notado el padre predicador? Están los oyentes escu-*
 « *chando un sermón con la boca abierta, embelesados con*
 « *la presencia del predicador, con el garbo de las acciones;*
 « *con lo sonoro de la voz, con la que llaman elevacion del*
 « *estilo, con el cortadillo de las cláusulas, con la viveza de*
 « *las espresiones, con lo bien sentido de los afectos, con la*
 « *agudeza de los reparos, con el aparente desenredo de las*
 « *soluciones, con la falsa brillantez de los pensamientos.*
 « Mientras dura el sermón no se atreven á escupir ni aun
 « apenas á respirar, por no perder ni una sílaba. Acabada
 « la oracion, todo es cabezadas, todo murmurios, todo gestos
 « y señas de admiraciones. Al salir de la iglesia, todo es cor-
 « rillos, todo pelotones, y en ellos todo elogios, todo enca-
 « recimientos, todo asombros; ¡hombre como este! pico mas
 « bello! ingenio mas agudo!

11. « Pero que sucede? Algunos hombres inteligentes,
 « maduros, de buena crítica y de juicio claro, que oyeron
 « el sermón y no se dejaron deslumbrar, no pudiendo su-
 « frir que se aplauda lo que debiera abominarse, sueltan
 « ya esta, ya aquella especie contra todas las partes de que
 « se compuso el sermón, y hacen ver con evidencia, que
 « todo él fué un tejido de impropiedades, de ignorancias,
 « de sandeces, de pobreza, y cuando menos de futili-
 « dades. Demuestran con toda claridad, que el estilo no
 « era elevado, sino hinchado, campanudo, ventoso y de
 « pura ojarasca: que las cláusulas cortadas y cadenciosas
 « son tan contrarias á la buena prosa, como las llenas y
 « las numerosas, pero sin determinada medida, lo son
 « al buen verso: que este género de estilo causa risa, ó
 « por mejor decir, asco á los que saben hablar y escribir:
 « que las espresiones, que se llaman vivas, no eran sino

« de ruido y de boato, que aquel modo de sentir y de espre-
 « sar los efectos, mas era cómico y teatral, que oratorio:
 « loable en las tablas, pero insufrible en el púlpito, que
 « los reparos eran voluntarios, su agudeza una frusleria, y
 « la solucion de ellos tan arbitraria, como fútil; que los
 « pensamientos se reducian á unos dichicos de conversacion
 « juvenil, á unos retrucanos ó juguete de palabras, á unos
 « conceptos poéticos, sin meollo ni jugo, y sin solidez: que
 « en todo el sermon no se descubrió ni pizca de sal oratoria,
 « pues no habia en él ni asomo de un discurso metódico
 « y seguido: nada de enlace, nada de conexion, nada de
 « racionio, nada de mocion: en fin, una escoba desatada,
 « conceptillos esparcidos, pensamentuelos esparramados por
 « aqui y por alli, y acabóse. Con que todo bien conside-
 « rado no habia que aplaudir ni que admirar en nuestro
 « predicador, sino su voz, su manoteo, su presuncion y
 « su reverendísimo *coram vobis*. Los que oyen discurrir
 « así á estos hombres perspicaces, penetrativos y bien ac-
 « tuados en la materia, vuelven de su alucinacion, conocen
 « su engaño y el predicador, que por la mañana era ad-
 « mirado, ya por la tarde es tenido por pieza: los compa-
 « sivos le miran con lastima, y los duros con desprecio.

12. « No quiero mas prueba de esta verdad, que los
 « sermones mismos del padre predicador; quanto se cele-
 « bró, y quanto se admiró aquella famosa entradilla del
 « sermon de la Santísima Trinidad: *niego que Dios sea*
 « *uno en esencia y trino en personas!* quanto se admi-
 « ró y quanto se ponderó la otra del sermon de la Anun-
 « ciation: *á la salud de ustedes, caballeros!* que elogios
 « no se oyeron de una y otra al acabarse las funciones! pero
 « ¿cuánto duraron estas admiraciones y estos aplausos? El
 « tiempo que tardó un hombre zeloso, caritativo y prudente
 « en abrir los ojos á los oyentes, para que conociesen que
 « la primera proposicion habia sido una grandísima here-
 « gía, y la segunda una grandísima borrachera; y cuando
 « menos, añadida la explicacion de la una y de la otra, am-
 « bas habian quedado en dos grandes insulseces. Porque la
 « primera se redujo á decir, que muchos hereges habian
 « negado el misterio de la Santísima Trinidad: ¡miren qué
 « noticia tan exquisita! Y la segunda, estrujada su subs-
 « tancia, no vino á decir mas, que Cristo ó el Verbo Divino

« habia encarnado por la salud de los hombres; ¡ miren qué
 « pensamiento tan delicado ! Luego que sus oyentes caye-
 « ron en la cuenta, quedaron corridos de lo mismo que
 « habian admirado poco antes ; y sé muy bien, que en las
 « mismas tardes de la Trinidad, y de la Anunciacion, se lo
 « dieron á entender al padre predicador, si él hubiera que-
 « rido percibirlo. Porque yendo á visitar á sus penitentas,
 « como lo acostumbra los dias que predica, para recojer los
 « aplausos de los estrados, cierta señorita le dijo el dia de
 « la Trinidad: *¡ Jesus padre predicador ! Dios se lo per-
 « done á usted el susto que me dió con el principio de
 « su sermon; porque cierto temí, que el comisario del
 « santo oficio le mandase callar, y que desde el púl-
 « pito le llevase á la inquisicion.* Y tambien sé, que otra
 « le dijo la tarde de la Anunciacion: *Cuando usted comen-
 « zó el sermon esta mañana, creí que estaba dormida
 « y que soñaba, que en lugar de llevarme á la Iglesia,
 « me habian llevado á la taberna.* Ambas fueron dos pu-
 « llas muy delicadas y bien merecidas; pero como el padre
 « predicador todo lo convierte en substancia, túvolas por
 « chiste y le entraron en provecho.

13. « Estos son, padre mio, los aplausos que logra, aun
 « de aquellas personas que no tienen mas luces que las de
 « un sindéresis natural bien puesto, burlarse de él, y es-
 « timarle en lo que vale. Las que están mas cultivadas, las
 « que tienen alguna tintura del buen gusto, y sobre todo,
 « aquellas que no miran con indiferencia un ministerio tan
 « serio y tan sagrado de la religion, no le puedo ponderar
 « el dolor que las causa verle tan profanado en su boca,
 « y la compasion con que miran tan infelizmente malogra-
 « dos unos talentos, que si los manejara como debe, serian
 « utilísimos para el bien de las almas, para la gloria de Dios,
 « para mucha honra de nuestra sagrada orden, y para mas
 « sólida y mas verdadera estimacion del padre predicador.
 « No puede dudar este la especial inclinacion que siempre
 « le he manifestado, desde que fue mi novicio, las pesadum-
 « bres de que le libré cuando fui prelado suyo, la estima-
 « cion que hice de sus prendas siendo su provincial, pues yo
 « fuí quien le colocó en el candelero, encargándole uno de
 « los púlpitos mas apetecidos de la provincia. Ya se acor-
 « dará de la carta paternal que con esta ocasion le escribí,

« recomendándole mucho, que desempeñase mi confianza',
 « que no diese ocasion, para que me insultasen, los que
 « censuraron esta eleccion, sin duda porque le conocian
 « mejor que yo; que predicase á Jesucristo crucificado, y
 « no se predicase á sí mismo, ó á lo menos, que predica-
 « se con juicio y con piedad, ya que no tuviese espíritu pa-
 « ra hacerlo con zelo y con fervor. Protéstole, que uno de
 « los mayores remordimientos, que tengo de los muchos de-
 « saciertos que cometí en mi provincialato (aunque pongo
 « á Dios por testigo, que todos con buena intencion), es el
 « de haber hecho predicador al padre fray Blas, fiando la
 « conversion de las almas á quien en nada menos piensa,
 « que en convertirlas, y á quien muestra tener la suya no
 « poco necesitada de conversion. Dile á conocer en el mun-
 « do, cuando estaria mejor en el retiro del claustro y en
 « la soledad del coro. Púsele en ocasion de que los aplau-
 « sos de los necios le engreyesen, y la vanidad le precipi-
 « tase. Conózcolo llórolo; pero ya no lo puedo remediar,
 « pues veo con imponderable dolor mio, que aun dentro
 « de la religion no faltan fomentadores de su vanidad, elo-
 « giadores y panegiristas de sus locuras, unos porque no
 « alcanzan mas, otros por adulacion; algunos pocos por
 « interes, y la mayor parte porqué se deja llevar de la cor-
 « riente, y no tiene mas regla que el grito de la muche-
 « dumbre.

14. « Entre estos últimos cuento á esa pobre juventud,
 « compuesta de colegiales, filósofos y teólogos, que se cria
 « en este convento; y á quien es indecible el daño, que ha-
 « ce con su mal ejemplo el padre predicador. Venle aplau-
 « dido, celebrado, buscado, regalado, y sobrado de reli-
 « giosas conveniencias: oyen al mismo padre predicador ha-
 « cer ostentacion pueril de ellas, alabarse de lo mucho, que
 « le fructifica la semilla del *Verbum Dei*; ponderar la uti-
 « lidad y la estimacion de su carrera, haciendo chunga y
 « chacota de la de los lectores y maestros de la orden, á
 « quienes trata de pelones, pobretes, mendigos, pordiose-
 « ros y camaleones, que se sustentan del aire de los ergos,
 « y que tienen las navetas tan vacias de chocolate, como
 « los cascos; llenos de cuestiones impertinentes, ¿Qué sucede?
 « que cobran horror al estudio escolástico, tan necesario pa-
 « ra la inteligencia de los misterios y de los dogmas, y pa-

«ra no decir de unos y de otros, tantos disparates como
 «dice el padre predicador: dedícanse á leer libros de ser-
 «monarios inútiles y disparatados, ó á trasladar sermones
 «tan ridículos, tan insubstanciales, y aun tan perniciosos,
 «como los del padre fray Blas: tómanle á él mismo por
 «modelo, remedándole hasta las acciones y los movimien-
 «tos sin advertir que los que parecen bien, cuando son na-
 «turales, se hacen risibles y despreciables en el remedo.
 «Crianse con esta leche, y salen despues á ser la diver-
 «sion del vulgo, la admiracion de los ignorantes, la risa
 «de los discretos, el dolor de los piadosos., el descrédito
 «de la orden, y tal vez su azote y su tormento.

15. «Viéndolo estamos todos en ese pobre, simple y
 «atolondrado de fray Gerundio. Su sencillez por una par-
 «te, y el padre predicador por otra, ambos concurren á
 «echarle á perder á tiros largos. Aunque no le faltan ta-
 «lentos, para que con el tiempo saliese hombre de provecho,
 «viendo estoy que nos ha de sonrojar, y que nos ha de
 «dar que padecer. No hay forma de estudiar una confe-
 «rencia, de dedicarse á entender una cuestion, y mira
 «con horror al estudio escolástico, gastando el tiempo en
 «leer sermones impresos, y en trasladar los manuscritos del
 «padre fray Blas. ¿Y esto por qué? porque me dicen que
 «no sale de su celda, que tiene en ella letra abierta para
 «desayunarse, para merendar y para perder tiempo: que el
 «padre predicador le va imbuyendo en todas sus máximas
 «hasta pegarle tambien sus afectos y desafectos, no solo
 «con perjuicio de su buena educacion, sino en grave de-
 «trimento de la caridad, y de la union fraternal y reli-
 «giosa.

16. «Por tanto, padre mio, si el amor de nuestra ma-
 «dre la religion le debe algo, si tiene algun zelo por la
 «salvacion de las almas, que Jesucristo redimió con su
 «preciosa sangre, si su misma estimacion sólida y verda-
 «dera le merece algun cariño, ruégole por la misma pre-
 «ciosísima sangre de Jesus, que mude de conducta: sea
 «mas noble, mas cristiano y mas religioso el fin de sus
 «sermones, y será muy otra su disposicion: predique á Cris-
 «to crucificado, y no se predique á sí mismo: y á buen se-
 «guro, que no pondrá tanto cuidado en el afectado aliño
 «de su persona: no busque otro interes, que el de las

«almas, *da mihi animas; cætera tolle tibi*, y yo le fi-
 «que predicará de otra manera; no solicite aplausos, sin^o
 «conversiones; y tenga por cierto, que no solo logrará las
 «conversiones que desea, sino los aplausos que no solici-
 «ta, y estos de orden muy superior al aura popular y va-
 «na, que ahora le arrebatá tanto. Sobre todo le encargo,
 «le ruego, le suplico, que cuando no haga caso de lo que
 «le digo, y se obstine en seguir el errado rumbo que ha
 «coincenzado, á lo menos no dogmatice, no haga escuela tan
 «perniciosa, no quiera imitar aquel dragon, que con la
 «cola arrastró tras de sí la tercera parte de las estrellas.
 «Estremézcale aquel *Væ* tan espantoso, contra los que es-
 «candalizan á los pequeñuelos. Y no trate de vejez, de im-
 «pertinencia, de prolijidad y de mala condicion de los mu-
 «chos años esta paternal, caritativa y reservada adverten-
 «cia que le hago, sino mírela como la mayor prueba del
 «verdadero amor que le profeso.”

CAPÍTULO IV.

*De la burla, que hizo el predicador mayor del razo-
 namiento del ex-provincial, y de lo que pasó des-
 pues con fray Gerundio.*

Sin respirar estuvo oyendo fray Blas el sermón, que le espetó el reverendo padre ex-provincial, y á pie firme sufrió la carga cerrada, que le disparó, con una contenen-
 cia tal, que cualquiera se persuadiria, que quedaba conven-
 cido, persuadido y trocado ya en otro hombre. Porque dice la leyenda de la órden, que le oyó con semblante sereno, con los ojos bajos, con las manos debajo del escapulario, con el cuerpo algo inclinado hácia adelante, en postura humilde, aplicando un poco el oído izquierdo, como para no perder sí-
 laba, sin estornudar, sin escupir, y aun sin sacar la caja ni tomar un polvo de tabaco en todo el tiempo que duró la mision. Ya el buen padre ex-provincial se aplaudia inte-
 riormente á si mismo de aquella feliz conquista; ya tenia por mil veces dichosa la hora, en que se habia deter-
 minado á hablarle con tanta resolucion y claridad; ya es-
 taba para echarle los brazos al cuello, dándole mil para-

bienes de que finalmente hubiese abierto los ojos á la luz de la razon, cuando vió que el bueno del predicador levantó los suyos, le miró con serenidad, sacó las manos de debajo del escapulario, reclinó el codo derecho sobre el brazo de la silla refregose la barba, echó despues mano á la manga, sacó la caja, dió dos golpecitos pausados sobre la tapa, abrióla, tomó un polvo, y encarando al ex-provincial, le dijo muy reposado; *¿acabó ya vuestra paternidad? Sí, ya acabé. Pues, padre nuestro, oígame vuestra paternidad este cuento.*

2. Asistia un loco al sermón del juicio universal, que se predicaba en cierta mision. Estuvo verdaderamente fervoroso y apostólico el celoso misionero, y dejó tan aturrido al auditorio, que aun despues de acabado el sermón, por un rato ninguno se rebullia. Aprovechóse el loco de aquel conpungido silencio y levantando la voz descompasadamente, dijo: *Señores, todo eso que nos acaba de predicar el padre misionero, de juicio, juicio y juicio, sin duda, que debe de ser así. Pero nondúm venit hora mea, y yo llevo la contraria con el doctísimo Barradas. Vea vuestra paternidad si manda algo para Cévico de la Torre, porque yo parto mañana. Y sin esperar á mas razones se levantó de la silla, tomó la puerta, y se fué á su celda.*

3. Esperábase en ella su queridito fray Gerundio, que ademas de ser un eterno admirador de las locuras, y de los disparates de fray Blas, cuya sola razon bastaria, para que este le estimase mucho, era fuera de eso un frailecito rollizo, bien agestado, muy compuestico de andadura, de acciones y movimientos; por lo cual, no solo se llevaba todos los cariños del padre predicador mayor, sino generalmente los de casi todos los padres graves de la casa, entre los cuales habia una especie de celillos y de competencia sobre quien le habia de hacer mas cocos. Enviábaule desde la mesa traviesa la fruta, los extraordinarios y el platico, cuando solo le tenian los padres gordos, y no los colegiales; y aun por lo mismo era entre estos envidiado, acechado y mas que medianamente mordido, para lo no que daba él mismo poco motivo, ya por lo que se engrería con los halagos de los reverendísimos, ya por las mañuelas y artificios de que se valía para tenerlos mas engaitados, ya finalmente porque el horror que tenia al estudio esco-

lástico, los daba muchas ocasiones de burlarse de él y de sonrojarse, las cuales no las perdian los bellacuelos de los otros colegiales; pero á fray Gerundio se le daba muy poco de eso, procurando en todo caso cultivar la predileccion de los mandones del convento; y entre todos inclinándose mas (aunque con el mayor disimulo posible) al despejo, al garbo y á la discrecion del padre predicador mayor.

4. Luego que este entró en la celda, contó á fray Gerundio quanto le acababa de pasar *con nuestro padre*: hizole un resumen del sermon, remedió su voz, imitó su postura, pintó sus gestos, glosó sus palabras, y burlóse de todo, tratandole de *carcuez*, de *fray-Zaraguelles*, de *hombre de antaño* y de otros apodos semejantes. Finalmente le dijo: *chico como la mision duró tanto, tengo gana de cierta cosa, y así con tu licencia*. Retiróse á la alcoba, tiró la cortina, hizo lo que tenia que hacer, y acabada esta funcion dijo fray Blas á fray Gerundio: Ya sabes, que mañana voy á Cevico de la Torre á predicar del patriarca san Benito en su ermita de Otero, es voto de villa, pascua de flores y hay romeria y el sermon es de los de á oncita de oro. Ante todas cosas, tómate esos dulces (y llenóle la manga de los que sacó de una naveta), cerremos la puerta, porque no venga á inquietarnos algun reverendo Muletilla (y echó la aldaba); siéntate y oirás uno de los mejores sermones que he compuesto en toda mi vida.

5. Título y asunto: *ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la ciencia*. Tenga usted, padre predicador, le interrumpió luego fray Gerundio, no diga mas, que solo eso me encanta. Esos retruecanillos, ese paloteo de voces, y ese triquitraque de palabras con que usted propone casi todos los asuntos de sus sermones, es cosa que me embelesa: *ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la ciencia!* Vaya, que no hay mas que decir. A la verdad, yo no entiendo bien lo que quiere significar; pero lo que me suena, me suena, y signifique lo que significare, ello es una gran cosa. No quiere decir mas, replicó el predicador, que lo que dice san Pablo, *que la ciencia de los santos es la verdadera sabiduría, y que la sabiduría de este mundo es verdadera ignorancia y estulticia*.

6. Con que eso y no mas quiere decir? Sí. Pero vál-

gáme Dios! ¿quién lo adivinaria? Otro que no fuera vuestra paternidad, diria sencillamente, san Benito supo lo que le convenia saber é ignoró lo que no importaba ignorar; y de esa manera, aunque lo entenderian todos, pero tambien cualquiera gañan sabria decirlo. Mas eso de proponer una cosa tan comun con el airecillo especial con que la propone vuestra paternidad, en el mundo hay quien lo haga con tanta gracia. Y sino dígalo aquel otro asunto del sermon, que vuestra paternidad predicó al capítulo dos meses ha, en el dia de las elecciones particulares: *Eleccion de la rectitud para la rectitud de la eleccion*. Primero que se me olvide el tal asunto, me he de olvidar yo de como me llamo. Pero ya que hablamos de él, no me explicará vuestra paternidad el concepto? porque á decir la verdad, no le penetré muy bien. A mi lo que se me ofreció que querria decir era, que para que la eleccion fuese recta, era preciso que fuese recta la eleccion; mas esto claro está que no lo querria decir vuestra paternidad, por que seria una verdad de Pero-Grullo.

7. Calla, simplon, le respondió al punto fray Blas; pues claro está, que no quise decir otra cosa; y ahí estuvo el chiste, en decir una pero-grullada de manera, que parecia una cosa del otro mundo. Si te acordáras del modo tan claro, tan perspicuo, tan brillante con que entablé esa proposicion, para introducirme en el discurso, verias mas claro que el sol de mediodia lo que yo quise decir. Como soy cristiano, que ya no me acuerdo (replicó fray Gerundio), aunque tengo el sermon en la celda, porque al punto le trasladé, como sabe vuestra paternidad. Pues yo te lo traeré á la memoria, que bien en ella lo tengo.

8. Concluida la salutacion, que ese fue vino de otra cuba, di principio al sermon con este apóstrofe al sacramento, que estaba patente: *Amorosamente sábio os ofreceis (soberano sacramentado monarca), maestro y director de este capítulo*. Nota de paso la oportunidad de llamar presidente del capítulo al sacramento, y dime si esto se ofrece á cualquiera. Añadí despues: *Para la mas acertada rectitud de las elecciones, ofrece ese agosto sacramento vitales luces á los electores prelados*. Prueba perentoria y terminante: *ego sun panis vite*. Nota lo

de *panis vitæ*, para las *luces vitales*. Mas por quanto los electores eran muchos, y cada uno tenia su vida, buena ó mala, como Dios sabe (que á nosotros no nos toca indagar vidas ajenas), y el texto solo hablaba de una vida, *vitæ*, era menester uno que hablase de muchas. Halléle á pedir de boca en el Siríaco, que lee: *panis vitarum*. Ya tenemos al sacramento *pan de muchas vidas*: pero, por quanto estas vidas podian ser de coristas, de sacristanes, de refitoleros y de otros muchos frailes, que no tenian voto en capítulo, y yo habia menester precisamente un sacramento que fuese pan de las vidas de los padres capitulares y electores, aqui estuvo mi felicidad y mi discurso. Halléle como lo podia desear en Zachariás, en Tirino, en Menochío y en Lira; porque al primero llama al sacramento *frumentum electorum*; el segundo *panem electorum*; el tercero *frumentum electorum*; y el cuarto *frumentum electorum; est corpus Cristi consecratum pane frumenti*.

9. Digo que vuestra paternidad es un demonio ó que tiene familiar (le interrumpió fray Gerundio, sin poderse contener). Donde diantres fué á encontrar unos textos tan á pelo, tan al intento, y que hablan de *pan de electores* con tanta claridad, que los entenderá el mas zafio batueco de los que van á vender miel á la villa de Befar? Ahora me acuerdo, que especialmente cuando oí esos textos en el sermón, me quedé como atorrollado. Es verdad, que hablando despues acerca de ellos con un padre maestro de la casa que me quiere mucho, me dejó un poco confuso: porque me dijo claritamente, que todos ellos en el sentido en que vuestra paternidad los entendió, habian sido unos grandísimos disparates, delatables á la inquisicion; que asi el texto como los interpretes solo querian decir, que el pan del sacramento, ó que el sacramento era pan de los escogidos, que eso, y no otra cosa significaba *electorum*: que aplicarlo á los electores, puramente por el sonido material de la palabra, era un abuso intolerable de la sagrada escritura, condenado por el concilio tridentino, por los papas y por la inquisicion: que esta habia castigado en Roma á un predicador, porque en las horas del cardenal Cibo habia dicho, que la carne de Cristo en el sacramento, era verdaderamente la carne del cardenal, probándolo con aquel texto: *Caro mea veré est cibus*, el cual le habia querido

entender aquél loco (así le llamó el padre maestro) ni mas ni menos como vuestra paternidad habia querido entender el *frumentum electorum*: que si se permitiera la licencia de usar ó de abusar de la sagrada escritura con esa materialidad, no habria heregía, disparate, torpeza ni suciedad, que no se pudiese probar con ella: y de aquí fué ensartando tantas cosas, que me metieron en mucha confusion, y no se como tuve paciencia para oirlas.

10. ¿Y tú hiciste caso de ellas? No, padre predicador: qué caso habia de hacer, si estaba conociendo palpablemente, que todo era embidia: porque el tal padre maestro es un hombre indigesto, que no sabe mas que sus ergos, su teología su biblia, sus concilios, sus santos padres y servitor? En sacándole de ahí, no sabe una palabra: ni él ha leído jamás el teatro de los dioses, ni á Rabisio, Textor, ni á Aulo Gelio, ni á Natal Comite, ni á Alejandro de Alejandro, ni á Plinio, ni á Picinelo: con que, ya se vé, ¿que obligacion tiene el pobre á entender de sermones, ni á saber como se han de traer ó como no se han de traer los textos de la sagrada escritura? Y como por otra parte es un triste pelon; que anda con la hortera para tomar una jicarrilla, y vé gracias á Dios la celda de vuestra paternidad tan abastecida de todo, se pudre á todo pudrir, y de aquí previene, que todo cuanto hace vuestra paternidad le da en rostro. Dame un abrazo (le dijo al oír esto el padre fray Blas) que tú has de ser la honra de la órden; toma esos cuatro bollos de chocolate, para que te remedies en mi ausencia, y vamos adelante con el sermon capitular.

11. Otro dia hablaremos de ese sermon (dijo fray Gerundio), que ahora, como está vuestra paternidad para irse mañana, temo que no nos ha de quedar tiempo para leer el de san Benito, aunque no sea mas que la saluacion, y yo estoy rabiando por oirla: porque solo el pensamiento de ciencia de la ignorancia, en la sábia ignorancia de la ciencia, me ha excitado una curiosidad, que es un horror. Tienes razon (respondió fray Blas), y vamos á ella: aquí está el cartapacio sobre la mesa. Ten presente que estamos en primavera, que es pascua de flores y que la ermita del santo está en el campo, y oye.

12. « Al celebrado Dios del regocijo consagraba la Grecia, Esparta y Tesalia festivos, solemnes cultos el dia 27

« de marzo: *Thesali huic Dèo risui quotannis rem di-*
 « *vinam in summâ lætitiâ faciebant*, dice Rabisio Tex-
 « tor. Tejian verdes guirnaldas, esmaltadas de matizadas
 « flores, ofreciendo una primavera de gozo al obsequiado
 « Dios del regocijo: *Vernis intexent floribus harva... ri-*
 « *sibus, et grandes mirata est Roma cachinos*, dice
 « Lilio Giraldo. Ofreciase esta deidad al culto en la figura de
 « un jóven desnudo, coronado de mirto, adornado de alas
 « y en la frondosidad de un prado ameno: *Puer nudus,*
 « *alatus, mirthoque coronatus, qui humi sedebat*, dice
 « Vincencio Cartario.”

13. ¿Has visto entradilla mas florida para un sermon de primavera, en pascua de flores, y toda ella no menos que con autoridad de Cartario, Lilio Giraldo y Rabisio Textor? Pues aguarda un poco, y escucha la aplicacion. *Este es vernal paralelo del esclarecido patriarca san Benito, á quien con festivo gozo consagra hoy este pueblo este solemnizado culto.* ¿Que te parece, Gerundio amigo? qué me ha de parecer? Lo primero, que vuestra paternidad tiene mas en la uña el calendario de las fiestas de los gentiles, que la misma epacta de la órden; porque jamas le he visto errar ni siquiera una de aquellas, y mas de una vez le he notado que no sabia bien el santo de quien se rezaba aquel dia. Lo segundo, que casi todos los sermones de vuestra paternidad comienzan con una fabulilla tan á pelo y tan al caso, que no parece si no que la fabula se fingió para el ministerio, ó que el mismo Dios fué sacando el misterio por la idea de la fábula. Por ejemplo, ¿cuando se me olvidará á mí aquella crespada entradilla del sermon de la Concepcion, que oí este año á vuestra paternidad y la tomé de memoria, porque no espero oír en mi vida cosa mas adecuada al asunto?

14. « De la rizada espuma del celebrado Egéo, fingió
 « la etnicidad fabulosa, fué su idólatra Vénus concebida:
 « *Nuda Cythereis edita fertur aquis*, dice Ovidio. Con-
 « cibióse de las tres celestiales gracias sociada: *Et Veneris*
 « *turba ministra fuit*, dice Giraldo; porque no se verificase
 « instante en que faltase alguna gracia á su hermosura. Y
 « en memoria de esta concepcion graciosa, celebraban los
 « ciclades el dia 8 de diciembre con solemne alborozado
 « culto: *Hoc tamen die octavo Decembris, festum Con-*

« *ceptionis pulcherrimæ Veneris ingenti júbilo celebratur.* » No me detengo ahora en reparar la cultura de llamar *etnicidad* á la religion de los gentiles, y no *gentilidad* ó *paganismo*: que eso lo diria cualquier gavacho; y si no la llamé *politeísmo* ó *polideismidad*, interrumpió el padre predicador, fué por reservar estos dos terminillos para otra ocasion. Digo que no me detengo en esto, porque con especialidad en esta invencion de voces nuevas y flamantes, alambicadas de la lengua latina, es vuestra paternidad inimitable; y yo tengo ya apuntadas algunas, para valerme de ellas en ocasion y tiempo, con la seguridad, de que aunque no haga mas que hablar en ese estilo, no ha de haber sermon de cofradía que no me busque. Ya sé, que al mar salsado siempre le he de llamar *salsuginoso elemento*; á la vara de Aaron, *Aaronitica vara*: al contraer el pecado original *traducir el fomes del pecado*; *Adam futurizado*, al decreto de la creacion de Adam; á su misma creacion, *Adamítico fundamento*, *universal opificio*; á la fábrica de todas las criaturas; á la naturaleza ciega, *cecuciente naturaleza*; y á un deseo ardiente y encendido, *ignitas alas del deseo*. Este bello, claro perspicuo y delicado estilo, déjelo vuestra paternidad de mi cuenta, y yo salgo por fiador de mí mismo, que por lo que toca á él, no ha de tener vuestra paternidad discípulo que mas le honre.

15. Tampoco quiero detenerme ahora en el reparo de aquella ingeniosa figura con que vuestra paternidad llamó *idólatra á Venus*, cuando dijo: *Fué su idólatra Venus concebida*. Mas de dos ignorantes lo tendrian por necedad, pareciéndoles que eso queria decir, que Vénus idolatraba en ellos, y no ellos en Vénus, y que vuestra paternidad debiera de haber dicho *su idolatrada Vénus*. Pero sobre que entonces no constaria el pie de verso heróico de que se compone dicha cláusula: *Fué su idólatra Vénus concebida*, que era á lo que vuestra paternidad tiraba; y (que de dicho de paso) esta es una de las gracias, que mas me encantan en el elegante estilo de vuestra paternidad la multitud de pies líricos y heróicos de que consta, que algunas veces me parece que estoy oyendo una relacion, amen de los consonantes, digo, que fuera de este primor, faltaria otro que no advierten ni son capaces de

advertir esos tontos. Esta es aquella figura retórica, que se llama... que se llama... válgate Dios! como se llama? que se llama... no sé como; la cual enseñaba á usar el presente por el pretérito, lo activo por lo pasivo: y así decimos, *mi amantísimo amigo*, por *mi amigo muy amado*, *recibí la favorecida carta de Vm.* por *la carta favorecedora*; pues lo demas querria decir, que se le hacia favor en recibirla, y no me pareceria mucha modestia ni mucha política. De la misma manera se puede decir tan lindamente *idólatra Vénus*, por *Vénus idolatrada*, como lo sabemos muy bien todos los que tuvimos la dicha de estudiar con el famoso preceptor de Villaornate, y por eso tengo yo tan en la uña todas las figuras retóricas, con sus nombres, pe- los y señales.

16. Pero dejándonos de estos pelillos, como iba diciendo de mi cuento, digo que la fábula de la concepcion de Vénus, para el misterio de la Concepcion de Maria, no parece sino que vuestra paternidad mismo la inventó, tan adecuada viene y tan al caso. Digo mas, que á mi pobre juicio estuvo de sobra aquella valiente cláusula con que vuestra paternidad la aplicó, *Gallardo, aunque fabuloso paralelo del milagroso objeto, que termina los regocijados cultos de este dia octavo de diciembre, en que la iglesia católica celebra la Concepcion pasiva de Maria, Vénus del amor divino, diosa de la hermosura de la gracia*; porque no habria en todo el auditorio entendimiento tan zopenco, que no se hiciese luego cargo de la propiedad *del gallardo paralelo*, sin el cansancio de la aplicacion. Porque es claro como el agua, que si Vénus fué madre del amor, Maria fué madre del amor: si Vénus fué concebida de la espuma del mar; *en la nivea espuma de la divina gracia, fué concebida Maria del mar de la humana naturaleza*, como dijo vuestra paternidad un poco mas abajo: si en la concepcion de Vénus asistiéron las tres gracias, *en contraresto á las gracias, sociáron á Maria en su concepcion las horas*, siendo las horas y las gracias dos cosas tan parecidas, que es imposible haya otras dos mas semejantes. Finalmente, si Vénus fué concebida el dia ocho de diciembre, el dia ocho de diciembre fué concebida Maria. Así que el *paralelo* no puede ser mas *gallardo*, por lo que toca á estas cuatro pro-

piudades. Y en cuanto á la segunda, en que se coteja la espuma del mar eritreo, con la *nivea espuma de la divina gracia*, se encierra en ella una propiedad tan recóndita, que no es fácil se dé en el chiste á cuatro palletadas. Porque si la espuma no es otra cosa, que el viento que se introduce en el agua ó en cualquiera otro licor, mas ó menos movido y agitado del mismo aire ó de algun otro agente extraño, como lei pocos dias ha en uno de estos libros que se usan y tratan de novedades; es claro como el agua, que la divina gracia ha de ser muy espumoso, y precisamente ha de hacer una *espuma nivea*, que disgregue la vista; por que? porque la divina gracia se atribuye particularmente al Espíritu santo; este ya se sabe que unas veces aura suave y apacible, y otras es viento impetuoso, que agitando á la divina gracia é introduciéndose al mismo tiempo en sus divinos poros é intersticios, necesariamente ha de levantar una *espuma nivea* como el ampo, ¿y qué cosa mas propia, que el que de *de esta nivea espuma* fuese concebida *la Vénus del amor divino*? Con que realmente no pudo ser *mas gallardo el paralelo*.

17. A mí asi me lo pareció; y asi lo defendí tambien contra aquel simplon, beaton y testarudo de fray Gonzalo, que estaba junto á mí, y al oirlo hizo muchos gestos, diciéndome despues del sermon, que aquello le habia escandalizado. Preguntéle, ¿por qué? y respondió el tontarron, que porque hacer cotejo de la madre de la pureza con la madre de la torpeza, de la muger mas limpia con la muger mas súcia, de la concepcion inmaculada de Marí con la puerquisima concepcion de Vénus, de las gracias profanas con la gracia divina, y concluir llamando á Maria, *Vénus del divino amor, diosa de la hermosura de la gracia*, sobre ser la última preposicion una heregía formal, las demas eran unas blasfemias tan impias, tan sacrílegas, tan indecentes en la boca de un cristiano, quanto mas *de un predicador apostólico*, como vuestra paternidad dice que lo es, mostrando su título en toda forma: que á su parecer el sermon merecia la hoguera, concluyendo con que si él fuera prelado le quitaria á vuestra paternidad la licencia de predicar. No se como Dios me tuvo de su mano, y no le llené de dedos aquella cara compungida; pero conténteme con decirle, que no era la miel

para la boca del asno, que no se habian hecho *los gallardos paralelos* paralelos gallardos, y volvíle las espaldas.

18. Y ya que hablamos de *paralelos*, volvamos por Dios al *vernal paralelo* del sermón de san Benito, donde dejamos la salutacion, que como unas cosas llaman á otras, y todas las de vuestra paternidad me emboban, yo mismo interrumpí la lectura, sin poderme remediar. Ya me acuerdo, que la introduccion era del Dios del regocijo, á quien celebraban los antiguos el dia 27 de marzo: que le representaban un joven desnudo, y en pelota, como su madre le parió, muy coronado de mirto y muy adornado de alas, tendido en aquel campo, como si dijéramos con la panza al sol: *Puer nudus, alutus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*: y finalmente, que el modo de celebrarle era con grandes risadas, zambra, bulla y carcajadas: *Et grandes mirata est Roma cachinos*. Decia despues vuestra paternidad *este es vernal paralelo del esclarecido patriarca san Benito*. Pero antes de pasar mas adelante, dígame vuestra paternidad que quiere decir, *vernal paralelo*? Porque confieso, que no lo entiendo; ay, bobo! dime, que significa *ver veris*? *Ver, veris* significa la primavera, que asi lo dicen los géneros de Lara por donde yo estudié. Pues, tonto, *vernal paralelo* quiere decir, *paralelo primaveral*, por ser en tiempo de primavera, en que se celebraba la fiesta del regocijo, y tambien la de san Benito. Y ves ahí como de camino está encajada con grande arte, y disimulo la circunstancia de celebrarse esta fiesta en pascua de flores: *Vernis intexens floribus arva*: que en eso de hacerme cargo de todas las circunstancias, por ridículas que sean, aunque yo lo diga, ninguno me echará la pierna adelante.

19. Ya estoy, dijo fray Gerundio, en lo que significa *vernal paralelo*; ahora me falta saber la aplicacion, y en que se pareció san Benito al Dios del regocijo, y la fiesta de aquel á la fiesta de este. Ten un poco de paciencia, continuó el predicador, y presto lo sabrás. Y en quanto á la omnimoda semejanza de las fiestas, es cosa tan clara, que solo un ciego podrá no distinguir las sin que nadie se lo diga, porque si aquella se celebraba en la primavera, en la primavera se celebra esta; si aquella en el dia 27 de marzo, cabalitamente se celebra esta en el mismo dia; si

aquella en el campo, esta en el otero; si allí habia flores, flores hay aquí; si gente en aquella, gente en esta; y en fin, si en aquella habia grandes carcajadas, esta no la va en zaga; pues no se oye otra cosa por aquellos campos, y aun dentro de la misma ermita durante el sermón, si el predicador tiene un poco de sal, que grandísimas risadas: *et grandes mirata est Roma cachinos*. Ahora digo, respondió fray Gerundio, que las dos fiestas son tan parecidas una á otra, como un huevo á otro huevo; y ahora tambien descubro yo la clave para aplicar cualquiera cosa, que haya sucedido en el mundo, en el mismo tiempo, y en el mismo dia del sermón, á la fiesta que predicare sea la que fuere.

20. Mas, dígame vuestra paternidad; ¿cómo diantres pudo casar á san Benito con el Dios del regocijo? Con la mayor facilidad del mundo, respondió fray Blas. ¿No, dice la historia, que siendo el santo de solos quince años se salió de Roma, se fué al desierto, se escondió entre las mayores asperezas del monte Sublac, se sepultó en una cueva, ó en una profunda cisterna; que allí hizo asperísima penitencia por espacio de tres años, que padeció crueles tentaciones del demonio, que se revolcó en una zarza, hasta dejarla toda ensangrentada; que solo se alimentaba de pan y agua, que de ocho en ocho dias le traía un monge llamado Roman, descolgándose por una cuerda, hasta que al cabo de los tres años un buen clérigo por divina revelacion vino á buscarle, trayéndole vianda para comer, y diciéndole que la comiese porque era dia de pascua, lo que el santo mozo no sabia? pues ¿qué cosa mas parecida al Dios del regocijo, que san Benito en este passage de su vida? Este jóven, aquel niño, este en el campo, aquel en el desierto, este tendido en la yerva, aquel en el pozo, este desnudo, aquel mal vestido: y cuando se rebolcó en la zarza tan desnudo como su madre le parió, este coronado de flores; aquel cubierto de espinas, y finalmente este celebrado en tiempo de pascua, y aquel regalándose en ella con lo que el buen clérigo le trajo; ¿mira tú ahora si pudo venir mas ajustado el *vernal paralelo*? Porque en lo demas aunque el Dios del regocijo fuese un Dios de tararira, de trisca, de bulla y de chacota, y san Benito en el desierto fuese una imágen viva de la mas áspera pe-

nitencia, ejemplar asombroso de compuncion y de lágrimas; eso para el asunto importa un bledo, porque ni los paralelos aunque sean *vernales*, ni las semejanzas ni las comparaciones han de correr á cuatro pies.

21. Iba Fray Blas á proseguir en la lectura de su sermón, cuando llamaron á la puerta de la celda con tanta fuerza que se sobresaltó; y aunque á los principios hizo ánimo de no abrir, como el que llamaba era el padre prior, y le dijo en voz alta que abriese que era él, el que llamaba, y que bien sabia estaba dentro, no pudo resistirse, y se vió precisado á abrir. Entró en la celda el prior, y encontrando en ella á fray Gerundio, le dijo con alguna seriedad, ¿qué hacia allí perdiendo tiempo, y por qué no se iba á estudiar? Fray Gerundio le respondió sin turbarse, que habia venido de parte de su madre á dar al padre predicador la limosna de tres misas, para que las mandase decir en el altar de san Benito del Otero, porque habia parido un niño quebrado, y el santo en aquella santa imágen, dizque era prodigioso con los niños que padecian este trabajo; ¿y qué lleva en esa manga? le preguntó el prior, notando que abultaba demasiado. Aquí saltó prontamente el predicador, son unos dulces que le dí yo, para que de mi parte los envíe á sus dos primas, las hijas de familiar de Cojeces, que el otro dia me regalaron con dos pares de calcetas. No satisfizo mucho al padre prior una ni otra respuesta; pero como era buen hombre y nada malicioso, dejólas pasar, y contentándose con decir á fray Gerundio que tratase de ser mas aplicado, y de guardar mas la celda, le envió á ella, y él se quedó con el padre predicador mayor tratando el negocio á que iba, de cuyo contenido no se encuentra rastro alguno en el archivo del convento, ni en los exactos documentos de donde se ha sacado esta puntualísima historia; lo que da bien á entender que no debió ser cosa de importancia, ó á lo menos, que no trataron materia alguna que tenga concernencia con ella.

CAPITULO V.

De una conversacion muy provechosa, que un beneficiado del lugar tuvo con fray Gerundio, si fray Gerundio hubiera sabido aprovecharse de ella.

Habia en aquella villa (ya conocerá el sagaz y penetrativo lector, que hablamos de aquella villa donde estaba el convento): habia pues en aquella villa un beneficiado hábil, capaz, despejado, de edad ya madura; porque estaba entre los cuarenta y los cincuenta. Habia estudiado la filosofía que se usa en España con aplauso, y la teología con crédito, tanto que habia sido opositor en Toledo, y despues de haberle dado uno de los mejores curatos, le renunció con pension, porque le probaba mal la tierra, y se habia retirado á su lugar, donde tenia un mediano beneficio, con el cual y con la pension lo pasaba con mucha decencia. Era de costumbres muy ajustadas, de un porte eclesiástico serio y grave; pero al mismo tiempo de un genio jovial y festivo, lo que le conciliaba la general estimacion de todos, acompañada de inclinacion y cariño. Dedicábase mucho al ejercicio del confesionario, y dé cuando en cuando predicaba tambien sus sermones con juicio, con piedad y con zelo, porque era muy aficionado á las obras de los padres Siñeri y Bourdalue, á quienés procuraba imitar en sus sermones, así panegíricos como morales. Y como entendia medianamente las lenguas italiana y francesa, tenia algunos otros de los mejores sermonarios qué se han impreso en uno y en otro idioma, sin dejarse llevar tan totalmente del estudio de las letras sagradas y serias, que no hiciese sus escursiones hácia las mas amenas, especialmente hácia los libros de crítica, de que tenia algunos selectos en su librería, no copiosa pero escogida.

2. A favor de ellos con su natural penetracion y juicio, ni estaba tan encaprichado con todas las opiniones antiguas, como lo suelen estar los que no han estudiado otras, ni tan ciegamente enamorado de las modernas, que no descubriese la frusleria y la insubstancialidad de muchas. Conocia y confesaba de buena fe que en todas las facultades

se habian introducido mil inutilidades, preocupaciones y no pocas extravagancias: era de parecer, que en realidad necesitaban de mucha reforma; pero al mismo tiempo era de opinion, que ninguna estaba mas necesitada de ella que la crítica. Juzgaba que esta se habia remontado con exceso, y que era menester cortarla los vuelos; porque no conten- ta con rajar, cortar y trinchar, algunas veces con razon, otras sin ella, y no pocas por puro antojo ó capricho por las ciencias, naturales, se habia atrevido á escalar hasta el sagrado alcazar de la religion, con tanta osadía, que ape- nas dejaba costumbre inmemorial tradicion antigua ni mo- numento aun de los mas respetables que no pretendiese zapar hasta el cimiento: siendo este el verdadero principio, no solo de tanto error como ha brotado en el campo de la iglesia en estos últimos siglos, sino de tanta libertad de costumbres, de tanta irreligion, y aun de tanto ateismo.

3. Sobre todo se reía mucho de la grande presuncion de la crítica en punto de física natural, y de aquella intole- rable satisfaccion con que se jactaba de haber arrollado la de Aristóteles, abriendo los ojos al mundo para que cono- ciese los grandes excesos que la hacia cualquiera de las físicas modernas. Aquí se descalzaba de risa el bueno del beneficiado; porque decia, que á excepcion de tal cual frusleria de poca consideracion, tan en ayunas se estaba el mundo de las verdaderas causas de casi todos los efectos de la naturaleza con la física de Descartes, de Newton y de Gasendo, como con la de Aristóteles; y que para él tan inconcebibles eran los torbellinos ó turbillones y materia etérea del primero, como la materia primera y las formas substanciales del último, protestando que ni con una ni con otra esplicacion veia gota. Yo no se (añadia con gra- cia) con que conciencia hacen tanta burla los modernos de los aristotélicos, porque preguntados estos en que con- siste que el fuego queme; responden, *porque tiene una virtud ustiva ó quemativa*. Convengo en que nada dicen en esto; pues en suma solo vienen á decir que el fuego quema porque tiene virtud para quemar. Filosofía tan re- cóndita, que la alcanzará el mas zafio sayagüés.

4. Pero quisiera saber, si dicen mas los modernísimos señores, cuando responden que el fuego quema, porque es una substancia compuesta de unas partículas piramida-

les ó puntiagudas, sutilísimas agilísimas, que agitadas continuamente con suma rapidez en movimiento vertical, se penetran por los poros de los cuerpos mas consistentes, los taladran, los desunen, los desacen. En esta respuesta hay sin duda mas aparato de voces; pero bien reflexionada tiene menos substancia que la otra; porque la aristotélica si quiera ya dice una verdad de Pero-grullo, con la cual modestamente viene á confesar su ignorancia; mas la de nuestros físicos á la Chamberí, entre un gran follage de palabras, solo nos vende unas purísimas arbitrariedades; ¿quién ha hecho el analisis del fuego, para descubrir de que figura son sus partículas, si piramidales, cilíndricas, ovals, cuadradas ó globulosas, agudas ó chatas? ¿Por donde se prueba, que su movimiento es vertical, ó arremolinado; siendo así, que si son tan ágiles, y tan sutiles como se supone, de necesidad han de ser levisimas y volátiles, mucho mas ligeras que el aire, y consiguientemente su movimiento no ha de ser hácia el centro, como lo es todo movimiento, vertical, sino hácia arriba, como se observa en la llama? de donde vendria á inferirse el grandísimo absurdo de que ningun cuerpo estaria mas libre de la actividad del fuego, que el que estuviese mas dentro de él, y que el remedio mas eficaz para no quemarse uno, era arrojarse en medio de la hoguera.

5. En fin, en esta materia estaba preciosísimo el belloco del beneficiado, y concluia con decir, que si él fuera hombre de talentos y de chiste, se le habia ofrecido un buen proyecto, con que hacer por lo menos tan ridícula la filosofía moderna, como la aristotélica. Habia de formar un ejemplo filosófico, á manera de los biblicos, ó una filosofía polliglota, compuesta de cuatro ó de seis columnas, en cada una de las cuales discurriendo por todos ó por los principales tratados de la física, habia de esponer con sus mismas palabras lo que dicen acerca de él Aristóteles y los gefes de las principales sectas filosóficas modernas. Por ejemplo: *Principios ó constitutivos del cuerpo en general*: 1.^a columna Aristóteles, 2.^a Descartes, 3.^a Gasendo, 4.^a Maignan, 5.^a Newton, 6.^a Boyle. *Principios ó constitutivos de los cuerpos celestes*: 1.^a 2.^a 3.^a etc. *Principios ó constitutivos del cuerpo sub-lunar inanimado, del vegetable, del orgánico y sensitivo, del racional, etc.* 1.^a

2.^a 3.^a etc. Y descendiendo despues á los cuerpos y efectos particulares de sol, luz, calor frio, humedad, sólidos, flúidos, opacos, transparentes, colores, sonido, sensacion etc. trasladar en cada coluna con toda fidelidad, lo que dice cada gefe acerca de cada uno de estos entes naturales. Y despues, para amenizar mas la obra y aun para variarla, añadir por modo de apéndice un breve resúmen de la variedad, de la voluntariedad, del capricho y aun de la extravagancia, con que en estas y en otras materias filosóficas han discurrido aquellos modernos mas acreditados, que son *nullius in verba*, esto es, que no son partidarios de alguna secta particular; y que aprovechándose de la libertad de conciencia para filosofar, que se han tomado especialmente en este siglo casi todas las naciones, cada uno ha filosofado segun su fantasía. Aseguraba que solo con trasladar sus opiniones, con sus mismisimas voces, esplicando las obscuras, y dejando en su tenebrosa incomprendibilidad á las ininteligibles, se formaria una obra que en España hiciese olvidar á los Cervantes, en Francia á los Despreaux, en Italia á los Bocalinis, en Alemania á los Menkenios, y arrinconarse en Inglaterra á los Waltones.

6. Asi que por lo que toca á todas las filosofías sistematicas, tanta burla hacia de unas como de otras, y aun mas que de todas se burlaba mucho de la crítica de ellas. Solo daba algun cuartel á la fisica esperimental; pero no tanto como otros que eran mas indulgentes, pretendiendo que de cien esperimentos apenas se hallarian dos hechos con la debida exactitud. En orden á la fisica matemática, que es hoy la física de la gran moda, adoptada por casi todas las academias de Europa, y es aquella que pretende deducir todas sus conclusiones de principios matematicos y geométricos, se reservaba el derecho de juzgar, hasta que estuviese mejor instruido de ella: bien que decia le daba el corazon, que los principios de estas dos facultades apenas podian servir mas que para esplicar las leyes del movimiento, la mayor ó menor resistencia, gravedad ó levedad de los cuerpos, su elasticidad respectiva, y algunos pocos efectos de la luz. Por lo demas, no concebía de que utilidad podian ser los principios de la matemática y de la geometría, para esplicar las verdaderas causas y constitutivos de todo cuerpo sensible y natural, que es el objeto

de la física; pero al fin suspendia su juicio, hasta que mejor instruido en autos se hallase en estado de pronunciar con conocimiento de causa.

7. En lo que no le suspendia era en el acierto y en la felicidad, con que la crítica moderna trataba el importantísimo punto de la oratoria cristiana, en la evidencia que hacia de que esta no solo estaba adulterada, sino vilipendiada, estragada, despedazada y lastimosamente corrompida, en las verdaderas y radicales causas, que señalaba de esta lamentable corrupcion, y en las sábias, discretas é infalibles reglas, que prescribia para resucitarla, para darla nueva vida, y para conducirla al mayor estado de perfeccion á que puede llegar en lo humano.

8. Por lo que toca á la hedionda corrupcion de la oratoria cristiana, la crítica, no hace mas que remitirnos á los sermones que oimos. Entre mil predicadores, apenas se hallarán dos ó tres, que sepan las partes de que se compone un sermón: y entre millares de sermones, con dificultad se encontrarán otros tantos que merezcan este nombre. Los mas son un tejido de disparates sin orden, ó una sarta de osadías sin juicio, ó un encadenamiento de agudezas sin solidez, ó una chorrera de dichicos sin jugo, y los menos malos un matorral de verdades trivialísimas, sin método, sin cultura, sin eficacia y sin mocion,

9. Las verdaderas, legítimas y originales causas de estar tan corrompido el púlpito cristiano singularmente en España, todas se pueden reducir á tres: á la poca ó ninguna estimacion que hacen del púlpito los que ordinariamente nombran á los predicadores; á la poca ó ninguna aplicacion de los mismos predicadores nombrados, que no se dedican en instruirse en su facultad y á hacerse maestros en ella; y en no pocos á su incapacidad de aprenderla aun cuando se dedicáran, y finalmente, al mal gusto de los auditorios, que aplauden lo que debieran abominar, y abominan lo que debieran aplaudir.

10. En casi todas las religiones de España se aprecia mucho mas la carrera de las cátedras, que la del púlpito; se hace mas estimacion de la cátedra de Aristóteles, que de la del Espiritu Santo; se conceden mayores honores al maestro mas inepto, que al predicador mas sobresaliente. Esto es de notoriedad pública; ¿pero puede haber error mas

perjudicial ni mas lamentable? Dícese, que el médico comienza donde acaba el físico: *ubi desinit physicus, incipit medicus*: Si la filosofía es la que enseña ordinariamente en nuestras escuelas, tan impertinente es para la medicina como para la música; ¿pero quien negará, que donde acaba el teólogo, allí ha de comenzar el predicador? ¿Cómo podrá serlo, no digo sobresaliente, pero ni aun tolerable, el que no sabe los misterios de la fé, los dogmas de la religion ni los sentidos de la escritura? ¿Y como sabrá los primeros para enseñarlos al pueblo el que no está mas que medianamente versado en la teología escolástica; ni los segundos, el que ignora la dogmática; ni los terceros, el que jamás ha estudiado la expositiva ni mucho menos la mística? ¿cuánto desbarrará en los misterios de la Trinidad, de la Encarnacion, de la Eucaristía el que no ha estudiado estas materias? ¿cuántos disparates dirá acerca de la predestinacion, de la reprobacion, de la providencia, de la economía de la gracia, de la presciencia infalible de Dios, sin perjuicio de la libertad, el que no esté mas que razonablemente instruido en todos estos necesarísimos tratados? ¿Qué locuras, que puerilidades, qué chocarrerías, y tal vez qué blasfemias ereticas no dirá, abusando de los textos de la sagrada escritura, el que no sabe manejarlo, ni en su vida se ha dedicado á estudiar los cuatro únicos sentidos en que es capaz de esplicarse, el literal, el alegórico, el místico y el tropológico? Todo esto no se puede saber, sin estar mas que superficialmente versado en las cuatro partes de la teología, ¿pues por qué se ha de hacer mas aprecio de esta que de la oratoria, siendo así que puede uno ser gran teólogo sin ser predicador, pero no puede ser gran predicador sin ser gran teólogo?

11. Digo pues para descargo de mi ánima, que no me parece razonable esta preferencia, y que á mi pobre juicio debieran reflexionar las religiones que la usan, que ninguna de ellas se introdujo en el mundo, se propagó y se elevó al auge de estimacion en que hoy las vemos, por las funciones de la cátedra, sino por los ministerios del púlpito, ejercitados con solidez, con meollo y con celo á la usanza apostólica. Asi que no ha llegado á nuestra noticia que hasta ahora se haya fundado en la iglesia de Dios ninguna religion de matemáticos, de físicos, de filósofos, de

teólogos; y en verdad, que se han fundado algunas con el título de religion de predicadores, de misioneros, de la doctrina cristiana, *et reliqua*. Pues aqui de Dios y del rey si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen (hablo como se acostumbra, que la verdad de este principiote, quédese en su lugar); si las cosas se conservan por aquellos mismos principios, que las producen; y si es indubitable, que las mas de las sagradas religiones fueron producidas, propagadas y elevadas á la procera estatura en que hoy las veneramos, por los apostólicos ministerios del púlpito, ¿qué razon habrá divina ni humana, para que se haga en ellas mas caudal de las fatigas literarias de la cátedra?

12. No quiero decir por esto (ni Dios permita tal) que no ha de haber en ellas maestros, y que no se ha de hacer un sumo aprecio de los que verdaderamente lo fueren; antes pretendo todo lo contrario. Si voy suponiendo que es imposible de toda imposibilidad, que haya buenos predicadores, sin que sean buenos teólogos, ¿como he de intentar, que no sean sumamente estimados los que los enseñan á serlo? Lo que digo es, que si el predicador supone al teólogo, no debe ser mas estimado el teólogo que el predicador. Lo que digo es, que en mi corto entender no debieran las religiones nombrar á alguno para que enseñe desde el púlpito, que no fuese capaz y muy capaz de enseñar desde la cátedra, y que ya no hubiese enseñado desde ella, ¿pero qué sucede por lo regular? Al que no entiende los ergos, ó mira con tédio las arideces escolásticas, como tenga buena voz, buena memoria, buena presencia y mucho despejo, hágote predicador de la noche para la mañana, y ármote de punta en blanco caballero del púlpito, con dos grandes legajos de papetes agenos, buenos ó malos con media docena de sermonarios impresos, malos ó buenos, y vándete como pudieses.

13. De aquí nace, lo primero, que como las religiones saben muy bien hasta donde llegan los talentos, de los que por lo comun hacen predicadores, los miran un poco al soslayo; y aunque los conceden algunos honorcillos son de prima tonsura, *ornatus gratiã*, y dedaditas de miel para engolosinar niños; y aquellos que llegan á jubi-

lar por la carrera del púlpito, son jubilados de media bra-ga ó de tapadillo. Nace lo segundo, que los que pueden ir por la carrera de las cátedras, y pudieran ser predicadores eminentes, no los harán ir por la del púlpito, aunque los descrisimen; y visto lo visto, de tejas abajo hacen bien, como soy clérigo. Nace finalmente lo tercero, que los que van por esta via son por lo comun unos lindos religiosos, que por su parola, verbosidad y despejo, harian unos buenos procuradores, unos buenos sacristanes, unos famosos demandantes, pero hacen unos perversos predicadores. Etele, si no me engaño la principalísima causa de la corrupcion de la cristiana oratoria en España de parte de los electores.

14. Y de camino queda dicha la que hay de parte de los electos. Siendo la mayor parte de ellos unos hombres, como los acabamos de pintar, poco gramáticos, nada filósofos y menos teólogos; ¿por donde han de saber, cuál es su sermon derecho, ni hácia donde caen las partes de la oracion? (salvo las del arte de Nebrija). Estudian sus mamotretos, zurzen unos, hilvanan otros, descuartizan estos, enjalman aquellos y vamos adelante; que al cabo de los diez ó de los doce años, jubilado me he de ser, y no me ha de faltar mi platillo, ni á mal dar un vicariato de monjas; y desdichada la madre que no tiene un hijo predicador jubilado, que llegue á definidor.

15. Finalmente, contribuye tanto como lo que mas á la corrupcion de nuestra oratoria, el mal gusto de los oyentes. Mas porque no quiero infernar mi alma, declaro para descargo de ella, que el mal gusto de los oyentes es hijo legítimo y de legítimo matrimonio del perverso gusto de los predicadores. Si aquellos pobrecillos no oyen otra cosa; ¿cómo no se les ha de pegar necesariamente lo que oyen?

16. Ora bien yo leí en cierta parte del mundo un tratado oratorio del padre Sanadon, jesuita, en que prueba, que esto del mal gusto de los ingenios, es enfermedad contagiosa y que se deben usar preservativos contra ella; pero la lástima es, que al mismo discretísimo padre le parece, que es muy dificultoso encontrarlos eficaces; y en verdad que sino me engaño mucho, lo esfuerza de manera, que sino convence concluye. Que el mal gusto se pegue como contagio, es mas claro que chocolate de padre

de la compañía; y no hay mas que ir discurriendo por los siglos en que reinó el mas perverso, buscar la causa de su propagacion, y se encontrará la prueba. Solo hay una diferencia entre la peste y el mal gusto, que los estragos de aquella se conocen entes que se esperimenten; los de este, hasta que se esperimentan no se advierten: aquella cunde á ojos vistas, este se propaga sin sentir, por lo demas, así como aquella se dilata por la comunicacion de los apestados, así, ni mas ni menos, se va estendiendo este por el comercio de los que se sienten tocados del gusto epidémico.

17. Que no se encuentren á dos tirones preservativos eficaces contra esta epidemia, y consiguientemente que su curacion sea muy dificultosa, por no llamarla desesperada es una verdad que casi salta á los ojos. Lo primero, hay pocos médicos capaces de emprenderla. Los genios superiores, cuales se requieren para tomar á su cargo el desengañar á los entendimientos de sus erradas preocupaciones, son raros. Algunos hay que las conocen muy bien, que se lamentan de ellas, que en lo interior de su corazon las abominan; pero en el fuero esterno déjanse llevar de la corriente, y hacen lo que todos los demás; porque el *laudo meliora, proboque... deteriora sequor* en toda especie de cosas tiene muchos sectarios. Lo segundo la naturaleza de la enfermedad la hace casi irremediable, ¿cómo se ha de curar un mal, con el cual se halla tan lindamente el enfermo, que le cae muy en gracia, y que á su parecer nunca está mas robusto, que cuando está mas achacoso? Si algun médico caritativo intenta su curacion, riése el enfermo de la locura del médico, y dice, que él es el que verdaderamente tiene necesidad de curarse. Con que ve aquí la peste del mal gusto estendida, y punto menos que sin remedio.

18. Uno solo hay y ese es eficacísimo. Este seria, que á ninguno á ninguno se le permitiese predicar, que no fuese hombre muy probado en letras, en virtud y en juicio. Y no hay que decir, que esto es pedir gollerías; por que solo es pedir lo que David y San Pablo piden indispensablemente á todo predicador. El primero dice en sentido acomodable al intento? *Disponet sermones suos in iudicio*: véle ahí el juicio. El segundo quiere; que el predi-

cador sea irrepreensible: *Oportet irreprehensibilem esse*: véla ahí la virtud; de doctrina sana y capaz de arguir y de convencer á los que le contradijeren: *in doctrina sana, et eos qui contradicunt arguere*; ves ahí las letras. Y no hay que salirme con la pata de gallo, de que San Pablo no habla de los predicadores sino de los obispos. Vagatelas: habla de los obispos, en cuanto son predicadores: cá sabida cosa es, que el oficio de predicar es propio y privativo del obispo, y que en la primitiva iglesia el obispo predicaba de oficio. Como despues se multiplicó el número de los fieles, se estendieron tanto las diócesis, y no era posible que los obispos estuviesen en todas partes para repartirlos el pan de la divina palabra, introdujéronse los predicadores, á quienes los concilios llaman coadjutores de los obispos en el ministerio de predicar: *coadjutores episcoporum in ministerio verbi*; y por tanto solo se escogian para eso á los que sobresalian mas entre todo el clero en virtud y en sabiduría. Yo quisiera saber, ¿por qué ahora no se podria hacer lo mismo?

19. Y no que en ordenándose de misa cualquiera teologuillo, luego solicita sus licencias corrientes para confesar, predicar, bobear, etc. y allá se las campaneá. Pero siendo esto tan malo, todavia no es lo peor. Hay en una universidad un manteistilla chusco, pero aplicado y grande arguidor. Ha estudiado su filosofía, y sus tres ó cuatro años de teología con créditos de ingenio, y ha sustentado un par de actos con despejo y con intrepidez. Hacen á su padre ó á su tio mayordomo de la cofradía del santísimo de su lugar: echa el sermon al hijo ó al sobrino, acude por la licencia, despáchasele por lo comun sin tropezar en barras, sube al púlpito con su sobrepelliz almidonado y de perifollo; representa con desembarazo lo que otro le compuso, ó echa por aquella boca con grande satisfaccion los disparates que él mismo engergó; porque un pobre muchacho, sin mas estudio que cuatro párrafos escolásticos, ¿qué obligacion tiene á saber componer otra cosa? Acabase el sermon ó lo que fuere: hay vitores, hay aclamaciones, hay enhorabuenas, hay despues grandes brindis y muchas coplas en la mesa? ¿Y qué sucede no pocas veces? Que al dia siguiente sale una mozuela, poniendo demanda de matrimonio al señor predicador, y en aquella misma iglesia

donde le oyeron tantas maravillas del sacramento de la eucaristía, le ven recibir pocos dias despues las bendiciones para el del santo matrimonio.

CAPÍTULO VI.

En que se parte el capítulo pasado, porque ha crecido mas de lo que se pensó, y se dá cuenta de la conversacion prometida.

Pues, como iba diciendo de mi cuento, de esta y otras bellas especies de crítica estaba mas que medianamente instruido nuestro beneficiado; y como por otra parte no era de aquellos sectarios plebeyos ó de escalera abajo que hay en todas las escuelas, los cuales miran á los de la contraria con sobrecejo, con desden y aun con horror, sino de los nobles, de los distinguidos, de los verdaderamente despejados, que haciendo la debida diferencia entre los dictámenes del entendimiento y los de la voluntad, conocen muy bien que en todas las escuelas católicas hay maestreros, que se pierden de vista, doctores sapientísimos hombrones de doctrina consumada, y que tambien hay en todas insignes majaderos; aunque él habia estudiado opiniones contrarias á las que comunmente se enseñaban en el convento de su lugar, donde estudiaba nuestro fray Gerundio, veneraba mucho á algunos de aquellos padres maestros, y tenia grande y familiar trato con todos los padres graves de la comunidad; los cuales viendo su gran juicio, su porte verdaderamente eclesiástico, su mucha erudicion, sus bellas y gratísimas modales, su chiste y gracia natural, sin salir jamas de los términos de una modesta compostura, y sobre todo el sólido amor y estimacion que profesaba á la orden acreditadas con buenas pruebas, no solo le correspondian con igual estimacion y cariño, sino que no se reservaban de tocar en su presencia algunas materias domésticas con religiosa y amistosa confianza.

2. A dos de los padres mas sábios, mas religiosos y mas graves del convento, cuyas celdas eran las que él frecuentaba mas, y á quienes él trataba con mayor estrechez, oyó lamentarse muchas veces de los lastimosos desbarros del pre-

dicador mayor de la casa; pero mucho mas del daño que hacia con su ejemplo y con sus disparatadas máximas en punto de predicar á los colegiales mozos, y especialmente al candidísimo fray Gerundio, á quien tenia tan imbuido, en que para ser gran predicador no era menester ser filósofo ni teólogo ni calabaza, que habia cobrado un sumo horror á todo estudio escolástico, sin haber bastado para hacerle que se aplicase á él, ni avisos particulares ni reprensiones públicas ni panes y agua, ni disciplina ni otros castigos, que usaba santamente la orden. Añadian, que ya le hubieran sacado ignominiosamente de los estudios, sino tuviera unas prendas por otra parte tan amables, y á no estar apadrinado de un padre ex-provincial, que le habia dado el santo hábito; y sobre todo, por el respeto de sus buenos padres, que aunque eran unos labradores honrados y no ricos, con todo eso eran de los hermanos mas devotos y mas proficuos que tenia la orden.

3. Una de las ocasiones en que aquellos dos reverendísimos trataron esta materia con mayor vehemencia y con mayor compasion, en presencia de nuestro beneficiado, les dijo este: ora, padres maestros, tanto como la cura del padre predicador mayor, no me atrevo á emprenderla, porque la tengo por desesperada. Está el mal tan arraigado, que se ha convertido en naturaleza, y el enfermo tan casado con su mal, que echará á pasear, á quien pretenda curarle. Pero fray Gerundio es otra cosa; el achaque está muy á los principios, ni está tan duro el alcacer, y como quiera *nihil tentasse noccebit*. Yo ni confio ni desespero: ¿mas qué vamos á perder en intentarlo? A Dios y á dicha voy allá sin perder tiempo, y diciendo y haciendo partió derecho á su celda.

4. Entró en ella con familiaridad de doméstico, encontróle leyendo, y le preguntó con festivo desembarazo: *¿Qué hace usted amigo fray Gerundio?* que he de hacer, señor beneficiado? Habrá una hora que acabé de trasladar un sermon, y cansado ya de escribir me puse á leer en un libro el mas guapo que he leído ni pienso leer en todos los dias de mi vida; y en verdad que si le leyeran nuestros padres maestros, no me aporreáran tanto para que estudiase las impertinencias que estudian sus paternidades ay cosa! replicó el beneficiado; ¿y como es la gracia de

ese libro? Por cual me pregunta usted, que tiene muchas; y todo él es una pura gracia. No digo eso, continuó el beneficiado, sino que como se intitula el libro; ¡ah! ¿como se intitula? respondió fray Gerundio: ¿como se intitula? eso es otra cosa, y no la habia entendido. Como se intitula... par diez, que ya no me acuerdo. Pero tenga usted, que ya se me vino á la memoria. Se intitula *el Capuchino*... No, no: soy un borracho: no se intitula *el Capuchino*; pero ello es cosa de barbas; ¡ah! ya me acuerdo bien; se intitula *el barbón* ¿El Barbón? No; ¡válgate Dios por memoria! mas ello, pues está aquí el mismo libro, hay mas que ir á ver la primera llana y lo sabremos.

5. Bien conoció desde luego el beneficiado, que hablaba de la obra del Barbadiño; pero no le quiso interrumpir por el gusto que le daba el oírle desatinar, y para ver si caia en cuenta, de que quien no sabia ni aun el título del libro que estaba leyendo como habia de entenderle. Al fin, viéndole tan embarazado, le dijo: No es menester que usted lea la primera llana, que ya sé que libro es ese. Está escrito en portugués, y se intitula, *el verdadero método de estudiar*; y aunque su autor quiso esconderse tras de las venerables barbas de un capuchino de la congregacion de Italia, y por eso tuvo por bien llamarse el P... Barbadiño, pero con licencia de sus barbas postizas, ya todo el mundo le conoce por las verdaderas, con sus pelos y señales; y hasta los niños cuando pasa por la calle, le señalan con el dedo diciendo: *ahí vá el señor Arcediano*. Pero á propósito mi padre fray Gerundio: ¿usted entiende la lengua portuguesa? Toda no señor, respondió el candidísimo religioso, pero tanto como hasta una docena de palabras ya las entiendo bien, y con ellas me vandeo: como *Pregador Evangelho*, *Sermoens*, *Fieis*, y asi otras á este tenor. V como por el hilo se saca el ovillo, por unas palabras saco otras, y acá á mi modo formo el concepto de lo que quiere decir. Mas puesto que segun parece usted ha leído esta obra, dígame; ¿que siente de ella en Dios y en su conciencia?

6. Eso padre mio, es cuento largo, respondió el beneficiado, y hoy no estoy muy de vagar: puede ser que algun dia se ofrezca ocasion de que hablemos de este punto: aunque de paso diré á usted, que como hubiera escrito con menos satisfaccion, sin tanta arrogancia, y con mas respe-

to de muchos hombres de bien, habidos y reputados por tales entre todos los literatos del mundo, puede ser que hubiera sido mejor recibida la obra, porque no se puede negar, que tiene *muita coiza boa*. Entre esas, dijo fray Gerundio, las que mejor me parecen á mí, son aquellas en que dá contra la lógica, la física, la metafísica, la animástica y la teología escolástica, tratándolas *de ridicularias*, nombre que repite mucho, y á mí me dá grande choz, porque me suena tan lindamente. Poco á poco, padrecito mio, replicó el beneficiado, no levante usted ese falso testimonio al señor Arcediano de Ehora, aunque no es usted el primero que se lo ha levantado; pero el hecho, es que él no da contra esas facultades. Lo primero da contra el mal método, con que se enseñan en Portugal y aun en toda España, y en eso no le falta razon: lo segundo contra las muchas cuestiones inútiles é impertinentes, que se mezclan en ellas, y en esto le sobra: lo tercero contra el demasiado tiempo, que se gasta en enseñar las que pueden ser de algun provecho, y en esto tampoco va descaminado. En materia de física natural, no dice que no se estudie, sino que no es física ni calabaza la que comunmente se estudia por acá; y tambien esto, son pocos los hombres verdaderamente sábios los que no lo conozcan, aunque no sean muchos los que lo confiesen.

7. Pues si no es física la que se enseña por acá, replicó fray Gerundio, y yo no tengo de ir á estudiarla donde se enseña, escuso aporrearame la cabeza. No se ha de tomar eso tan en cerro, respondió el beneficiado, ni quiere decir el Barbadiño, que nada de lo que acá se enseña sea física, sino que mucha y aun la mayor parte no lo es. Item, aunque dá á entender, que en Portugal y aun en toda España, apenas se tiene noticia de la que es física legítima, castiza y verdadera, con licencia de sus venerables barbas, no tiene razon. No ha salido ni verisimilmente saldrá en mucho tiempo curso alguno español, que de intento la profese y la promueva, porque para eso es menester superar muchos estorbos, que en el genio nacional, son punto menos que invencibles; pero tanto como saber hácia donde cae todo lo que soñaron los antiguos y cavilaron los modernos, así acerca de la constitucion del mundo en general, como de la composicion del cuerpo natural, que es el objeto preciso de la física, impugnando con vigor, con nervio y con solidez á unos y á otros,

hay por acá muchos hombres honrados que lo saben, por lo menos tan bien como el reverendo padre Barbadiño.

8. Dejo á un lado, que el famoso Antonio Gomez Pereira no fué ingles, frances, italiano ni aleman, sino gallego por la gracia de Dios y del obispado de Tuy, como quieren unos, ó portugues, como desean otros; pero sea esto ó aquello, que yo no he visto su fé del bautismo, al cabo español fué, y no se llamó Jorge, como se le antojó á monsieur-el abad Ladvocat. Compendiador de Moreri, y no tuvo por bien de corregirlo su escrupulosísimo traductor, sin duda por no faltar á la fidelidad. Pues es de pública notoriedad en todos los estados de Minerva, que este insigne hombre, seis años antes que hubiese en el mundo Bacon de Verulamio, mas de ochenta antes que naciese Descartes, treinta y ocho antes que Pedro Gasendo fuese bautizado en Chantersier, mas de ciento antes que Isaác Newton hiciese los primeros puchericos en Vols-trope de la provincia de Licoln, los mismos, con corta diferencia, antes que Guillermo Godofredo, baron de Leibnitz, se dejase ver en Leipsic, envuelto en las secundinas; digo, padre mio fray Gerundio, que el susodicho Antonio Gomez Pereira, mucho tiempo antes, que estos patriarcas de los filósofos Neotéricos y á la papillota levantasen el grito contra los podridos huesos de Aristóteles, y saliesen uno con su órgano, otro con sus atomos, este con sus turbillones, aquel con su atraccion, el otro con su cálculo, y todos refundiendo á su modo lo que habian dicho los filósofos viejísimos; ya nuestro español habia hecho el proceso al pobre Estagyrita. Habia llamado á juicio sus principales máximas, principiotes y axiomas: habíalos examizado con rigor y con imparcialidad, y sin hacerle fuerza la quieta y pacífica posesion de tantos siglos, habia reformado unos, corregido otros, desposeido á muchos, y hecho solemne burla de no pocos; tanto, que algunos críticos de buenas narices son de sentir, que Antonio Gomez fue el texto de esos revolvedores de la naturaleza que ahora meten tanto ruido, pretendiendo aturullarnos, los cuales no fueron mas que unos hábiles glosadores ó comentadores suyos; y yo, aunque algo romo y pecador, me inclino mucho, á que tienen razon á lo menos en gran parte, como facilmente lo probaria si mereciera la pena.

9. Pero no metiéndonos ahora con los huesos del se-

ñor Antonio Gomez, que están bien enterrados, siquiera por los que su merced hizo enterrar en Medina del Campo, cuando fué médico de aquella villa, digo, que bien pudiera no disimular el padre fray Barbadiño, que aun en las físicas mas rancias de España se hace larga y muy comprensiva mencion de las antiguas, y consiguientemente tambien de las modernas; porque estas, segun dije poco ha, á la reserva de tal cual bachillería, experimentillo ó cosa tal, apenas son mas que una pomposa ó galana refundicion de aquellas. A Meliso y Parménides, que no reconocian mas que un único principio inmutable, indivisible, sin ponerle nombre ni querernos decir como era su gracia pretendiendo que de la varia combinacion de él se componian todos los cuerpos, y consiguientemente no reconociendo en ellos diferencia alguna específica y substancial, si no meramente accidental, copiaron despues todos los modernos, que negaron las formas substanciales, y no reconocieron otro principio de todo cuerpo sensible que uno solo, al cual bautizó cada uno con el nombre que le dió la gana. Este le llama *Atomos*, aquel *Materia*, el otro *Globulos*, et sic de reliquis.

10. A Meliso, Anaximénes, Heráclito y Hesiódo, que tambien fueron filósofos monotelitas, esto es, que tampoco reconocian mas que un principio de todos los mixtos, pero dieron un pasito mas adelante, y cada uno le nombró segun su genio ó capricho, porque Meliso, que debia de ser flemático y aguado, dijo, que todas las cosas se componian de agua y no mas: Anaximénes, que debia de adolecer de fantástico y ligero, defendió, que todo era puro aire: Heráclito, que sin duda era de genio ardiente y fogoso, se desgañitaba por persuadir, que todo era fuego; y Hesiódo, que en su poema intitulado *las obras y los dias*, acreditó su inclinacion á la agricultura, y consiguientemente á los terrones, juraba por los dioses inmortales, que todo cuanto veiamos y palpábamos era tierra, y no le sacarian de ahí cuantos araban, y cavaban. Digo pues, que á estos filósofos de antaño tambien remedaron aquellos filósofos de ogaño, que firmes en la resolucion de no admitir mas que un único principio de todos los entes corporeos, andan besando las manos á todos los cuatro elementos, unos á este, y otros á aquel, para acomodarse cada cual con el

que mejor le parece. Y note usted sobre la marcha, mi padre fray Gerundio, que el peso del aire, que tanto nos cacarean los modernos, como un descubrimiento muy importante que no se habia hecho en el mundo, hasta que se inventó la maquina pneumática, y con el cual nos encajan una filosofía llena de ventosidades, ya en tiempo de Anaximénes debia ser tan conocido como el peso del plomo. Porque si este filósofo tuvo para si por cosa cierta é indubitable, que todo cuanto veia y palpaba era aire y nada mas (y en cierto sentido, á fé que no le faltaba razon), que el plomo era aire, el hierro era aire, las piedras eran aire necesariamente habia de persuadirse á que el aire era pesado.

11. En la misma cierta, firme y valedera persuacion estuvo no menos que el mismo Aristóteles, á quien sus propios discípulos en muchas materias dejan padecer unas persecuciones injustas de estos bellacones de filósofos modernos, que en Dios y en mi conciencia no se como se lo sufre el corazon; ¿pero que han de hacer los pobres, si los mas ni aun por el pergamino han leído en su vida á su maestro? Pues este hombre verdaderamente grande, conoció demonstrativamente el peso del aire con un experimento que hizo sencillo, simple y natural, sin mas máquina pneumática que la de un triste pellejo: pesóle primero estrujado y pesóle despues inflado, y halló que inflado pesaba mas que estrujado: con que infirió legitimamente que á no ser por arte de encantamiento esto no podia suceder sin que el aire tuviese peso. Esta experiencia la refiere el mismo buen viejo claritamente, y no con palabras góticas, como él ó sus interpretes se esplicaa en otras partes, en el *lib. 4.º de Cælo, cap. 4.º* y en verdad que para hacerla no hubo menester andarse con bolas de vidrio llenas de aire, ni con máquinas pneumáticas para estraérsele, como lo hizo el bueno del académico monsieur Amberg, supongo que no mas que *ad terrorem*, pues para la prueba bastaba cualquiera vejiga de puerco, de buey, y aunque fuese de un burro viejo.

12. No le agradó á Empedocles esta monotonía en la constitucion de los cuerpos, y queriendo echar el pie adelante á todos los que habian precedido, dijo, que aquellos tan lejos estaban de componerse de un solo único elemento, que todos se componian de todos cuatro; pero no

como nosotros grosera y sensiblemente los percibimos impuros, mezclados y revueltos unos con otros, sino purísimos, desecadísimos, y en fin, como á cada uno le parió su madre la naturaleza; preguntado en qué consistia la diferencia específica de los mixtos, puesto que todos se componian de unos mismos simples? Respondia, con aquella gravedad y con aquella soberanía propia de un hombre que despreciaba coronas y cetros, que á la reserva del hombre (á quien no negaba alma racional, distinta de los cuatro elementos) todos los demas mixtos solo se diferenciaban entre sí, ya por la varia combinacion de los elementos mismos, ya por el mayor predominio del uno sobre el otro, y que así entre la rana y el burro no habia otra diferencia, sino que en aquella dominaba el agua, y en este la tierra, y que por eso croaba la una, y el otro rebuznaba.

13. ¿Parécele á usted, padre mio fray Gerundio, que los modernos no remedaron tambien al amigo don Empedocles? Pues cuente usted por secuaces suyos á todos aquellos médicos *à la derniere* (son estos innumerables) los cuales no se contentan con decir que en todos los mixtos se mezclan los elementos, lo que apenas se puede dudar, sino que añaden, que á ellos y á nada mas se reducen todos los mixtos, pretendiendo que todo cuanto se estrae de ellos por el análisis ó por la resolucion es aire, agua, tierra y fuego, *et præterea nihil*. Cuente usted tambien por el mismo partido á los químicos, y sepa que este el dia de hoy es un partido formidable, los cuales, aunque de los elementos de Empedócles solo admiten en la apariencia dos, conviene á saber, el agua y la tierra, y en lugar de los otros dos inventan ellos tres, á los cuales llaman espíritu, el azufre y sal, pero en realidad el espíritu se reduce al aire, azufre, al fuego y la sal al agua; con que solo añaden voces al sistema empedocliano. Finalmente, cuente usted por el mismo vando (segun quieren malas lenguas, al habilísimo jesuita Honorato Fabri; el cual aunque en rigor hizo burla de todos los sistemas filosóficos, sin declararse partidario de alguno de ellos; pero alguna mayor inclinacion-cilla mostró á la opinion de nuestro Empedócles, bien que esceptuando de ella al hombre y á los brutos, porque esto no lo podia ajustar con lo que enseña la fe.

14. Y los señores filósofos atomistas y corpusculares,

que son los que hasta pocos años han metido mas bulla; ¿piensa usted que fueron originales? Ríase de eso por su vida; tan monas ó tan monos fueron como todos los demas. En diciéndole á usted, que la filosofía atomista y corpuscular cuenta ya por lo menos cerca de dos mil y cien años de antigüedad, que la inventó Leucipo, la adelantó Demócrito y la estendió Epicuro mas de trescientos años antes que naciese Cristo: sabrá que los galileos de Galileis, los Gasendos, los Bacones, los Descartes, los Maignanes, los Sagüens, los Toscas y otros que no se pueden contar, no hicieron otra cosa que cristianizarla en lo que pudieron, refundirla en lo que no encontraron inconveniente, y sacarla al teatro barbi-hecha, afeitada y con zapatos nuevos.

15. Solo con poner en limpio lo que dijo Epicuro está hecha la prueba. Soñó pues alguna noche, que habia cenado poco y bebido mucha agua (porque en efecto fue hombre templado) que allá desde la eternidad andaban revoloteando libremente y á sus aventuras, sin orden y sin concierto por esos inmensos espacios que llamamos caos una infinita multitud de átomos ó de cuerpecillos, los cuales se estuvierou moviendo y travesando sin forma y sin destino siglos de siglos, hasta que quiso su buena suerte y la nuestra, que por una dichosa casualidad se travaron; unieron y pegaron todos, unos con otros, y formaron esta prodigiosa masa, de que se compone todo el universo, cielos, astros, montes, valles, rios, plantas, brutos, hombres. Para que esta casualidad, aunque estraordinaria, no fuese milagrosa, vino muy á pelo y condujo mucho que los tales átomos ó cuerpecillos no eran todos, ni de una misma figura, ni de un mismo peso, sino que quiso la suerte que unos fuesen redondos, otros cuadrados, estos cúbicos, aquellos piramidales, unos cilíndricos, otros triangulares, agudos estos y aquellos chatos, unos mas pesados y otros mas leves. Y como estuvieron tanta infinidad de siglos encontrándose unos con otros, no fué imposible que al cabo acertasen á enlazarse, enredarse y engancharse recíprocamente, mezclándose con variedad unos con otros, y étele formada toda la masa del mundo, con toda la diversidad de mixtos y de entes que la constituyen.

16. Y no crea usted, amigo fray Gerundio, que Epicuro ni los muchos corbatines, bonetes y capillas que le

copian al somormujo, se embarazan en esplicar la diversidad sensible de los entes, segun esta sentencia; ¡bueno es eso para su despejo! Si usted les pregunta, ¿qué cosa es la tierra? Responderán con la mayor satisfaccion del mundo: es un gran agregado de átomos cúbicos, que juntó la casualidad en un monton, y en eso consiste la consistencia y la solidez de la tierra. Y el agua ¿que cosa es? Eso es claro como el agua. Es un casual conjunto de átomos redondos, circulares y globulosos, que no pueden estar parados si no los cierran en alguna vasija ó no los reprimen con algun dique, y ve ahí en que topa toda la fluidez de este elemento. ¿Y el fuego? El fuego quien no ve que es una masa de átomos piramidales puntiagudos y muy afilados, que á fuer de tales, todo lo penetran, lo taladran y lo desacen; y cátrate ahí el secreto de su prodigiosa actividad. Y el aire ¿que será? Bella pregunta; ¡que entendimiento habrá tan romo, que no conozca que el aire no viene á ser mas que un inmenso espacio ocupado de bolillas revoloteantes, mucho mas menudas, tersas y lisas que las que componen el agua! Y en esto consiste clara é indubitavelmente, que aquel sea mucho mas fluido y mucho mas diafano que esta.

17. Ve aquí, fray Gerundio amigo, los principales sueños de los filósofos antiguos, y las principales imaginaciones de los modernos, que apenas se diferencian de aquellos mas que en media docena de terminillos, y en haber sacado al teatro sus opiniones con otro traje mas de moda. Yo no negaré que unos y otros hicieron lo que pudieron para averiguar sus secretos á la naturaleza, y para sacar á luz sus escondrijos, y que esto es lo que se llama filosofía; pero ¿quien le ha dicho al reverendo señor don Barbadiño, que esta filosofía se ignora en portugal y en España? Cierto que teniendo su merced tanta obligacion como se sabe, á no ignorar lo que ha pasado en su misma universidad de Coimbra, causa admiracion que afecte ignorar lo que escribieron los sábios jesuitas coimbricenses en su curso filosófico. Allí verá esplicados muy estensamente todos estos sistemas, y tambien los verá impugnados con el mayor nervio. Es verdad, que como aquellos padres no alcanzaron á estos monsiures novisimos, no pudieron impugnarlos en sus propios términos. Pero si es cosa averiguada, que la que se llama filosofía nueva y fla-

mante, es solo un tejido de las mas añejas y de las mas podridas del mundo, todos los que tienen noticia de estas tienen noticia de aquella, y todos los que la impugnan las unas impugnan la otra. Pues por esta cuenta, no solo en el curso de los coimbricenses, sino en muchos de los cursos filosóficos que de doscientos años á esta parte se han impreso en España, hallará mucha noticia de la que su paternidad Barbadiña llama filosofía legítima, castiza y verdadera.

18. Pero si todavía no se contenta con esto, y pretende que sea cierta su proposicion, mientras no se verifique que en los cursos de España se conoce en su propia y mismísima figura esta filosofía del tiempo, aun asi será preciso que la vuelva al cuerpo. Porque si le dieran lugar para saber lo que pasa por acá sus estrechas correspondencias con ciertos amigos de Francia, y su aplicacion infatigable á entender mal ó á interpretar peor las bulas y breves pontificios sobre las misiones del Oriente, tendria sin duda noticia de que mas ha de treinta años se publicó en España el curso filosófico del sábio padre Luis de Losada, cuya admirable ~~comienzo~~ comienza por un largo y docto discurso preliminar, en que se esponen, se examinan y se baten en brecha casi todos los sistemas filosóficos que se llaman modernos por mal nombre, representándolos todos con sus pelos y señales. Aunque esta impugnacion como imparcial y como verdaderamente sábia, no es tan en cerro ni tan á destajo, que en el discurso de la obra no se abracen algunas opiniones de los filósofos experimentales, desamparando la de los aristotélicos, á cuyo gefe, por lo demas, se sigue con juicio y sin empeño.

19. Acordariase tambien de que el insigne valenciano don Vicente Tosca, no solo nos dió larga noticia de todas las recientes sectas filosóficas, sino que aun se empeñó el santo clerigo en que habia de introducir las en España, desterrando de ella la aristotélica. No logró el todo de su empeño, pero le consiguió en gran parte; porque en los reinos de Valencia y de Aragon se perdió del todo el medio al nombre de Aristóteles, se examinaron sus razones sin respetar su autoridad, se conservaron aquellas opiniones suyas que se hallaron estar bien establecidas, ó por lo menos no concluyentemente impugnadas, y al mismo tiempo

se abrazaron otras de los modernos, que parecieron puestas en razon; de manera que en las universidades de aquellos dos reinos se tiene tanta noticia de lo que han dicho los novísimos terapeutas de la naturaleza, como se puede tener en la mismísima Berlin; y hay filósofos que pueden hablar con tanta inteligencia en estas materias á las barbas de la misma academia de las ciencias de Paris, como los Regis y los Regaults en su mesma mesmedad.

20. Finalmente, ahora, ahora en fresco, y como dicen, todavia chorreando tinta, se acaba de imprimir en Salamanca el primer tomo de un curso filosófico, que ha de constar no menos que de doce volúmenes, en el cual, segun promete el autor, cuando llegue al tercero todo él le ha de emplear en llenar á juicio todas las sectas filosóficas recién nacidas ó resucitadas, y el cuarto en examinar los recobecos de la naturaleza al gusto de los modernos, sin perjuicio del derecho que se reserva, de averiguar en el quinto las verdaderas causas de tantas travesuras como hacen los meteoros, y de pasearse en el sexto por los cielos, como pudiera por su celda, donde es preciso que vuelva á encontrarse con los neotéricos, y ó los abraze como amigos, ó los precipite de aquellas alturas como espíritus rebeldes, que no merecen pisar el estrellado pais que no conoce. Hora bien, yo salgo por fiador de la habilidad del autor, pero no respondo del acierto de su ejecucion; y mas cuando él mismo destina ya *in prævisione* el tomo undécimo, para corregir los errores, descuidos ó equivocaciones de los diez precedentes; lo que parece señal de que á lo menos en estos diez tiene ánimo de errar, descuidarse ó equivocarse mucho, pues le ha hecho tan de antemano dedicar todo un tomo á este único asunto. Verdad es, que para eso está seguro de que en el tomo duodécimo y último no ha de padecer la menor equivocacion, error ó descuido en los prolegómenos á la teología positiva y dogmática de que ha de tratar, si Dios fuere servido, para abrir los ojos á los teólogos y predicadores novicios: pues á no estar muy cierto de que este último volumen no ha de contener alguna errata ó descuidillo, era natural que el tomo de las erratas le reservase para el postrero para comprender tambien en él las de los prolegómenos, como lo han hecho hasta aquí todos aquellos escritores, que

quisieron dejarnos el buen ejemplo de confesar que fueron hombres.

CAPÍTULO VII.

Cánsase de hablar el beneficiado, saca la caja, toma un polvo, estornuda, suénase, límpiase y prosigue la conversacion.

De todo lo cual inferirá usted, mi padre fray Gerundio, que el señor arcediano Barbadiño habló con sobrada indigestion en punto de filosofía de España; pues aunque bien se pudiera ahorrar mucho de lo que en ella se enseña, y emplearlo mejor sin salir de la materia; pero no se pierde tanto tiempo, como pondera su merced muy reverenda, y al cabo el filósofo Gasendista, el Cartesiano, el Newtoniano y el Aristotélico, algaravía mas, algaravía menos, todos salimos á nuestra algaravía. Pero bien entendido, que sin este tal cual estudio de la naturaleza, apenas se puede dar paso con acierto en las demas sagradas facultades.

2. Atónito estuvo oyendo el pacientísimo fray Gerundio todo el largo razonamiento del señor beneficiado, sin toser, sin escupir, sin respirar y aun sin pestañear sino una sola vez, allá hácia el medio de la harenga, que se le puso una mosca de burro sobre la ceja zurda, y se le pegó de modo, que le costó mucho trabajo el desprenderla. Pasmóse de lo que le habia oido ensartar, con la leve ocasion de lo que le habia preguntado acerca del Barbadiño; y aunque zorroclonco, no dejó de conocer que tenia razon en lo que habia dicho, pero que sobraba la mitad, y aun las tres partes y media para lo que pedia una conversacion, en que no se trataba sino por incidencia acerca de este autor. Pero como en efecto le habia dado gusto todo lo que acababa de oirle, y el empeño del frailecito era escapar el cuerpo si pudiese á todo estudio escolástico, por dedicarse cuanto antes al baratillo del *Verbum Dei*, segun la instruccion del lego, su catequista, y de su héroe el padre predicador mayor de la casa, quiso apurar del todo la materia. Y pareciéndole,

que por lo menos, lo que decia el Barbadiño acerca de la teología escolástica no tenia respuesta, le dijo; señor beneficiado, todo lo que usted, me acaba de explicar acerca de la filosofía, me parece lindamente; y aunque, la verdad sea dicha, que en lo mas de ello yo no he entendido palabra pero á mí me suena bien y convengo en que no hace daño saber un poco de filosofía, aunque sea de la que nos enseñan por acá. Yo, bien ó mal ya estoy para acabar mis tres años, y tanto como hablar de materia primera, de formas substanciales, de union, de compuesto *in fieri*, de principio *quod* y *quo*, y así de otras zarandajas, ya me atreveré á hacerlo como cualquiera arcipreste. Pero eso de pensar nuestros padres en que me han de obligar á que estudie teología escolástica, tararira! no lo conseguirán aunque me emparedaran.

3. ¿Y por qué, amigo fray Geruudio? le preguntó el beneficiado; por qué? por las cosas que dice de la tal dicha teología el susodicho Barbadiño; ¿pues qué dice? le replicó el Bellacuelo del clérigo; ¿qué ha de decir? mejor lo sabe usted, que yo. *Dice lo primero, que esta facultad se trata pésimamente en Portugal, no solo en los conventos, sino tambien en las universidades.* Y consiguientemente lo mismo dirá de toda España, porque en toda ella no se trata la teología de otra manera, que en Portugal. ¿Y eso como lo prueba, padre mio? Como lo ha de probar, con una razon que no tiene respuesta; porque dice, que acá se estudian cuatro años de teología, asistiéndose á cuatro cátedras, en las cuales se explican cada año dos materias de teología escolástica, una de moral y otra de escritura, á la que ningun estudiante concurre, porque dicen que solo es buena para los predicadores. Y en esto, en verdad, que tiene razon: porque en este nuestro convento por lo menos, donde tambien hay estudios de teología, yo no he visto otro modo de enseñarla, y discurro que lo mismo sucederá en los demas. ¿Y parécele á usted, que eso basta, le preguntó el beneficiado, para decir, que se trata pésimamente la teología? A mí me parece que sí, respondió fray Gerundo. Pues á mí me parece que no, replicó el beneficiado. Porque eso á lo sumo probará, que el método no es bueno: que al cabo de los cuatro años es poca teología la que se trata: que ocho materias ó tra-

tados escolásticos, cuatro de moral y otros tantos de escritura, no bastan para que el estudiante salga teólogo hecho, ni aun para que tenga noticia de la vigésima parte de la teología, y en esto no iría descaminado; pero no prueba que la teología, poca ó mucha que se trata, se *trate pésimamente*, que es lo que suena su valiente y atrevida proposición. Fuera de que no puede ignorar el Barbadiño, que en una de las célebres escuelas de España, al cabo de los cuatro años se estudian ó se recorren todos los tratados de la teología escolástica, por un famoso compendio, que no le hizo ningún español, sino un docto religioso frances, y por lo mismo será de su aprobacion. Si en otra de las escuelas no menos célebres se observa el método que él satiriza, será, ó porque todavia no tiene un compendio teológico, segun sus principios de su satisfaccion y acomodado para el uso de los estudiantes, ó por otras razones, que allá él se tendrá pues al fin, como decia un alcalde de Villoriate, *si es teatino y se ahogó, cuenta le tendria.*

4. Y qué me dice usted, le preguntó fray Gerundio, de lo que añade poco despues el mismo Barbadiño: *Que el primer perjuicio, ó la primera preocupacion que saca el estudiante del método de las escuelas, es persuadirse, que la escritura para nada sirve al teólogo: Y el segundo es estar en la persuasion, de que no hay otra teologia en el mundo, sino cuatro cuestiones de especulativa, y que todo lo demas son arengas y ociosidades de estrangeros... siendo esta en efecto la preocupacion general de todos los teólogos de este reino, y no rapaces ó ignorantes, sino maestros y hombres de barbas hasta la cintura?*

5. ¿Qué quiere usted, que me parezca? respondió el beneficiado, que como el Barbadiño escribió la carta donde estampó estos disparates (y es la 14. del segundo tomo), cuando acababa de padecer ciertos vertigos ó vertigines ó vahidos, ó como quisieren llamarlos, segun el mismo dice al principio de ella, y debia de ser muy acosado de este accidente, por lo que se reconoce en sus cartas; todavia parece que le duraban algunas reliquias *del vertigo*, cuando afirmó dos proposiciones tan disparatadas con aquella osadía que es tan natural al hombre. Yo estudiante he sido, y con estudiantes he tratado en las tres universida-

des de Salamanca, Alcalá y Valladolid, donde se estudia la teología escolástica, punto mas, punto menos, con el mismo método que en Coimbra, y en Eborá; pero hasta ahora no encontré estudiante tan zopenco, que de dicho método sacase la preocupacion *de persuadirse*, que la *escritura para nada sirve al teólogo*; ¿ni como es posible, que alguno la sacase, á menos que *padeciese vertigos*, viendo con sus mismos ojos, que en toda la teología escolástica no hay cuestion, alguna, por especulativa, por abstraída, por metafísica, por sutil ó por inútil que sea ó que parezca, la cual bien ó mal no se procure probar con la escritura? Y si no señale siquiera una el Barbadiño. Aun la que el pone repetidas veces por verbi-gracia de las que llama *puerilidades teológicas*, conviene á saber, *si el principio que, generativo ó productivo en el padre y en el hijo, consiste en predicado, relativo ó absoluto*, todos los autores que siguen diferentes opiniones, procuran fundar la suya en textos de la escritura; pues ¿que estudiante ha de persuadirse, que la escritura para nada sirve al teólogo, cuando sin escritura no encuentra siquiera una cuestion de teología?

*Esto es saber hablar mal,
 Por no saber hablar bien;
 Y esto es mentir magistral,
 Por siempre jamas, amen.*

6. El otro testimonio que levanta el Barbadiño, no ya á los estudiantes *rapaces*, sino á maestros *con barbas hasta la cintura*, de que *están en la persuasion de que no hay otra teología en el mundo, que cuatro cuestiones especulativas*, no le va en zaga al primero. Aquí donde usted me vé, sepa, que tambien corrí mi cachico de Portugal, donde traté con *lentes y mestres* de teología que regentaban *as primeiras cadeiras* del reino. En España he rodado mucha bola, y aunque indigno pecador y vil gusano, he conversado silla á silla y facha á facha con muchos padres catedráticos, y hasta algunos padres lectores de la legua; quiero decir, aquellos lectores *in partibus* y como de burlas, que son lectores titulares de conventos semi-pinzo-chas, los cuales suelen ser mas fieros y mas entonados, que los mismos catedráticos de veras; digo, que

hasta algunos de estos padres lectores de honor se han dignado darme puerta y silla: tratándome con cariño y casi con amistad. Pues certifico, y en caso necesario juraré *in verbo sacerdotis*, que á ninguno, á ninguno he encontrado tan boto de entendimiento, que no supiese muy bien, que ademas de la teología escolástica ó *positiva*, como la llama siempre el padre de las barbas largas, hay la dogmática, la expositiva y la moral, á las que algunos añaden como teología aparte, la ascética ó la mística, y que todas estas cuatro ó cinco teologías se dan la mano unas á otras, de manera, que tienen cierta dependencia ó conexión entre sí, y tanta, que ninguno puede llamarse teólogo consumado, si no está versado mas que medianamente en todas ellas. Es verdad que suponen nuestros maestros (y por mí la cuenta si se engañaren en esta suposición), que sin entender mas que á media rienda la teología escolástica, hay grande peligro de desvarrar mucho en la dogmática, de dar de hocicos en la expositiva, de no entender bien la moral, y de escribir cien disparates en la ascética, salva siempre la iluminacion sobrenatural que lo suple todo. Esto es lo que he oido constantemente á todos nuestros maestros, no solo á aquellos *que tenian barbas hasta la cintura*, pero aun á muchos que apenas los apuntaba el bozo del magisterio, y aun á tal cual, que parecia capon en el fuego externo, aunque delante de la cara de Dios seria lo que su magestad fuese servido; ¿pues donde encontró el señor padre Barbadiño *esos maestros con barbas hasta la cintura, que estaban persuadidos á que no habia otra teología en el mundo, que cuatro cuestiones especulativas?*

7. A lo menos, replicó fray Gerundio, no me negará usted, que tiene razon en lo que añade mas abajo: *Que todos los teólogos escolásticos estan tan satisfechos de su especulativa, que dan al diantre á los estrangeros, porque se desviaron de ella... y que no vió hasta ahora teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios.*

8. Pobre fray Gerundio (respondió el beneficiado) y qué bellas tragaderas que tiene! Si así engulle todo lo que

encuentra en los libros, morirá de replecion de disparates. Muchos ensarta el Barbadiño en ese par de cláusulas, que le copia. Supone lo primero, que todos los extranjeros se desvian de la teología especulativa, pues eso y no otra cosa quiere decir aquella proposicion indefinida y absoluta, de que los teólogos escolásticos dan al diantre á *los extranjeros*, porque se desviaron de ella; ¿pero quien le ha dicho á su paternidad Barbadiña, que *todos los extranjeros* se desviaron ni se desvian de la teología escolástica? ¿Gonet y Contenson, dominicos, fueron portugueses ó andaluces? Rodes, Lesio, Tanero, jesuitas, fueron asturianos ó extremeños? el cardenal de Norris y la Martinier, augustinos, fueron gallegos ó Campesinos? Mastro y Wigant, franciscanos, fueron Babazorros ó de las Batuecas? ¿y estos se desviaron de la teología escolástica, cuando muchos la comentaron toda, y los mas una gran parte de ella? No quiero alegarle mas ejemplos, porque seria negocio de formar una biblioteca. Los únicos extranjeros, que se desvian de la teología escolástica, son aquellos á quienes incomoda esta, para delirar á su satisfaccion en la dogmática, en la moral y en la ascética, sin reconocer otra regla para la inteligencia de la espositiva, que el capricho y la bodoquera de cada uno. Quienes sean estos monsiures, no es menester declarárselo al Barbadiño, porque en sus escritos, y aun sin salir de esta carta, da fieros indicios de mantener gran correspondencia, ó á lo menos de profesar mucha devocion á los principios, y tener gran fe con las noticias que gasta cierto gremio de ellos. Y aun de estos no todos tienen tanta ogeriza con la teología escolástica, como graciosamente quiere suponer su merced Barbadiña. Y si no ahí está el doctor Jorge Bull, profesor de teología, y presbítero de la iglesia Anglicana que murió obispo de san David el año de 1716, cuyas obras teológico-escolásticas, en folio, nada deben á las mas alambicadas que se han estampado en Salamanca y en Coímbra; y como los puntos que por la mayor parte trató en ellas son sobre los misterios capitales de nuestra santa fe, conviene á saber, sobre el misterio de la Trinidad, y sobre el de la divinidad de Cristo, en los cuales su pseudo-iglesia Anglicana no se desvia de la católica, en verdad, que los manejó con tanto nervio y con tanta delicadeza, que los teólogos ortodoxos mas escolastizados, como si dijéramos *electrizados*, hacen

grande estimacion de dichas obras. Y aun en los dos tratados, que escribió acerca de la justificacion, que es punto mas resvaladizo, en los principios que abrazó, no se separó de los teólogos católicos; pero en algunas consecuencias que infirió, ya dió bastantemente á entender la mala leche, que habia mamado. ¿Pues por que nos ha de querer embocar el señor Barbon, *que los estrangeros se desvian de la teología especulativa*, y que por eso *los dan al diantre los teólogos escolásticos* de Portugal y de España? Yo si que doy al diantre *los vertigos*, que afligiéron á dicho señor, en fuerza de los cuales deliró tanto el *coitado fradiño*, y nos quiso embocar *tantas parvoizes*.

9. Pues ahí es un grano de anis las que contiene la otra cláusula suya, con que me reconviene usted: *que no vió ainda teólogo alguno, de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que habiendo de proferir censura sobre los que introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios*. Tampoco yo *vi* ainda escritor alguno de los que abrazaron con todo su corazon la mordacidad que escribiese con mayor satisfaccion, ni que dirigiese menos lo que escribia.

10. ¿Que le parece á usted que entiende *por teólogos que abrazaron con todo su corazon el peripato*? Lea un poquito mas abajo y lo encontrará. Entiende los que estudian la teología escolástica, *por cuyo nombre* (dice él) *se entiende una teología fundada en los prejuicios de la filosofía peripatética; quiere decir sobre las formas substanciales y accidentes, y sobre todas las otras galanterias de la escuela*: ¿pero no me dirá donde encontró esta casta de teólogos, ni donde halló teología de esta especie? La teología escolástica, que se usa por acá, no está fundada sobre las preocupaciones de la filosofía peripatética, ni se vale de ella para maldita la cosa; sino única y precisamente para el uso de los términos facultativos, á los cuales se les dió una significacion arbitraria, como *esencia, predicados, formas, accidentes, propiedades, emanaciones, ut quo, ut quod, formaliter, materialiter, auxilium quo, et sine quo, ecceidades individuaciones, relativos absolutos, etc.* Todas estas *galanterias* solamente la sirven para explicar con menos palabras lo que quiere

decir, y se vale de estas voces, por suponerlas ya entendidas desde la lógica y filosofía peripatética, donde se usa de ellas para los mismos significados; pero estos significados se aplican á principios y asuntos muy distintos, y aun inconexos con casi toda la teología escolástica. ¿Es esto estar fundada esta teología sobre los perjuicios de la filosofía peripatética! De esa manera tambien dirá, que están fundados sobre el peripato todos los tratados, que en este siglo han hecho entre si los príncipes de Europa, sean de paces, sean de comercio, sean de alianza, sean tambien aquellos que se llaman *tratados de familia*: porque en casi todos ellos se lee el terminillo, de que se quedarán las cosas *in statu quo*, que es tan peripatético como el *ut quo*, y el *ut quod*, el *in eo quod quid*, y el *quo ad an est*. Si hay algunas cuestiones en la teología escolástica, que en la sustancia sean anfibias, esto es que igualmente pertenezcan á la teología, que á la filosofía, como son las que tratan de la existencia de Dios, como primera causa de la creacion del mundo en tiempo de la espiritualidad del alma, del libre albedrío ó de la libertad de los actos humanos, y algunas otras pocas mas, estas se tratan con total independencia de los principios aristotélicos, y muchas de ellas con positiva oposicion á ellos; y para nada recurrimos á la filosofía del Estagirita, sino puramente para esplicarnos, y para que reciprocamente nos entendamos: pues ¿qué teología escolástica de mis pecados es esta, que está fundada en la filosofía peripatética? Vaya, que cuando escribió esto todavía le debia de durar *el vertigo* al santo padre.

11. Y con qué conciencia dice, que *Ainda no vió teólogo alguno de los que abrazaron con todo su corazon el peripato, que queriendo censurar á los que la introdujeron el método moderno, tomase el trabajo de examinar bien las razones en que se fundan los contrarios?* ¿de qué método habla su paternidad muy arcediana? Porque si habla del método de la teología escolástica (que es la teología en cuestion) ni los modernos, ni los antiguos, ni los peripatéticos, ni los newtonianos han inventado otro método que el que introdujo Pedro Lombardo, imitó santo Tomás, y siguieron despues todos los demás. Y sino díganos su merced por su vida, donde encontró otro mé-

todo de teología escolástica? Si habla del método de la teología puramente dogmática (que será un grande despropósito para el asunto), lo primero hasta ahora no se ha escrito cuerpo alguno *entero*, que comprenda metódicamente *todos* los tratados pertenecientes á esta teología y sino díganos el señor Barbadiño, ¿como es la gracia del autor que los escribió ó que á lo menos hizo la coleccion de ellos? Lo segundo en los innumerables tratados dogmáticos que se han escrito, cada autor ha seguido el método que mejor le ha parecido, ó el que le ha venido mas á cuento, unos oratorio, otros académico, estos con *ergos* aquellos sin ellos; los mas por libros ó tratados, muchos por disputas y cuestiones; algunos en figura de diálogos, y finalmente los dogmáticos modernísimos, que han escrito contra las heregias del tiempo, y especialmente contra la que hoy es de la gran moda, de la cual muestra tener grandes noticias el Señor fray Arcediano, han preferido el método de cartas dialogizadas, el idioma vulgar y el aire un poco chufletero, para lo cual no les han faltado buenas y sólidas razones. Ningun teólogo escolástico y católico ha censurado hasta ahora alguno de estos métodos; ó señálenosle con el dedo el padre de las barbas á tiros largos: pues ¿para qué es meter tanta bulla, y fingir fantasmones para dar de palos al aire?

12. Mas no es esta la madre del cordero. Con el sobre escrito del método, su verdadero intento es desterrar del mundo la teología escolástica, como el mismo lo confiesa sin rebozo: pues de ella *dice constantemente*, que no solo es *supérflua sino perjudicial á los dogmas de la religion*. Esto hiede que apesta. Lutero, Beza, Calvino, Melancton, y el Barbadiño de su tiempo Erasmo de Rotterdam, dijeron lo mismo en propios términos. Los amigotes del señor Arcediano son de la misma opinion; y nada acredita mas la utilidad y aun la necesidad de la teología escolástica para la inteligencia y para la defensa de los dogmas, que lo mucho que incomoda á estos monsiures.

13. Pues el padre de las barbas postizas escribe dentro de Italia, ya tendrá noticia (y sino la tiene, yo se la doy ahora) de las obras de Benedicto Aletini (alias el padre Benedicti jesuita), y de *las esplicaciones teológicas de los cánones del concilio de Trento sobre los sacra-*

mentos, que el sábio servita Juan Maria Bertoli imprimió en Venecia el año de 1714. Lea lo que escribieron estos dos autores de á folio contra cierto autorcillo italiano, que salió por entonces con el mismo proyecto con que sale ahora el señor Barbazas, de querer desterrar del mundo la teología escolástica, para substituir en lugar de ella la leccion, y la esplicacion de las obras de los santos padres. Allí verá que el autor italiano supone tan en falso como el señor portugues, que en las escuelas no se hace caso del estudio de los santos padres. ¡Impostura palmaria! Pues la teología escolástica apenas es mas que un compendio de sus obras, en el cual, ó se examinan sus diferentes opiniones sobre principios ciertos, comunes y admitidos por todos ellos, ó se comparan y se cotejan unos con otros, para discernir por medio de este exámen y comparacion lo que en su modo de hablar no parece tan exacto: ó juntando las opiniones de todos acerca de los dogmas, se forma una especie de cadena y serie cronológica de tradicion; y en fin en ella se encuentra toda la doctrina de los padres, pero dijerrida segun el órden de las materias, desembarazada de digresiones inútiles, limpia y como acrivada de todos los descuidos que pudo mezclar en ella la flaqueza humana ilustrada y confirmada con la autoridad de la Escritura y con el peso de la razon. De manera, que estudiar teología escolástica es estudiar á los santos padres, pero estudiarlos con método. *El autor italiano*, dice el sábio servita (y oigalo con atencion, con docilidad y con espíritu de compuncion el pseudo-capuchino): *el autor italiano y sus semejantes, poco versados en este género de estudios, ingenios y genios superficiales, amigos de la novedad que afectando hacerse distinguir, se apartan del camino carretero, introducirian en las escuelas una estraña confusion si llegase á abrazarse su proyecto. El estudio vago y mal arreglado de los santos padres, reducido á leer sus obras sin haberse instruido antes en los principios necesarios para entenderlas bien, y para formar recto juicio de lo que quieren decir, llenaria al mundo de hereges ó de sabios de perspectiva, bien cargada su memoria de lugares, de sentencias y de centones en monton; pero su pobre entendimiento mas oprimido, que ilustrado con todo aquel*

estudio ó embolismo. Hasta aquí el docto servita.

14. Y luego nos dirá en nuestras barbas el barbadísimo y aun barbarísimo señor, que *la teología escolástica, no solo es superflua, sino perjudicial á los dogmas de la religion!* Sea por amor de Dios la desvergüenza. Si se contentara con decir que en casi todos los tratados de ella se mezclan algunas cuestiones inútiles, que pudieran y aun debieran ahorrarse: que aun muchas de las útiles y necesarias se tratan con una prolijidad intolerable: que en varias de ellas de cada argumento se ha formado una cuestion y aun una disputa, y aun tal vez una materia entera para cuyo estudio no sé yo si el mismo Job tendria bastante paciencia: adelante ya se le oiría con cristiana conformidad, y aun puede ser que en esta opinion no fuese solo; pero espetarnos á red barredera y en cerro, que *la teología escolástica no solo es superflua sino perjudicial á los dogmas de la religion!* voto á... que si yo fuera inquisidor general... Mas tomemos un polvo, mi padre fray Gerundio, y refresquémonos un poco, que ya me iba calentando.

15. Con efecto le tomó el bueno del beneficiado, sonóse gargajeó y prosiguió en su tono y frescura natural. No es tan lerdo el Barbadiño, que no conociese que luego le habian de dar en las barbas con los patronos y secuaces de la teología escolástica, como v. gr. Alberto Magno, Santo Tomás, San Buenaventura, S. Juan Capistrano y en fin todos los santos teólogos que han florecido desde el siglo XII acá, porque su paternidad no quiere hacer mas anciana á dicha teología; á algunos de los cuales santos los tiene admitidos la iglesia por sus doctores, y parece terrible osadía decir que los doctores de la iglesia enseñaron una teología *perjudicial á los dogmas de la religion.* No disimula el padre Barbeta este feroz argumento, aunque es verdad, que le propone blandamente y como al soslayo; pero ¿qué solucion dará á él?

16. Dice lo primero, que esto importa un bledo, *por que los santos florecieron en un siglo en que casi no se sabia otra cosa, y que conformándose con lo que se practicaba en su tiempo, tienen alguna disculpa.* Vamos que la solucion se lleva los vigotes; y queda el entendimiento plenamente satisfecho, de que la iglesia pudo con

grandísima razón, y con no menor serenidad de conciencia, colocar en la clase de sus doctores á unos santos, que enseñaron una teología *perjudicial á sus dogmas*, por cuanto los pobres no tuvieron la culpa de *floreecer en un siglo en que casi no se sabía otra cosa*; y en caso de tener alguna en *conformarse con lo que se practicaba en su tiempo*, sería una culpilla venial que se quitaba con agua bendita, y no podía perjudicarles para obtener la suprema borla de doctores de la iglesia.

17. Pero vaya una preguntita así como de paso y sobre la marcha: ¿Con qué teología confundió santo Tomás á los hereges que se levantaron en su tiempo? ¿fué con la que aprendió y enseñó, ó con la que todavía no se había fundado ni se fundó hasta que estos teologazos modernos, llenos de zelo y de caridad, abrieron los ojos á la pobre iglesia, que por tantos siglos los había tenido lastimosamente cerrados, ó á lo menos legañosos? ¿y en qué consistirá que *todos los hereges estan de tan mal humor con este santo doctor*, como dice con discrecion cierto moderno? Si *su teología es tan perjudicial á los dogmas de la religion*, ¿por qué no la abrazan, por qué no la siguen, por qué no hacen muchas cortesías al santo, y celebran su fiesta con un octavario de sermones? El hecho es, dice el citado recencior, que el verdadero motivo *por que todos los hereges estan tan avinagrados contra este admirable doctor*, es, *porque á él se le debe aquel método regular que reina en las escuelas*, con el cual *se desenredan las opiniones*, se quita la mascarilla al error, se pone de claro en claro la verdad, se explican con limpieza y con claridad los dogmas de la fe, segun el verdadero sentido de la iglesia y de los padres. Y concluye: *No ha tenido la heregia enemigo mayor que nuestro santo*, porque nunca á podido defenderse contra la solidez, y, si me es licito hablar así, contra la casi infalibilidad de su doctrina. A, seo Calcillas; y todavía dirá usted, y lo dirá *constantemente*, que *la teología escolástica es perjudicial á los dogmas de la fe*? Pues yo tambien le diré á usted *constantemente*, que creo á ciegas en la del simbolo de los apóstoles; mas para creer en la que usted profesa, necesito mucho examen. Y le advierto á usted, que el autor de dichas pala-

bras no es algun padre dominico, á quien le ciege la passion, sino otro de profesion muy distinta que sabe venerar las opiniones del santo doctor, y si algunas no le arman, separarse de ellas con reverencia.

18. Dice lo segundo, que *si Alberto Magno y su discípulo santo Tomas comentaron á Aristóteles, no fue, á lo que él cree, porque lo juzgasen útil, sino por hacer ese servicio al público, que en aquel tiempo estaba muy preocupdo por Aristóteles.* Hizo bien en añadir á lo que creo; porque el hombre da muchos indicios de creer enrebesadamente. Esto es decir en buenos términos que cree que Alberto Magno y santo Tomas fueron unos hombres aduladores, unos doctores lisonjeros, unos maestros de aquellos que caracteriza san Pablo, los cuales por acomodarse al gusto y á las pasiones del pueblo, le enseñan doctrina falsa, inútil y aun perniciosa, y apartando voluntariamente los ojos de la verdad, aunque saben muy bien hácia donde cae, le embocan fábulas, patrañas ó embelecos inútiles; pobres lumbreras de la iglesia, y en qué manos habeis caído! Siquiera no os deja el caracter de hombres de bien, de honor y de sinceridad, que no saben engañar á nadie sin que primero se engañen á sí mismos: y cuando en cualquiera materia es la mayor vileza de un autor escribir contra lo que siente, por lisonjear el mal gusto del público: en una materia de tanta gravedad y de tanta importancia como la sagrada teología, no repara en hacer reos de semejante ruindad á unos hombres como Alberto Magno y santo Tomas de Aquino, á quienes sobra su santidad y bastaria al uno su dignidad de obispo de Ratisbona, y al otro su nacimiento, para que los hiciese mas merced y mas justicia. Si esto lo dijera un rapagon desbarbado, adelante, pudiera pasar por rapazada; pero decirlo y estamparlo un hombre que afecta profesion de barbas largas, ¿no merecia que se las arrancasen todas pelo á pelo?

19. Ora bien, mi sincerísimo padre fray Gerundio, un año duraria nuestra conversacion, si hubiera de seguir pie á pie al Barbadiño en todos los disparates, que dice con su acostumbrada satisfaccion y regüeldos, en sola esta carta sobre el método con que se estudia la teología escolástica, y si me hubiera de empeñar en impugnarlos. Yo estoy ya can-

sado, y solo el hablar de este hombre me fastidia. El abrirle los ojos á él, que los tiene cerrados con la presuncion, y el abrírselos á sus apasionados, que se conoce lo son á cierra ojos y no mas, que por el sonsonete seria una grande obra de caridad; pero seria obra muy larga, aunque no muy dificultosa; porque yo, con ser así, que soy un pobre pelon, me atrevia á hacerle ridículo, y á poner de par en par, mas claros que la luz que nos alumbrá, los innumerables desbarros que profiere en casi todas las materias que trata, aunque, como dije á usted al principio de nuestra conversacion no deje de traer *muita coizaboa*. Pero ni yo estoy de vagar, ni esto es por ahora de mi instituto. Solo diré á usted que en esta carta sobre la teología escolástica muestra una grande adhesion á los enemigos mas solapados y mas perniciosos de la iglesia: que adopta sus máximas: que celebra sus libros ó sus ediciones de las obras de los santos padres, que están prohibidas, por adulteradas: que insinúa con grande artificio su doctrina: y en fin, que todas cuantas reflexiones hace sobre la teología escolástica, con intento de desterrarla del mundo, de ellos las tomó, y en sus cenagosos charcos las bebió, especialmente de los seis libros, que el año de mil y setecientos dió á luz Juan Owen, no el célebre Poeta inglés, sino otro de su mismo nombre y apellido, que los intituló *de Natura, ortu, progressu, et studio veræ Teologiæ*. Y ya que hablamos de Juan Owen, no debe llevar á mal el padre Barbadiño, que me den en rostro muchas cosas suyas, cuando hago justicia al mérito de otras, siquiera porque no me comprenda la paulina del poeta al principio de sus epigramas.

*Qui legis ista, tuam reprehendo, si mea laudas
Omnia, stultitiam; si nihil, envidiam.*

Y porque temo, que el latin que enseñó á usted el Domine Zancas-largas, no alcanza á que entienda de repente este epigrama, allá vá su traduccion en esta cuarteta, que se me antojó hacer ahora, para alegrar un poco la conversacion.

*Desde luego te declaro,
Lector de estos epigramas,
Por necio, si alabas todo,
Por embidioso, si nada.*

20. Pero me hace lástima acabar esta conferencia, sin que usted me ayude á reir del método, que propone el Bar-

badiño para estudiar la verdadera y provechosa teología, despues de haber hecho tan solemne burla del que se observa para estudiar la que él llama *inútil y perjudicial*.

21. Dice pues, que *el primer prolegómeno de la teología ha de ser la historia eclesidstica y civil, antes de Cristo y despues de Cristo; que consiguientemente la primerita cosa que ha de hacer el estudiante, que entra en la teología, es estudiar en breve la historia del testamento antiguo, despues la de Cristo para aca, despues la de los emperadores romanos, por lo menos hasta el sexto siglo, y que esta se ha de estudiar muito bem. Que como no se puede estudiar ni entender bien la historia sin la cronología, y la geografía, ante todas cosas debe buscar una tabla cronológica, de estas que se encuentran en un pliego de papel de marca, y encajar bien en la cabeza las principales épocas de la historia civil, observando bien el orden y la serie de los tiempos. Que una vez metida bien en los cascos la cronología, debe tener siempre á la vista el tal estudiante ó teólogo catecúmeno una carta geográfica esto es, un mapa general ó muchos particulares, en los cuales, siempre que se habla de algun suceso particular ha de buscar la provincia y el lugar donde sucedió, y de esta manera irá aprendiendo facilísimamente la geografía sin trabajo y como por entretenimiento.*

22. Y por quanto el pobre teologo neófito no puede tener noticia de adonde caen estos mapas, ya el caritativo Barbadiño toma el trabajo de darle razon de los que á su parecer fueron los mejores autores geográficos, aprovechando esta bella ocasion de lucir su vasta erudicion en la geografía, siendo así, que ciertamente no le costó mas que abrir el primer catálogo de alguna famosa librería, que tuvo mas á mano, buscar el título de los autores geógrafos, y trasladar al papel los primeros que se le vinieron á la pluma.

23. Dice pues, que es indispensable de toda indispensabilidad, que el tal Candidato de teólogo se arme con el atlas geográfico de *Janson*, que se compone de ocho grandes volúmenes, ó por lo menos con el compendio de él, que se reduce á un volúmen de á folio, se entiende en papel de marca como libro de coro ó de solfa de facistol. Item, del atlas de *Bleuu*, que son once grandes volúmenes del mismo tamaño. Item, del atlas mas breve de los señores *San-*

son. Item, del de monsieur de *l'Iste*. Y basta esto para cartas generales: para las particulares no se le puede dispensar en que haga provision de las siguientes. De las de *Inselim*, que comprenden la Inglaterra, Países-Bajos, Francia, España y Portugal. De las de *Nolin*, que describen la Venecia y la Istria. De las del *P. Plácido*, que siguen todo el curso del Po. De las de *Enshimid*, que representan la Alemania; y de las de *Scheuchzero*, que demarcan la Helvecia. *Estos autores* (aqui llamo la atencion de mi auditorio) *débense saber para buscarse en las ocasiones* con que si estos autores no se saben y consiguiientemente sino se tienen, voló el primer prolegómeno de la teología; y el que tuviere vocacion de estudiarla, ofrezca al señor sus buenos deseos y aprenda otro oficio.

24. Bueno es que hasta aquí estábamos todos en la persuasion, de que para equipar á un estudiante teólogo, no era menester mas que proveerle de un vade que no pasase de catorce cuartos; de un plumero que se arma en un abrir y cerrar de ojos, con un par de naipes; de una redoma de tinta, de media docena de plumas, de la cuarta parte de una resma de papel, sus opalandas raídas, y á Dios amigo. Al teólogo, que no fuese por la pluma, con meterle en una alforja el par de tomos de Gonet, estaba ya ajustado todo su matalotage escolástico; y si se le añadia á Larraga ó á la suma de Busembaum, era una india. Y ahora, segun el nuevo método Barbadiñal, ve aquí usted que un triste aprendiz de teólogo, solo para libros ha menester llevar mas equipage, que un mariscal de campo. Porque ¿qué piensa usted que aun precisamente para la geografía se contenta con los citados? ¿bueno era eso para su humor! Todavía le encaja otra rumfla de ellos, que debió encontrar despues en otro catálogo, especialmente de diccionarios geográficos, de los cuales protesta, que *tambien es necesario tener noticia*, como son de el de *Varea*, *Baudrand*, *Ferrario*, *Maty*; y sobre todo de el de *la Martiniere*.

25. Síguense despues los libros cronológicos, que ha de llevar para mantenerse los primeros meses de estudiante teólogo. En esto está parco el Barbadiño, porque la cronología es algo indigesta, y pudiera ocasionar crudezas al estudiante, si cargara de ella el estómago con demasia. Conténtase con que *al principio* no coma mas, que *Strauchio* ó

Beveregio, y algo del *Rationarium del P. Petavio*. Pero quien se sintiere con calor para dijeric mayores noticias, puede engullirse la *doctrina temporum* del mismo Petavio la *cronología sacra* de Userio, y con el tiempo podrá cargar de mas vianda, si su estómago lo consintiere.

26. Pero lo que no tiene remedio es, que para la historia universal se eche en el maletón la primera parte del *Rationarium* del susodicho Petavio, el compendio latino de *Celario*, y no le hará daño el del padre *Turselino*, aunque este (dice él) es mas estimado por el latin que por la historia: *el Compendium historiae universalis de Gotlob Krancio: este* (dice el padre calificador) *es el mejor de todos: el de Brietio*, especialmente despues de Cristo, y el de *Leschi que es buen autor*. Para la historia eclesiástica hasta Cristo el compendio de *Bolerano*, que es sufrible para un principiante: despues de Cristo provéase de *Riboti* y de *Gravesson*. Y porque no le tengan por impertinente, ó por hombre que receta libros como píldoras un médico charlatan, concluye con grandísima bondad: *Isto basta para un principiante*. Yo añado que esto sobra para conocer, que no solo le duraba el *vertigo* al santo padre cuando escribió esto, sino que debia estar en la fuerza de su mayor vigor. Porque, si cree que todo esto es necesario saber, *como primer prolegómono de la teología*, á los Orates; y sino lo cree; ¿para qué se quebró la cabeza y nos la rompió á nosotros?

27. *Ex unque Leonem*, padre mio fray Gerundio. Por aquí conocerá nsted que cosazas no dirá nuestro metodista, cuando entra en lo vivo de la teología, y del método que se ha de observar en su estudio. Es un embrollo de embrollos, un embolismo de embolismos, y un lazo de lazos para enredar á los incautos. En los lugares teológicos que señala, hace distincion entre *la iglesia universal y la iglesia romana*, como si hubiera mas, que una santa iglesia católica, apostólica, romana, : no toma en boca al papa para nada; dice, que la autoridad de la iglesia universal, de la iglesia romana, y de los concilios generales, *nace de la tradicion*: enseña que antes que Cristo viniese al mundo en el pueblo judaico y en la ley escrita, *la declaracion del sumo sacerdote lo terminaba todo*; pero despues que vino Cristo á completar *as coizás, su doctrina se conser-*

va pura en los prelados, de los cuales la pudiesen aprender los fieles. En conformidad de este, su amado principio afirma, que creen los católicos que la mayor parte de los obispos cristianos (como si hubiera verdaderos obispos, que no lo fuesen) UNIDOS AL PAPA, *no puede errar en las definiciones de Fé.* Lo que creemos los católicos, que estudiamos por Astete es, que el papa para nada ha menester mayor ni la menor parte de los obispos, para no errar en dichas definiciones, porque la infalibilidad no se la prometió Cristo á estos, sino á aquel. Déjase caer, asi como al soslayo, lo que sucedió en los dos conciliábulos de Rimini y de Seleucia, en que los padres engañados en uno y violentados en otro, admitieron primero y confirmaron despues una confesion de fé verdaderamente Arriana, y diciendo, como quien no quiere la cosa, que presidieron en ellos dos legados de la Santa Sede, y que el número de los obispos fue mas que bastante para formar un concilio general, deja el argumento así, contentándose con decir, que sin el socorro de la historia, no se puede desatar; ¿qué le costaba añadir siquiera una palabrita, por donde se conociese que dichos concilios habian sido ilegítimos, no en su convocacion, sino en su prosecucion: que los legados habian sido depuestos y anatematizados; y que el papa estuvo tan lejos de aprobar sus actas, que antes las condenó, primero por sí y despues en un concilio? Pero esto no le venia á cuento para sus ideas ni para el nuevo método que propone de estudiar teología. Librenos Dios (que si librará) de que se introduzca en su iglesia, porque la quiere mucho, la tiene prometida su asistencia, y los esfuerzos del metodista no prevalecerán contra ella.

28. A vista de esto, mi padre fray Gerundio, ¿se confirma usted en su opinion con autoridad del Barbadiño, de que la teología escolástica es inútil y aun perjudicial, y en que no quiere estudiarla? Señor beneficiado (le respondió con tanto candor, como frialdad, nuestro fray Gerundio), es cierto, que ya no me suenan tan bien las cosas de ese padre portugues como me sonaban antes, y que no sé que diantres de reconcómios siento acá dentro del corazon, que me dan muy mala espina acerca de ese sujeto. Al fin, Dios le haga mucho bien; pero á mí su magestad no me lleva por las cátedras, si no por los púlpitos: y así estudiaré

yo teología escolástica como ahora llueven albardas. Si llovieran, replicó el beneficiado, se malograrian todas las que no cayesen sobre las costillas de usted, y haciéndole una cortesía, se salió algo enfadado de su celda, y se volvió á la otra de donde habia salido.

29. Esperávanle con impaciencia aquellos dos graves y doctos religiosos, con quienes habia tenido la conferencia acerca de fray Gerundio, y como duraba tanto la sesion, apenas dudaban ya de que le habia convencido. Luego que le vieron entrar le preguntaron ansiosos; ¿ como le habia ido con el padre colegial? A lo que el socarron del beneficiado respondió con gran cachaza: saque cualquiera de vuestras reverendísimas la caja, denme un polvo, y oiganme un cuento. Habia en la universidad de Coimbra un mediquillo teórico, gran disputador y muy presumido, pero ignorante y necio á par de su presuncion. Tenia estomagados á todos los de la facultad, y habiendo de presidir unas conclusiones públicas, rogaron al famoso Curvo Semedo, que tomase de su cuenta arguirle, concluirle y correrle para ajarle la vanidad. Juan Curvo, le arguyó de empeño y á pocas paletadas, para los inteligentes, le tumbó patas arriba; pero el mediquillo garlaba, manoteaba, se reia le despreciaba, y en fin se llevó la voz del populacho. Concluida la funcion, uno que no habia asistido á ella, preguntó á Curvo, como le habia ido con el presidente, á lo que respondió el discreto portugues: *Taon grandísimo burro é, que naon le podem convencer*. A Dios, pãdres mios, que es tarde, y el ama estará esperando: dijo, y retiróse á su casa.

CAPÍTULO VIII.

Predica fray Gerundio el primer sermon en el refectorio de su convento: encaja en él una graciosísima salutacion, y deja los estudios.

Ello no tuvo remedio: cerróse fray Gerundio en que habia de ahorcar los hábitos filosóficos, y que no habia de tomar los teologales, á excepcion del de la fe, que ese ya le tenia desde el bautismo: el de la esperanza de salvarse, á lo menos *per modum heræditatis*, no le podia faltar; y

con el de la caridad debemos piadosamente suponerle, por que parecia buen religioso, salvo sus manías y caprichos, que absolutamente podian ser sin mucho perjuicio de su conciencia. Viéndole los prelados de la religion y los padres graves del convento tan displicente con la filosofía, y tan empeñado en que no habia de estudiar teología, pues para ser predicador conventual, y para predicar como predicaban otros muchos con grande séquito, aplauso y provecho de su peculio, decia que no la habia menester, y á fé que en eso le sobraba la razon por los tejados. Observando por otra parte, que mostraba bastante despejo, que tenia buena voz, que era de grata presencia, aseado, limpio, prólijo tanto, que picaba en pulcro. Pareciéndoles en fin que llevándole la inclinacion por allí con tanta vehemencia como le armasen de buenos papeles, que no faltaban en la órden, pues se conservaban los que habian dejado en sus espolios algunos famosos predicadores, podria acaso parecer hombre de provecho, acreditar la religion y ganar su vida honradamente, resolvieron condescender con sus deseos. Pero antes les pareció conveniente experimentar, que era lo que se podia esperar de sus talentos pulpitables.

2. Es loable costumbre de la órden egercitar á los colegiales jóvenes, así artistas, como teólogos en algunos sermones domésticos, que se predicán privadamente á la comunidad, mientras se come en el refectorio, dándoles tiempo limitado para componerlos: llevando en esto la mira, lo primero, de descubrir los talentos que muestra cada uno: lo segundo de que se vayan desembarazando y acostumbrando á hablar en público, para cuando llegue el caso de hacerlo en teatros mas numerosos: y lo tercero de que tambien vayan aprendiendo á egercitar un ministerio, que debe saber egercitar todo religioso sacerdote, siga la carrera que quisiere. En otras religiones, donde se practica tambien esta loable costumbre, los sermones de refectorio son por lo comun sobre las festividades del año, y se suelen predicar en los mismos dias en que se celebran, siendo de cargo del lector, con acuerdo del prelado nombrar al colegial, que quiere que predique. Pero como en cada religion hay sus estilos, en la de nuestro fray Gerundio esta incumbencia es privativa del predicador mayor de la casa,

al cual avisado por el superior, toca nombrar el colegial predicador y señalarle para el sermón el asunto, misterio ó santo que quisiere, con todas las circunstancias que á él se le antojaren, con tal que sean de aquellas que suelen concurrir en los sermones, y es gala precisa hacerse cargo en la salutacion de todas ellas.

3. Apenas pues volvió el padre fray Blas, predicador mayor de la casa, de predicar su famoso sermón de San Benito del Otero en Cevico de la Torre, cuando fué á presentarse al prelado, y á tomar segun la ley su *benedicite*. Hechas las preguntas acostumbradas (por algunos pocos superiores menos prudentes, y muy ajenas de los mas, que verdaderamente son hombres serios, y cuerdos) de como lo habia pasado, como se habian portado los mayordomos, cuanto le habia valido el sermón, que comida habia habido y si traia algunas misas para el convento: y habiéndole satisfecho á todo fray Blas, entregándole por conclusion doscientos reales, limosna de cien misas que habia sacado, y por otra parte ochenta para que su paternidad muy reverenda dijese otras veinte, á razon de cuatro reales: oido y recibido todo con estraña benignidad, por el afabilísimo prelado, que con esta ocasion volvió á confirmar á fray Blas la licencia general que le tenia dada, para que durante su gobierno admitiese con la bendicion de Dios cuantos sermones le encomendasen; le dijo por fin ó por postre: váyase padre predicador, á desalforjar y á descansar á su celda, y antes que se me olvide, encargue luego un sermón de refectorio á fray Gerundio, *que tenga algunas circunstancias*; pero le prevengo, que no se le componga el padre predicador, y déjele que le trabaje él enteramente; porque como ese muchacho hipa tanto por el púlpito, queremos saber lo que él puede dar de suyo.

4. En un manuscrito antiguo del convento se halló advertido á la márgen, que al oír fray Blas este encargo del prelado, y trasluciendo por él, que con efecto pensaban en echar por la carrera del púlpito á su queridito fray Gerundio, que era lo que los dos tantas veces, habian tratado en la celda á puertas cerradas, se alborozó tanto, que con aquel primer ímpetu del gozo, ya habia echado mano á la faltriquera para sacar el doblon de á ocho, que le

habia valido el sermón, y regalársele al prelado; pero pensándolo mejor en el mismo instante, sacó el pañuelo, limpióse los mocos, ofreció hacer al punto cuanto le habia mandado, y partió aceleradamente.

5. Aun estaba con los hábitos arremangados, cuando sin ir á su celda se entró de golpe y como galopeando en la de fray Gerundio. Encontróle descuidado, asustóle un poco; arrojóse sobre él, dióle cien abrazos, y solo le dijo: *vamos, chico, vamos á mi celda que te traigo un obispado*. Siguióle fray Gerundio; que se recobró presto del susto, y en el camino le preguntó; *oye usted, y ¿como salió el vernal paralelo?* Hijo mio, de los cielos: le respondió el predicador, *¿y aquello de las grandes risadas: Et grandes mirata est Roma cachinos*. Amigo á pedir de boca, porque á carcajadas se undia la ermita. Pues yo sé añadió fray Gerundio, que lo de *puer nudus, alatus, myrthoque coronatus, qui humi sedebat*, daria gran golpe, ¿qué llama golpe? Dió tal porrazo, que un bachiller por Siguenza dijo publicamente en la mesa, que él habia oido mas de mil sermones de S. Benito; pero que cosa mas propia para representar al santo, cuando se revolcaba en la zarza, no la habia oido. ¿Mas de mil? replicó fray Gerundio. No seas material, respondió el predicador, que eso se entiende dos ceros mas ó menos.

6. Con esta conversacion entraron en la celda de fray Blas: desalforjóse este, quitóse las polainas, bajóse la saya, echó las dos manos á la capilla, que aun se mantenía descolgada, cojió vuelo y arrojándosela primero toda sobre la cabeza, de manera, que ya le cubria por la parte anterior hasta muy entrado el pecho, volvió despues con una especie de columpio á ponerla simétricamente sobre la mitad del cerquillo, y en fin la bajó hasta el medio del pescuezo, colgando por la parte anterior iguales las dos puntas en los lados. Tomó un peine, que estaba sobre la mesa, atusóse el cerquillo y el copete, abrió una alacena sacó un frasco de vino de la nava con vizcochos, echaron los dos un traguito, y aun no habia colado bien el último sorvo por el gáznate de fray Gerundio, cuando este le preguntó con impaciencia, ¿qué obispado le traía?

7. ¿Qué obispado te he de traer? le respondió fray Blas todo alborozado, que el prelado me dió á entender,

que querian sacarte de los estudios, y aplicarte á la carrera del púlpito; ¿puede haber mejor obispado para ti? Si logras esto; ¿no lo pasarás, no digo yo como un obispo, sino como un arcedian? y mas con las regleçitas que yo te daré á su tiempo. Padre predicador, que dice? le replicó fray Gerundio. Lo dicho dicho, respondió el predicador. Dijome, que luego luego te encargase un sermón del rectorio, y que no te le compusiese yo, porque como muestras tanta inclinacion á sermo sermonis, y tan poca á silogismos y á ergos, querian ver hasta donde llegaba, ó á lo menos lo que prometia tu cosecha. Y así, amigo mio, apretar los codos, que á lo menos en este sermón yo no te he de decir palabra, y te he de dejar que vayas por los senderos de tu corazón. En saliendo de este barranco, será otra cosa: mis papeles serán tuyos, porque tus lucimientos serán míos.

8. En el mismo manuscrito antiguo, donde se encontró la nota pasada, se halló otra que dice de esta manera: *Atónito estuvo oyendo fray Gerundio esta noticia, y le embargó tanto el gozo, que estuvo como fuera de sí por espacio de tres ó cuatro credos rezados con pausa.* Luego que se recobró, echó los brazos al cuello del predicador mayor de la casa, y le dijo: pues ahora bien, despachemos cuanto antes, y señálame usted luego el sermón que tengo de predicar: pues aunque diga cien disparates en él, á lo menos ninguno me ha de dar plumada, todo ha de salir de mis cascós, y tanto como el garvillo y el modo de decir, no ha de descontentar, aunque parezca mal que yo lo diga; y diciendo y haciendo, se subió sobre una silla ó taburete (que en esto hay variedad de leyendas, y no están concordados los autores), igualó las dos puntas delanteras de la capilla, metió los dos dedos de la mano derecha por entre ella y la nuez de la garganta, como para desahogarse, miró hácia todas partes con desden y magestad, sacó despues un pañuelo de seda y se sonó con autoridad, metióle en la manga izquierda, y de la derecha sacó otro pañuelo blanco, con el cual hizo como que se limpiaba los ojos, entonó el *alabado*, sea etc. con voz grave, abuccada y sonora, persignóse magistralmente con la mano muy estendida y tanto que al llegar al palo de la cruz, que se forma desde la punta de la na-

riz hasta la barba, parecia que hacia la mamóla: tomó por tema: *caro mea veré est cibus, et sanguis meus veré est potus*, con aquello de *ex evangélica lectione Joannis, capite tercio décimo*; y prorumpió en esta disparatadísima cláusula, que habia tomado de memoria, habiéndola oído á otro colegial amigo suyo en un sermon del refectorio, y él la decoró teniéndola por cosa grande. *Al pautar las desigualdades de mi grosero pensar, fuí desenebrando las lineas de mi discurso, tirando los primeros baruntos de mi imaginativa hacia el cscrutinio del evangelio sagrado. Caro mea; que elegante está el profeta!* Y callando de repente, porque no sabia mas, prosiguió predicando un sermon mudo, manoteando y remedando todas las acciones, gestos y posturas, que habia observado en los predicadores, y á él le habian caído mas en gracia; tan enfrascado en esto, que aun el mismo predicador mayor se tendia de risa por aquellos suelos, y aun llegó á temer si se habia vuelto loco el pobre fray Gerundio.

9. Cerca de una hora duró esta silenciosa muestra de sus predicaderas, en el cual espacio de tiempo el buen frailecito se zarandeó tanto aquel cuerpo, con tales movimientos, con tantas posturas, con tan violentas convulsiones, unas veces cruzando los brazos, otras abriéndolos y estendiéndolos en forma de cruz, ya amagando á echarse de bruces sobre el púlpito, ya arrimándose contra la pared, á ratos poniéndose de asas, á ratos levantando el dedo hacia arriba, á manera de cuadro de san Vicente Ferrer, que al fin quedó tan sudado y tan rendido como si hubiera predicado de veras, y fue preciso volver á reconvenir al frasco y á refrendar los vizcochos, lo que hizo tambien con especial gusto, por ser esta ceremonia precisa cuando se acaba el sermon.

10. Despues que descansó algo de su fatiga, y estuvo un poco sereno; y despues tambien que el predicador se recobró de lo mucho que habia reído durante aquella estraña funcion, le dijo este: es cierto, fray Gerundio, y no se puede negar, que tienes talento conocido, especialmente algunas acciones salen que ni pintadas, y aunque no hablabas palabra, claramente conocia yo, lo que querias decir con ellas. Parece que tienes en las manos los sermones. Y aquí viene de perlas aquello del sabio, *in manu illius nos, et*

sermões nostri; porque aunque en realidad allí habla de cosa muy diferente, ¿quien me quita á mi aplicarlo á otra muy distinta, cuando viene el texto tan clavado? Ahora bien, manos á la obra, que yo quiero ya señalarte el asunto, á que has de predicar, y las circunstancias de que te has de hacer cargo en el sermón.

11. Ya sabes, que en la parroquia de la santísima Trinidad hay una capilla dedicada á santa Ana, que pertenece á la cofradía de la santa, á quien la misma cofradía celebra una fiesta muy solente. Ya sabes, que este año son mayordomos don Luis Flores y don Francisco Romero, regidores de este pueblo, y ya sabes en fin, que estos dos caballeros desterraron á algunas mugeres públicas que habian venido á avecindarse en él, cuya obra fue sin duda muy grata á los ojos de Dios y muy aplaudida de todos los buenos. Este es el asunto: estas las circunstancias, que has de tocar precisamente. No tienes mas que ocho dias de término, porque no da mas la orden. No hay que perder tiempo, á trabajar, y á Dios, amigo.

12. ¿Has visto tal vez un coete, cuando prendiendo la mecha en el cebo de la caña, que sostenian blandamente los dos dedos de la mano derecha, en un abrir y cerrar de ojos parte desde la mano hasta lo mas elevado de la esfera, y aquella misma vara, que poco ha casi tocaba con su estremidad en el suelo, ya se la vé remontada, hasta dar susto á las mismas estrellas, tanto que la constelacion de Virgo acude pronta á tapar la cara con las dos manos, temiendo, que la va á sacar un ojo? Pues así ni mas ni menos partió nuestro fray Gerundio derecha y rápidamente desde la celda del predicador á la librería del convento. Allí cargo con la biblia poliglota de alcalá, con las concordancias de Zamora, con el *theatrum vitæ humanæ* de Bayerclink, con los saturnales de Macrobio, con la mitología de Rabisio Textor, con el mundo simbolico de Picinelo, con los calendarios mitológicos de Reusnero, Taimayo, Masculo, y Rofino, que eran los libros y los santos padres, que veia revolver á su hombre el predicador fray Blas, cuando tenia que predicar algun sermón. No se puede ponderar lo que él leyó, lo que él ojeó, lo que él revolvio en aquellos ocho dias, ni las innumerables ideas que se ofrecian de tropel á aquella inquieta y turbulenta ima-

ginacion, todas á cual mas confusas, á cual mas embrolladas, á cual mas extravagantes. Nada leia, nada veia, nada oia, que no le pareciese que venia de perlas para su asunto ó por simil ó por comparacion ó por texto. Apuntaba, notaba, quitaba, añadia, borrajaba, hasta que en fin despues de tres borradores, sacó su sermon en límpio. Estudióle, repasóle, representóle, y se ensayó mil veces á predicarle en la celda, sobre todos los cachivaches que habia en ella: sobre la silla, sobre el taburete, sobre la mesa, sobre un banco, y hasta sobre la misma cama. Pues dos dias antes de la funcion, cuando entró el despertador á darle luz, le encontró en camisa predicándole sobre la tarima, y es, que se habia levantado en sueños, sin saber lo que se hacia.

13. Como estas especies se habian esparcido por el convento, era grandísima la espectacion en que estaba toda la comunidad por oírle. Amaneció en fin el dia deseado, y se dejó ver nuestro fray Gerundio, ante todas cosas afeitado, rasurado y lampiño, que era una delicia mirarle á la cara. Estrenó aquel dia un hábito nuevo, que para el efecto habia pedido á su madre, encargando mucho que viniese bien doblada, y sobre todo, que se pasase la plancha por encima de los dobleces, para que se conociesen mejor, porque esto da á la saya no sé qué gracia, y de camino pidió un par de pañuelos de á vara, uno blanco y otro de color, porque ambos eran alhajas muy precisas para la entradilla. Todo se lo envió la buena de la Catania con mil amores, solo con la condicion de que ya que ella no podia oírle, la habia de enviar el sermon, para que se le leyese el señor cura ó su padrino el licenciado Quijano.

14. Llegada la hora, y echa con la campana la señal para comer, no faltó aquel dia del refectorio ni el mas ínfimo donado de la comunidad, porque en realidad todos querian bien á fray Gerundio, así por su buen genio, como porque era liberal y dadivoso, y tambien porque á todos los picaba la curiosidad, viéndole con tanta manía de púlpito, la cual entendian era mas inocencia que malicia, ni mucho menos inclinacion á ser haragan. Subió pues al púlpito, del refectorio con gentil donaire; presentóse en él con tanto desembarazo, que casi comenzó á tenerle envidia el mismo predicador mayor. Echó un par de ojeadas con desden y con afectada magestad hacia todas las partes del re-

factorio; y precediendo aquellos precisos indispensables prolegómenos de tremolar sucesivamente el par de pañuelos, blanco y de color, que habia hecho venir espresamente para el intento, entonó ante todas cosas con voz hueca, y gutural, *el sea alabado, bendito y glorificado el santísimo sacramento*, concluyendo con lo de *en el primer instante de su purísimo sagrado ser y natural animacion: cláusula*, que siempre le habia dado gran golpe. Santiguóse con pleno magisterio: propuso el tema, sin omitir lo de *ex evangelica leccione, capite cuarto decimo*, relinchó dos voces, rompió la salutacion de esta manera: advirtiendo, que no se añade ni se quita una sílaba de como se encontró de su misma letra.

15. « No es de menos valor el color verde, por no ser « amarillo, que el azul por no ser encarnado: *Dominus, ó* « *altitudo divitiarum sapientiæ, et scientiæ Dei*; como « ni tampoco faltaron los colores á ser oráculo de la vista, « ni las palabras en la fe de los oidos, como dijo Cristo: « *Fides ex auditu; auditus autem per verbum Christi.* « Nació Ana, como asegura mi fe, por haberlo oido decir, « de color rojo; porque las ceruleas ondas de su funesto sen- « tir, la hicieron fuertemente palpitar en el útero materno: « *Ex utero ante Luciferum genui te.* A esto pues angel « transparente, diafana inteligencia, y objeto especulativo « de la devocion mas acre, consagra esta estatica y fervorosa « plebe estos cultos hiperbólicos; pues tiene, como allí se vé, « hermoso y airoso vulto: *Vulum tuum deprecabantur om-* « *nes divites plebis.* Déjome de exórdios, y voy al asunto « aunque tan principal. Empiece pues el curioso á perceber « *Qui potest capere, capiat.*

16. « Fué Ana, como todos saben, madre de nuestra « Señora, y afirman graves autores, que la tuvo veinte me- « ses en su vientre: *Hic mensis sextus est illi*; y añaden « otros, que lloró: *Plorans ploravit in noctem*: de don- « de infiero, que fué María Zahori: *Et gratia ejus in* « *me vacua non fruit.* Atienda pues el retórico al ar- « gumento: santa Ana fué madre de María: María fué ma- « dre de Cristo: luego santa Ana es abuela de la santísima « Trinidad: *Et Trinitatem in unitatem veneremur*: por « eso se celebra en este su casa: *Hæc requies mea in se-* « *culum seculi.*

17. « Y que te dan, Ana, en retribucion por tus com-
 « pendios? *quid retribuam Domino?* que paralelos podrán
 « espresar mis voces al decir tus alabanzas? *Laudo vos? In*
 « *hoc non laudo.* Eres aquella misteriosa red, en cuyas opa-
 « cas mallas quedan presos los incautos pececillos: *Sagene*
 « *missæ in mari.* Eres aquella piedra del desierto, que en
 « los damascenos campos erigió el amante de Rachel, para
 « dar á su ganado agua: *Mulier, da mihi aquam.* Pero
 « menos mal lo diré, siguiendo el tema del evangelio: Es
 « santa Ana aquella preciosa Margarita, que fecundada á
 « insultos del horizonte, deja ciego á quien la busca: *Quæ-*
 « *rentibus bonas margaritas:* es aquel tesoro, ya escon-
 « dido: *Thesaurus absconditus,* ya oculto, *nihil occultum,*
 « qué reservó el alma santa para los últimos fines de la tier-
 « ra: *De ultimis finibus prætium ejus:* Es aquel Dios escon-
 « dido, como decia Filón: *Tuus Deus absconditus:* Es el
 « mayor de los milagros, como decia Tomas: *Miraculorum*
 « *ab ipso factorum maximum.*

18. « Varias circunstancias ennoblecen la fiesta, unas
 « son agravantes: *tolle gravatum tuum;* otras que mudan
 « de especie: *specie tuâ, et pulchritudine tuâ.* Y es, que
 « los señores Flores, y Romero, nobles atlantes de este pue-
 « blo, llaman, ó á noche hicieron llamar con aquellos true-
 « nos, hijos relámpagos del huracan mas ardiente, que su-
 « bian y bajaban á modo de aquellos rapidísimos espíritus
 « de la escala de Jacob: *angelos quoque ascendentes, et*
 « *descendentes.* Y es la razon natural, porque todo lo que
 « baja sube, y todo lo que sube baja: *Zachee festinans*
 « *descende.*

19. « Cese la energía de los labios, y contemplen mis
 « ojos, como áncoras festivas, un texto muy literal que
 « me ofrecen los cantares. Dice asi: *Vox turturis audita*
 « *est; flores apparuerunt in terra nostra, tempus pu-*
 « *tationis advenit.* Cantó la tórtola bella en nuestra ma-
 « cilenta tierra; vinieron á celebrarla las flores, y estas mis-
 « mas flores desterraron las ramerar: *tempus putationis*
 « *adveniet.* Es tan literal el texto, que no necesita de apli-
 « cacion. Pero diré con brevedad para el erudito: está re-
 « presentada en la tórtola santa Ana: porque si esta triste
 « y turbulenta avecilla, es trono geroglífico de la castidad
 « Ana fué casta, pues no tuvo mas que una hija: *Filia mea*

« *malé à dæmonio vexatur*. Lo de *tempus putationis* vie-
 « ne tan al pie de la letra; pues los inclitos caballeros ma-
 « yordomos desterraron aquellas samaritanas que alborota-
 « ban el barrio.

20. « Ahora me acuerdo de otro texto, que aun mas bien
 « que el pasado comprende todas las circunstancias del
 « asunto: de aquella gran muger Ana, enemiga de Fenena,
 « como se dice en el libro de las personas reales, la cual á
 « impulso de sus deprecaciones, ayudándola Heli, tuvo un
 « hijo llamado Samuel. Atienda pues el retórico al argumen-
 « to. *Heli*, en anagrama, suena lo mismo que Joaquín: *So-*
 « *net vox tua in auribus meis*. Samuel fue profeta; María
 « fue profetiza; con que en sentido místico lo mismo es Sa-
 « muel que María. Tengo probado difusamente el asunto,
 « y solo falta aplicarle á los romeros; pero supuesto que el
 « Romero tiene flor, dicho se estaba ello: *Flores apparue-*
 « *runt in terra nostra*.

21. « Mas todavía quiero apropiiar con mas propiedad las
 « circunstancias al asunto. Publicando están las historias,
 « que la Virgen Santísima tendía los pañales de su recién na-
 « cido hijo Dios sobre los romeros; ¿y esto quien se lo en-
 « señó? su madre santa Ana; pues todo cuanto supo, ella se
 « lo enseñó, *ipse vos docebit omnia*. Con que santa Ana
 « tendía los pañales sobre los romeros. Con que los romeros
 « servían á Santa Ana. Pues eso es lo que hacen el dia de
 « hoy: con que tenemos lo que hemos menester.

22. « Ea, pues, pidamos la gracia; pero ¿quien la pedirá,
 « Isaías? Ea, que no; ¿Gregorio? Ea, que si. La hija ayuda-
 « rá en la labor á su madre: *Filia Régum in honore suo*.
 « Ea pues, digámosla aquella acróstica oracion, que ella en
 « sus niñeces enseñó á su hija María; porque, como buena
 « madre, al punto la enseñó á rezar el... AVE MARIA."

23. Esta fué, sin quitar ni poner la famosísima salu-
 « tacion, que el incomparable fray Gerundio de Campazas
 « encajo en el refectorio de su convento, por estrena y mues-
 « tra de paño de sus predicaderas, en presencia de toda
 « aquella venerable comunidad, incluso el reverendísimo pa-
 « dre maestro provincial que por una feliz casualidad habia
 « llegado la noche antes á visitar el convento. Esta es aque-
 « lla salutacion que debiera perpetuarse en los moldes, eter-
 « nizarse en las prensas, inmortalizarse en los mármoles, bu-

riles y sinceles, por pieza original, pieza única, pieza rara, pieza inimitable en su especie. Y Dios se lo perdone al reverendísimo padre provincial, que por su genio grave, serio, maduro y demasadamente circunspecto, después de haber echado un jarro de agua á la fiesta, privó del cuerpo del sermón á la República de las letras, la cual ha hecho en esto una pérdida que jamas la podrá llorar bastantemente: porque ¿quien duda sino que seria un modelo de despropósitos, de locuras, de necedades, de heregías, de cosas inconexas y disparatadas, el mas gracioso y el mas divertido que ha salido hasta ahora del fondo ó del sudor de las agallas? Pues aunque en realidad andan por ahí impresos innumerables, infinitos sermones, especialmente de estos que llaman *circunstanciados*, los cuales, á lo menos en la salutación, que es lo que hemos visto del de fray Gerundio, no le pierden pinta; pero es de creer, que en el alma, y en el chiste no llegarían al zancajo del de nuestro recién nacido predicador.

24. Fué pues el caso, que como durante la salutación hubo tanta bulla, tanta risa, tanta zambra en el refectorio, que á cada paso resonaban las careajadas á mandíbulas batidas hasta llegar un padre presentado á vomitar la comida de pura risa, el lector del caso á atrangantarse con un bocado de queso; y hasta el lego que andaba con la cajeta, siendo así que no entendia mucho de sermones ni de latines, cogiéndole uno de los despropósitos con el Jesus en el pico, volvió á arrojar en él por boca y por narices, como cosa de media azumbre, que ya se habia embanastado, con tal ímpetu, que aspergeó y roció inmediatamente á los dos colaterales. Digo pues, que como por todos estos incidentes fuese menester que fray Gerundio se parase á cada paso, haciendo mil pausas, para dar lugar á la mosqueteria, y ya estuviese para acabarse la mesa; pero principalmente porque el padre provincial hizo escrúpulo de dejarle proseguir en tanta sarta de disparates, y mas que ya le pareció aquella demasiada bulla para un acto de comunidad tan serio: por todos estos motivos le mandó que le dejase y que se bajase del púlpito; lo que fué para el pobre fray Gerundio un ejercicio de obediencia, lleno de amarguísima mortificación sucediendo después lo que verá el curioso lector en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO IX.

De los varios pareceres que hubo en la comunidad acerca de la salutacion y talentos de nuestro fray Gerundio, y de como prevaleció en fin el de que era menester hacerle predicador.

La primera diligencia que hizo el padre provincial, luego que salió del refetorio, fue pedir á fray Gerundio el papel: y mientras este comía á segunda mesa, se leyó todo el sermón en la celda de su reverendísima, adonde concurrieron á cortejarle todos los padres graves del convento, sirviendo esto de rato de conversacion. Y aunque alli se repitieron con mas libertad las carcajadas, porque aseguraron los que fueron testigos de oidas, que el cuerpo del sermón no le iba en zaga á la salutacion, no hubo forma de quererle soltar jamas el provincial, por mas instancias que le hicieron aquellos reverendos padres: escusándose con que hacia escrúpulo de esponerle á que se hiciese mas ridículo, y solo á duras penas alargó la salutacion, permitiendo que se sacasen algunas copias, por quanto esta ya la habia oido toda la mosquetería y populacho del convento.

2. Despues vuelto á los padres que le cortejaban dijo con seriedad: es cierto, que me lastima este mozo, el talento exterior no solo es bueno, sino sobresaliente; pero los disparates que ensarta no se pueden tolerar, y todos nacen, lo primero de la falta del estudio, y lo segundo de los zenagales donde bebeó de los malditos modelos que se propone para imitarlos, los cuales no pueden ser peores por el modo y por la sustancia. Maliciaron algunos, que esto último lo decia el provincial por el predicador mayor de la casa, pues no ignoraba la amistad particular que profesaban los dos, ni las pésimas instrucciones que le daba, y aun el mismo predicador debio de sospechar algo, porque es fama que se puso colorado. Pero sea lo que fuere, prosiguió el provincial, yo quiero ver en presencia de vuestas paternidades, si con maña y con suavidad puedo hacer que este muchacho conozca su bobería, es-

tudie, se aplique y lea á lo menos buenos libros de sermones, para que tome el verdadero gusto de predicar, y la órden se aproveche de sus especiosos talentos. Mandó pues al lego su socio (que habia ido á servir á aquellos padres un tragito de vino rancio, y unos vizcochos de canela, por modo de postre) que bajase al refectorio, y dijese á fray Gerundio, que en acabando de comer subiese á la celda del provincial.

3. Subió al punto apresurado, sobresaltado y azorado; pero luego se serenó, viendo que el provincial le decia con mucho agrado: venga acá, hijo, y déme un abrazo, que lo ha hecho ni mas ni menos como yo esperaba; y sino le permití que acabase su sermon, no fué porque no le oyésemos todos con gran gusto; pues ya vió quanto se celebró, sino porque estaba ya acabando de comer la comunidad. No es creible quanto se solazó, y cuánto se alentó fray Gerundio al oír hablar á su provincial en un tono, que ciertamente no esperaba: pero llevando este adelante su prudente artificio, le preguntó: Ea dígame la verdad; ¿quién le compuso la salutacion? Padre nuestro (le respondió con una intrepidez y una sinceridad columbina), lléveme el diablo sino la saqué yo toda de mi cabeza. Pues aquellos textos tan literales y tan apropiados (le replicó el provincial), ¿cómo los podia saber si nunca ha leído la Biblia? Padre nuestro (respondió fray Gerundio), eso con una leccioncita que me dió en cierta ocasion el padre predicador mayor, es para mí la cosa mas fácil del mundo: pues ¿que leccioncita fue esa? Díjome, que cuando quisiere aplicar algun texto á cualquiera palabra castellana, no tenia mas que buscar en las concordancias la palabra latina que la correspondiese, y que alli encontraria para cada voz textos á porrillo, con que podia escoger el primero que me diese la gana. Asi lo hice, y en verdad que los textos, sino me engaño mucho, me salieron á pedir de boca. Por eso, cuando dije que santa Ana palpitaba en el útero materno, luego encajé: *Ex utero ante Luciferum genui te*. Mire vuestra paternidad muy reverenda el útero clarito como el agua. Cuando dije, que tenia hermoso y airoso vulto, al instante espeté lo de *vultum tuum deprecabuntur*, que ni de molde podia venir mejor. En hablando de hija allí está en las concordancias, *filia mea malè*

á daemone vexatur: y si hubiera querido traer otros cien textos de *filia*, tambien pude. Para las circunstancias agravantes; mire vuestra paternidad si el *tolle gravatum tuum* podia venir mas al caso? y para aquello de las rameras, el *tempus pulationes advenit*, me parece que vino como nacido.

4. ¿Con qué esa leccioncita le dió el padre predicador mayor? le replicó el provincial, con un poco de retintin. Sí, padre nuestro, respondió el inocente fray Gerundio: y con ella no temo predicar el sermón mas dificultoso, y de circunstancias mas enrevesadas que puede haber: pues como yo encuentre en las concordancias la voz correspondiente, bien pueden llover circunstancias sobre mí, que tambien lloverán textos literales sobre el auditorio. Pero no ve, hijo, le replicó el provincial, que esa regla no es buena, porque, puede el predicador querer probar una cosa, y el texto, donde se halla la palabra que va á buscar, hablar de otra que no tenga conexi6n ni parentesco con lo que él intenta? Pongo por ejemplo ¿que tiene que ver que santa Ana palpitate ó no palpitate en el vientre de su madre (dejo á un lado el disparate) con la generaci6n eterna del verbo en la mente Divina, de la cual en la sentencia mas comun habla el texto? *Ex utero ante Luciferum genui te?* Ello, padre nuestro, respondió fray Gerundio, alli hay cosa de *útero*; y si no viniere el texto al *palpitar*, vendrá al *útero*, y eso le basta al predicador.

5. Pero dígame, ¿y á qué vino el *vultum tuum deprecabuntur?* á qué habia de venir? á lo de *hermoso y airoso bulto*; ¡pecador de mí! exclamó el provincial; pues no sabe que *vultus*, *vultûs*, *vultui* significa el semblante? Sí, padre nuestro, ya lo sé; pero significa el semblante de vulto; porque sino diria, *faciem tuam*, *os tuum*. Con dificultad pudo el provincial contener la risa al oír tan furioso despropósito. Y lo de *tolle gravatum tuum*, á que lo trajó? le preguntó el provincial. ¿A que lo habia de traer? Respondió fray Gerundio, pues no se acuerda vuesa paternidad, que lo traje á lo de circunstancias agravantes; ¿hay cosa mas parecida que *agravantes* y *gravatum*? Yo á la verdad no sé lo que significa *gravatum*, pero á mí me suena á cosa de agravante, y lo mismo sonará á cualquiera auditorio que tenga buen oído; y como al auditorio le suene, no es menester mas para que venga bien.

6. No obstante la natural seriedad y circunspeccion del padre provincial, le retozaba tanto la risa, al oír tan continuados y tan tremendos desatinos, que apenas podia reprimirla pero al fin, conteniéndola lo mejor que pudo, y empeñado ya en tocar, aunque de paso, los muchos disparates de otra especie que habia dicho en la salutacion, le preguntó; ¿y qué graves autores son los que enseñan que santa Ana tuvo á nuestra Señora veinte meses en su vientre? Padre nuestro, respondió fray Gerundio, yo no lo sé; porque en ninguno lo he leído: pero como oigo á cada paso decir á los predicadores mas famosos, *afirman graves autores, dicen graves autores, enseñan graves autores, sienten graves autores*, yo creí que esa era una de las muchas formulas que se usan en los sermones; como cuando se dice: *aquí conmigo, ahora á mi intento, vaya para el teólogo, note el discreto*, de las cuales formulas cada cual puede usar libremente, cuando le diere la gana; y que aunque ningun autor haya soñado en decir lo que dice el predicador, este puede citar á vulto autores, padres, concilios, y teólogos siempre que le viniere á cuento, como tambien versiones, exposiciones y leyendas; porque lo demas, padre nuestro; adónde íbamos á parar? ni quien habia de ser predicador si todas las noticias, erudiciones y textos que se traen en los sermones, se habian de encontrar en los libros?

7. Pues no vé, hijo mio, replicó el provincial, que eso es mentir; y que la mentira, sobre ser vergonzosa é indigna de un hombre de bien en cualquiera parte, en el púlpito, que es la cátedra de la verdad, es una especie de sacrilegio? Buenos escrúpulos gasta vuestra paternidad respondió fray Gerundio, yo no he oido tantos sermones como vuestra paternidad, porque hasta ahora he vivido poco; pero puedo asegurar, que en ninguna parte he oido tantas mentiras como en los púlpitos. Allí se dan á las piedras las virtudes que no tienen; se finguen flores, árboles, frutas, aves, peces, animales y plantas, que no se encuentran en toda la naturaleza. Allí se hace decir á los padres y á los expositores lo que no les pasó por la imaginacion y á mi parecer hacen muy bien los que lo hacen; porque si los padres y los expositores no dijeron aquello, pudieron decirlo, y nadie los quitó que lo dijesen. Allí no pocas veces se fingen textos aun de la misma sagrada Escritura, que

no se hallan en ella; y esto á mi ver no tiene inconveniente porque así como el Espíritu Santo inspiró á los profetas y á los Evangelistas las cosas que dijeron así puede inspirar á los predicadores las que ellos dicen. A lo menos, cierto predicador de mucha fama así me lo dijo á mí; y aunque es verdad, que esta doctrina no asentó muy bien á mi razon, pero al fin bien conocí, que era de mucha conveniencia. Finalmente, allí se fingen ó se cuentan sucesos y ejemplos trágicos y horrorosos, que nunca sucedieron, adornándolos y vistiéndolos con tan estrañas circunstancias, que claramente se conoce, que son novelas; y con todo eso vemos, que hacen mucho fruto, porque la gente gime, llora, suspira y se compunge; ¿mire ahora vuestra paternidad si se miente en los púlpitos?

8. No le puedo negar, que por nuestros pecados hay mucho de eso replicó el provincial; pero siempre es un atrevimiento, y aun una desvergüenza intolerable, y á cualquiera predicador, á quien le cogieran en alguna de esas imposturas, se le debiera castigar severamente, y quitarle para siempre la licencia de predicar; ¡ah, padre nuestro! respondió fray Gerundio, si se hiciera eso; ¿quién habia de predicar los sermones de cofradía; y cuantos hombres honrados quedarían por puertas ó necesitarían aprender otro oficio?

9. Pero dígame, hijo, ya que por esos disparatados motivos levantó á esos graves autores el falso testimonio, de que afirmaban que santa Ana habia tenido á la Virgen veinte meses en su vientre; ¿á qué propósito, ó á que despropósito trajo para probarlo el texto de *hic mensis sextus est illi*? Seis meses son por ventura veinte? Lo primero, padre nuestro, que yo no traje el texto para lo de *veinte*, si no para lo de *meses*; y para eso el *hic mensis* venia que ni de molde. Lo segundo, que aunque le hubiera traído para lo de *veinte*, tampoco podia venir mas al caso; porque la cuenta es clara: donde hay seis, hay cinco, seis y cinco, son once: donde hay once, hay nueve, y nueve y once son veinte: con que vele ahí los veinte clavados, por las equipolencias, que no estoy tan en ayunas de Sumulas, como algunos piensan.

10. Reventaba de risa el provincial, no obstante su genio adusto y algo cetrino, al oír unos disparates, por una parte tan garrafales, y por otra tan inocentes: y prosiguiendo ya por entretenimiento, lo que habia comenzado por via de amorosa correccion, le preguntó: ¿y qué graves autores

dicen, que santa Ana fué abuela de la santísima Trinidad? ¿no vé, que esa es una heregía formalísima; porque la santísima Trinidad es increada, es improducible, es eterna, y consiguientemente no puede tener madre, ni abuela? Por aquí conocerá ahora, cuanto le conviene estudiar teología aun para ser predicador; porque si la estudia, no dirá heregías como esta. Como yo no diga otras heregías (respondió fray Gerundio), no me llevarán á la inquisicion. Tambien yo lo creo (replicó sonriéndose el provincial), porque á la inquisicion no llevan á los tontos; pero dejará de conocer, que esa es heregía? buena heregía de mis pecados! dijo fray Gerundio. Pues dígame vuestra paternidad, padre nuestro; santa Ana no fué madre de nuestra Señora? Si; porque asi lo dice el texto: *Dixit discipulo: ecce mater tua.* Nuestra Señora no fué madre de Cristo? Tambien; porque asi los afirma san Juan: *Dixit matri suæ: ecce filius tuus.* Luego santa Ana fué abuela de la santísima Trinidad. Sino estuviera mas en ayunas de sumulas de lo que piensa (replicó el provincial, no habia de sacar esa consecuencia, sino esta: *Luego santa Ana fué abuela de Cristo:* pues, ¿qué mas me da una que otra, padre nuestro? preguntó fray Gerundio; ¿pues qué, le dijo el provincial, Cristo es la santísima Trinidad? así lo fuera yo, respondió fray Gerundio: *Et Trinitatem in unitate veneremur.* Con que me negará vuestra paternidad muy reverenda, que Cristo es la santísima Trinidad? y como que lo negaré, respondió el provincial: es la segunda persona de la Trinidad, pero no es la Trinidad: así como fray Gerundio es persona del convento, pero no es el convento. Y sino arguiria bien, el que dijese: *Cecilia Rebollo fué madre de Catanla Cebollon; Catanla Cebollon fué madre de fray Gerundio de Zotes, persona del convento de Colmenar de abajo: luego Cicilia Rebollo fué abuela del convento de colmenar de abajo:* tampoco arguyó bien el hermano fray Gerundio; y cierto hubiera sido mejor, que el *retórico no hubiese atendido al argumento.* Padre nuestro, le respondió fray Gerundio, *todas esas son galanterias de la escuela,* como dice el Barbadiño.

11. Y son galanterias de la escuela, replicó el provincial, decir, que santa Ana, como buena madre, enseñó á la Virgen á rezar el *Ave María?* ¿pues qué? dijo fray

Gerundio, querrá vuestra paternidad negar tambien una verdad tan clara y tan patente? Una madre tan santa y tan cuidadosa de la buena crianza de su hija, como fué la señora santa Ana, ¿dejaría de enseñarla la doctrina cristiana ni mas ni menos como está en el catecismo de Astete, comenzando por el *todo fiel cristiano*, hasta acabar; y mas que hay quien diga que tambien la enseñó aun el mismo ayudar á misa, y que la santa niña á los siete años de su edad ayudaba á todas las misas que se decian en la iglesia de su lugar con mucha devocion y con mucha gracia? porque ya sabe vuestra paternidad, que en tiempos antiguos, como lo leí en no sé que libro, las mugeres ayudaban á misa. Déjelo fray Gerundio, déjelo, que no hay paciencia para oírle ensartar tantos y tan furiosos disparates, repuso el provincial. ¿Es posible, que sea tan pobre hombre, que no advierta que el Ave maria es una oracion que se reza á la misma virgen; y que si santa Ana se la hubiera enseñado, la enseñaría á que se rezase á sí misma? no ha leído siquiera en el catecismo aquella pregunta: *Quien dijo el Ave Maria! El arcángel san Grabiél, cuando vino á saludar á la Virgen*; y que esta fué la primera Ave Maria, que se rezó en el mundo, cuando ya no estaba en él la gloriosa santa, que habia muerto tres años antes que esto sucediese?

12. No quiero ya hacerle mas preguntas sobre la sustancia de la salutacion, porque seria nunca acabar: pero no puedo menos de hacerle algunas acerca del estilo, porque algunas cláusulas me dieron mucho golpe: v. gr. ¿qué quiso decir en esta prodigiosa cláusula? *A este pues angel transparente, diáfana inteligencia, y objeto especulativo de la devocion mas acre, consagra esta estática y fervorosa plebe estos cultos hiperbólicos?* Padre nuestro, respondió fray Gerundio, lléveme el diablo, si yo sé lo que quise decir; solo sé, que la cláusula es retumbante; y que en sonando bien á los oídos no hay que pedirle mas. Y sino, dígame vuestra paternidad, ¿quién hasta ahora ha puesto tachas á estas cláusulas, que andan impresas en un solo sermón de san Andres, y en verdad, que no son mas claras, que la mia?

13. *Y porque el lleno de tan celestes luces no ofusque atingencias visuales, atemperaré la discrecion*

*atenta, con las lustrosas circunstancias del asunto... Al destellar los crepúsculos matutinos, iluminaban el templo de flamantes resplandores, siendo el brillante candor, feliz panegiris de su sacra solemnidad... Nitidos ráfagos de flamulosas antorchas, brillantes destellos de solares luces, animaban afectos obsequiosos, escitando admiraciones festivas: Candidus insuetum miratur lumen olimpi. (Y note vuestra paternidad de paso el modo de traer los textos ni mas ni menos como yo los traigo). Y mas abajo... En el hermoso cielo de esta magnífica capilla, brillan soles en número distintos, Cristo y nuestro glorioso santo: Fulserum quondam candidi tibi soles: pero los identifica afectivamente la fineza: porque Cristo vitaliza con los inneos destellos de su amor al amante corazon de san Andres: Lampades ignis: in me manet, et ego in illo. (Cosa divina! y luego me condenará vuestra paternidad el *Trinitatem in unitate veneremur*). Con esta contestacion hermosa, ya no hay que temer fascinaciones de la esfera: porque las luces que podian recomendar propios resplandores, gloria stellarum (hay qué gloria! como quien dice, *vultum tuum deprecabuntur*) emplean hoy sus brillos en obsequiar de san Andres glorias: Et opera manum ejus anuntiat firmamentum. (Mire vuestra paternidad si yo mismo pudiera traer texto mas al caso?)*

14. Padre nuestro, por ahora no quiero cansar mas la atencion de vuestra paternidad con alegarle mas cláusulas, no solo de este sermon, sino de otros treinta y uno, que están impresos con él, y se contienen en un gran libro de á folio, los cuales todos toditos están en este mismísimo estilo, que es un pasmo, es una admiracion, es una borrachera. Ahora lo dijo todo, replicó el provincial, sin saber lo que se dijo, porque no puede haber epiteo, que cuadre ni explique mejor lo que es ese género de estilo, pues solo un hombre embriagado con el vino de la ignorancia, de la insensatez y de la presuncion puede gastarle; y digo que tiene muchísima razon, que ese estilo y el de su salutacion, esas cláusulas y las tuyas, son tan parecidas como una castaña á otra castaña; ¿pero es posible, que me diga que hay un libro de sermones impresos en este estilo? No lo creo; porque ¿quién lo habia

de permitir? qué tribunal habia de dar licencia para eso? cómo habia de tolerar, que una obra como esa nos espasiese á la risa, á la burla y aun al desprecio de los extranjeros, que no nos quieren bien? Y el autor, que seriamente pretendiese imprimir semejantes locuras; ¿cómo podian menos declararle por falto de juicio, y de llevarle por caridad á la casa de la misericordia de Zaragoza, ó á la de los Orates de Valladolid?

15. Con que vuestra paternidad no quiere creer, que ande impreso tal libro? y con todas las licencias necesarias, y con aprobaciones rumbosas y de muy elevado coturno. Digo que no lo quiere creer, respondió el provincial, y que aunque lo vea, pensaré que lo sueño. Pues espere un poco vuestra paternidad, que yo haré que lo vea y que lo palpe: y diciendo, y haciendo, sale fray Gerundio precipitadamente de la celda del provincial, vase corriendo á la suya; vuelve volando, trae un libro de á folio muy manoseado y ajado, porque no le dejaba de la mano el bueno del frailecito, y casi le sabia todo de memoria; preséntaselo al provincial, y le dice: ¿Está impreso este libro? Sí, impreso está, respondió su reverendísima. Pues lea vuestra paternidad, continuó fray Gerundio; el primer sermón de san Andrés: hízolo, y leyó á la letra las cláusulas arriba citadas ni mas ni menos como las habia recitado fray Gerundio. Quedóse pasmado; y viendo fray Gerundio que triunfaba, añadió: pues ahora ábrale vuestra paternidad por cualquiera parte, y verá si se desmiente el autor, y sino es todo semejantísimo á sí mismo.

16. Abrióle por el sermón que se seguía de la Concepcion, y tropezó luego con esta cláusula. *Veamos pues en aquellas occidentales fabulosas sombras, dibujadas estas orientales Marianas luces, que no es improprio á las soberanas luces el brillar entre las sombras: lux in tenebris lucet; pues consta, que entre la primordial tenebrosidad brilló la Concepcion de la luz: tenebræ erant super faciem abissi: et facta est lux.* Y mas abajo: *Rosas, que siendo timbre de su original pureza; carecen de las espinas de la troncal mácula: ex spinis sine spina, que puso el Simbólico: porque á estas espinas preoocuparon giros de radiantes estrellas: in capite ejus corona stellarum.* Y para acabar la salutacion: *Para ponde-*

rar la gloria, que resulta á nuestra soberana reina de su original gracia, pidamos la gracia, que la comunica su gloria. Aquí se paró un poco el juicioso provincial, y dijo: este predicador sabia tanta teología como fray Gerundio, pues por aprovechar un insulso retruecanello, encajó un error teológico. La gloria á ningun bienaventurado comunica gracia, ni le añade un solo gradito mas á la que tenia; cuando entró en ella. Pero vamos adelante.

17. Abrióle en el sermón siguiente de la Expectacion, y luego incontinenti se halló el principio con esta primera cláusula: *Tan complicado genio anima en la comun expectacion la esperanza, que su posicion y carencia son inexorables parcas de la vida.* Qué diantres quiere decir aquí, exclamó el provincial! No lo sé, padre nuestro respondió fray Gerundio; pero ahí está el primor de ese inimitable estilo, hablar al parecer en castellano, y no haber ningun castellano que lo entienda. Pero tenga, añadió el provincial, que ya por el latin, que se sigue, saco lo que quiso decir: *Nec tecum possum vivere, nec sine te.* Sin duda quiso decir, que con esperanza no se puede vivir, y sin esperanza tampoco; que la esperanza mata, y la falta de esperanza tambien. Vaya, que eso es, reverendo padre, dijo fray Gerundio, por eso dice *posesion y carencia*, esto es, esperanza y falta de ella, y por eso tambien concluye, que ambas *son inexorables parcas de la vida*, esto es, que la quitan. Por el hábito de mi padre santo Toribio, que esto es hablar culto y elevado, y que yo me muero por esto. Sin hacer caso el provincial de la sandez de fray Gerundio, prosiguió leyendo: *Complica la esmeralda púrpura flamante con esplendor virente... El evangelio y el asunto enuncian natural incoherencia; porque si el evangelio enuncia á Cristo en Maria concebido, el misterio assunta á Cristo de Maria suspiradamente deseado.* (Ya escampa y llovan necedades)... *Aureo, triticeo cumulo descende á la auro-ra Mariana el verbo eterno; Ego sum panis vivus qui de coelo descendit: dice el mismo; Frumentum electorum. Predijo Zacharias. Amaltea sacra nuestra emperatriz excelsa, á riegos de perlas, á fomentos de suspiros, anima su corazon sacra cornucopia de celestiales flores:*

Acervus tritici vallatus floribus; Jesus, Jesus! (esclamó el provincial); y esto se predicó! y se predicó esto á un ilustrisimo cabildo! y no echaron al predicador el perrero, en vez de echarle el órgano! y esto se imprimió con todas las licencias necesarias! Vaya, hijo fray Gerundio, que ahora le disculpo.

18. Respecto de las cláusulas que he leído, son tortas y pan pintado aquellas cláusulas de su salutacion, que tanto choz nos hicieron á todos; *¿Y qué te dan, Ana, en retribucion de tus compendios? ¿qué paralelos podrán espresar mis voces al decir tus alabanzas?.... Es santa Ana aquella preciosa margarita, que fecundada á insultos del orizonte, deja ciego á quien la busca.... Cese la energía de los labios, y contemplen mis ojos como áncoras y festivas un texto muy literal, que me ofrecen los cantares. Porque si esta triste y turbulenta avecilla, es trono geroglífico de la castidad, etc. Ea pues digámosla aquella acróstica oracion, que en sus niñeces enseñó á su hija Maria.* Digo, que estas cláusulas no merecen descalzar el pie á las otras, y que teniendo fray Gerundio estos modelos, no estraño que hubiese ensartado tan furiosos disparates. Ya no tengo paciencia para leer mas, porque está bien vista la muestra del paño; y desde luego aseguro, que el autor de estos sermones es sin duda algun mozalvetillo barbiponiente y atolondrado, de estos que aun están con el vade en la cinta, que habiendo leído cuatro libros de estilo culti-latino rumbático, y teniendo media docena de poetas, de mitológicos y de emblemistas, sin saber siquiera que cosa es estilo ni ser capaz de saberlo, se ha formado una idea de locucion estrafalaria y pedantesca, y encaja *ab hoc, et ab illo* todo cuanto se le pone delante.

19. Poco á poco, padre nuestro, replicó fray Gerundio, que vuestra paternidad padece en eso una enorme equivocacion. El autor no es lo que vuestra paternidad piensa; no es por ahí un autorcillo como quiera, es mucho hombre, es hombron, y ha hecho tanto ruido en España, que pocos han hecho mas ni aun tanto. Vea vuestra paternidad la primera llana del libro, lea el título de la obra, y los dictados del autor, y despues me dirá vuestra paternidad si es rana. Aunque ya habia cerrado el libro

el provincial, y aun habia hecho ademan de arrojarle con indignacion por una ventana, oyendo esto á fray Gerundio, le picó la curiosidad, abrió el frontis de la obra, leyó el título, y halló, que decia asi ni mas ni menos: *Florilógio sacro, que en el celestial, ameno, frondoso parnaso de la iglesia, riega (místicas flores) la aganipe sagrada fuente de gracia y gloria Cristo. Con cuya afluencia divina, incrementada la excelsa Palma Mariana (triumfante á privilegios de gracia) se corona de victoriosa gloria. Dividido en discursos panegíricos anagógicos, tropológicos y alegóricos, fundamentados en la sagrada Escritura, roborados con la autoridad de santos padres y exegéticos, particularísimos discursos de los principales espositores, y exornados con copiosa erudicion sacra y profana, en ideas, problemas, hieroglíficos, filosóficas sentencias, selectísimas humanidades. Su autor el R. P. Fr. etc.*

20. Por un gran rato quedó atónito el bueno del provincial, no sabiendo lo que le pasaba, y pareciéndole que con efecto era sueño lo que le sucedia. Pero al fin, volviendo en sí, estregándose los ojos y palpando el libro, conoció que no soñaba. Quiso ver quien habia tenido valor para aprobar aquel inmenso conjunto de desatinos, y para votar que se diesen á luz unos sermones, que no solo no debieran imprimirse, aunque no fuese mas que por el honor de la nacion, pero ni debieran los superiores á quienes tocaba haber permitido que se predicasen; pues no metiéndonos por ahora en mas hoaduras, y sin detenernos en examinar una infinidad de proposiciones osadas, disonantes y aun erróneas respectivamente, solo la broza, el fár-rago, el hacinamiento pueril de citas, textos, autoridades y lugares de todas especies, traídos sin método, sin juicio, sin eleccion, sin oportunidad, y las mas veces por pura asonancia; solo el intolerable abuso de valerse por lo menos tanto de los autores profanos como de los sagrados, hombreando Marcial, Horacio, Catulo y Virgilio con san Pablo, y con los profetas, y usando mas de Beyerlink Mafejan, Aulio Gelio, y Natal Comite, que de los padres de la iglesia: solo el estrafalario, el loco y aun el sacrilego empeño de apoyar los misterios mas sagrados, y las acciones mas ejemplares y mas sérias de los santos como una

fábula, con una noticia mitológica, ó con una superstición gentilica: solo el estilo tan fantástico, tan estranbótico, tan puerilmente hinchado y campanudo; solo un lenguaje tan esguizaro, tan bárbaro, tan mestizo, que ni es latino, ni griego, ni castellano, sino una extravagantísima mezcla de todos estos tres idiomas; solo por esto, vuelvo á decir, que verá y notará cualquiera que tenga ojos en la cara, merecia el tal predicador, que desde el primer sermón le hubieran quitado la licencia de predicar; pero no solo no haber echo esto, sino haberle permitido, que imprimiese tales sermones! haber encontrado quien se los aprobase! Veamos quienes fueron los censores.

21. Aun mas pasmado quedó el zeloso provincial cuando leyó el número, la autoridad y los elogios que daban al autor los aprovantes. Es verdad que en medio de los elogios le pareció, como que divisaba algunas cláusulas, que le sonaban á pullas ó á discretas advertencias del modo con que el padre predicador apostólico debiera haber escrito; bien que temió que esto acaso podia ser malicia suya. Los primeros aprobantes dicen, que *han leído el florilégio sacro con singularísimo gusto*; y añaden inmediatamente; *ojalá, que con igual aprovechamiento!* Que sabemos si en esto quisieron decir: ojalá, que el padre predicador apostólico nos hubiera edificado tanto, como nos ha divertido! ojalá que hubiera hablado mas al alma y al aprovechamiento, que al gusto y á la diversion! ojalá, que se hubiera dejado de flores y de flores tan vulgares, tan inútiles y tan silvestres, y que nos hubiera dado sazonados frutos! Notó tambien, que dichos aprobantes aplicaban á la obra un elogio, que Cíno y Praxítelo dieron á la Cloaca de Galeno, y se le ofreció, sí acaso lo decian por lo que esta obra tiene tambien de Sentina, pues toda ella huele á gentilidad y á pedantismo que apesta.

22. El segundo aprobante, sumamente respetable por todas las circunstancias de su dignidad y de su persona, da bastantemente á entender, que aprobó la obra *infideparectum*, y que la leyó por poderes, siendo muy verisímil, que sus muchas y graves ocupaciones no le diesen lugar para registrarla de otra manera. Y á la verdad fué disculpable en los excesivos elogios, que la dió; porque quien se habia de persuadir, á que no los merecian unos sermo-

nes, que pretendia estampar un predicador apostólico, un lector de teología y un cronista de su órden? Fuera de que quizá tendria presente, lo que dijo cierto poeta en caso semejante: *Que los poetas, que alaban, y los censores, que aprueban, nunca dicen lo que los autores son, sino lo que debieran de ser.* Finalmente, en todo caso, al fin de la censura, hablando de cierto sermón que el autor predicó en la misma ciudad, donde vivia á la sazón el reverendísimo, dice, que *tuvo la fortuna ingrata de no haberle oido.* Y si yo me conozco en desengaños, no es corto el que le ofrece en esta breve cláusula; pues ello, *ingrata ó no ingrata*, ya dice, que el no haberle oido fué fortuna suya. Yo á lo menos por tal la tengo.

23. El tercer aprobante, de circunstancia no menos respetables que el segundo, no se anda en dibujos y con toda la claridad y gravedad que correspondia á su elevado carácter, desde luego le declaró lo mucho que le sobresaltó el título de *florilógio sacro*, que le hizo entrar ya leyendo el libro *con advertencia*, que es decir en cortesía, *con desconfianza, por lo mucho que disuena lo florido con lo apostólico, siendo muy estrañas del apostólico predicador las flores.* Y aunque despues procura dorarle suavemente la pildora, para que la trague, en todo acontecimiento el acibar medicinal allá va, sino hiciere buen efecto, atribúyalo el enfermo á su mala disposicion.

24. Pero al fin, concluyó el provincial, volviéndose á fray Gerundio, sea lo que fuere de las aprobaciones, dígo-le, que no le he de volver este libro, porque cosa mas á propósito para acabarle de rematar en ese perverso gusto, que tiene de componer sermones, es imposible que se haya estampado ni que se estampe en todos los siglos de los siglos. Padre nuestro, dijo fray Gerundio, el libro me le volverá vuestra paternidad, porque no es mio; ¿pues de quien es? preguntó el provincial. No se lo puedo decir á vuestra paternidad, respondió fray Gerundio, porque me le prestaron en confesion. Resonó en toda la celda una espantosa carcajada, al oír tan gracioso despropósito; pero fray Gerundio sin turbarse prosiguió diciendo: y en orden á las tachas, que vuestra paternidad le pone, lo que yo veo es, que corre con grande aplauso, que la impresion se despachó luego, y no se halla uno por un ojo de la

cara, porque los que le tienen le guardan como oro en paño; y en verdad, que todos son hombres de buen gusto, y que el autor se hizo famosísimo en España, por una obra que publicó, dicen, que en el mismo estilo que el florilugio, contra cierto escritor que ha metido gran ruido en este siglo. Con que si esto es predicar mal y con mal estilo, yo digo claramente á vuestra paternidad, que no pienso predicar con otro estilo ni de otra manera mientras Dios me guarde el juicio. Dijo, y sin hablar, mas palabra, volvió las espaldas, y se despidió broncamente de aquella reverendísima asamblea.

25. No se puede ponderar lo irritado, que quedó el provincial á vista de aquel desahogo, y de una despedida tan irreverente y tan desatenta. Iba á mandar con el primer movimiento de la cólera, que le emparedasen; pero algunos padres maestros, que conocian mejor la candidez de fray Gerundio, le aseguraron, que aquella no era malicia, sino pura inocencia, y una mera simplicísima intrepidez. Con esto se sosegó, y se contentó con decir, que si como él estaba ya para acabar el provincialato, hubiera de proseguirle, tarde subiria al púlpito el majadero de fray Gerundio: espresion, que no se sabe como se le escapó, porque era hombre moderado y comedido. Pero Dios nos libre de un hombre colérico, cuando todavia están calientes las paredes.

26. Mientras pasaba esto en la celda del provincial, andaba una terrible zambra en el convento entre los frailes de escalera abajo sobre la misma salutacion. Es verdad, que los mas eran de la propia opinion que nuestro padre: conviene á saber, que era imposible predicarse cosa mas disparatada: pero otros defendian, que habia sido un asombro, y aunque no dejaban de conocer, que habia dicho muchos desatinos, pero los disculpaban con la poca edad, con los ningunos estudios, y en fin decian, que el talento, el garbo, la voz y la presencia lo suplían todo. Sobre todo, el formidable partido de los legos se le calzó enteramente, y no le faltó siquiera un voto, para que desde luego le ordenasen y le hiciesen predicador. Pero los que mas á banderas desplegadas se declararon por él entre los legos, fueron el socio del provincial y el sacristan segundo de la casa. Estos eran votos de grande consecuencia; porque el socio habia cogido al bueno del provincial las sobaqueras

de tal manera, que hacia mas caso de él, que de muchos padres graves, y era voz comun en la provincia, que le dominaba.

27. El sacristancillo segundo por su término no le iba en zaga. Era un leguito, que ni de molde, de mediana estatura, cari redondo, agraciado, lampiño, bojos alegres y chuscos, pulcrísimo de hábito, vivaracho, oficioso, servicial y mañoso, porque sabia hacer mil enredillos de manos. Contaba flores, dibujaba descentemente, componia relojes, acomodaba vidrios, y para una cazuelita, para una tarta, para una bebida tenia unas manos de ángel. A favor de estas habilidades y de su genio blando, y un si es no es zalame-ro, se insinuaba en las celdas, con especialidad de los padres graves, hacíalos la cama, limpiábales las mesas, batíalos el chocolate, servíalos en otros mil menesteres; y como le encontraban pronto para todo, se habia grangeado no solo el cariño, sino la confianza de los mas, tanto, que casi los daba la ley, y los hacia querer todo lo que él queria, y alabar todo lo que él alababa. No es decible cuanto importaron á fray Gerundio estos dos votos, y despues el de los demas legos; porque los dos primeros llegaron á hacer blandear, el uno al provincial, y el otro á casi todos los padres gordos, y los demas, como cada cual tenia su santo de devocion, poco á poco le fueron conquistando á los frailes de misa y coro, de manera, que en breves dias ya casi todo el convento se declaró á favor de sus predicaderas.

CAPITULO X.

En que se trata de lo que verá el curioso lector, si le leyere.

Pues con estos batidores, muñidores y panegiristas viéranse volverse la tortilla á favor de fray Gerundio de manera, que toda la comunidad, á excepcion de algunos pocos hombres sesudos y religiosos de cuatro suelas, se echó sobre el provincial, para que, supuesta su aversion al estudio escolástico y su inclinacion al púlpito, le diese dimisorias para ordenarse, y le nombrase por predicador sabatino. Aun así y todo, costó mucho trabajo doblar la entereza del reveren-

dísimo provincial; pero al fin acabó de rendirle el socio de su reverendísima, que le sabia mejor que otros las escotaduras bien que no se rindió del todo, hasta que uno de los padres mas graves y mas maduros del convento, que queria mucho á fray Gerundio, pero que contaba mas de lo justo sobre su docilidad, salió por fiador de que se emendaria en el modo de predicar, tomando de su cuenta instruirle muy de propósito, en que á lo menos predicase con juicio, Pareciéndole al prelado, que de esta manera aseguraba su conciencia, y debajo de estas condiciones, consintió en que se ordenase de sacerdote, y le hizo predicador Sabatino de aquel mismo convento con aplauso universal.

2. El que lo celebró mas que todos fue el padre fray Blas, predicador mayor de la casa, el oráculo y en materia de predicar de nuestro fray Gerundio; porque, agregado ya su gremio, y hecho en cierta manera subalterno y dependiente suyo, le tenia como á su mandar, para hacerle enteramente á su mano, y se proponia sacar en él un discípulo, que eternizase la fama del maestro como el tiempo le acreditó.

3. Rezeloso de esto aquel padre grave, que habia salido, por fiador de su enmienda, y se habia ofrecido al provincial á instruirle antes que le acabase de pervertir el padre fray Blas, con el pretexto de ir á recrearse algunos dias á cierta granja del convento, le llevó en su compañía, y de propósito se detuvo en la casa de campo un mes cumplido, para tener mas tiempo de insinuarle con destreza sus instrucciones, esperando que se le pegarian, por cuanto no tenia al lado al predicador mayor, que era el que principalmente embarazaba prendiese en el la semilla de la buena doctrina que le daban; porque con sus disparatadas lecciones, y mucho mas con sus ejemplos, todo lo echaba á perder. Llamábase el maestro Prudencio este padre grave, y le cuadraba bien el nombre, porque era hombre prudente, sabio, mas que regularmente erudito, de genio muy apacible, aunque demasiadamente bondadoso, y por eso fácil á persuadirse á cualquiera cosa, y tambien á ser engañado.

4. La primera tarde pues que salieron los dos á pasearse por entre una frondosa arboleda, dijo el maestro Prudencio á fray Gerundio con llaneza y con cariño: Con que

en fin, amigo fray Gerundio, ya eres sacerdote del altísimo, y predicador sabatino del convento? Sí, padre maestro, respondió fray Gerundio, gracias á Dios, á la intercesion de vuestra paternidad, y á la de otras buenas almas. Ya sabes, continuó el maestro Prudencio, que salí por fiador con nuestro padre provincial, de que cumplirias con tu obligacion, y de que no nos sonrojarias. De eso pierda cuidado vuestra paternidad, respondió fray Gerundio, que espero en Dios desempeñarle á satisfaccion, y que no se arrepienta de la fianza. Pero, hombre; ¿como ha de ser eso, le replicó el padre maestro, si no has estudiado palabra de filosofia ni de teologia ni de santos padres, ni de retórica ni de elocuencia, y en fin, de ninguna otra facultad? y un perfecto orador, dice Ciceron, nada debe ignorar, porque se le han de ofrecer mil ocasiones de hablar de todo.

5. Ciceron, padre maestro, dijo fray Gerundio, hablaba de aquellos oradores profanos y gentiles, que trataban en cosas muy distintas que nuestros predicadores; ¿pues de que trataban, le preguntó el padre maestro? Yo no lo se, respondió fray Gerundio, porque no he visto cosa alguna de aquellos oradores, mas que unas pocas de oraciones del mismo Ciceron, que nos hacia construir el Domine Zancaslargas; y esas parece, que todas se reducian, ó á defender á un acusado ó á cusar á un reo ó á excitar los ánimos del pueblo y de la república á alguna resolucion ó empresa que fuese útil para todos; y tambien me acuerdo haber construido una ú otra, que parecia elogio de algun ciudadano que habia hecho servicios importantes á la república, ó acciones gloriosas que podian ceder en esplendor y mayor lustre de toda ella.

6. Con efecto, de eso trataban los oradores gentiles, replicó el padre maestro, y á eso se reducía el fin y la materia de todas sus oraciones, á mejorar las costumbres. Y para eso solo se valian de tres medios, de defender la virtud injustamente acusada, y perseguida, de acusar al vicio inicuamente abrigado y defendido, y de elogiar á los virtuosos, proponiéndolos al pueblo por dechado, y exortándole á la imitacion. Pues ves aquí, amigo fray Gerundio, como por tu misma confesion, aunque sin reparar en ello, el mismo fin debe ser el de un orador cristiano en sus sermones, que era en sus oraciones el de un orador gentil, y los mis-

mos deben ser los medios. El fin es mejorar las costumbres, y los medios son enamorar de la virtud, representando su hermosura y conveniencias (y esto se llama defenderlas), ó infundir horror al vicio, pintando con viveza su deformidad y las desdichas aun temporales que arrastra (y esto se llama acusarle), ó finalmente elogiar á los santos y á los hombres virtuosos, proponiéndolos por modelo al pueblo cristiano, y exortándole á la imitacion de sus ejemplos. De manera que la famosa division de nuestros sermones en panegíricos y en morales, está reducida á esto: y á esto tambien se reducía la division de las oraciones profanas: con que si Ciceron pedía en el orador profano tanto fondo de doctrina, que nada debía ignorar, porque se le habian de ofrecer mil ocasiones de tratar de todo, lo mismo se debe pedir del orador cristiano. Y consiguientemente sabiendo yo, que tú eres un pobre ignorante, discurre si me dará cuidado mi fianza.

7. No tiene que dársele á vuestra paternidad, replicó fray Gerundio: lo primero, porque andan por ahí muchísimos, que no saben mas que yo, y son unos espanta pueblos en esos púlpitos de Cristo: y lo segundo porque Ciceron no es algun evangelista ni padre de la iglesia, y así importa un pito que él pida tanta sabiduría en el orador. No es padre de la iglesia ni evangelista, respondió el maestro Prudencio: pero es y se llama con mucha razon el príncipe de los oradores, y como tal pocos supieron mejor que él lo que es menester saber para persuadir á los hombres á que sean mejores, que es el fin de todo orador, como ya llevamos dicho; y para saber persuadir á los hombres á que sean mejores, preguntó fray Gerundio, es menester saberlo todo?

8. Si, respondió el maestro Prudencio, en sentir de Ciceron; menos algunas curiosidades de astrología, de matemáticas y de física, que sirven mas para la diversion que para el aprovechamiento, el orador debe saber, ó á lo menos estar mas que medianamente tinturado en todas aquellas facultades que dicen relacion á las costumbres y á las inclinaciones del hombre. Para combatir unas pasiones y excitar otras, debe estar instruido en la naturaleza de todas, y esto no puede ser sin estar bien informado de su composicion: ve aquí la necesidad de la filosofia. Para de-

finir, proponer, dividir, probar y discernir entre sofismas y razones, entre paralogismos y discursos sólidos, es menester la lógica ó la dialectica. Sin un grande conocimiento de las leyes divinas y humanas, no es facil distinguir que acciones de los hombres son conformes á ellas ó disformes: cuales se han de aplaudir, cuales se han de condenar: y esto ya ves que no se puede saber sin tener muy profunda noticia de la teología moral, mas que mediana del derecho canónico, y una tintura por lo menos del derecho civil. Como las pasiones humanas nunca se conocen mejor que por los hechos, y como sola la historia es la que nos da noticia de los pasados, conocerá muy mal á los hombres el orador que no estuviese muy versado en la historia antigua y moderna, sagrada, eclesiástica y profana. ¿Y quien creerá que hasta la poesía es muy necesaria al orador? Pues lo dicho dicho: ninguno será buen orador sino tiene algo y aun mucho de poeta. No hablo de aquella poesía que facilita el modo de hacer versos, esto es, de hablar ó de escribir en determinado número y medida, que esto es cosa muy accidental á la poesía verdadera: hablo del alma, de la substancia, del espíritu de la misma poesía, que consiste en la elevacion de los pensamientos, en lo figurado de las expresiones, en la invencion, idea y novedad de los discursos; porque sin esto ¿como se pueden pintar con viveza los caracteres? como se pueden mover y remover con eficacia los afectos? como se pueden proponer las verdades mas triviales con novedad y con agrado? Y ves aquí porque dice Ciceron (estas son sus formales palabras) *que el orador debe poseer la sutileza del lógico, la ciencia del filósofo, casi la diction del poeta, y hasta los movimientos y las acciones del perfecto actor ó representante:* y has de estar en la inteligencia de que el nombre de *filósofo* en la antigüedad, no significaba un hombre precisamente versado en aquella ciencia que ahora llamamos *filosofía*, significaba un hombre lleno, un hombre verdaderamente sabio en todas las facultades. El orador que no está versado en ellas, aunque tenga buenos talentos, á la legua se le conoce: anda arañando aquí y allí noticias triviales, conceptillos comunes para llenar su sermon, que al cabo sale un descarnado esqueleto, mostrando bien, como dice cierto ilustrísimo prelado, *que no*

habla porque está lleno de verdades, sino que anda buscando verdades porque tiene precision de hablar.

9. Eso seria bueno, replicó fray Gerundio, si los predicadores hubiesen de predicar de repente; pero en no admitiendo sermones sino es con dos ó con tres meses de término, está todo remediado, porque en este tiempo se pueden tomar de las bibliotecas y de las polianteas cuantas especies se quieran de todas las facultades, no solo para llenar sino para atestar un discurso. Asi saldrá él, respondió el maestro Prudencio, y no habrá hombre entendido, que no lo conozca. A las mugeres, al populacho y á aquellos semi-sabidillos, que solamente lo son por lectura de socorro, puede ser que les parezca cosa grande; pero los que tienen buenas narices, al punto perciben el fárrago, la inconexion, el hacinamiento y la indigestion de las especies, que ninguno tiene peor sabidas, que el mismo que las ostenta con tanto aparato. No hizo mas que trasladarlas del libro al papel, del papel á la memoria, de la memoria á los labios, y si se las tocan dos dias despues, le cogen tan de repente, como si jamas las hubiera decorado. Predicadores jornaleros, que solo trabajan lo que basta para salir del dia. Quien no gasta muchos años en prepararse de antemano, nunca se preparará bien de repente; y al contrario, presto se dispondrá bien para un sermón particular, el que anticipadamente se halla ya prevenido para todos.

10. Y esa prevencion, padre maestro, preguntó fray Gerundio, ¿como se ha de hacer? Ya te lo he dicho, respondió el maestro Prudencio: primeramente estudiando las facultades necesarias, y despues leyendo con mucha reflexion, observacion y penetracion á los santos padres, á los expositores y oradores mas acreditados; Jesus, padre maestro! replicó fray Gerundio, seria ya un hombre carçuezo antes de ser predicador, porque para estudiar todo eso eran menester muchos años. A lo menos, respondió el maestro, ninguno debiera ser predicador, que no fuese maduro y bien adulto; porque el demasiadamente jóven puede tener ingenio, puede tener habilidad, puede tener viveza, puede tener talentos, y todo lo demas que se quisiere; pero no puede tener la ciencia, noticias, especies y estension necesaria, porque esta no se adquiere sin mucho estudio y

lectura, y para la mucha lectura son menester muchos años. Añádese, que á los predicadores demasiadamente jóvenes, si no suplen la falta de representacion con una virtud extraordinaria, nunca se les puede tener el respeto y la veneracion que son tan necesarias, para que hagan fruto los que ejercitan de oficio este sagrado ministerio, sin hablar de otros inconvenientes, que no es menester decirlos, para que cualquiera se haga cargo de ellos.

11. Pues ¿por que se empeñó vuestra paternidad, le preguntó fray Gerundio, en que á mi me hiciesen predicador, siendo asi que apenas he hecho mas que cumplir los veinte y cinco? Estraña mucho que me hagas esa pregunta, respondió el padre maestro, no sin algun enfadillo: ¿tan presto te has olvidado de lo que tu mismo me importunaste, para que hiciese este empeño? Fuera de que viéndote encaprichado en no seguir los estudios, y que echabas los bofes por aplicarte á esta otra carrera, quise ver si podias servir de algo en la religion, especialmente que los predicadores, sabatinos, apenas son mas que aprendices de predicadores, porque solamente se les encargan algunos sermoncillos domésticos de poco ó ningun concurso, para que se vayan ensayando y me pareció que en este tiempo podria suplir el arte, lo que faltaba al estudio y á la edad.

12. Con que el arte ya puede suplir eso? replicó fray Gerundio. Enteramente no lo puede suplir, respondió el padre maestro, pero de alguna manera si. Por Dios, dígame vuestra paternidad; ¿como podrá suplirlo? Leyendo con cuidado buenos originales, respondió el maestro Prudencio, esto es, los sermonarios de los mejores predicadores que han florecido en España, y procurando imitarlos, asi en la substancia como en el modo: ¿pero cuales tiene vuestra paternidad por los mejores sermonarios? preguntó fray Gerundio. Toda comparacion es odiosa, respondió el padre maestro; y asi, no metiéndome por ahora en calificaciones respectivas, te digo que los sermones de santo Tomas de Villanueva, en la naturalidad, en la suavidad y en la eficacia, son un hechizo del entendimiento y del corazon. Los de fray Luis de Granada, á quien llamaron con razon el Demóstenes español, en el nervio, en la solidez y en aquella especie de elocuencia vigorosa, que á guisa de

un torrente impetuoso todo lo arrastra tras de sí, acaso tendrán pocos semejantes. La novedad de los asuntos, la ingeniosidad de las pruebas, la delicadeza de los pensamientos, la oportunidad de los lugares, la viveza de la expresión, la rapidez de la elocuencia, que reinan en los más de los sermones del padre Antonio Vieira, quizá la merecieron el epíteto, que le dan muchos de monstruo de los ingenios y príncipe de nuestros oradores.

13. En verdad, replicó fray Gerundio, que entre esos muchos no tiene vuestra paternidad, que contar al autor del *verdadero método de estudiar*, el cual dice, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada... Que por haberse dejado arrebatado del estilo de su tiempo, tal vez fue aquel, que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia... Que sus sermones están llenos de galanterías que divierten, pero que no persuaden... Que los que le aplican aquellos grandes epítetos de maestro del púlpito, príncipe de los oradores, maestro universal de todos los declamadores evangélicos, águila evangélica, ó no lo entienden ó hablan apasionados... Finalmente, que era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma, como se lo oyó el autor á muchos jesuitas, que tenían de él perfecta noticia.*

14. También yo la tengo, respondió el maestro Prudencio, de eso y de todo lo demás que dice el Barbadiño autor de esa obra que me citas, contra este insigne hombre. Debiera este quejarse, si le tratara á él de otra manera, que trata á casi todos los hombres grandes que florecieron en todas las facultades, siendo su empeño conocido dar á entender que todo el mundo tenía los ojos cerrados, hasta que él vino á abrírselos por caridad, haciéndole ver que eran unos pobres idiotas los que el calificaba por maestros. Nada se le dará al padre Antonio Vieira, antes le estará muy agradecido, de que en materia de elocuencia cristiana le lleve á él por el mismo raseró por donde llevó en materia de teología, á santo Tomás, san Buenaventura, Suarez, Vazquez y á todos los escolásticos: en materia de filosofía á todos cuantos no la escribieron á *la derniere, et sic de reliquis*. No obstante, si su crítica

no fuera tan universal, tan despótica y tan indigesta, si se hubiera contentado con decir, que el padre Vieira, *especialmente en algunos de sus sermones panegíricos*, se dejó llevar con algun exceso, y aunque dijese con mucho de aquella especie de entusiasmo, que arrebatava á su fogosa imaginacion, y que rompía en las primeras ideas que le ocurrian á ella, las cuales eran por lo comun sutilísimas, agudísimas, pero menos sólidas, adelante: yo por lo menos no me opondría á eso, porque estoy persuadido á que muchos de sus sermones, singularmente de los panegíricos, adolecen de este achaque. Por eso pudiste notar, que yo no te le propuse por modelo *en todos*, aun en aquellas determinadas cosas de que le alabé, sino *en los mas*. Pero pronunciar en cerro, y como dicen á red barredera, *que en sus sermones no se hallará artificio alguno retórico, ni una elocuencia que persuada*, no fue tirar la barra de la crítica hasta mas allá de lo justo, fue propiamente tirar á desbarrar.

15. En cuanto al artificio retórico, ni uno solo se señalará de sus sermones, que no esté dispuesto con el mas perfecto, con el mas vivo, con el mas natural, y al mismo tiempo con el mas disimulado, si es que efectivamente hay otro artificio retórico, que un entendimiento bien lleno de su asunto, una imaginacion fecunda, viva, espirituosa y animada con una facundia natural, pronta, abundante y expresiva. El que estuviere dotado de estas prendas, como lo estaba el padre Vieira en superlativo grado, bará sin pretenderlo y aun sin advertirlo, unas composiciones tan retóricas, que el mismo Tulio las admiraría, y colarán naturalísimamente de su boca y de su pluma, no solo aquellos tropos y figuras que hizo advertir la observacion, sino otras muchas que no se habian observado, y que quizá son mas enérgicas que las ya sabidas. Quien no descubriere este artificio en cualquiera de los sermones del padre Vieira, no entre á leer los libros sin lazarillo.

16. Por lo que toca á la elocuencia, que persuada (que es la única que merece el nombre de elocuencia castiza y de ley) quisiera yo me señalase con el dedo el Barbadiño otra mas activa, mas vigorosa, mas triunfante que la del padre Antonio Vieira, singularmente en todos los sermones puramente morales, y tambien en muchos panegíri-

cos. Lea con reflexion los capitales asuntos, que trata en los sermones de adviento y de cuaresma, donde desmenuza los novísimos y promueve las verdades mas terribles de la religion, y dígame ¿que orador antiguo ni moderno trató jamas estos puntos con mayor viveza, con mayor solidez, con mayor valentia ni con mas triunfante eficacia? Es un Rodano, es un Danubio, es un Tekesel, que quiere decir *espantoso*, rio de la Etiópia, llamado asi por su asombrosa rapidez: todo lo lleva tras sí, todo lo arrastra todo lo arrebatada. No hay entendimiento, que no se rinda á la convincente solidez de sus razones; y apénas hay corazon que resista al rápido vigoroso impulso con que le combate: tanto, que oí decir á un célebre misionero jesuita, que si se formase un cuerpo de mision de los sermones del padre Mieira, entresacando los que corresponden á los asuntos que se suelen predicar en esta sagrada materia, con dificultad habria otros, que conquistasen mas almas, especialmente en auditorios cultivados y capaces. Y con efecto consta de la vida de este hombre prodigioso, que no hizo menos fruto en los corazones con sus sermones morales, que causó admiracion en los entendimientos, asi en España como en Italia, con la mayor parte de los panegíricos.

17. En Italia, vuelvo á decir, por mas que el cetrino Barbadiño nos quiera persuadir, que oyó á muchos jesuitas italianos, *que el padre Antonio Vieira era un hombre estimado en Portugal, pero no en Roma*: á qué jesuitas pudo oír semejante despropósito, sino que fuese á los cocineros de las muchas casas que tiene la compañía en aquella córte? Estoy por decir, que aun estos no ignoran el gran ruido, que hizo en ella, cuando fué llamado de su general, por haberle significado el papa Alejandro VII, muchos cardenales y la famosa reina Cristina de Suecia, la gana que tenian de oírle, por lo mucho que habia publicado de él la fama en toda Europa. No ignoran, que despues de haber predicado varias veces en presencia del sacro colegio, convinieron todos, en que era aun mucho mayor que su fama. No ignoran, que habiendo predicado, digámoslo asi, á competencia con el mayor orador que tuvo la Italia en aquel siglo, el reverendísimo padre Juan Paulo Oliva, predicador apostólico de tres sumos pontífices, y general de toda la compañía; no obstante el elevado mérito de este hombre

verdaderamente grande; no obstante el estar reputado, y con razon, por el evangélico Demóstenes de Italia; no obstante la pasion natural con que necesariamente le habian de mirar todos los patricios; no obstante el peso que habia de hacer en la balanza, ó el respeto, ó la dependencia, ó la adulacion ó todo junto, viéndole cabeza suprema de toda su religion, y con una autoridad casi despótica en la corte de Roma, por la grande estimacion que hicieron de él los tres sumos pontifices, que le alcanzaron: no ignoran, vuelvo á decir, los jesuitas, que no obstante todo esto, en los dos sermones, que en la fiesta de san Estanislao de Koska predicaron el general y el súbdito, el italiano y el portugués, los estraños y los domésticos dieron al de este la preferencia.

18. No ignoran que el mismo general, en una carta que le escribió despues desde Roma á Lisboa, le llama *Intérprete verdadero de la Escritura, singular órgano ó arcaduz del Espíritu Santo, modelo de oradores y padre da la elocuencia*; siendo asi que los superiores de la Compañía, y especialmente el supremo de todos, en las cartas que escriben á sus súbditos, aunque no les escaseen las expresiones paternales, los dispensan con mucha circunspeccion y con grande economía los elogios. Estos que el reverendísimo Oliva dedicó al padre Vieira, no solo no los ignoran los jesuitas de Roma, pero pudiera y debiera no ignorarlos el mismo Barbadiño, pues se hallan estampados en uno de los dos tomos de cartas de dicho general, que se dieron á la luz pública. Finalmente no ignoran los jesuitas, que el mismo papa Alejandro y la reina Cristina desearon con ansia, que se quedase en aquella corte, el uno para oráculo de su capilla pontificia, y la otra para ornamento de su real discretísimo y doctísimo gabinete, donde concurrían los hombres mas sabios, y mas eminentes de la Europa toda, que eran los que principalmente componian la corte de aquella estraordinaria princesa, por lo que dijo de ella con singular discrecion Samuel Bochar, haciendo el cotejo entre la reina de Sabá, que fué á conocer y á consultar á Salomon, y la reina Cristina.

Illa docenda suis Salomonem invifit ab oris :

Undique ad hanc docti , quo doceantur eunt.

Que tradujo asi un poeta castellano :

*Aquella por oir á un sabio ,
Su corte y su patria deja ;
Los sabios dejan las suyas ,
Solo por oir á esta.*

Pero así el papa, como la reina desistieron de su empeño, por no mortificar al religiosísimo y zelosísimo padre, que habiéndose dedicado con voto apostólico cultivo de los negros bozales del Brasil, y haciéndose intolerables los aplausos que le tributaba la Europa, suplicó rendidamente á la cabeza de la iglesia y á aquella sábia princesa, le permitiesen restituirse adonde le llamaba su espíritu, y el de la divina vocacion.

10. Así lo hizo, sin que tampoco fuesen capaces de detenerle en Lisboa las instancias del rey de Portugal, que quiso fijarle en ella, para tener el consuelo de oírle como maestro desde el púlpito, y obedecerle como padre en el confesionario, fiándole la direccion de su real conciencia; mas el gran Vieira, firme en su apostólica vocacion, y superior á todas las fugaces honras con que le brindaba el mundo, enamorado de sus portentosos talentos, renovó en la corte del rey don Pedro el ejemplo, que ciento y treinta años antes habia dado san Francisco Javier en la del rey don Juan: pues supo representar con tanta eficacia á aquel monarca quanto mas y quanto mejor le serviria en el Brasil que en Lisboa, que el príncipe se dejó persuadir. Nada de esto ignoran los jesuitas italianos; ¿pues quienes pudieron ser aquellos *muchos jesuitas romanos*, á quienes oyó el Barbadiño, que *el padre Vieira era hombre estimado en Portugal, pero no en Roma*? Harto será que cuando le pareció oír esto, no tuviese arromadizados los oídos, ó á lo menos atronados con el sonido de la *tuba magna*, de cuyos estruendosos ecos da muestras de gustar mucho en varias partes del método, pero con mas espacialidad en su furiosa *respuesta á las reflexiones de fray Arsenio de la Piedad*.

20. Y de paso puedes notar la injusticia, y aun la temeridad, con que el Barbadiño atribuye esta, que él llama falta de artificio retórico y de elocuencia que persuada, al deseo que el padre Antonio Vieira muestra en casi

todos sus sermones de agradar al público. Un hombre, que con tanta modestia, y con tanto empeño huía los aplausos de la primera corte del mundo, y las honras con que esta y la de Portugal á competencia le brindaban, por ir á emplear sus raros talentos entre los zafios y tostados negros del Brasil, ¿qué caso haria de agradar al público en sus sermones, sino que fuese de aquel racional agrado, que debe pretender todo orador, para que le oigan con gusto, y abra el camino al provecho? Porque al fin aquel agrado y aquel aplauso, que consiste en las obras mas que en las palabras, no es impropio, antes es muy digno de cualquiera orador cristiano. San Chrisóstomo, que ciertamente no solicitaba en sus sermones el aura propular del auditorio, no solo no hacia ascos de este agrado, sino que le pretendia: *Plausum illum desidero, quem non dicta, sed facta conficiant.*

21. No obstante lo dicho, yo convengo de buena gana con el señor arcediano de Eborá (pues ya sabemos todos que lo es por la gracia de Dios y de la santa sede apostólica el llamado Barbadiño) en que, no *casi todos*, sino muchos de los sermones *panegíricos*, y aun tal cual de los *morales* del padre Vieira, están llenos de pensamientos mas brillantes que sólidos, mas ingeniosos que verdaderos: como tambien de lugares de la Escritura; y de esposiciones traídas ó aplicadas con mayor agudeza que solidez, y consiguientemente, que sus pruebas deslumbran pero no persuaden, deleitan, mas no convencen. Tampoco me opondré del todo á lo que añade el Barbadiño, *de que tal vez fué aquel que con su ejemplo dió materia á tantas sutilezas, que son las que destruyen la elocuencia*: con tal que no quiera significar por estas palabras, como parece lo da á entender, que el padre Vieira fué el que introdujo en el mundo este mal ejemplo, siendo el primer inventor de estas sutilezas, que no hacen merced á la Escritura, y hacen anicos la elocuencia.

22. En ese caso reñiremos; porque siendo tan erudito el señor arcediano, como ciertamente lo es, no puede, ignorar, que cuando nació el padre Vieira, ya estaba el mundo atestado de libros de *conceptos predicables*, así en portugués como en castellano, en italiano, en latin, y aun habia algunos en francés, que tenian desterrada de los

púlpitos la elocuencia verdadera, y la genuina y literal aplicacion ó aplicacion de la sagrada Escritura. Dejo aparte el reinado del sentido alegórico, que aunque propio, es el mas arbitrario y consiguientemente el mas espuesto á desbarrar, si no se maneja con mucho pulso y con gran tiento, el cual se apoderó de todo el siglo décimosexto, y de mucha parte del décimoseptimo en que nació el padre Vieira. Ya encontró este muy celebradas en los púlpitos las sutilezas de Mendoza, las metafísicas de Silveira, los arrojos de Guevara, los reparillos de fray Felipe Diez, y tambien en Italia y aun en Francia habian hecho grandes estragos en la elocuencia sagrada las delicadezas de los Berninis, de los Maronis y de los Mercenieres.

23. Basten estos ejemplares para probar, que no fué el padre Vieira el inventor de las sutilezas del púlpito, y para que no se le recargue, con que tal vez fué aquel, que con su mal ejemplo dió materia, para que estas se introdujesen en perjuicio de la verdadera elocuencia. No por eso negaré, que los sermones panegíricos con especialidad, están demasiadamente cargados de ellas, y por eso no te los propongo absolutamente por modelo; pero los morales, con toda seguridad pueden servirte de ejemplar, aunque se encuentre en ellos tal cual agudeza de pensamiento no tan sólido; pues morales y muy morales son todas las homilias de san Juan Crisóstomo, y no obstante encontrarse en ellas uno, ú otro pensamiento, que no parezca tan cimentado, no hay en la iglesia de Dios modelo de elocuencia mas acabado ni mas perfecto.

24. Insensiblemente fueron caminando cerca de una legua en esta conversacion el maestro Prudencio y nuestro fray Gerundio, el cual daba muestras de oirla con atencion y con gusto, tanto que rogó al padre maestro, que tuviese la bondad de irle instruyendo poco á poco en aquellas materias, y aun le suplico que le diese unas reglas breves, claras y comprensivas, para componer todo género de sermones panegíricos, morales, y tambien las que se llaman oraciones fúnebres, á cuyas tres clases pueden reducirse todas las especies de sermones, que se predicán. Pidióle mas, que no solo le diese reglas para componerlos, sino tambien para el modo de predicarlos, descendiendo hasta las mayores menudencias del gesto de la persona, de la

decencia del traje, del juego de la voz, y del movimiento y decoro de las acciones. Todo se le ofreció el bueno del maestro Prudencio, bañándose como dicen en agua rosada, y rebosando en el semblante una suma complacencia, por parecerle que le iba saliendo bien su traza, y muy persuadido ya á que habia de sacar en fray Gerundio un predicador de gran pro, con desempeño de la fianza que habia hecho, no sin acreditar en ella la bondad de su corazon mas que la bellaquería de su buen juicio; pero como el paseo habia sido largo, era hora de comer, y los ácidos hacian su oficio en los estómagos de los dos, especialmente en el del robusto fray Gerundio, se limitó la sesion para ocasion mas oportuna, y se retiraron á la granja á acallar las justas quejas de las tunicas estomacales.



LIBRO TERCERO.



CAPITULO I.

De un enredo de barrabas , que hizo el mal dimoño , para acabar de rematar á fray Gerundio.

Habrá notado acaso el muy crítico y muy curioso lector (y tambien es muy natural que no lo haya notado) , que la division y comenzamiento de este libro tercero , no est  segun arte ; porque , habiendo acabado el primero con las niñeces , primeras letras y estudios pueriles de nuestro incomparable fray Gerundio , hasta dejarle en el noviciado con el hábito de la religion , parecia que el segundo libro se habia de cerrar con los estudios , pocos   muchos que tuvo en ella , y que debiera comenzar el tercero desde que se halló ya sacerdote de misa , y con el nombramiento de predicador sabatino ; por cuanto el nuevo estado , y asimismo el nuevo empleo , eran una época de su vida , natural , oportuna y propia para esta tercera division . De donde acaso el mismo lector querrá poner pleito al pobre libro segundo , sobre su capítulo décimo , diciendo que este toca de justicia al libro tercero , y que ha sido usurpacion y tiranía privarse de él .

2. Yo no jurar  , que no tenga sus vislumbres   apariencias de razon el que hiciere este reparo ; pero sobre que hasta ahora no se ha publicado alguna pragmática-sancion , que d  reglas fijas , ciertas y universales para el amojonamiento , término , límites ni cotos de los párrafos , capítulos ni libros ; pues hasta en las lindes de los puntos , que son mas necesarias , para que no haya pleitos en la jurisdiccion   inteligencia de las cláusulas , sabe Dios y todo el mundo los trabajos que hay , por no haberse recibido al-

guna ley obligatoria, que ligue y causa entero perjuicio á los escritores y á los escribientes: como esta costumbre de la division de capítulos y libros, dicen que se ha introducido en el mundo literario, para que descansen y tomen huelgo, así los que escriben, como los que leen; en asegurando yo, que no me causé, hasta que dejé á fray Gerundio, no solo con el título de predicador sabatino, sino con los primeros crepúsculos de la instruccion del padre maestro Prudencio, pareceme que por lo que á mi toca, tapé la boca al crítico reparador. Si mis lectores se causaron ántes, eso no debe ser de mi cuenta: ¿quitolos yo por ventura, que cierran el libro cuando les diere la gana, y se echen á dormir hasta que despierten, con lo cual, no solo dividirán, sino que podrán hacer gigote los capítulos y los libros, siempre y cuando les pareciere puesto en razon?

3. Pero me dirán, que aunque no hay ley escrita, que arregle estas divisiones, las regla, y como que las dicta la misma ley natural, esto es, el *sindéresis* y la razon de los escritores metódicos, claros y de buena economía. A eso respondo, que en esto de *sindéresis* y de razon natural cada cual tiene la que Dios le dió, y que los entendimientos son tan diferentes como las caras. A tal le parece, que escribe, y que habla con el mejor método del mundo, y al otro que le lee ó que le oye, le parece un eterno embrollador, y una confusion de confusiones. Vaya un ejemplo. Díganle al autor del *verdadero método de estudiar*, que es un embolismo todo lo que escribe; que en muchas partes apenas se perciben las reglas prácticas que da y que las que se perciben, ó es imposible ó sumamente dificultoso practicarlas, y consiguientemente, que por ellas ninguna facultad se aprenderá. Se espíritará de cólera, se pelará las barbas al quitar, con que quiso engalanarse, y á cualquiera que le vaya con esta embajada, le dará una rociada de *parvoices*, de *ridicularias*, y de *crasas ignoranzas*, con que le haga retirar mas que de paso.

4. Vaya otro ejemplo. No ha muchos años, que cierto cirujano latino (así decia él que lo era), hombre bonísimo, imprimió un libro con este título: *método racional, y gobierno quirúrgico para la curacion de los sabañones*; ¿quien no creeria, segun el epígrafe de la obra, que esta se reducía á dar reglas prácticas y metódicas

para curar estas bachillerías de la sangre, que dan tan malos ratos á la gente de poca edad, y tal vez á hombres barbudos y aun canosos? Pues no señor; de los trece capítulos, á que se reduce todo el librete, solo el último tiene algun tastillo de metódico ó de práctico; los otros doce, sobre ser impertinentísimos para el asunto, tienen tanto de método y de gobierno quirúrgico, como de oportunidad. Empeñóse en hacérselo conocer el autor un tal Juan de la Encina, escritor desalmado de tres cartas, asaz bien escritas en que esgrimió sobre las costillas del pobre cirujano toda la pujanza de su postizo apellido; y aunque con efecto le hizo evidencia, de que el nombre de *método* solo podia ponérsele á la obrilla por mote ó por anti-frasis; el bonazo del autor se fué á la otra vida muy persuadido, á que no se habia escrito en esta, cosa mas metódica ni mas gubernativa. Véngansenos ustedes ahora, con que el *sindéresis* y la razon natural dictan á cada autor el método que debe observar en el económico repartimiento de sus escritos.

5. Pero al fin, ¿qué nos estamos quebrando la cabeza? Note el curioso lector, que en el primer párrafo ó número del capítulo último del libro antecedente, quedó nuestro fray Gerundio presbítero *in facie ecclesiæ*, y predicador sabatino en toda propiedad, y respóndame en Dios y en su conciencia á esta preguntilla: ¿seria bien parecido, que aquel capítulo no se compusiese mas que de un solo párrafo, y que se presentase en el libro como un capitulillo de tela ó de miniatura, siendo asi, que los otros pueden pasar por capítulos generales, aunque sean de la religion mas numerosa, por la mitad de especies, y de números que concurren á componerlos? Haga justicia el prudente y *equitativo* lector y si en medio de eso no me concediere la razon, *pacencia, Carlos, pacencia.*

Hecha esta digresion tan necesaria como impertinente y molesta, volvamos á atar el hilo de nuestra historia. Es tradicion de padres á hijos, que estaban acabando de comer el maestro Prudencio y nuestro fray Gerundio, por señas que les servian de postre unos caracoles de alcorza, y algunas bellotas de mazapan; con que habia regalado al padre maestro cierta monja de la orden, confesada suya, cuando comenzaron á llamar con grande fuerza á la puer-

ta de la granja: salió al ruido de los golpes el lego, que cuidaba de ella, y encontróse (quien tal imaginára!) no menos que con el padre predicador mayor de la casa, el incomparable fray Blas, y con un labrador guedejudo, fornido, rechoncho y de pestorejo, que venia en su compañía: caballero el padre predicador en un rocin acemillado, tordo, sutil, zanqui-largo y ojeroso; y montado el paisano en un pollinejo rucio, aparrado, estrecho de ancas, rollizo, oreji-vivo y andador. Era el caso, que en una aldea presumida de lugar, dos leguas distante de la granja, que se llamaba antiguamente Jaca la Chica, y ahora, ó porque se corrompió el vocablo ó por reducir á una solo voz el diminutivo, se llama Jacarilla, habia fundado pocos años antes una cofradía, dedicada á santa Orosia, el cura del lugar, que era aragonés y muy devoto de la santa. El mayordomo de aquel, año que era el labrador que venia acompañando á fray Blas, le habia echado el sermon; y aunque este no valia mas que quince reales, dos libras de turrón, y un frasco de vino de la tierra, fray Blas le habia admitido; porque en materia de sermones llevaba la opinion de los mercaderes, que muchos pocos hacen un mucho, y recibir á todo pecador como viniere. Algo se rodeaba por la granja; pero por comer en casa de la órden, y sobre todo por ver fray Blas á su querido fray Gerundio, aunque habia tan poco tiempo que se habian separado, quiso hacer este rodeo.

7. Tanto como se alegró fray Gerundio con la vista de su amigo, tanto sintió el maestro Prudencio aquella importuna visita, temiendo que si los dejaba hablar á los dos á solas, echaria á perder el aturdido del predicador todo lo que á su modo de entender habia adelantado él por la mañana. Hizo pues ánimo á no perderlos un punto de vista hasta que marchase fray Blas, suponiendo que lo haria despues de comer, y para que lo ejecutase cuanto antes, dió órden al lego, para que los calentase á toda prisa lo que habia sobrado de la comida, añadiendo algunos torreznos fritos, que es el agua de socorro para huéspedes repentinos, cuando llegan al levantar de los manteles.

8. Mientras se enderezaba la comida, no los divirtió poco el labrador, que aunque záfio de esplicaderas, grosero de persona, y no muy delicado de crianza, era bas-

tante ladino, y un si es no es socarron. Ya sabia que el maestro fray Prudencio era hombre de mucho respeto en la órden, porque se lo habia prevenido fray Blas en el camino; y asi luego que entró en la sala donde estaba, le hizo una grande reverencia, escarbando hácia atras con el pie y pierna izquierda, tanto que faltó poco para hincar una rodilla, pero sin quitarse el monteron perdurable, que tenia calado hasta las cejas, y saludando al maestro, le dijo: *tenga su eternidad guenas tardes, endísimo padre fray maestro, y guen provecho haga su esencia: prega á Dios que todo se le convierta en injudia: y diciendo y haciendo, sin esperar á que nadie se lo rogase, echó mano de uno de los vasos de vino que estaban sobre la mesa en una salvilla para echar á la que llaman de san Vitoriano, y con despejo patanal añadió sin detenerse: A la salud de su trinidad muy revorenda, y tambien á la de mi padre perdicador flay Bras, que es la frol de los perdicadores de chapa, y tambien á la de ese fraire mozico, que mal año para quien me quiera mal, si no tiene perjeño de ser con el tiempo otro padre flay Bras; y tambien á la de mi amigo el padre granjero flay Grigorio, que aunque no es de misa tampoco lo fue su padre. Dios le bendiga; pero en una feria de carneros, que se venga á emparejar con él un atajo de padres persentados: porque por fin y por postre, de todo se sirve Dios.* Acabada esta letanía, echóse á pechos el vaso, que era de mediano portante, y bolcándole boca abajo sobre la salvilla, él se dejó caer en un banco, repantigándose en él con mucha autoridad.

9. Cayó muy en gracia al bueno del maestro Prudencio toda esta introduccion, y como era de genio tan bonadoso y tan apacible, le dijo con mucho agrado: *Buen provecho, tio: como se llama? Bastian Borrego para servir á su ausencia,* respondió al labrador (y al decir esto, hizo ademan de levantarse un poco la montera). Por muchos años en vida y salud de su muger y de sus hijos, si los tiene, continuó fray Prudencio. *Y como unas froles, aunque parezca mal que yo lo diga, replicó el tio Bastian, especialmente uno que tengo vestido con el habitito de san Juan de Dios, de estos que llaman flai-*

res gaspachos, déjelo su usandisima, eso es bobada: con que el tío Bastian, prosiguió el padre maestro, es mayordomo de santa Orosia? Y tambien lo juí, respondió Borrego, de la cofradía del santísimo, y servi la de la Cruz y la de las ánimas, y ahora solo me falta, que me echen á cuestras la de san Roque, que no dejarán de hacerlo, porque para los probes se hicieron los trabajos. Segun eso, tiene por trabajo el servir á los santos, replicó el padre maestro. A los santos, padre nuestro, gueno es servirlos; pero el caso es, que segun mi corto maginamiento, en estas mayordomías de mis pecados se sirve poco á los santos y mucho á los cofrades. Y si no, dígame su revorencia; se servirá mucho á los santos, en que un probe como yo, gaste en cada una de estas mayordomías sesenta reales en vino, veinte en tortada, diez en avellanas, todo para dar la caridad á los cofrades; sin contar la cera ni la comida á los señores sacerdotes, ni la limosna del padre perdicador; que todo junto hace subir la roncha á mas de ciento y veinte reales? Ya la cera, la limosna del sermón, y aunque digamos tambien la comida de los curas pase, porque todo esto parece cosa de iglesia; pero el vino de los cofrades, que hay hombre que se mama dos cuartillas, la tortada y las avellanas para yesea; y añada su trinidad, el baile por la tarde á la puerta del mayordomo, que dura hasta muy entrada la noche, y mas si toca el tamborilero el son, que se llama el espanta-pulgas; querrame decir su usandísima que de esto se sirve Dios ni los santos?

10. De eso no creeré yo, que se sirvan mucho, respondió fray Prudencio, y por lo mismo estoy tambien mal con ello. Pero si el tío Bastian conoce, que las mayordomías y las cofradías se vienen á reducir á esas borracheras; ¿para qué entra en ellas? *Para qué entra en ellas? guena pregunta! Bien se conoce, que su ausencia está metido alla con sus libros, y no sabe lo que pasa en el mundo. Padre nuestro, en los lugares es preciso entrar en todas las cofradías, porque es preciso, y no digo mas, que al guen entendedor, pocas palabras. Jue- ra de esta razón, que pesa un quintal; viene un flaire, y pondera tanto las undulgencias de una cofradía;*

viene otro, y perdica tantas cosas sobre los sufragios, que hace la otra por sus defuntos, que si un hombre no los cree, le llevan; ¿qué se yo donde? y si los cree y no lo hace, le tienen por judío.

11. Pero aunque entre en las cofradías, replicó fray Prudencio, no le pueden obligar á que sea mayordomo; *no me pueden obligar?* respondió el tio Borrego: *Si usa caridad no sabe mas de tulugia, que de cofradías, no trueco mi cencia por toda la suya; ¿qué razon habrá divina ni humana; para que habiendo yo bebido el vino y comido el turron de los demas cofrades, no beban y coman ellos el mio? Amen de eso, si entro á la parte en los sufragios y en las indulgencias, tambien tengo á entrar en los gastos; ¿pues qué no hay mas que entrar uno cofrade, morir bien ó mal, como Dios le ayudase, irse al pulgatorio, y salir luego de él de mogollon, y como dicen, de bobilis bobilis, sin que le cueste tanto como á cualquiera otro probe? A buen bocado, buen grito; lo que mucho vale, mucho cuesta; donde las dan las toman, y donde no las toman, no las dan.*

12. Pero si el cofrade se va al infierno, replicó el padre maestro, de que le sirven los sufragios ni las indulgencias? *Ahora si*, respondió el tio Bastian, *que su eternidad muy revorenda dió en el punto, y se conoce que es tiólogo. Sin serlo yo, he puesto esa enfecultá á muchos padres perdicadores, y en verdad, que no han sabido desenredarse bien de ella. Las cofradías, que se reducen todas á sufragios y á indulgencias, solo sirven para los que están en gracia; mas para ponerse en ella no sirven, sino que sea por muchos arrudeos. Pues aqui de Dios y del rey, digo yo ahora; cuanto mas valen aquellas cofradías, que llaman conjuraciones? Congregaciones querrá decir, tio Bastian, le interrumpió fray Prudencio. Su usadísima no repare en venablos ó en vucablos, prosiguió Bastian Borrego, que en entendiéndonos, nos entendemos, y cada probe estornuda como Dios le ayuda. Digo que cuanto mas valen aquellas conjuraciones ó congrigaciones ó lo que fueren, que obligan á escobijar la conciencia, confesando y comulgando á menudo, como si dijéramos ca-*

da mes, ó los dias de las fiestas recias, que dan regras para vivir un cristiano honradamente, en las cuales no hay mayordomías ni estos embelecós ó dimonios de caridades; y que en fin son medios para librarle á un hombre del infierno, que las otras, que lo mas á que tiran es á sacarle á uno del pulgatorio? A eso digo yo, padre nuestro, que una vez metido en el pulgatorio, tarde ó temprano yo saldré de él, pero in enferno mula es enrenco, y en verdá, que no me han de sacar de él los oficios de ánimas, que hace la cofradía por cofrades enfuntos.

13. Grandísimo gusto le daba al bueno del padre maestro la conversacion del tio Bastian, porque en medio de sus charras explicaderas, descubria, que era hombre de humor y de entendimiento. Así pues deseoso de oírle hablar mas, le preguntó, quien habia fundado en Jaca la Chica ó en Jacarilla la cofradía de santa Orosia, porque le parecia cosa extraordinaria; puesto que, aunque habia visto muchas cofradías del Sacramento, de las Animas, de san Roque y de de san Blas y de algunos otros santos, pero que de santa Orosia, nunca la habia visto ni oido, atento á que esta santa, aunque tan grande, era poco conocida en Castilla. *A eso responderè, esentísimo padre, dijo el tio Bastian (y á este tiempo tomó un polvo de la caja que á tal punto abrió el padre maestro), que en cada villa su maravilla, y cada ladron tiene su santo de devocion. El cura de mi lugar es aragones, nacido y bautizado en la zuidá de Jaca, que dicen está allá junto á tierra de moros: y de camino quiero que sepa su ausencia, que no quiere que le llamemos señor Guillen (que este es el apellido de su alcurnia), sino mosen Guillen, porque dizcasi susa en su tierra; y al enprencipio cierto que todos nos riamos muchísimo, porque esto de mosen nos olia á cosa de Moises. No (le interrumpió el padre maestro), es voz muy antigua de la lengua castellana, tomada de la Arábiga, para explicar mi señor, y se ha conservado en Aragon, como por distintivo y mayor respeto de los señores sacerdotes. Pues este tal cura (prosiguió el tio Borrego) es un santo (asi lo fuera yo delante de la cara de Dios), y porque dizque en la zuidá de Jaca, donde él nació, tienen grandísima devo-*

cion con santa Orosia, que es su patrona, él tambien se la tiene; y como mi lugar se llama Jaca la Chica, nos perdicó en un sermon (válgame Dios y que sermon nos perdicó!), que seria gueno, que tuviese la misma patrona que Jaca la grande, porque Dios y los santos no reparan en estaturas; y para esto me acuerdo que traje allá un tiesto de Isabel, cuando unció por rey á David. Samuel diria el cura, interrumpió el maestro Prudencio. Samuel, ó Isabel, que para lo de Dios todo es uno, prosiguió el tio Borrego, á quien dijo su magestad que no mirase en su estatura si era grande ó chica, y luego lo dijo en latin tan craro y tan clavado, que lo entendió hasta la mi Coneja, que así se llama mi muger Bartola Conejo, para servir á Dios y á su eternidad. En fin, tantas y tales cosas nos dijo de la gloriosa santa, que se juntó aquel mismo dia el concejo, y allí encontinenti votamos todos, que habia de ser patrona del lugar: y de mas á mas fundamos una cofradia, en que entraron casi todos los vecinos; y por fin y por proste hicimos todos obligacion ante el fiel de fechos de hacer todos los años á la bendita santa una fiesta, que, déjelo señor, no la hay mas célebre en toda la redonda: y como digo, cada mayordomo se esmera en traer el perdicador mas famoso de toda la tierra; y así en los tres años cá que se fundó la cofradia, el primero perdicó un padre enfinidor, que se perdia de vista; el sigundo uno de estos padres gordos, que se llaman.... que se llaman.... valate Dios; como se llaman! se llaman padres.... padres, es ansina una cosa á manera de gubilete. Padres jubitados, dijo el maestro Prudencio. Si, un padre jibalado, continuó el tio Borrego, y en verddá que era una aguilta: y este año, que es el tercero, y á mi me ha tocado ser mayordomo, luego puse los ojos en nuestro padre fray Bras, porque desde que le oí el sermon de san Benito del Otero en Cevico de la Torre, al memento le eché el ojo, y dije acá para mi sayo: ya te veo que eres garza, y como yo sirva alguna cofradia, no se me escapará este pájaro.

14. A este tiempo entró el granjero con la comida, y ya le pesaba al maestro Prudencio haberle dado tanta prisa

para que los despachase, porque iba tomando gran gusto á la conversacion del tio Bastian. No obstante, como le hacian mayor fuerza los inconvenientes que temia, de que el predicador mayor y fray Gerundio hablasen á solas y despacio, llevó adelante su primera idea, de que comiesen presto, y despedir á los huéspedes luego que comiesen, y así dió orden al lego, para que mientras ellos tomaban un bocado, echase un pienso á las caballerías.

15. Durante la comida, preguntó el padre maestro al tio Borrego, como se entendian los predicadores para predicar de una santa, de quien habia tan pocas noticias en Castilla? *A eso, padre nuestro, respondió el tio Bastian, ya nuestro cura de providencia; porque ha de saber su escelen-tísima, que le umbiarón de Jaca un rimero de sermones como así (y levantó la mano derecha como media vara), todos imprimidos, que es un pasmo. Parece á ser que estos sermones todos son ejemplares, ó como se llaman, de uno que compuso un flaire á la señora santa Orosia, para perdicarle en la zuidá de Jaca, y que al cabo no le perdicó, no sé allá por que tracamundanas, y corre vé y diles, que dubio de haber habido. En fin el fraile, que dicen era hombre encercunstanciado, y de los mas guapos perdicadores que habia en aquellas tierras: aunque no perdicó el sermon, le imprimió, y porque tiene grande amistad con el señor cura, le umbio el rimero que dije; y el señor cura, luego que sale mayordomo de la cofradía, le da un ejemplar, para que se lo entregue al perdicador que nombrare, y le sirva, como dicen, de pautero. Pero á la salud de su ausencia, esentísimo padre, y mojemos la palabra; y echóse á pechos un vaso de á cuatillo.*

16. Buen provecho, tio Bastian, respondió el maestro Prudencio, y continuó diciendo: sin duda que ese sermon debe ser muy especial, y que traerá grandes noticias de santa Orosia. *Yo, padre nuestro, prosiguió el buen Borrego, limpiándose los vigotes y relamiéndose el trago soy un probe simple, que ne se leer ni escrebir, y no lo entiendo; pero un hijo mio, que es un lince, pues no tiene mas que diez y ocho años, y ya anda por proceso, nos le leyó una noche á la mi Coneja y á mí, y nos pareció que decia unas cosas muy hondas. Ello es empusible*

de Dios, que no sea uno de los mas estupendísimos sermones, que se han predicado en el mundo; porque vea su trinidad; sobre que anda de letra de molde y se ha empremido! Pero si su caridad gusta de leerle, deje que yo pediré uno á mosen Guillen, y se le traeré cuando vuelva á dejar en su convento á nuestro padre predicador mayor.

17. No es menester, replicó fray Blas, que yo daré á vuestra paternidad el que me presentó el señor mayordomo, que ahí le traigo en la alforja, porque me embelesa tanto su lectura, que no acierto á dejarle de la mano, y de puro leerle, casi le he aprendido de memoria. Es de los grandes sermones que he leído en mi vida; y toca todas las circunstancias? preguntó entonces fray Gerundio. Déjame echar un trago á la salud de nuestro padre maestro, y despues te responderé. Bebió fray Blas otro vaso de vino, que estaba á nivel con el de su mayordomo, limpióse con sosiego y con autoridad, y prosiguió diciendo: *que llama si toca todas las circunstancias? No deja una, que no toque; pero cómo. Toca el sitio donde está fabricada la iglesia de Jaca, toca su escudo de armas, toca el del señor obispo, que era á la sazón, toca el número de los regidores de la ciudad, toca el de las mugeres, que en otro tiempo la defendieron contra los moros; y aunque es verdad, que ninguno oyó el sermón, porque no se predicó; pero como le compuso para que le oyesen, toca el número sin número de los que pudieran oírle; y finalmente toca hasta el de los que llevaban el palio, que eran ocho. Y todo con unos textos tan oportunos, tan edecuados, y tan literales, que no hay mas que pedir, y parecia imposible que ingenio mortal pudiese llegar á tanto. Esto es predicar, ó esto es componer sermones, que todo lo demas es paja. Y casi fuera de si dió una palmada en la mesa, tan recia, que faltó poco para que vasos, salvilla y jarro diesen en tierra; y lo que es el jarro, asegura un autor fidedigno, que hubiera caído al suelo, á no haberse abrazado prontamente con él, al tiempo de bolicarse, el vigilantísimo Sebastian Borrego.*

18. Siglos se le hacian al bendito fray Gerundio los instantes, que tardaba en leer un sermón, que ponderaba tanto un hombre como el padre fray Blas, á quien él tenia por el mayor espanta-pueblos que conocian los púlpitos de

aquel siglo. Rebutando estaba por pedirle, y ya tenía en el borde de los labios las palabras, cuando le contuvo el respeto del padre maestro, á quien ya el otro se le habia ofrecido: y tambien fué parte para detenerle un poco de miedo que le habia cobrado, hasta saber que dictamen formaba del tal sermon su paternidad; y mas que le notó no sé que gestos displicentes, mientras fray Blas estaba ponderando el primor y la menudencia, con que se tocaban en él todas las circunstancias.

19. Con efecto, al machucho del padre maestro fray Prudencio le habia disonado tanto esto que prorrumpió diciendo: aceto el sermon que me ofrece el padre predicador, no mas que para divertirme con él, y compadecerme del que le compuso; pues por lo demas, supuesto lo que el padre predicador dice, no necesito leerle para juzgar desde luego, que será un tejido de despropósitos, de disparates y de puerilidades, sin que tenga de sermon mas que el título y el tema; sermones de circunstancias, y de tales circunstancias! No sé ha inventado locura mayor, más torpe, mas indigna de la cátedra del Espíritu santo, ni que mas acredite la mala cabeza del predicador, el depravado gusto de los oyentes, y la lastimosa ignorancia que hay en unos y en otros de lo que es verdadera elocuencia. Solo en España se estila esta vergonzosa necedad; y aun en España no se introdujo hasta mas de la mitad del siglo pasado, en que comenzaron á profanar el púlpito con estas ridículas indecencias unos títeres ó unos poetuelas en prosa, á quienes la ignorancia del vulgo aclamó por grandes predicadores. No se me señalará ni un solo sermon de estos que se llaman circunstanciados, que sea de data mas antigua. Todas las naciones estrangeras hacen una gran burla de nosotros (y lo peor del caso es, que la tenemos bien merecida) por esta impertinente, loca y pueril estravagancia.

20. Sermon de circunstancias: pues acaso hay otra circunstancia en el sermon, que la de predicar del santo, del misterio ó del asunto de que se habla? ¿que conexion tiene con las virtudes de santa Orosia, que la catedral de Jaca esté en este sitio ni en el otro, y se llame así ó asá? que las armas del obispo sean un leon ó un avestruz? que la iglesia catedral tenga por escudo dos llaves con dos puertas, ó dos arcas sin cerradura? que los regidores sean nue-

ve ó sean veinte? que lleven el pálio ocho ni ochenta? y finalmente; ¿qué arte ni parte tuvo santa Orosia, ni qué gloria se la sigue, de que las mugeres jaquetanas hubiesen defendido la ciudad contra los moros, cuando esta hazaña sucedió muchos años antes, que hubiese santa Orosia en el mundo? ¿Conduce nada de esto para formar un gran concepto del mérito de la santa, una grande idea de su poder, una viva confianza en su proteccion, ni para alentar á la imitacion de sus heróicas virtudes, que es ó debe ser todo el empeño de los sermones panegíricos?

21. Los maestros de la elocuencia sagrada ni aun profana usaron jamas estas impertinencias? ¿hállase por ventura ni un remoto rasgo de ellas en los sermones, en las homilias, en los panegíricos de los santos padres? Ciceron y Quintiliano hicieron nunca asunto de semejantes vagatelas? Si un abogado se introdujese en estrados públicos á hablar en un pleito, haciendo circunstancia de las armas del presidente, de los escudos de los jueces, del dosel de la sala, del artesonado de la pieza, y de otras necedades semejantes, ¿habria paciencia para dejarle acabar su arenga, y no dispondrian luego que fuese á concluir la á los orates? pues aqui de Dios y de la razon; ¿cómo se sufre esto en los predicadores? cómo se les aplaude? cómo se les celebra? cómo no se convierten en silvos los elogios? y cómo no vuelan contra ellos los sombreros y las monteras á falta de tronchos? Pero esto era para mas despacio, y tampoco es para aqui. Ahora, pues ustedes han acabado ya de comer, y tienen que andar cinco leguas hasta Jacarilla, fray Gregorio saca las caballerías, fray Blas, déjeme esé sermon para entretenerme, y no hay que perder tiempo, que se va haciendo tarde.

22. Por mal de sus pecados, al querer levantarse de la mesa el bueno del mayordomo, no pudo; porque le pesaba mas la cabeza, que lo restante del cuerpo. Era el caso, que mientras el zeloso fray Prudencio habia estado tan enardecido predicando contra los predicadores, que perdian neciamente el tiempo en hacerse cargo de ridiculas circunstancias, el tio Bastian no le habia perdido, y menudeando los tragos, que todos eran de á fólio, el vino hizo su oficio; y cuando quiso pónerse en pié, cayó entre la mesa y el banco, teniendo la desgracia de tropezar con la cabeza

en la esquina de este, y se hizo una herida, que parecía una espita. No hubo mas remedio, que aplicarle una estopada, llevarle entre cuatro mozos de la labranza á la cama, y darle tiempo hasta el dia siguiente para que volviese del rapto.

23. Mucho sintió este accidente el maestro Prudencio, porque ya era preciso, que á lo menos aquella tarde estuviesen juntos el predicador y fray Gerundio, y temia que aquel echase á perder lo que juzgaba habia adelantado por la mañana. Viendo que ya no tenia otro remedio, propuso en su ánimo no dejarlos ni un instante solos; y cuando estaba trazando el modo de tenerlos entretenidos, el mal diablo que no duerme, dispuso que en aquel instante viniese á visitarle el arcipreste del partido, que era cura de un lugar poco distante de la granja, y despues de hechos los primeros cumplidos, dijo que con licencia de aquellos padres, traia algunos casos, que consultar en secreto con su reverendísima.

CAPÍTULO II.

Sálense á pasear fray Blas y fray Gerundio, y de las ridículas reglas para predicar, que le dió aquel con todos sus cinco sentidos.

Ellos que no deseaban otra cosa, sin aguardar á mas razones, toman los báculos, y los sombreros, y sálense solos al campo, bien resueltos á no volver á la granja, hasta muy entrada la noche. Quiso ante todas cosas el predicador mayor leer luego á su querido sabatino el sermón, que habia de predicar á santa Orosia, y le llevaba en el pecho, entre el coletillo, y la saya del hábito, asegurándole que era de los sermones mas á su gusto que habia compuesto hasta entonces. Pero fray Gerundio le dijo, que para leer el sermón ya habria tiempo, y que en aquella tarde tenia mil cosas que decirle, las cuales no querria que se le olvidasen: especialmente, que como la ocasion es calva, era menester cogerla por los cabellos, pues acaso no pillarían otra semejante en mucho tiempo. Espetóle toda la conversacion, que habia

tenido por la mañana con el padre maestro, lo que le habia dicho acerca de las facultades en que debia estar por lo menos medianamente instruido todo buen orador; la necesaria lectura de los santos padres, y á falta de esta el modo de suplirla con la leccion atenta de buenos y escogidos sermonarios; los que determinadamente le habia señalado que eran los de santo Tomas de Villanueva, fray Luis de Granada y el padre Vieira; y finalmente las reglas, que á peticion suya habia ofrecido darle para predicar bien todo género de sermones.

2. Y á tí, que te pareció de todo lo que te dijo ese santo viejo? le pregunto fray Blas; qué quiere usted que me pareciese? le respondió fray Gerundio: que todos los viejos saben á la pez, y que en fin los viejos no dicen mas que vejeces. Ahora bien, le replicó fray Blas, escusemos de razones, porque contra esperiencia no hay razon, y para que veas cuan sin ella habla ese santo hombre, oye un argumento sencillo, pero convincente. Yo no he estudiado ninguna de esas facultades, que te dijo eran tan necesarias para ser uno buen predicador. Yo no he leído de los santos padres, mas que lo que encuentro de ellos en las lecciones del breviario, y en los sermones sueltos que se me vienen á las manos, ó en los sermonarios de que uso. Yo no sé, que haya visto ni aun por el pergamino, los sermones de santo Tomas de Villanueva. Por lo que toca á los de fray Luis de Granada, lléveme el diablo si en mi vida he leído ni siquiera un renglon; y solo de Vieira he leído algunos sermones, porque me gustan mucho sus agudezas. Siendo esto asi, te pregunto ahora: ¿parécete en Dios y en tu conciencia, que predico yo decentemente? que llama decentemente? replicó con viveza fray Gerundio, yo en mi vida he oído ni espero oír á otro predicador semejante. Luego para predicar bien (concluyó fray Blas) no es menester nada de eso, que te quiso encajar el antaño de fray Prudencio.

3. El argumento no tiene respuesta, dijo el candidísimo fray Gerundio, y asi desde ahora le doy á usted palabra de no hacer caso de todo cuanto me diga. Mi guia, mi ayo, mi maestro, y como dicen mi padrino de púlpito ha de ser usted; sus consejos han de ser mis oráculos, sus lecciones mis preceptos, y no me apartaré un punto de lo que

usted me enseñare. Así pues, ya que la tarde es larga y la ocasion no puede ser mas á pedir de boca, deme usted algunas reglas claras, breves y perceptibles, de manera que yo las pueda conservar en la memoria, para componer bien todo género de sermones; porque aunque muchas veces hemos hablado, ya de este ya de aquel punto tocante á la materia; pero nunca le hemos tratado seguidamente, y como dicen, por principios. Soy contento, respondió el predicador, y oyeme con atencion sin interrumpirme.

4. Primera regla: eleccion de libros. Todo buen predicador ha de tener en la celda, ó á lo menos en la librería del convento los libros siguientes: *Biblia*, *Concordancias*, *Poliantea* ó *el Theatrum vitæ humanæ de Beyerlink*, *Teatro de los Dioses*, *los Fastos de Masculo* ó *el Calendario Etnico de Mafejan*, *la Mitología de Natal Comite*, *Aulo Gelio*, *el Mundo Simbólico de Picinelo*, y sobre todo, *los Poetas Virgilio*, *Ovidio*, *Marcial*, *Catulo* y *Horacio*, de *Sermonarios* no ha menester mas, que *el Florilógio Sacro*, cuyo autor ya sabes quien es, porque en ese solo se tiene una india.

5. Segunda regla. Tenga usted, le interrumpió fray Gerundio; ¿y no será bueno añadir algun expositor ó santo padre? No seas simple, le respondió fray Blas, para nada son menester. Cuando quieras apoyar algun concepto ó pensamientillo tuyo con autoridad de algun santo padre, dí que asi lo dijo el águila de los doctores, asi la boca de oro, asi el panal de Milan, así el oráculo de Seleucia, y pon en boca de san Agustin, de san Juan Crisóstomo, de san Ambrosio ó de san Basilio lo que te pareciere, lo primero, porque ninguno ha de ir á cotejar la cita, y lo segundo, porque aunque á los santos padres no los hubiese pasado por el pensamiento decir lo que tú dices, pudo pasarlos. Por lo que toca á los espositores, no hagas caso de ellos, y expon tú la Escritura como te diere la gana, ó como te viniere mas á cuento; porque tanta autoridad tienes tú como ellos para interpretarla. Que Cornelio diga esto, que diga lo otro Barradas, que Maldonado piense asi, ni que el Abulense discurra asá; á tí que te importa? Cada cual tiene sus dos deditos de frente, como el señor le ha deparado. Y en fin, porque me hago cargo de que para parecer hombre leído, y escriturario, es menester citar á muchos ex-

positores, no te quito que los cites cuando te diere la gana, antes te aconsejo que los cites á puñados; pero para citarlos no es necesario leerlos, y haz con ellos lo que te dije que hicieses con los santos padres. Prohijales lo que quisieres, teniendo gran cuidado de que el latin no salga con solecismos: y por mí la cuenta si te lo conocieren en la cara. Un solo expositor te aconsejo, que tengas siempre á la mano, este es el Silveira, porque es cosa admirable para un apuro; y si se te antojare probar que la noche es dia, y que lo blanco es negro, harto será que no encuentres en él con que apoyarlo.

6. Tercera regla. El título ó asunto del sermón sea siempre de chiste, ó por lo retumbante, ó por lo cómico, ó por lo facultativo, ó por algun retruecanillo. Pondréte algunos ejemplares, para que me entiendas mejor. *Triunfo amoroso, sacro himeneo, Epitalámio festivo, etc.* sermón que se predicó á la profesion de cierta religiosa; por señas, que en el primer punto la hizo el predicador *ciervo*, y en el segundo *leon*; dos animales, que se registran en el escudo de su familia; estos son títulos, estos son asuntos, y esta es inventiva! Si en el blason de la señorita hubiera un hipogrifo, ni mas ni menos le hubiera acomodado el predicador á su profesion religiosa, porque los hombres de ingenio son los verdaderos químicos, que de todo sacan preciosidades. Oye otros tres admirables títulos por términos contrarios. *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epicedio triste* en las exéquias de otra religiosa de grande esfera; y aunque el orador no tomó asunto determinado, sino historiar poéticamente la vida de su excelentísima Heroína: lo hizo tan conforme á las reglas del arte, que en la frase jamás se apartó de él, en la cadencia apénas la pierde de vista, y tal vez le sigue exáctamente hasta en la misma asonancia. Escucha por Dios cómo da principio al cuerpo de la oracion, y pásmate sino te quieres calificar de tronco. *A Dios, celeste coro; á Dios, lirios seráficos; á Dios, amadas hijas; á Dios, cisnes sagrados;* ¿qué la falta á esta cláusula para ser una perfecta redondilla de romance ordinario, si no haber hecho esdrújulo el ultimo pié del postrer verso, como lo pudo hacer fácilmente el reverendísimo orador, diciendo, *á Dios, cisnes exdticos?* En verdad que nada le costaria, como nada le costó la otra

perfectísima redondilla de romance, que se sigue pocos renglones mas abajo. *Querida esposa; á que aguardas? Bella muger; á que esperas? Sal de esa caduca vida, y ven á lograr la eterna.*

7. Bien sé, que algunos monos condenan mucho en la prosa esta especie de cadencia, y mucho mas cuando se junta la asonancia, queriendo persuadirnos, que tanto disuena el verso en la prosa, como la prosa en el verso. Citan para eso, entre otros muchos, á no sé que Longino, autor allá del siglo de oro, que trata de pueriles, de insensatos, y aun de rudos á los que usan de este estilo: *Puerile est, imó tardi rudisque ingenii solutam orationem inamænâ versus harmoniâ contexere*; ¿pero que importa que lo diga Longino? ni que caso hemos de hacer de un hombre, que acaso seria tercero ó cuarto nieto del que dió la lanzada á Cristo? Fuera de que Longino escribió en griego, y los que le tradujeron en latin y en francés, le pudieron haber levantado mil testimonios. Finalmente, lo que á todo el mundo suena bien, porqué ha de ser disonante? Pero vamos prosiguiendo con los títulos y asuntos de sermones.

8. *Muger llora y vencerás*: sermon á las lágrimas de la Magdalena; qué cosa mas divina, que haber acertado á representar el amargo llanto de la muger mas penitente, con el título, y aun con los amatorios lauces de una de las comedias mas profanas? Estos primorcillos no se hicieron para ingenios ramplones y de cuatro suelas. *El Lazarillo de Tormes*: sermon predicado en la dominica quarta, de cuaresma, llamada comunmente *de Lázaro*, á cierta comunidad religiosa; en el cual apenas hay travesura enredo, rateria ni truanada de aquel famoso pillo, ó idea fingida de un famoso salteador de figones y mal-cocinados, que no se acomode con inimitable propiedad á la resurreccion de Lázaro, de la que hizo asunto el predicador, dejando el propio de la dominica, y predicando solo del nombre que se daba á aquella semana. *Lo máximo en lo mínimo*: sermon predicado á san Francisco de Paula, sin salir de este oportuno retruecanillo, que parecia nacido para el intento.

9. *El particular in esendo, y universal in prædicando*: sermon famoso al célebre Confalon de cierta ciu-

dad, que es el lidijs lapis de los predicadores de rumbo, y los sermones suelen ser unas bellas corridas de toros, ingeniosamente representadas desde el púlpito, sacando á plaza todos cuantos toros, novillos, bueyes y bacas pacen en los campos de las letras sagradas y profanas, y convirtiéndose el estandarte ó bandera del Confalon en vanderilla, que comunmente clava el auditorio al predicador, *porque no ha dado en el chiste*. En fin, porque ya me voy dilatando demasiado en esta regla, si quieres tú dar en el chisto de los asuntos; no tienes mas que imitar los del celeberrimo *florilógio sacro*, que debe ser tu pauta para todo. Allí encontrarás los siguientes: *Gozo del padecer, en el padecer del gozar*, á los dolores gozosos de la Virgen. *Real estado de la razon, contra la quimérica razon de estado*, viernes de enemigos. *Luz de las tinieblas, en las tinieblas de la luz*, al santísimo Sacramento. *Dicha de la desgracia, en la desgracia de la dicha*, al entierro de los huesos de los difuntos; y así de casi todos los asuntos de aquel nunca bastantemente alabado ingenio y verdaderamente mónstruo de predicadores. Si algun hombre de genio melancólico, indigesto y cetrino quisiere persuadirte, como muchos han intentado persuadirme á mí, que esta especie de asuntos ó de títulos, sobre no tener sal, gracia, agudeza ni rastro de verdadera ingeniosidad; son pueriles, alocados y muy agenos de la seriedad, gravedad y magestad con que se deben tratar todas las materias en el púlpito, nunca te metas á disputar con ellos, déjalos que abunden en su opinion; hazlos una grande cortesía, y sigue tú la tuya. Porque aun dado caso que ellos tengan razon, los que la conocen son cuatro, y los que se pagan mucho de estos sonsonetes, epitetos cómicos, antitesis y bocanadas, son cuatrocientos mil.

10. Cuarta regla. Sea siempre el estilo cresco, hinchado, herizado de latin ó de griego, altisonante, y si pudiere ser cadencioso. Huye quanto pudieres de voces vulgares y comunes, aunque sean propias; porque si el predicador habla desde mas alto, y en voz alta, es razon que tambien sean altas las espresiones. Insigne modelo tienes en el autor del famoso *florilógio*, y solo con estudiar bien sus frases, harás un estilo, que aturrulle y atolondre á tus auditorios. Al silencio llámale *taciturnidades del labio*: al

alabar, *panegirizar*: al ver, *atingencia visual de los objetos*; nunca digas *habitacion*, que lo dice cualquier payo, dí *habitáculo*, y déjalo por mi cuenta: *existir* es vulgaridad: *existencial naturaleza* es cosa grande. Que la culpa original se deriva por el pecado, á cada paso lo oimos; *pero que se traduce por el fomes del pecado*, si no fuere mas sonoro; á lo menos es mas latino y mas obscuro; y acaso no faltará algun tonto que juzgue, que el primer pecado se cometió en hebreo; y que un escritor ó literato llamado *Fomes* le tradujo en castellano. Algun escrupulillo tengo, de que la proposicion (salvo la hermosura de la frase) es disparatada, porque la culpa no se deriva ó no se traduce por el pecado, sino la naturaleza que quedó infecta por él. Pero al fin, la verdad de esto quéde-se en su lugar; porque como soy poco teólogo, no me quiero meter en lo que no entiendo.

11. Guárdate bien de decir nunca la *vara de Aaron*, porque juzgarán, que es la vara de algun alcalde de aldea; en diciendo la *aaronítica vara* se concibe una vara de las Indias, y se eleva la imaginacion. *Cecuciente naturaleza*, es claro que suena mejor, que naturaleza corta de vista, porque esta última espresion parece que está pidiendo de limosna unos anteojos de vista cansada. Sobre todo, *ignitas aras del deseo*, por deseo ardiente y encendido, es locucion que embelesa. Basten estos verbi-gracias, para que sepas las frases que has de estudiar, ó á lo menos imitar en el *florilógio sacro*, y con esto solo harás un estilo cultísimo por el camino mas fácil. Para que comprendas mejor, que cosa tan bella es esta, oye una cláusula en el mismo estilo, formada casi solamente de los propios términos: *Cuando la cecuciente naturaleza, superando los ignitos singultos del deseo, erumpe del materno habitáculo, y presenta su existencial ser á las atingencias visuales, aunque con la llave original traducida por el fomes, los circunstantes se erigen, cual aaronítica vara, ansioso de conspicirla*. Dígoté de verdad, que un sermon en este estilo, no hay oro en el mundo para pagarle.

12. Hay otro estilo tambien muy elevado, aunque por diferente rumbo, el cual no consiste en frases peregrinas ó latinizadas, sino en una justa y armoniosa mezcla de vo-

ces, que siendo cada una de por sí natural, llana y sencilla, las da la colocacion no sé qué aire primoroso, que hechiza, suspende y arrebatá. Esto mejor se explica con ejemplos: supongamos, que me hubiesen encargado un sermón de honras, y que para explicar mi dolor por la muerte de la persona, á quien se dedicaba la oracion fúnebre, diese principio á ella de esta manera. *Ay de mí! no sé que siento en el alma: parece que esta se me arranca ó forceja por salirse del cuerpo. El corazon quiere seguirla, la garganta se me anuda, la voz no acierta con los labios. A no suplir un precepto la falta del espiritu, no seria posible hablar. Los suspiros se atropellan en la boca, y al salir de tropel, mezclándose con las lágrimas, turban la vista, sin dejarla percibir mas que objetos melancólicos y tristes.* No te parece que seria esta una grandísima frialdad, y que á lo menos cualquier simple vejezuela entenderia lo que queria decir? Pues oye como explicó este mismo concepto un venerable varón en el exordio de aquella *parentacion dolorosa, oracion fúnebre, y episodio triste* de que te hablé en la segunda regla.

13. *Ay de mí; qué pavor recibe el alma; que desmayo el corazon asusta! El alma fugitiva de sí misma, aun de sí misma no acierta á dar noticia, el corazon del pecho apenas late, porque apenas de esa tumba saliéndose solo pulsa: anudada la garganta, es áspero cordel el mismo aliento: desmayada la voz, halla un cariño que las ausencias supla del espiritu, porque se vé animada de un precepto: árbitro este del balbuciente labio, confundiendo los atropellados suspiros del pecho, con la copiosa lluvia de los ojos, solo libres para atormentarse con tristezas.* Qué te parece? no es este un encanto? y qué importará que el ilustrísimo señor Valero, en aquella su célebre carta pastoral (que no sé cierto por qué la han alabado tanto los hombres mas doctos de la monarquía) haga una sangrienta sátira contra el estilo elevado en los sermones, especialmente cuando le usan unos hombres, que por su profesion austera y penitente, y por su traje de mortificacion, menos precio del mundo, mortaja y desengaño, parecia que ni en el púlpito ni fuera de él habían de abrir la boca, sino para pronunciar huesos, calaberas, juicio fi-

nal y fuego eterno? No me acuerdo de sus palabras formales; pero bien sé que son muy semejantes á estas.

14. « Que es ver subir al púlpito á un predicador, amor-
« tajado mas que vestido, con un estrecho saco, ceñido de
« una soga, de que hasta el mismo tacto huye ó se retrae,
« calado un largo capucho piramidal hasta los ojos, con una
« prolongada barba, salpicada de canas cenicientas, el sem-
« blante medio sorbido de aquel penitente bosque, y lo de-
« mas pálido, macilento y estenuado al rigor de los ayunos
« y de las vigiliás, los ojos hundidos hácia las concavidades
« del cerebro, como retirándose ellos mismos de los objetos
« profanos, y gritando mudamente, *apartadnos, Señor,*
« *de la vanidad del mundo:* qué es ver, digo, á este ani-
« mado esqueleto en la elevacion de un púlpito, asustando
« con sola su vista aun á los que no son medrosos, proponer
« el tema del sermón con magestad, arremangar el desnu-
« do brazo, mostrar una denegrida piel sobre el duro hueso
« hasta el mismo codo, y dar principio al sermón de esta
« ó de semejante manera!

15. *Bizarro propugnáculo de España, célebre colonia latina, idea de cónsules clarísimos, y gloria de los pueblos arevacos, qué es esto?... Qué es esto, bella emulacion del orbe, jurada reina de los carpentanos montes, en cuya ilustre falda, si la vista de dos profundos valles, te ciñe, al murmullo de Eresma y de clamores te acompaña?... Qué es esto, arco de paz peregrina, donde los ciento y cincuenta y nueve de tu puente, son trofeos gloriosos del que ostenta Millán en este dia, por real florido iris de su cielo? Et reliqua.*

16. « ¿No quedaria escandalizado el auditorio (prosigue
« lá sustancia de dicho melancólico pretado) al oír aquel
« viviente cadáver prorrumpir en unas voces tan pomposas,
« tan hinchadas, tan floridas, y cuando esperaban escuchar
« de unos lábios emboscados en la espesura de aquella pe-
« nitente barba, ó desengaños que los aterrassen, ó inflama-
« dos afectos que los encendiesen, hallarse con una relacion
« crespá, sonora retumbante, la mitad en prosa, y la mi-
« tad en verso, que no parecia mal en unas tablas? Si sa-
« liese al teatro un comediante con su peluca blanca y em-
« polvada, sombrero fino de plumage, y por cucarda un lazo

« de diamantes, chupa de riquísima tela, casaca correspon-
 « diente á la chupa, medias bordadas de oro, zapatos á la
 « gran moda, con dos lazos de brillantes por evillas, espa-
 « ñol de puño de oro, baston del mismo puño, camisola
 « y vueltas de Paris, bordadas con esquisito primor, y él
 « de estatura heroica, de semblante grato y señoril, de talle
 « airoso, de bizarra planta, de noble y desembarazado des-
 « pejo, y puesto enmedio del tablado, componiéndose las
 « vueltas, dando dos golpecillos halagüenos hácia las caidas
 « del peluquin ó de la peluca, proporcionando la postura,
 « hecha una airosa cortesía al silencioso concurso, y calado
 « garvosamente el sombrero, rompiese en esta relacion:

*Ahora, señor, ahora,
 Que la inexorable Parca
 Quiere aplicar á mi vida
 Los filos de su guadaña.
 Ahora, ahora, señor,
 Que postrado en esta cama,
 Me siento tal, que no sé
 Si he de llegar á mañana.*

« Habria bastantes silvos para él en la mosquetería? No ago-
 « taría todas las peras, manzanas y tronchos de la cazuela?
 « ¿El alcalde de corte, que fuese semanero, no daría pronta
 « providencia para que llevasen á aquel pobre hombre á
 « la casa de la misericordia? Sí, Pues á mal dar, tan loco
 « es un capuchino que representa en el púlpito, como un
 « comediante que hace mision en el teatro. Y lo mismo se
 « debe entender de cualquiera predicador, sea de la pro-
 « fesion que se fuere; pues el haber puesto el ejemplar en
 « un capuchino, es por la especial disonancia que hace esta
 « ojarasca y vana frondosidad en aquel traje." Hasta aqui
 « la substancia de dicho ilustrísimo; pero qué substancia tie-
 « ne todo esto? El maligno cotejo que hace entre el predica-
 « dor y el comediante no viene al caso, por mas que parezca
 « convincente; porque si en las tablas se representan vidas de
 « santos y autos sacramentales en verso; por qué no se po-
 « drán predicar en los púlpitos relaciones y jacaras en prosa;
 « que me respondan que me respondan á esta retorsioncilla!

17. Otro estilo hay, que sin ser elevado en la expresion,
 es de gran gusto en el sonsonete, y son pocos los audito-
 rios, que no se alampán por él. Este es el cadencioso, diga

Longino lo que quisiere, y digan lo que se les antojare todos los descendientes por línea recta de los sayones, que dieron muerte al Salvador. El estilo cadencioso es de dos maneras, una cuando la cadencia es de verso, ya lírico, ya heróico; otra cuando consiste en cierta correspondencia, que tiene la segunda parte de la cláusula con la primera, como si la primera acababa en *onte*, que la segunda concluya en *unte*, si la caída de una es en *irles*, la de la otra sea precisamente en *arles*, si aquella termina en *Tamborlan*, esta termine en *Matusalen*. Los ejemplos te pondrán esto mejor delante de los ojos.

18. Cadencia de verso lírico. Fuera del divino ejemplar, que ya te puse en el famoso sermón, intitulado: *Parentacion dolorosa, oracion fúnebre, epicedio triste*, oye otro sacado de cierto sermón, que se predicó con extraordinario aplauso en una catedral, donde hervian los hombres doctos como los garbanzos en olla de potage, y todo él fue por el mismo estilo, sin perder siquiera pie ni sílaba. *Asustada mi ignorancia, .. confuso mi encogimiento, .. ni sé si atribuya á dicha, .. ni sé si desgracia sea.. la que busco en mi eleccion, .. para tanto desempeño, .. mil asuntos al sonrojo, .. mil materiales al susto. .. Pues, si balbuciente el labio, .. se esfuerza á articular voces, .. es seguro el desacierto.* Dat linguâ nesciente, sonos: *Y si abismado en mí mismo, .. á impulsos de conocerme .. busco en el silencio asilo, .. ó es silencio irreverente, .. ó es sospechoso el silencio: Silentium mihi ignaviæ tribuisti: Pero entre estos dos escollos .. tenga paciencia el Scila; .. y toléreme el Caribdis, que por no estrellarme ingrato, .. en peñas de desalento, .. escojo naufragar triste, .. contra rocas de ignorante.* Y así va prosiguiendo sin perderle pizca hasta el mismo *quàm mihi*. No te puedo ponderar cuanto se celebró este sermón: en el mismo templo resonaron mil vitores y vivas, y despues hasta las mismas damas compusieron decimas en elogio del predicador. Por merecer esta dicha, y por lograr esta gloria, ¿no se pueden llevar en paciencia todas las lanzadas de ese Longino ó Longinos de mis pecados, que tan mal está con este bellissimo estilo?

19. Cadencia de verso heróico. Un sermón al glorioso san Ignacio de Loyola, comienza de esta manera; *Al marte*

mas sagrado de Cantabria; .. al que en las venas del nativo suelo, .. para morrion, espada, pelo, y cola, .. forma encontró, y materia inaccesible... A la bomba, al cañon, al rayo ardiente, .. al que nació soldado, mal me explico, .. al que nació Alejandro de la gracia, .. y desde que dejó el materno alvergue, .. con una compañía, y con su brazo, .. aspiró á conquistar á todo el mundo, .. juzgando (y no tan mal) que le sobraba, .. la mitad de la tropa, y mucho aliento... Al grande Ignacio, digo, de Loyola, .. reverentes consagran estos cultos, .. émulos de su fuego sus paisanos, etc. Aseguróme uno, que se halló presente, cuando se predicó este gran sermón, que no obstante de ser inmenso el auditorio, no se oyó en todo él ni siquiera un estornudo. Tanta era la suspension de los ánimos; y el embeleso con que todos le escuchaban. Pues ¿qué caso hemos de hacer de cuatro carcuezos, que porque ellos tengan ya el gusto destituido del calor natural, nos vengan á jorobear la paciencia, y á decirnos que este estilo y modo de predicar no es de oradores sino de orates?

20. Finalmente, hay cadencia, que sin ser de verso lírico ni heróico, es de correspondencia de períodos, y no hay duda sino que es una belleza. Admirable ejemplo en un sermón predicado con sobrepelliz y bonete á la canonizacion de san Pio Quinto. Su principio era este: « Ya, ya sé á quienes intima fatales *sobresaltos* el eco de estos sonoros universales *cullos*. Ya, ya sé que el apotéosis del máximo pontífice Pio Quinto, inquieta, alborota, turba sus erizadas olas al *Lepanto*. Ya, ya sé que el eco del sonoro clarín del *vaticano* desmaya, estremece, atemoriza el orgulloso corazón del *Agareno*.” Y así va prosiguiendo, sin que en todo el sermón (que no es corto) se encuentre media docena de cláusulas, que no medien y no terminen en ese airosoísimo sonsonete: ¿Dime, amigo fray Gerundio, no te embelesan estos diferentes géneros de estilo? no te hechizan? y no es menester que tengan unos oídos con todo el órgano al revés, aquellos á quienes disuenan? Ibale á responder fray Gerundio, á tiempo que llegó á ellos corriendo y exalado un mozo de la granja, diciendo que el padre maestro los llamaba, porque el arcipreste habia hecho su visita, acabando su consulta, y se habia vuelto á su casa.

21. No es ponderable cuanto sintieron uno y otro, que se les interrumpiese la conversacion, porque habia tela cortada para muchas horas. Pero no pudiendo excusarse de acudir al llamamiento de *nuestro padre*, tuvieron que volverse á la casa, dejando dentellones de la obra para proseguirla en mejor ocasion. No obstante, por el camino en que no aceleraron mucho el paso, fray Blas volvió á repetir brevemente las mismas lecciones á su discípulo, para que se le imprimiesen mas en la memoria, y añadió, que todavia tenia que darle otras reglas muy importantes acerca de las partes mas esenciales de que se compone un sermón, como *de las entradillas ó de los arranques, de las circunstancias en la salutacion*, que diga nuestro padre, ni un capítulo entero de padres nuestros lo que se les antojare, son la cosa mas necesaria, la mas oportuna, la mas ingeniosa, y la que mas acredita á un predicador; *del elogio de los otros predicadores*, en funciones de octava ó fiestas de canonizacion, cuando han precedido ó se han de subseguir otros sermones; *del modo de disponer, y de guisar estos elogios; de la clave para encontrar en la sagrada Escritura y en las letras profanas el nombre ó el oficio de los mayordomos, y muchas veces todo junto; del uso de la mitología, de las fábulas, de los emblemas y de los poetas antiguos*, cosa que ameniza infinitamente una oracion; *de los asuntos figurados ó metafóricos*, tomándolos, ya de los planetas, ya de los metales, ya de las plantas, ya de los brutos, ya de los peces, ya de las aves. Como v. gr. llamar á Cristo en el sacramento, *el sol sin ocaso*, ó el sol que nunca se pone; á san Juan Crisóstomo *el Potosí de la iglesia*, aludiendo á las minas del Potosí, ya que Crisóstomo quiere decir *boca de oro*; á santo Domingo *la canícula en su tiempo*, con alusion al perro que le figuró en el seno materno, y á que la fiesta del santo se celebra en la canícula; á santa Rosa de Lima *la Rosa de la pasion*; á san Francisco Javier *el eleutropio sagrado ó el divino girasol*, porque siguió con sus pasos al planeta, que dicen sigue esta planta con su vista, y asi de los demas,

22. Estas y otras mil cosas tenia que decirte, pero lo que se dilata no se quita, los mismos sermones que vayas predicando, me irán dando oportunidad para decirtelas. Lo que

ahora te encargo es, que no hagas caso de las maximotas de nuestro padre maestro fray Prudencio, ni de las de otros de su calaña, porque estos hombres tienen tan arrugado el gusto como la piel, y solamente les agradan aquellos sermones, que se parecen á los de los teatinos, infierno por delante de Cristo en mano. Dióle para fray Gerundio, de que no se apartaria un punto de sus consejos, de sus principios, y de sus maximas; y con esto entraron en la granja, donde pasó lo que dirá el capítulo siguiente.

CAPÍTULO III.

Lee el maestro Prudencio el sermon de santa Orosia, da con esta ocasion admirables instrucciones á fray Gerundio; pero se rompe inútilmente la cabeza.

No era tan temprano cuando los dos volvieron á la granja, que no hallasen al maestro Prudencio con el velon encendido, montados los anteojos en la punta de la nariz, con el sermon de santa Orosia delante de si, un polvo en una mano, reclinada la cabeza sobre la otra, la caja abierta encima de la mesa, y el gesto un si es no es avinagrado. Y fue asi, que como el predicador fray Blas le habia dicho, que llevaba el sermon de santa Orosia en las alforjas y se le habia ofrecido, él luego que montó el arcipreste, y apenas acabó de rezar maitines y láudes para el dia siguiente, cuando con la licencia de anciano, y con la autoridad de padre maestro, registró las alforjas, dió con el tal sermon á poco escrutinio y se puso á leerle. Pero á la primera cláusula, fue tal el enfado que le causó, que á no haberle contenido su genio blando y apacible, le hubiera hecho pedazos.

2. Apenas avistó en la sala á los dos paseantes, cuando encarando con fray Blas, le dijo no sin alguna colerilla: dígame, padre predicador, ¿y es posible, que me alabase tanto este sermon de santa Orosia? Ya por su misma relacion sospechaba yo lo que seria; ya me daba el corazon, que no habia de encontrar en él mas que necedades y disparates: pero confieso, que nunca creí encontrar tantos.

Yo no se porque motivo no le predicó el orador; solo se, que si yo hubiera de dar licencia para predicarle, tarde le predicaria. Padre maestro, respondió el predicador, entre entonado y desdenoso, alabé ese sermon y vuelvo alabarle, y digo, que son pocos todos mis elogios para los que él merece. Pues dígame, pecador de mí, le replicó el maestro Prudencio; no basta la primera cláusula para calificar al autor de un pobre botarate; *señores, estamos en Jaca ó en la gloria?* Todo el chiste de esta pueril y ridícula entradilla consiste en que es muy parecida á aquella vulgaridad de chimenea y bodegon; *señores estamos aquí ó en Jausa;* ¡miren por Dios, qué arranque tan oportuno para dar principio á una oracion sagrada, y en un teatro tan sério! Vamos adelante; *¿pero quién duda estamos en la gloria estando en Jaca?* Porque si el sitio de la gloria es el cielo, hoy es un cielo este sitio; puede haber retruecanillos mas insulsos, ni paloteado de voces mas insubstancial?

3. ¿Y como probará, que la iglesia de Jaca se equivoca con el cielo valiendose de un embrollo de embrollos, sin atar ni desatar, y confundiendo el cielo material con la gloria, como á él le parece que le viene mas á cuento. Dice que es un cielo aquella iglesia, lo primero porque la gloria se llama iglesia triunfante, y es iglesia triunfante la de Jaca, porque en el sitio que ocupa se ganó una victoria contra los moros, y desde entonces se llamó *el campo de la victoria*. Por esta cuenta tambien la famosa Mezquita de Damasco se pudiera llamar Mezquita triunfante, pues en ella ganaron los moros una victoria contra los cristianos. Despropósito ridículo, y estravagante acepcion de la iglesia triunfante, que no se llama asi, porque hubiese sido campo de batalla ni de victoria de los santos que la componen, sino porque triunfan allí de lo que pelearon acá. Y no ha dejado de caerme muy en gracia, que para probar la trivialísima vulgaridad, de que el cielo se llama *iglesia triunfante* embarra la márgen con una prolija cita de Silveira, notando el tomo, el libro, el capítulo, la exposicion y el número, muy parecido al otro tontarron de predicador que decir: *Humilitas llamó profundamente mi padre san Bernardo á la humildad, como lo puede notar el curioso en sus libros de consideracion al papa Eugenio.*

4. La segunda prueba de que la iglesia de Jaca es un cielo, es porque el sol es presidente del cielo, al sol le llaman *mitra* los persas, el domicilio del sol es el signo de leon, y el señor obispo de Jaca tiene mitra y un leon por escudo de armas: por esta regla, mas cielos hay de tejas abajo, que de tejas arriba, porque de tejas arriba solo se cuentan once, y acá podremos contar mas de once mil siendo cosa averiguada, que todas las iglesias catedrales tienen obispo, todos los obispos tienen mitra, y si el persa llama mitra al sol, tenemos acá abajo tantos soles como obispos, y tantos cielos como iglesias catedrales. Vamos claros, que la prueba es ingeniosa, sutil y terminante; ¿y qué nos querrá decir el padre doctor predicador, en que *el signo de leon es el domicilio del sol*? Si quiere decir, que aquella es su casa propia ó alquilada, donde vive de asiento, que eso significa *domicilio*, es un despropósito de que se reirá cualquiera ventero, qué tenga el portal de la venta, junto al papel de la tasa, un miserable almanac. Si le llama *domicilio del sol*, porque este brillante postillon del cielo, en su jornada anual, hace mansion por algunos dias en la venta ó en la casa imaginaria de este signo, para dar cebada de luz á sus caballos: tan domicilio del sol es el signo de cabra, com el signo de leon, y cualquiera de los otros once signos donde descansa este planeta, tiene el mismo derecho para llamarse su domicilio.

5. Tercera prueba. La iglesia de Jaca es cielo; porque el cielo se llama *tiara*, y Cartario dice, que tiene dos puertas con dos llaves: las armas de la catedral de Jaca son dos llaves y una tiara; ¿pues aqui, que tenemos que hacer para declararla por cielo con autoridad de Cartario? pobre monigote! Todas las iglesias que no tienen escudo de armas particular, usan el de la iglesia de Roma, que es una tiara con dos llaves, en significacion de su jurisdiccion ó potestad espiritual y temporal, y para significar dichas iglesias particulares, que no tienen otro patrono que al pontifice, y que son de la comunion católica, apostolica romana. Pues étele, que por esta razon tanto derecho tiene á ser cielo la mas pobre iglesia rural, como la catedral de Jaca, y queda muy lucido el padre doctor con su impertinente cita de Cartario. Pero donde está mas donoso es en las otras tres razones de congruencia, que añade, para que

la iglesia de Jaca tenga las mismas armas, que la de san Pedro en Roma, cabeza de todas las iglesias. Dice, que esto será, *ó porque ni la cabeza del orbe, Roma, puede gloriarse de mayor nobleza, que la insigne catedral de Jaca* (hicieron bien en no dejarle predicar este sermón, porque tengo por cierto, que solo por esta proposición, aquel ilustre y cuerdo cabildo le hubiera echado el órgano, los perreros, y aun los perros); *ó porque parece debia estar la cabeza de la iglesia en Jaca, á no haberla colocado san Pedro en Roma* (ya escampa y llovian necesidades), *ó porque el cielo hermosa república de tanto brillante zafiro, es solo condigna imágen de cabildo tan respetoso.* Y suponiendo que su Cartario habla del cielo formal, que es la gloria, porque de esta dice, que *tiene dos puertas con dos llaves*; afirmar que la gloria solo es condigna imágen de la iglesia de Jaca; ¿no merece una coroa y una penca, ó á lo menos menos un birrete colorado?

6. Déjolo, que no tengo ya paciencia para leer tanta sarta de despropósitos; y este sermón se imprimió! y en su elogio se compusieron décimas, octavas y soneto! y el buen cura de Jaquetilla ó de Jacarilla se le presenta por modelo á los predicadores de santa Orosia! y el padre predicador alaba tanto este sermón! Lo dicho dicho, padre maestro, respondió el predicador, le alabo y le alabaré, porque si todos los sermones se hubieran de examinar con esa prolijidad, y si en ellos se hubiera de reparar en esas menudencias, allá iba á rodar toda la gala y toda la valentia del púlpito. Que gala ni que valentia de mis pecados! exclamó el maestro Prudencio: es gala el decir tantos disparates como palabras? es valentia el pronunciar á cada paso heregias, blasfemias ó necesidades? Y dígame, padre fray Blas, ¿que tiene que hacer pada de esto con los heróicas virtudes de santa Orosia, con el poder de su patrocinio, ni con la imitacion de sus ejemplos, que son los tres únicos fines, que puede y debe proponerse en su panegírico un sagrado orador? ¿que conducirá para la grandeza de la santa, que el sol entre por el mes de junio en el signo de cancer, ni que este signo se componga de nueve estrellas, las cuales en sentir de nuestro reverendísimo orador, representan los nueve senadores, ó los nue-

ve regidores que constituyen el ayuntamiento de aquella ilustrísima ciudad? ¿y que sabemos si esta se dará por ofendida, de que para su elogio hubiese buscado un simbolo encancerado, que cierto la hace poquísima merced? Y que tendrá que ver el martirio de santa Orosia, con que en las estrellas haya machos y hembras, disparate de á quintal, de que debiera reirse el padre maestro, aunque le leyera en todos los libros de la biblioteca bizantina, cuanto mas en las tautulogías de Villarroel, y no traerle á colacion en el púltito, para que el auditorio imaginase, que las estrellas procreaban y se propagaban por via de generacion.

7. Padre maestro, replicó el predicador fray Blas, hágase vuestra paternidad cargo, de que todo eso se dice en la salutacion, la cual se destina únicamente para tocar las circunstancias, y no tiene conexion con el cuerpo del sermon, que es donde corresponde el elogio del santo ó de la santa. Téngase, padre predicador, repuso con alguna viveza el maestro Prudencio, eso es decir, que la cabeza no ha de tener conexion con el cuerpo; que el principio no lo ha de tener con el medio ni con el fin; y que el cimientto ha de ir por un lado y el edificio por otro: la salutacion es parte del sermon, ó no lo es? si no lo es, para que se gasta el tiempo en ella? si lo es, por que no ha de tener conexion, órden y trabazon con todo lo demas? y en donde ha leído el padre predicador, que la salutacion ó el exordio de los sermones se hizo para lisonjear á los cabildos, para disparatar á costa de los mayardomos, para engaitar á los auditorios, para pasearse por los retablos, para correr toros y novillos, para tocar el son á las danzas, y para otras mil necesidades é impertinencias como estas, de que se ven atestadas las mas de las salutaciones?

8. Yo no se, padre maestro, si lo he leído ó no lo he leído, respondió el satisfechísimo fray Blas; solo se, que lo que se usa, no se escusa, que ese es el estilo general de España, y que á los oradores se nos encarga estar al uso, segun aquella reglecita, que saben hasta los niños: *Orator patriæ doctum ne spreverit usum* Bien se conoce, replicó el maestro, que el padre predicador entiende todas las cosas no mas que por el sonido, y de esa manera no es de admirar, que forme tan estrañas ideas de

ellas. Lo primero, esa regla no se hizo para los que llamamos oradores ó predicadores, sino para aquellos que hablan ó pronuncian el latin en prosa, la cual se llama *oracion*, para distinguirla de verso. A estos se les previene, que cuando encontraren algun acento, que en verso no tiene cantidad fija ó determinada de breve ó larga, sino que unas veces se pronuncia larga y otras breve, en prosa le pronuncian siempre como acostumbran los inteligentes y eruditos de su pais, y que no presuman hacerse singulares despreciando esa costumbre. Lo segundo, aunque la regla hablara con los que llamamos oradores, que son los predicadores, tampoco favorecia su intento, porque no dice ó encarga que el predicador siga y no desprecie cualquiera uso, sino el uso docto, *doctum ne spreverit usum*, esto es, el arreglado, el puesto en razon, el que acostumbran los hombres universalmente reputados por doctos y por inteligentes en la facultad. Este es el que propiamente se llama *uso*, que que los demas son abusos y corruptelas. Pues ahora señáleme un solo orador de España, de estos que la gente cuerda tiene por verdaderos oradores, y no por orates; de estos, que no los buscan para titeres de los púlpitos, y para dominguillos de las festividades; de estos que logran y merecen general reputacion de hombres sábios, cultos, bien instruidos y circunspectos: señáleme, vuelvo á decir, uno solo de estos, que siga ese mal uso, que no le desprecie, que no le abomine, que no se compadezca de los que le practican y le aplauden, ó que no haga burla de los unos y de los otros, y despues hablaremos.

9. Por el contrario, yo estoy pronto á mostrarle muchos sermones impresos y manuscritos de insignes oradores modernos de nuestra España, que habiendo predicado las mismas festividades, y con las mismas llamadas circunstancias, sobre las cuales bobearon y desbarraron sin tino otros predicadores que los precedieron; ellos ó las despreciaron todas con generosidad, sin tomarlas siquiera en boca, ó si las tocaron fué con un aire de burla y de desprecio, que hizo visible y aun risible á todo el auditorio la ridiculez de esta costumbre. Algunos sermones de estos tengo en la celda; pero por casualidad traje conmigo uno, cuya salutacion le he de leer, que quiera que no quiera, y aqui le tengo debajo del atril, porque estaba en ánimo de leersele

á fray Gerundio. El padre predicador debe oirla con particular cariño, por lo que se toca en ella de su santo san Blas, de quien se hace tambien particular circunstancia. Es la salutacion de un sermon, que se predicó á la Purificacion de nuestra Señora en el dia de san Blas, y en la iglesia de los Niños de la Doctrina de Valladolid, cuya ciudad es su patrona, juntamente con la real congregacion de la misericordia. Todas estas teclas dicen que se han de tocar, y el predicador de quien voy hablando, todas las tocó; pero de una manera, que debia llenar de provechosa vergüenza á todos los que las tañen. Despues de hacer reflexion, á que en el misterio de la Purificacion la Virgen hizo á Dios dos grandes sacrificios, el primero el de la reputacion ó concepto de su virginidad, pues se purificó, como si necesitara de purificarse; el segundo el de su unigénito hijo, pues se le ofreció aquel dia al Eterno Padre, con pleno conocimiento de todo aquello, para que se le ofrecia; y despues de reflexionar con juicio, con solidez y con piedad, que en estos dos grandes sacrificios padeció quanto podia padecer como virgen y como madre, concluyó, que de cualquiera manera que se considerase el misterio, se debia convenir, en que el misterio de la Purificacion de la Virgen, era el misterio de su dolorosa pasion. Y propuesto este devotísimo asunto, prosiguió de esta manera:

10. « Pues ahora, hablemos sin preocupacion, y discurremos con serenidad; será bien parecido que un sermon « tan serio como el de la pasion de la Virgen, me deje yo « llevar de la pasion de la vanidad, acomodándome con « una vergonzosísima costumbre, que ha introducido la « total ignorancia de lo que es elocuencia verdadera? ¿Será « bien que por no parecer menos que otros, haga traicion « á mi sagrado ministerio, pierda el respeto á ese gran Dios « sacramentado, en cuya presencia estoy, profane la cátedra del Espíritu santo, y prácticamente me burle de un auditorio tan numeroso, tan grave, tan piadoso, tan docto, « tan acreedor á todo mi respeto y á toda mi veneracion? « ¿y no haria yo todo esto, si practicase lo que altamente « abomino, lo que abominan todas las demas naciones del « mundo, y lo que no cesan de llorar con lágrimas de sangre, cuantos hombres de verdadero juicio y de verdadera « critica hay en la nuestra?

11. « Llamado y traído aquí por la real, por la graví-
 « sima, por la piadosísima congregacion ó cofradía de la
 « misericordia, para predicar del tierno, del doloroso, del
 « instructivo misterio de la Purificacion de la Virgen, un
 « sermon digno de un orador cristiano; ¿ no haria yo todo
 « lo dicho, si en el sermon ó en el exordio me entretuviese
 « puerilmente en hacer asunto de la misma cofradía, y del
 « título que da razon de su misericordioso instituto? si le-
 « vantase figura sobre la accidentalísima circunstancia, de
 « que la fiesta no se celebra en el dia propio, sino en el
 « siguiente: dedicado á San Blas obispo de Sebaste, y de
 « que se celebre en una Basílica consagrada tambien al mis-
 « mo santo prelado y mártir? si finalmente hiciese miste-
 « rio de la educacion de esos niños de la doctrina, que es-
 « tán en primer lugar al amparo de la Virgen y de San
 « Blas, y despues bajo la caritativa proteccion de esta no-
 « ble y leal ciudad, y de esta real cofradía, no me direis,
 « qué connexion tienen con la Purificacion de la Virgen
 « unas circunstancias tan distantes del misterio, y tan fuera
 « del asunto? puede haber texto en la Sagrada Escritura,
 « que las ate ni los comprenda, sino que sea desatando de
 « su lugar al mismo texto, arrastrándole por los cabellos,
 « violentándole y profanándole, contra lo que tan severa-
 « mente nos tiene prohibido á los predicadores y á todos la
 « Santa Iglesia?

12. « Si yo quisiera hacer esto como regularmente se es-
 « tita; no sería una cosa muy fácil para mi? Para unir la
 « Purificacion con la misericordia, solo con prevenir que
 « esta fiesta se llamó antiguamente en la iglesia latina, y
 « todavia se llama hoy en la iglesia griega *la fiesta del en-*
 « *cuentro*, venia clavado el textecito de *misericordia, et*
 « *veritas obviaverunt sibi*, saliéronse al encuentro la mi-
 « sericordia y la verdad pero vendria clavado con toda pro-
 « piedad, esto es, taladrado de parte á parte. Para la cir-
 « cunstancia de celebrarse la fiesta, no en el dia propio,
 « sino en el siguiente, no tenia que salir del evangelio del
 « dia. Observaria el modo con que se explica el evangelis-
 « ta: *Postquam impleti sunt dies*, despues que se cumplie-
 « ron los dias de la Purificacion. Notaria con muchas recan-
 « canillas, que el evangelista no dice, *quando se cumplieron*
 « *sino despues que se cumplieron, postquam impleti sunt,*

« y concluiría muy satisfecho de mi trabajo, que esta pro-
 « posicion no se verifica rigurosamente en el dia en que se
 « cumplen, si no en el dia despues. Y consiguientemente,
 « que el dia propio de celebrar esta fiesta, es aquel en que
 « la celebra esta real cofradía; ¿pero esto que vendría á ser
 « en conclusion? Querer corregir la plana á la Santa Iglesia,
 « y merecer que me quitasen la licencia de predicar.

13. « Para hacer que S. Blas hiciese papel en el misterio
 « de la Purificacion, no me sobraria otra cosa, que mate-
 « riales, aunque tales serían ellos; ¿pues no estaba ahí el
 « santo, viejo Simeon, á quien muchos hacen sacerdote y aun
 « algunos quieren que fuese pontifice? Con hacer á uno fi-
 « gura ó representacion del otro, estaba todo ajustado. Si me
 « replicasen, que esto no podia ser, porque S. Blas es abo-
 « gado contra las espinas, y Simeon en el mismo misterio
 « clavó á la Virgen una, que la penetró hasta el alma, y la
 « duró toda la vida; diria lo primero que no es lo mismo es-
 « pina que espada, y que Simeon habló de esta y no de
 « aquella: diria lo segundo, que hay espinas que atragantan
 « y espinas que vivifican, espinas que atraviesan, y espi-
 « nas que nos libertan; y para probar estos retruecanillos
 « citaria cien textos de espinas apetecibles, que solo me cos-
 « taría el trabajo de abrir y trasladar las concordancias, y
 « en vez de salutacion ó de exordio, predicaria un herial.
 « Pero si no me pareciese acomodar á S. Blas por este cami-
 « no, á la mano tenia otro; ¿no dice Simeon, que habiendo,
 « visto al Niño Dios, vió al que era la salud de su pueblo,
 « *quia viderunt oculi mei salutare tuum?* ¿San Blas fué
 « médico de profesion antes de ser obispo? Pues con médi-
 « co, con salud y con pueblo enfermo, ¿qué bulla, qué
 « gira y qué zambra no podia traer?

14. « El patronato de la ciudad, y la piadosa proteccion
 « con que ampara á estos niños desamparados, estaba aco-
 « modado con la mayor facilidad del mundo. ¿Tenia mas
 « que recurrir á aquella ciudad santa del Apocalipsi, que
 « es el refugio de los que predicán por asonancia, ó no mas
 « que por el sonsonete, y decir, que yo estaba ahora viendo
 « en realidad lo que S. Juan no habia visto mas que en fi-
 « gura: porque aquella ciudad no era mas que representa-
 « cion de esta, con la diferencia de que va tanto de la una á
 « la otra, cuanto va de lo vivo á lo pintado? Y para probar este

« disparate con otro mayor, habia mas que decir, que aque-
 « lla ciudad, en sentir de muchos espositores, representaba
 « á la santa ciudad de Jerusalem? y haciendo memoria de
 « que el niño Jesus se perdió en Jerusalem, y que esos niños
 « de la doctrina se ganan en Valladolid, preguntar en tono
 « enfático y misterioso, ¿cual será ciudad mas santa aquella
 « en donde hasta el niño Jesus se pierde, ó aquella en donde
 « se ganan los que no son niños jesuses? Ello no seria mas
 « que una pregunta escandalosa; con su saborete de blasfe-
 « ma; pero faltarian ignorantes, que la oyesen con la boca
 « abierta y que al acabar el sermon esclamasen: *nuncuam*
 « *sic locutus est homo*: este sí que es hombre; esto si que
 « es predicar; no hay hombre que predique como este!

15. « Valga la verdad, señores: ¿no es este el modo mas
 « comun, con que se ajustan estas que se llaman *circums-*
 « *tancias*? y no es cosa vergonzosa ajustarlas de este modo?
 « pero por ventura se pueden acomodar de otra manera? y
 « ha de haber valor, no digo en un orador cristiano, sino
 « en un hombre de juicio, en un sugeto de mediana li-
 « teratura para hacerlo, ni en un auditorio cuerdo, capaz,
 « culto y discreto para aplaudirlo? No lo creo. De mi se
 « decir, que hecha esta salva de una vez para siempre, en-
 « cárguenme el sermon, que me encargaren, nunca haré el
 « mas leve aprecio de otras circunstancias, que de aquellas,
 « que tuvieren una proporcion natural y sólida, ó con el
 « misterio, ó con el asunto: v. gr. la presencia de Cristo sa-
 « cramentado para solemnizar la purificacion de su santísima
 « madre tiene una naturalísima correspondencia con el asun-
 « to y con el misterio. Con el asunto, porque este se re-
 « duce á representar lo que la Virgen padeció en el mis-
 « terio. Con el misterio, porque una de sus principales par-
 « tes fué el sacrificio que hizo la Virgen en ofrecer á su hijo,
 « para que padeciese lo que padeció por los hombres: y en
 « esta voluntaria oferta consistió todo lo que en la purifi-
 « cacion padeció la Virgen como madre. Pues ahora: el sa-
 « cramento es memoria de la pasion de Cristo: *Recolitur*
 « *memoria passionis ejus*: la purificacion tambien es re-
 « cuerdo de ella; con sola esta diferencia, que en el sa-
 « cramento se hace memoria de lo que Cristo padeció; en
 « la purificacion de lo que habia de padecer. La pasion de
 « la madre en el templo de Jerusalem, no fue otra, que la

«pasion del hijo en el monte calvario: pues ¿que cosa mas natural ni mas proporcionada, que el que esté á la vista el monumento mas sagrado de la pasion del hijo, en el dia en que se hace memoria de la pasion de la madre? De esta voy á predicar, implorando la asistencia de la divina gracia. *Ave María.*»

16. Mire ahora el padre predicador, si hay en España quien haga justicia, y si falta quien saque la espada de reo contra ese pueril é ignorantísimo uso que me cita. Y ha de saber, que esta salutacion fue oida con tanto aplauso del numeroso y escogido auditorio, en cuya presencia se predicó, que aun aquellos mismos, que por inadvertencia ó por falta de valor estaban comprendidos en lo que ella abominaba y reprendia, salieron tan convencidos de su error, que se decian unos á otros, lo que Menage y Balzac, dos célebres escritores franceses, se dijeron mutuamente al acabarse la primera representacion de la famosa comedia de Molière, intitulada: *Las preciosas ridículas*, en que con imitable gracia se hizo burla del estilo metafórico y figurado, que por entonces se estilaba en Francia: *Molière (se dijeron el uno al otro) tiene sobrada razon, ha hecho una crítica juiciosa, delicada, justa y tan convincente, que no tiene respuesta; de aqui adelante, monsieur, es menester que abominemos lo que celebrábamos, y celebremos lo que aborrecíamos.* Con efecto, algunos de los predicadores, que oyeron esta salutacion, y que antes se dejaban llevar de la corriente, avergonzados de sí mismos, despreciaron despues dicha mala costumbre, y comenzaron á predicar con solidez, con piedad y con juicio, sin que por eso se les disminuyese el sequito; antes conocidamente creció la estimacion y el aplauso.

17. Muy dóciles eran esos reverendos padres, respondió con su poco de airecillo irónico el padre fray Blas, si es que eran religiosos, ó muy blandos de corazon eran sus mercedes si fueron seglares. De mi sé decir, que no me ha convertido la salutacion: tan empedernido estoy como todo eso; porque aunque parece que hacen fuerza sus razones, á mi me hace mayor fuerza la práctica contraria de tantos predicadores insignes como la usan, y sobre todo el aplauso con que celebran los auditorios el toque y re-toque de las circunstancias, enseñando la esperiencia, que

como estas se toquen bien ó mal, lo restante del sermón vaya por donde se le antojare al predicador, siempre es celebrado; y al contrario, como aquellas no se zarandeen, bien puede el predicador decir divinidades, que el auditorio se queda frío, tiénele por boto, y le dan la limosna de sermón á regaña-dientes y de mala gana.

18. Ni me diga vuestra paternidad, que este es mal gusto del vulgo, y errada opinion de los que no lo entienden. Maestrazos y muy maestrazos están en el mismo dictamen, y no quiero mas prueba, que ese mismo sermón de santa Orosia, que tan en desgracia de vuestra paternidad ha caido. Tres aprobaciones tiene de tres maestros conocidos y bastantemente celebrados, uno dominico, otro jesuita, y el tercero de la misma orden del autor que compuso y no predicó el sermón. Lea vuestra paternidad los encarecidos elogios que le dan todos tres, y los dos primeros especifica y nombradamente por el toque de las circunstancias, y dígame despues, si es cosa del vulgo, del populacho y de ignorantes el aplaudir que se haga caso de ellas.

19. Mire, padre predicador, repuso el maestro Prudencio con sorna y con cachaza, una pieza me ha movido, sobre la cual tendria que hablar algunas horas, si fuera ocasion y tiempo, aunque bastantes han hablado ya mucho, y bien acerca de ella. Esta es la impropia y estravagantísima costumbre, introducida en España y en Portugal, pero escarnecida generalmente de las demas naciones, de que las censuras de los libros, y aun de los mas miserables folletos, se conviertan en inmoderados panegiricos de sus autores, siendo así, que al censor solo le toca decir breve y sencillamente, si el libro ó el papel contienen ó no contienen algo contra las pragmáticas y leyes reales, ó contra la pureza de la fé y buenas costumbre, segun fuere el tribunal, que le comete la inspeccion, ó que le despacha la remisisiva: digo, que no es ahora ocasion ni oportunidad de censurar á los censores, porque se va haciendo tarde, y se pasará la cena; solo le digo, que en esas mismas aprobaciones que me cita, ó yo soy muy malicioso, ó la del maestro jesuita es muy bellaca, y harto será, que bien entendida no sea una delicada sátira contra los desaciertos del sermón en todas sus partes. A mi á lo menos me da no sé que tufo, de que el padrecito tirò á echarse fuera de

*

alabar dicho sermon, y á lo menos es cierto, que por su misma confesion declara repetidas veces, que él *nada a-prueba ni alaba*.

20. Supónese el bellacuelo muy de la familia y muy de la casa ó de la orden del autor: y asiéndose fuertemente del aldabon de *laudete alienus*, que él construye, *alá-bete al estraño*, dice una vez, *que no debe admitir el empleo de aprobante*; dice otra, *que cuenta por una de sus mayores dichas el no poder alabar aquel sermon*; dice la tercera, *que él es muy de casa para meterse en alabarlo*; dice la cuarta, hablando determinadamente de las circunstancias, *que á él no le toca celebrarlo*; dice la quinta, *que los elogios caerán mejor en cualquiera otra boca, que en la suya*; y finalmente dice la sexta, *que aun por lo que toca al buen gusto del caballero, que da á la prensa el sermon será mayor consecuen-cia, ó á lo menos no dejará de ser mayor cortesania, dejar toda la accion de elogiarle á los de fuera: laudete alienus*. O yo soy un porro y no entiendo palabra de ironías, ó el tal censor es un grandísimo bellaco. Todo su empeño es echar el cuerpo fuera del asunto, huir la dificultad, y decir con gracia y con picaresca, que alaben otros lo que él no puede ni debe alabar. Y mas, que he llegado á maliciar (Dios me perdone el juicio temerario), que en aquella taimada construccion, que da al *laudete alienus*, alá-bete el estraño, por la palabra *estraño* no entiendo él precisamente, á los que no fueren tan de casa ó en el efecto como él se supone, sino que deja en duda, si se han de entender los estraños en la facultad, los forasteros en ella, mas claro, los que no entienden palabra. Bien puede ser malicia mia pero á mí me da el corazon, que no me engaño.

21. Pues á mí me da el mio, replicó fray Blas, que vuestra paternidad se engaña mucho; porque si ese padre maestro no queria aprobar el sermon, ¿quién le obligaba á hacerlo? quién le ponía un puñal á los pechos para que le aprobase? A que se añade, que si el autor se valió confiadamente de él, para que le hiciese esa merced, como regularmente sucede, que las censuras se remiten por los jueces á los que les significan los autores, no es verisimil que le hiciese esa traicion, y que cuando el pobre espe-

raba un panegírico, se hallase con una sátira. La hombría de bien parece estaba pidiendo, que si no podia acomodar con su conciencia intelectual el aprobarle, se escusase de hacerlo, y no salir despues con esa pata de gallo.

22. Poco á poco, fray Blas, repuso el padre jubilado, que aunque tu réplica es sin duda especiosa, y tu modo de discurrir, siquiera por esta vez, está fundado, no carece de respuesta, pues no siempre lo mas verisimil es lo mas verdadero; ¿que sabemos si al aprobante le pusieron en alguna precision política ó caritativa, á que no pudiese honradamente resistirse? A mi se me figura un caso, que le tengo por muy natural. Es constante, que dicho sermón, no se predicó, no se sabe por que, y tambien lo es, que por lo mismo que no se predicó, el autor, que era hombre bastantemente condecorado en su religion, y sus parciales hicieron empeño en que habia de imprimirse, como en despique ó en satisfaccion de aquel desaire. Pues ahora supongamos que el provincial de dicha religion no fuese muy de la devocion del autor; que fuese estrecho amigo del aprobante, y que se cerrase en que no habia de dar licencia para que el sermón se imprimiese, mientras no pasase por la censura de este. Vé aquí un caso muy verisimil, en que el autor ó sus parciales batirian en brecha al pobre jesuita, ponderándole cuanto se interesaba la estimacion, el honor y aun los ascensos de aquel religioso, en que no se negase á hacerles este obsequio. Puesto un hombre de bien y de buen corazon en este estrecho, ¿que partido habia de tomar? Negarse á la censura, no habia términos para eso: aplaudir el sermón á cara descubierta, no hallaba méritos para ello, ni lo podia componer con su sinceridad; reprobarle, era perder sin recurso al autor en el concepto de su gefe, y hacerse del bando de los que le insultaban; pues que arbitrio ó que remedio? No parece se podia escoger otro mas prudente que el que tomó: dar una censura equívoca, que ni aprobase ni desaprobase el sermón, buscando un especioso pretesto para escusarse de alabarle él, y para remitir á otros toda la accion de alabarle.

23. Bien puede ser eso así, replicó fray Blas, pero los elogios de los otros dos aprobantes no son equívocos, son muy claros y muy significativos; y en verdad que ni uno

ni otro son por ahí dos pelaires, ambos son sugetos de tanta forma, que les sobran dictados para asistir á un concilio. No lo niego, respondió el maestro Prudencio, pero ya tengo dicho, que de elogios de censores y de poetas se ha de hacer poco caso, por quanto unos y otros, regularmente hablando, no dicen lo que verdaderamente son las obras que elogian, sino lo que debieran de ser. Si el mérito de estas se hubiera de calificar por las ponderaciones de aquellas, las obrillas mas infelices y mas miserables, las indignas de la luz pública, y dignas solamente de una pública hoguera, las que contribuyen mas, y con mayor justicia á que abulten mas, y se aumenten cada dia los espurgatorios, esas serian las mas excelentes, porque esas puntualmente son las que salen á la calle con mas ruidosas campanillas de aprobaciones, acrósticos, epigramas, decimas y sonetos mendigados, cuando tal vez no los haya fabricado el mismo autor, buscando solo amigos, para que le presten sus nombres. ¿Y dejan por eso de estar espuestas á las carcajadas y al desprecio de los inteligentes, ni á que el santo tribunal de la inquisicion se entre por ellas con vara levantada, sin dársele un bledo por la autoridad ni por la turbamulta de los aprobantes?

24. Es cierto, que si estos se redujeran precisa y puramente á los estrechos términos de su oficio, que es ser unos meros censores: si desempeñaran como debian la grande confianza que se hace de ellos, no aprobando obra que no examinasen primero con el mayor rigor: si tuviesen la santa sinceridad de esponer todos sus reparos á los tribunales que les cometen las censuras, y se mantuviesen despues con teson en la honrada resolucion de no aprobar la obra, hasta que se hubiese dado plena satisfaccion á sus reparos, ó se hubiesen corregido los desaciertos; entonces si que serian de gran peso aun los elogios mas moderados de las aprobaciones. Pero si sabemos como se practica comunmente esta farándula; si es notorio que la amistad, la conexion ó la política, son las únicas, que por regla general dan la comision á los aprobantes: si ya se ha reducido esto á una pura formalidad y ceremonia, tanto, que si algun ministro zeloso, no menos de la honra de las ciencias que del crédito de la nacion, quiere que esto se lleve por el rigor de la razon y de la ley, se le tiene por ridi-

culo, y aun se le trata de impertinente, ¿que aprecio hemos de hacer de los elogios que leemos en esos disparatados panegiricos, llamados censuras por mal nombre?

25. O, fray Blas, fray Blas, y cuantas veces he llorado yo á mis solas este perjudicialísimo desórden de nuestra nacion, que no trasciende menos á Portugal, y apenas es conocido en otras regiones; y que facil se me figuraba á mi el remedio; ¿sabes cual es? Que se procediese contra los aprobantes, como se procede contra los contrastes y contra los fiadores; ¡que cosa mas justa! Porque el aprobante no es mas que un contraste, que examina la calidad y los quilates de la obra que se le remite; es un fiador que sale á la eviccion y saneamiento de todo aquello que aprueba; ¿declaraste que era oro lo que era alquimia, que era plata lo que era estaño, que era piedra preciosa un pedazo de vidrio valadi? pues págalo bribon, y sujétate á la pena que merece tu malicia ó tu ignorancia. Si crees que real y verdaderamente merece esa obra que apruebas los excesivos elogios con que la ensalzas, tácitamente te constituyes por fiador de sus aciertos: si no crees que los merezca, eres un vil adulador y lisonjero. Pues, bellacon, trata de pagar lo que corresponde á la ruindad de tu lisonja, ó á la precipitacion de tu fianza.

26. Padre nuestro, replicó fray Blas, si se estableciera esa ley, ninguno se hallaria que quisiese admitir la comision de aprobante ó de censor. Si se hallaria tal, respondió fray Prudencio; porque en ese caso debieran señalarse censores de oficio en la corte, en las universidades y en las ciudades cabezas de reino ó de provincia, á quienes, y no á otros, se remitiese el exámen de todos los libros que hubiesen de imprimirse, como se practica en casi todas las naciones de Europa, fuera de nuestra península. Estos claro esta que habian de ser unos hombres de autoridad, de respeto, de gran caudal, de ciencia, doctrina, erudicion y sana crítica; pero sobre todo, de una entereza á toda prueba. Se les habian de señalar pensiones proporcionadas, y se habian de tener presentes su laboriosidad, su integridad y su zelo, para premiarlos con los ascensos correspondientes á sus respectivas carreras. Pero si alguno blandease, si fuese flojo de muelles, si por respetos humanos y políticos, por flojedad ó por otros mo-

tivos no cumpliese con su obligacion, y aprobase libros, sermones, discursos ó papeles volantes; que no fuesen dignos de la luz pública; ¿sabes á que le habia de condenar yo? Despues de privarle de oficio, y de una declaracion pública y solemne de su insuficiencia ó de su mala fe, le habia de condenar á que repitiesen contra él todos los compradores de la obra que habia aprobado, y á que satisficiese sin remision el dinero que malamente habian gastado aquellos pobres sobre la palabra y hombría de bien de su censura.

27. A mas se habia de estender esta providencia. Se habia de mandar seriamente á los censores, que se ciñesen rigurosamente á los términos de su oficio, esto es, que fuesen censores y no panegiristas, diciendo en pocas palabras, claras y sencillas el juicio que formaban de la obra, sin meterse con Séneca, Plinio, ni Casiodoro, y dejando descansar á los padres, á los espositores, á los humanistas y á los poetas, cuyas autoridades solo sirven para acreditar la pobre y miserable cabeza del censor, que quiere aprovechar aquella ocasion de ostentarse erudito con aquellos desdichados ignorantes, que califican la erudicion de un autor por lo cargado, y por lo sucio de las márgenes, sin saber los infelices la suma facilidad, con que el mas zurdo y el mas idiota puede hacer esta maniobra. Nada de esto es del caso para cumplir con su oficio, el cual se reduce á dar su censura breve, grave y reducida á lo que toca á la jurisdiccion del tribunal que se la comete.

28. ¿Cuantas necedades se atajarían con esta providencia? quanto papel se ahorraria? y quanto gasto escusarian los autores, á quienes no pocas veces cuesta tanto la impresion de las aprobaciones, como la de la misma obra? Muchas y muchas pudiera citar, en que aquellas ocupan casi tanto volúmen como todo el cuerpo de esta; pero las callo por justos respetos. Ningunos son mas perjudicados que los autores mismos, si es que costean la impresion; porque compran ellos mismos sus elogios, y ellos los imprimen á su costa, para que vengan á noticia de todos; ¿puede haber mayor sandez ni mayor pobreza de espíritu? Semejantes, en cierta manera, á los que alquilan plañideras para los entierros, á quienes les cuesta su dinero las lágrimas fingidas y artificiosas, que en ellos se derraman.

NOTA. *La escrupulosa fidelidad con que nos ceñimos á los monumentos, que seguimos en esta historia, no nos permite el suprimir esta juiciosa inectiva del maestro Prudencio, contra los abusos referidos; pero como hoy sábiamente se han reformado por auto del real y supremo Consejo de Castilla de 19 de julio del año pasado de 1756, á cuya justa prudente providencia es de desear y de esperar, que se conformen los jueces eclesiásticos, en la parte que les corresponde; aunque sea cierta la enfermedad, le está ya aplicada la conveniente medicina, y ya no hay necesidad de la receta, que apuntan los monumentos de nuestra historia.*

29. No para aquí la miseria humana de algunos de nuestros escritores ó escribientes. ¿Será creíble que se hallen no pocos, que á falta de hombres buenos, y por no deber nada á nadie, ellos mismos se alaben á sí propios, siendo los artifices de aquellos elogios suyos, que se leen estampados en la antesala de sus obras? Pues sí, amigo predicador, se hallan hombres de tan buena pasta, y de tan envidiable serenidad. Mas de dos y mas de veinte pudiera nombrarte yo, que han caído en esta flaqueza. No son tan simples (claro está) que suscriban sus nombres y apellidos al pie ó á la frente de sus elogios, que ese ya sería un candor, que se iría acercando al gorro verde ó colorado; pero con un anagrama, ó con un nombre supuesto, ó prestándoles el suyo ciertos aprendices de erúditos, que hay en todas partes, hermanos del trabajo, y las mas de las veces bajo la inscripcion anónima de *un amigo*, de *un apasionado*, de *un discípulo del autor*, el buen señor se alaba á taco tendino, y embóquense esa píldora los lectores boquirrubios.

30. Pero, padre maestro, le interrumpió el predicador, ese es juicio temerario, y no los hay entre los fieles cristianos: ¿de donde le consta á vuestra paternidad, que aquellos elogios fueron fabricados por los mismos autores de las obras? acaso se lo confiaron ellos á vuestra paternidad? Mira, fray Blas, respondió el maestro Prudencio, no has de ser tan sencillo, que cierto algunas veces tienes unas *parvoizes che fan pietá*. No es menester que los autores nos lo revelen, para conocerlo: el mismo estilo se está descubriendo á sí propio: ni en prosa ni en verso es facil des-

mentirse ó desfigurarse, y sin tener todo aquel olfato, que tienen *los entendimientos bien abiertos de poros, para perceber el aire sutilísimo, que da en los escritos á conocer sus autores*, como se explica galanamente el autor de la carta contra *la derrota de los alanos*, cualquiera entendimiento, ó mejor diremos discernimiento, que no esté muy aromadizado, luego sigue el rastro, porque, le dan unos efluvios, que le derriban. Fuera de que, autores hay tan bonazos, que ellos mismos lo confiesan; y qué, juzgas que es sencillez? A la verdad no es otra cosa; pero los bellacones no lo decian por tanto, sino porque no tienen valor para resolverse á carecer de aquella gloria ó de aquella vanidad que les resulta, de que sepan sus confidentes, que tambien saben hacer coplas; aunque sean así mismos.

CAPITULO IV.

Entra el granjero la cena, interrúmpese la conversacion, y se vuelve á continuar de sobre mesa.

Iba fray Blas á replicarle, cuando entró el granjero, fray Gregorio con los manteles para poner la mesa diciéndoles con gracia, y con labradoril desembarazo: *padres nuestros, onia tempus habent: tempus disputandi, et tempus cenandi*: el bendito san Cenon sea con vuestas paternidades, y ahora déjense de circualoquios, que los huevos se endurecen, el asado se pasa, y por el relox de mi barriga son las nueve de la noche. Tiene razon fray Gregorio, dijo el maestro Prudencio, y sentáronse todos á la mesa. No fué la cena esplendida, pero fue honrada y decente: dos ensaladas, una cruda y otra cocida, un par de huevos frescos, pavo asado, liebre guisada, y postres de queso y aceitunas; pero fray Gerundio los divirtió mucho en la cena. Como su pedantísimo preceptor el domine Zancas-largas, para cada cosa, para cada especie, y aun para cada palabra tenia de repuesto en la memoria un monton de latinajos, versos, sentencias y aforismos, que espetaba á todo trance, viniesen ó no viniesen, solo con que en sus textos centones se hallase alguna palabra, que aludiese á lo

que se discurría ó se presentaba; y por este medio pedantesco se hubiese adquirido entre los ignorantes el crédito de un mónstruo de erudicion, *y pozo de ciencia*, como se llamaban en aquella tierra; su buen discípulo fray Gerundio procuró copiarle esta impertinencia; así ni mas ni menos, como todas las otras extravagancias, que eran en el dichoso domine mas sobresalientes. Con esta idea se atestó bien de versos latinos, apotegmas y lugares comunes, para lucirlo en las ocasiones; y cuando le venia el flujo de erudito, era el frailecito una diarrea de disparatorios en latin, inestancable.

2. Luego pues que por primera ensalada, se presentaron unas lechugas crudas en la mesa, vuelto á su amigo fray Blas, le hizo esta pregunta:

Claudere quæ cænas lactuca solebat avorum;

Dic mihi cur nostras inchoat illa dapes?

Algo atajado se halló el padre predicador con la preguntilla, porque como era en verso latino, y él solo habia estudiado el latin, que bastaba para el gasto del breviario, y aun ese no bien, no la entendió mucho al primer embion; y así le dijo: habla mas claro, si quieres que te responda. Pero al fin, volviendo fray Gerundio á repetirle el distico, pronunciándole con mayor pausa, como por otra parte el latin tampoco era muy enrebesado, vino á entenderle fray Blas, y dijo, en suma lo que pregunta ese verso es; *¿por qué nosotros comenzamos á cenar por lechugas, cuando nuestros abuelos solian acabar con ellas?* Pues la razon salta á los ojos, porque en casi todas las cosas nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos. Dijolo Claudiano, interrumpió al punto fray Gerundio, aplaudiendo la esplicacion: *cæpisti, quæ finis erat*, y el maestro se rió tanto de la impertinente prontitud del uno, como de la sandez del otro.

3. Siguiéronse despues unos puerros cocidos sin cabeza, y apenas los vió fray Gerundio, cuando exclamó:

Fila Tarentini graviter redolentia porri

Edisti quoties, oscula clausa dato.

Confesó fray Blas, que solo entendia, que el verso hablaba de *puerros*, por aquello de *porri*; pero que para descargo de su conciencia, no percebia lo que queria decir. Entonces fray Gerundio le puso á la vista el régimen ó el ór-

den de la construccion, *quoties edisti fila graviter redolentia porri Tarentini dato oscula clausa*, advirtiéndole de paso que en el territorio de la ciudad de Tarento se dan los puerros mas afamados de toda Italia, como en Navarra los ajos de Corella, y en Castilla la Vieja los esparragos de Portillo, con cuya luz, dijo fray Blas, ya me parece que entiendo el concepto del verso: quiere decir, si no me engaño, que siempre que se comen puerros de Tarento, y lo mismo discorro que sucederá, aunque los puerros sean de Melgar de arriba, mas parece que se besa que se come por cuanto mas es chupar que comer, y para chupar se pliegan los labios. Dió usted en el hito, replicó fray Gerundio; pero con todo eso, mejor que el poeta latino esplicó la insulsez de esta ensalada el castellano, que dijo:

Quien nisperos come,

Quien bebe zerbeza,

Quien puerros se chupa,

Quien besa á una perra,

Ni come ni bebe ni chupa ni besa.

No dejó de reirse tampoco esta vez el maestro fray Prudencio de la candidez de fray Gerundio, cayéndole en gracia el chiste de la coplilla, y aunque alabó la felicidad de su memoria, todavía se compadeció algun tanto, de que no la emplease mejor.

4. Él, que se vió celebrado, se tentó un poquillo de vanidad, é hizo empeño de no dejar cosa que saliese á la mesa, sin saludarla con su dístico. Así pues, luego que se pusieron en ella los huevos, cogió con uno en la mano, arrimóle á la luz, y pareciéndole que tenia pollo, soltó la encarrajada, y dijo:

Candida si croceos circumfluit unda vitellos,

Hesperius scombri temperet ova liquor.

5. Quedóse en ayunas el bueno de fray Blas, porque este era mucho latin para un predicador romancista, y en ayunas se hubiera quedado, á no haberse compadecido de él su buen amigo fray Gerundio, explicando el pensamiento en este serventesio, que sabia de memoria:

Cuando algun pollo ó polla,

Encierra el huevo en candido recinto,

La barriga es la holla,

Y cuézase en porcion de blanco ó tinto.

6. Aprovechóse de esta ocasion el maestro Prudencio para chasquear un poco al predicador, insultándole sobre su cortedad en el latin, y le dijo con alguna picaresca: pareceme fray Blas, que tú eres como aquel cura, que decia á sus feligreses: *yo á la verdad, no se mucho latin, pero no tiene remedio, me he de dedicar á estudiarle, y hasta que le aprenda, no he de hacer mas que predicar.* Paso con esos golpes, padre nuestro, replicó algo atufado fray Blas, que entendió todo el enfasis picante de la satirilla: para predicar no he menester entender latin de poetas, bástame construir medianamente el de la biblia; y para eso el Calepino y yo á otros dos guapos.

7. En esto salió el asado á la mesa, que era medio pavo, y apenas le columbró fray Gerundio, cuando exclamó en tono de plañidera:

Miraris quoties gemmantes explicat alas;

Et potes hunc sævo tradere dure coco!

Y sin dar lugar á que volviese á sonrojarse su amigo, dió él mismo la explicacion en el siguiente epigrama:

Cuando el pavo ostentoso

La rueda liende, y brilla magestuoso,

Asombrado le miras;

Y á este que tanto admiras,

Cruel, duro, severo,

Le entregas tú despues á un cocinero!

Pero sin embargo de la compasion, que esto le causaba, no dejó de meterle bien el cuchillo por la coyuntura, y despues de hacer plato al padre maestro, él se quedó con una buena racion de entrepechuga y pellejo, alargando la fuente á fray Blas, con quien no gastaba ceremonias.

8. A este tiempo ya se habia embasado algunos tragos, y á cada uno que bebia dedicaba su distico, de los muchos de que habia hecho provision para estas ocasiones sin pararse en que los dísticos hablasen de los vinos mas famosos de Europa en la antigüedad, y el que él bebia fuese un chacolí, ó un vinagrillo de la tierra. Como él espetase sus versos, hablasen de mosto cocido, todo lo demas era para él muy indiferente, y asi al primer trago le saludó con esta impertinencia:

Hæc de vitifera venisse picata viena

Ne dubites, misit romulus ipse mihi.

Al segundo con este disparate:

Hoc de cæsareis mitis vindemia cellis

Misit yulæo, quæ sibi monte placet.

Al tercero con este requiebro:

Hæc fundana tulit felix autumnus opimi,

Expressit mulsum consul, et ipse bibit.

9. En fin, á ningun trago dejó sin su dedicatoria latina: y consta por buenos papeles, que en solo aquella cena brindó veinte veces, y esto sin perjuicio de la cabeza, que la tenia á prueba de jarro, por haberse criado en Campazas con la mejor leche del Páramo y de Campos. No se puede aponderar lo aturdido, que estaba el bueno del predicador al oír chorrear tanto latinorio á su amigo y queridito; pues aunque lo mas de ello se le pasaba por alto, y allá se iba por el ánima mas sola, con todo eso se le caía la baba; viéndole lucir tan á taco tendido, protestando, que si bien siempre habia hecho alto concepto de su ingenio, nunca creyó que llegase á tanto, por no haber concurrido con él en otra funcion semejante. No sabia como diantres habia podido meter en la cabeza tanta multitud de versos, y sobre todo se asombraba de aquella oportunidad con que los aplicaba; siendo así, que el desdichado fray Gerundio no esperaba mas oportunidad para encajar sus versos, que la de oír ó ver alguna cosa, de la cual se hiciese mencion, en los que tenia hacinados en su burral memoria, usando de la erudicion profana puramente por la asonancia ni mas ni menos como habia usado de la sagrada en la chistosa salutacion, que habia predicado en el refectorio. Pero como el buen fray Blas tampoco entendia de otras propiedades para el uso y para la aplicacion de sus textos, no distinguia de colores, y lo que le sonaba le sonaba, confirmandose en el dictámen, de que mozo como aquel no le habia pillado la orden en dos siglos.

10. Creció su admiracion, cuando, sirviéndose á la mesa una cazuela de liebre guisada, oyó á fray Gerundio prorrumpir en esta difinitiva sentencia:

Inter aves turdus, si quid, me iudice, certet:

Inter quadrupedes, gloria prima lepus.

No entendió el predicador, mas que á media rienda, y así en bosquejo lo que queria decir, aunque ya le dió al corazon poco mas ó menos, cual seria el pensamiento, cuan-

do notó, que diciendo y haciendo se echa fray Gerundio en su plato casi la mitad de la cazuela. Pero el padre maestro, que comprendió muy bien toda el alma del concepto, dijo con su apacibilidad acostumbrada: hombre, eso de que en tu dictámen *entre las aves no hay plato mas regalado que el tordo, ni entre los animales que la liebre*, prueba bien, que el mismo gusto tienes en el paladar, que en el entendimiento, y que el mismo voto puedes dar acerca de una mesa, que acerca de un sermon. Yo siempre oí, que el tordo era extraordinario de fraile, y la liebre plato de cofradía; ¿y quien le ha dicho á vuestra paternidad, replicó fray Gerundio, que en las cofradías no sirven muy buenos platos, y que á los frailes no les da extraordinarios muy delicados? Sustanciales sí, respondió el maestro Prudencio, pero delicados no.

11. En esto salieron los postres, un queso y un plato de aceitunas. Aqui le pareció á fray Blas, que sin duda alguna se le habia acabado la talega á fray Gerundio, porque; ¿que poeta se habia de poner á tratar de aceitunas y de queso? Pero le engañó su imaginacion, y quedó gustosamente sorprendido, cuando vió que tomando el queso en una mano, y un cuchillo en otra para partirle, recitó con mucha ponderacion este par de coplitas:

Caseus, etruscæ signatus imagine lunæ,

Præstabit pueris prandia mille tibi.

Y sin detenerse añadió esta traduccion, que tambien habia leído:

Con un queso, parecido

A la luna de Toscana,

Hay para dar de almolzar

A los niños mil mañanas.

Eso lo mismo será, glosó fray Prudencio sonriéndose; aunque se parezca á la luna de Valencia; pues no se, que para el caso ni para el queso, tenga mas gracia una luna que otra; ¿y que, no dices algo á las aceitunas? Allá voy, padre maestro, respondió fray Gerundio, y tomando media dógena de ellas, dijo:

Hæc, quæ picens venit subducta trapetis,

Inchoat, atque eadem finit oliva dapes.

Que uno construyó así:

Esta, que no fue al molino;

Para que no fuese aceite,

Unas veces es principio,

Y tambien postre otras veces.

Que dices, borracho? le preguntó fray Blas en tono de zumba; cuando sirvieron de principio las aceitunas, cuando? respondió fray Gerundio, cuando se comenzaba á comer por donde ahora se acaba, y cuando las lechugas servian de postre, *juxta illud*:

Claudere quæ cœnam lactuca solebat avorum, etc.

Y sino acuérdesse usted de lo que dijo al principio de la cena, que nosotros comenzamos por donde acabaron nuestros abuelos.

12. Halló bastante gracia el maestro en esta reconvenccion, y se confirmó en su antiguo dictámen, de que á fray Gerundio no le faltaba cantera, y que solo le habia hecho falta el cultivo, la aplicacion á facultades serias y precisas, la crítica y el buen gusto. Pero al fin, con no poco se acabó la cena, se dieron gracias á Dios, y se levantaron los manteles; despues de lo cual tomó la mano fray Blas, y dijo: padre maestro, acabemos de evacuar el punto de las censuras de los libros, que nos interrumpió fray Gregorio, porque á lo que veo me parece que vuestra paternidad es del mismo dictamen, que aquel famoso censor del segundo tomo del *teatro crítico universal*, que huyendo el cuerpo á la censura del libro, se metió á censurar á los censores; pero en verdad que llevó brava tunda en cierta aprobacion del tercero tomo. En la substancia, respondió el maestro, del mismo parecer soy, y hallo, que tiene mucha razon en lo que dice: el modo puede ser que no hubiese agradado á todos, porque le oí notar de pomposo, arrogante y satisfecho; y á algunos tampoco les pareció bien, que reservase esta crítica para aquel lugar en que no venia muy al caso; adelantándose tal cual á arguirle de menos consiguiente pues protestando en la misma censura, *que no se hallaba con ánimo de ayudar fructuosamente al autor del teatro en el arduo, y mal recibido oficio de desengañador*, el mismo le está ejercitando en la misma censura: con esta diferencia, que el autor del teatro ejerce el oficio de *desengañador* de sabios y de ignorantes, pues á todos comprenden los *errores comunes*; pero el censor ejerce el de *desengañador* únicamente de sabios, porque á solos es-

tos, ó en realidad ó en la estimacion, se fian por lo comun las aprobaciones de los libros.

13. Sobre la zurra, que le da todo un colegio de padres aprobantes del tercer tomo, tambien he oido variedad de opiniones. Convienen todos, en que la correccion fraterna está discreta, bien parlada, y con mucha sal, sin que la falte su granito de pimienta; pero como los autores de ella son de la misma estameña, que el autor del teatro, algunos desearan que esta comision se la hubieran encargado á otro de diferente paño, en quien caeria mejor. Dicen, que esto de salir á la defensa de uno de su ropa, solo porque no se le alaba, no suena bien: otra cosa seria si positivamente se le hubiera injuriado sin razon, que entonces á ningunos tocaba mas inmediatamente sacar la cara por él, que á los de casa. Pero este reparo me parece poco justo y aun poco reflexionado; porque aquellos padres maestros no impugnan directamente al censor, porque no alaba al autor del teatro, sino porque censura á los que le alaban á él, y á todos los demas autores: con que no tanto es defensa del autor como de los censores, y en esta todo el mundo tiene derecho á meterse, con especialidad aquellos á quienes se les ha encomendado este oficio.

14. Algunos maliciosos aun se adelantan á mas: parécenles á ellos, que vén una gran diferencia de estilo en lo restante de la aprobacion y en el párrafo en que se censura al censor de los censores: con esta aprension se les figura por otra parte, que el estilo de este párrafo es muy parecido al nobilísimo, perspicuo y elegante, que gasta el autor del teatro; ¿y que quieren inferir de aquí? Lo que se está cayendo de su peso; que este parrafillo le dicto el mismo autor, pues se hallaba dentro de casa, y sin esplicarse mas, hacen un gesto y tuercen el hocico. Pero esta me parece demasiada temeridad, y sobrada delicadeza. Conocer en pocos renglones añadidos á otros muchos la diversidad de estilo, es para pocos ó para ninguno, sin esponderse á juzgar erradamente, salvo que aquella sea tan visible, que luego salte á los ojos; pues claro está, que si en un sermon del padre Vieira se mezclaran solos cuatro renglones del autor del florilógio, un topo veria al instante la diferencia y aun la disonancia: mas no estamos en el caso. El estilo de los aprobantes no es tan deseme-

jante del autor del teatro, que diste infinito de él. Fuera de que á los buenos escritores nunca los puede faltar un buen estilo, dice Quintiliano: *Bonos nunquam honestus sermo deficiet*; y asi como no es imposible, sino muy regular, que uno dé en el mismo pensamiento que otro, asi tampoco lo es, que le explique de una misma manera. Mas supongamos que el párrafo en cuestion sea del mismo autor del teatro; *quid in de?* No veo en ella cosa, que me disuene, porque en él nada se le elogia, y antes se me representa un rasgo de su moderacion y de su prudencia. Finjamos por un poco (y es una cosa bien natural) que los reverendísimos aprobantes hubiesen dejado correr la pluma en este punto con algun mayor calor y libertad de lo que pedia la materia. Demos por supuesto (y no es menos natural que lo primero) que confiasen al autor su censura, para que la viese antes que se estampase. Como la leyó á sangre fria, notó que estaba un poco acalorada, y tomó de su cuenta templarla, dictando un párrafo, en que se dice lo que basta, y en realidad á ninguno saca sangre. Esto es lo que yo concibo que pudo ser; pero si fué otra cosa, todo ello importa un bledo.

15. En lo que no convengo ni convendré jamás es, en que las censuras de los libros, especialmente las que se hacen de oficio, esto es, por comision de tribunal legítimo, se conviertan en panegíricos; y perdónenme los reverendísimos censores del censor de todos ellos, que no me hace fuerza la razon, con que intentan defender la práctica contraria. Dicen, que *el panegírico, que se introduce en la censura, siendo el mérito del autor sobresaliente, es deuda; siendo mediano, urbanidad; y solo siendo ninguno, será adulacion*. Yo diria, con licencia de sus reverendísimas, que el panegírico que se introduce en la censura, aunque el autor le merezca, siempre es impertinente; y sino le merece, no solo es una adulacion indigna, sino una mentira, un engaño sumamente perjudicial al progreso de las ciencias, al honor de toda la nacion, y á la utilidad comun. Al censor solamente le mandan, que diga sencillamente su parecer sobre el mérito de la obra, aprobándola ó desaprobandola, sin que se detenga en alabar al autor, sino que sea indirectamente, por aquel elogio que necesariamente le resulta, de que se apruebe su produccion;

con que pararse muy de propósito á hacer un gran panegirico del autor, aunque sea el de mayor mérito, sin dejar epíteto que no le aplique, renombre con que no le proclame, ni erudicion que no obstante el aprobante para exornar su encómio no solo no es deuda, sino una obra muy de supererogacion.

16. Ya se entiende, que hablo solamente de aquellos largos panegiricos, que de propósito se introducen en las censuras adornados de todo género de erudicion, los cuales son los que únicamente se pueden llamar *panegiricos*. Y de estos digo, que aunque los autores los tengan muy merecidos, son fuera del asunto en las aprobaciones, digámoslo asi, judiciales; y en este sentido, á mi ver, habló tambien el censor de los censores. Pero aquellos elogios, que resultan del breve y sencillo juicio que se forma del mérito de la obra, como de su utilidad, de su inventiva, de su solidez, de su buen estilo, etc., estos asi como no merecen el nombre de panegiricos, asi tampoco deben condenarse en los censores, antes apenas pueden cumplir con su oficio, sin que digan algo de esto; y en este sentido convengo tambien, en que los elogios pueden ser deuda y pueden ser urbanidad.

17. Pero quien ha de tener paciencia para sufrir otros diferentes rumbos, que siguen los aprobantes? Todos ó casi todos, son panegiristas, y de estos ya he dicho bastante. Algunos añaden á este oficio el de glosadores ó adicionadores de la obra que aprueban: otros se meten á apologistas del asunto, especialmente si este es de materia crítica, ó de algun punto contencioso: cuando la obra es apologética, las aprobaciones por lo comun se reducen á una apología de la misma apología; y aprobacion bien larga he visto yo, que sin tocar en la sustancia de la obra hasta el último párrafo, gasta el aprobante muchas hojas en alabar la patria del autor, la nobleza de su origen, las glorias de su religion; y de todo esto infiere, que el libro es una cosa grande, y que no puede contener ápice ni punto, que se oponga á los dogmas de la fe ni á la mas severa disciplina. Digo, y vuelvo á decir, que todas estas me parecen unas grandísimas impertinencias, dignas de ser desterradas de nuestra nacion, como lo están de casi todas las demas del mundo, cuyos censores se ciñen precisamente á lo que

se les manda, diciendo en breves y graves palabras su dictámen, y dejando á los lectores, que hagan de la obra y del autor todos los panegíricos, que se les antojaren.

18. Muy enfrascado estaba el maestro Prudencio en la conversacion, cuando advirtió que fray Gerundio se habia quedado dormido en la silla como un cepo, y que el predicador bostezaba mucho, cayéndosele los párpados de manera, que cada instante necesitaba apuntalarlos. Hízose cargo de la razon, y despertando á fray Gerundio, no sin mucha dificultad, se fueron todos á la cama, quedando despedido el predicador fray Blas desde la noche, porque pensaba madrugar mucho el dia siguiente, para marchar á Jacarilla, en compañía de su mayordomo el tio Bastian, que para entonces ya le suponian perfectamente convalecido del accidente, que le habia acometido de sobre-comida ó sobre-bebida.

CAPÍTULO V.

Estrena fray Gerundio el oficio de predicador sabatino con una plática de disciplinantes.

Aun no bien habia amanecido el dia siguiente, cuando llegó un mozo del convento con una carta del prelado, en que mandaba á fray Gerundio, que cuando antes se retirase, porque le hacia saber, que la villa habia votado una procesion de rogativa por el agua, de que estaban necesitados los campos, en la cual habia determinado salir la cofradía de la Cruz, y que era menester disponerse para predicar la plática de disciplinantes. Mucho se holgó nuestro predicador sabatino con esta noticia, por quanto estaba ya rebentando por darse á conocer en el público, y se le hacian siglos los dias que tardaba una funcion. Pero fue tan desgraciado, que media hora antes que llegase el propio, habia partido para Jacarilla su grande amigo fray Blas, y esto no dejó de contristarle algun tanto, porque le podia dar alguna idea ó algunas reglas propias de su buen gusto, para disponer aquella especie de funcion, de la cual nunca habian tratado en particular; y siendo la primera,

le importaba mucho salir de ella con el mayor lucimiento. Ya se le ofreció consultar el punto con el maestro Prudencio; pero dijo allá para consigo, este viejo me dirá alguna de las que acostumbra; aconsejaráme, que encaje á los cofrades un trozo de mision; que diga, como las calamidades públicas siempre son castigo de los pecados públicos y secretos; que lo confirme con ejemplos de la sagrada Escritura y de la historia profana, de los cuales me contará un rintero de ellos, porque el viejo sabe mas que Merlin: prevendrámeme, que despues me deje naturalmente caer sobre la necesidad de aplacar á la divina justicia por medio de la penitencia- porque no hay otro; y por fin y postre querrá que los espete, que de este único medio se valió el mismo Jesucristo, derramando toda su sangre por nuestros pecados, para satisfacer á su eterno padre y aplacar la justa indignacion contra todo el linage humano; y al llegar aquí querrá que me afervorice, y que los exorte á despedazar primero su corazon, y despues de sus espaldas, no con espíritu de vanidad, sino con espíritu de cumpuncion. Esta retaila me encajará el padre maestro, como si la oyera, y me querrá persuadir, que á esto y no á otra cosa se debe reducir este género de pláticas; pero á otro perro con ese hueso. Cierito que quedaria yo bien lucido en la primera funcion, en que me estreno de puertas á fuera, con predicar como pudiera un carcuezo, y con decir lo que diria cualquiera vieja. Yo me guardaré de preguntarle nada á su paternidad, y compondré mi plática como Dios me diere á entender, sin ayuda de vecinos.

2. Con este pensamiento se entró en el cuarto donde estaba el maestro Prudencio todavía recogido, porque con la conversacion de sobre-cena se le habia encendido la cabeza, y habia pasado mala noche. Dióle parte de la carta con que se hallaba del prelado, el cual le habia enviado mula al mismo tiempo, para que se retirase, y dijole, que si mandaba algo para el convento. El maestro, puesto que no dejó de sentir este incidente porque habia consentido, en que ya que no le quitase del todo la bodoquera, podria quitarle algunos bodoques en los paseos y conversaciones de la granja; pero al fin, viendo que no tenia remedio, hubo de conformarse, y solamente le previno, que tratase de platicar con juicio y con piedad, porque el asun-

to lo pedia: advirtiéndole, que mediante Dios esperaba oírle. Bien está, padre maestro, le respondió fray Gerundio; pierda cuidado vuestra paternidad, que por esta vez pienso, que he de acertar á darle gusto, y con esto se despidió.

3. Dice una leyenda antigua de la órden, que en todo el camino que habia desde la granja al convento, que no era menos que de cuatro leguas largas, iba nuestro fray Gerundio tan pensativo y tan dentro de sí mismo, que no habló ni siquiera una palabra al mozo, que iba delante de la mula, y lo que mas admiracion causó á todos los que le conocian, fué que no solo no se paró á echar un trago en una venta, que habia en la mitad del camino, pero que ni siquiera reparó en ella. Esto consistió, como él mismo lo confesó despues, en que iba totalmente preocupado en hacer apuntamientos mentales, y en buscar especies y materiales allá dentro de su memoria para disponer una plática de rumbo, que diese golpe, y que de contado le acreditase.

4. Desde luego se le ofrecieron á la imaginacion, como en tropel, las confusas ideas de esterilidad, rogativa, cofradía, cruz, penitentes, pelotillas, ramales, sangre penitentes de luz, etc.; y todo su cuidado era como habia de encontrar en la mitología ó en la fábula algunas noticias, que tuviesen alusion con estas especies, pues por lo que toca á la coordinacion y al estilo, eso no le daba maldita la pena, pues siguiendo el mismo que habia usado en el sermón de santa Ana, y procurando imitar el inimitable del florilógio, estaba seguro del aplauso del auditorio, que era el único objeto, que por entonces se le proponia.

5. Para hablar de la esterilidad, al instante se la ofreció la edad de plata, y la edad de hierro; porque hasta la primera los hombres eran unos angelitos, y la tierra producía por sí misma todo género de frutas, y de frutos para su sustento y regalo, sin necesitar de cultivo, el que enteramente ignoraban; pero como en la edad de plata comenzasen á ser un poco bellacos, tambien la tierra comenzó á escasearles sus frutos, y se empeñó en que no les habia de dar alguno, sin que les costase su trabajo. Mas aqui estaba la dificultad; porque los pobres hombres, acostumbrados á la abundancia y al ocio, no sabian como habian de beneficiarla, hasta que compadecido Saturno bajó

del cielo, y los enseñó el uso del azadon y del arado, para que en fin costándolos su trabajo y sudor, la tierra los sustentase. Pero luego le ocurrió que esto no venia muy á cuento, porque aquí no se trataba de esterilidad nacida de falta de cultivo, sino de falta de agua, y para esta habia de menester una fábula, como el pan para comer.

6. Dichosamente se le vino en aquel punto á la memoria la edad de hierro, en la cual nada producía absolutamente la tierra ni cultivada ni por cultivar, y es que los dioses la negaron enteramente la lluvia, en castigo de las maldades de los hombres, que se habian hecho muy taimados, y solo trataban de engañarse los unos á los otros, como dice el doctísimo conde Natal. No se puede ponderar la alegría que tuvo, cuando se halló sin saber como con una introduccion tan oportuna; y apuntándola alla en el descuadernado libro de su memoria, pasó á revolver en su imaginacion algunas especies de mitología, que se pudiesen aplicar á cosa de rogativa.

7. A pocas azadonadas se le vino oportunamente á ella aquel famoso caso de Baco, cuando hallándose en la Arabia desierta, por donde caminaba á cierto negocio de importancia, y muriéndose de sed, por no encontrar una gota de agua en medio de aquellos adustos arenales, juntó los pastores de la comarca, y formando con ellos una devota procesion ó rogativa en honra del dios Júpiter, ofreció que le fabricaría un templo, si le socorria en aquella necesidad, y al punto se apareció el mismo Júpiter en figura de un carnerazo fornido y bien actuado de puntas retorcidas, que escarvando con el pie en cierta parte, brotó una copiosa fuente de agua dulce y Baco agradecido cumplió su voto, edificando al dios carnero el primer templo, con el título de Júpiter Amon. Dióse mil parabienes por este hallazgo, especialmente cuando supo despues, que el mayordomo de la cofradía de la Cruz en aquel año se llamaba Pascual Carnero, y propuso en su ánima hacerle Júpiter Amon, con lo que le pareció haber encontrado un tesoro para tocar la circunstancia principal, y tuvo por sin duda allá para consigo, que desde aquel punto no habria sermon de cofradía, que no le pretendiese con empeño.

8. Remachóse en este buen concepto que hizo de sí

mismo y de su grande suficiencia, cuando para hablar de la misma cofradía, compuesta por la mayor parte de labradores, se le vinieron al pensamiento los sacrificios ambarvales, que se hacian en honor de la diosa Ceres, tutelar de los campos y de las cosechas, á los cuales sacrificios presidia cierta especie de cofadria, compuesta de doce cofadres, que se llamaban los *hermanos Arvales*, esto es, los *cofrades del campo*, derivando su denominacion de *arvus arvi*, que le significa; porque aunque es verdad, que estos no eran mas que doce, y los cofrades de la Cruz pasaban de ciento, eso le pareció chico pleito; pues si el número siete en la sagrada escritura significa multitud, mas significára el número doce en la mitología.

9. Donde se halló un poco apurado fué en tropezar con alguna erudicion de buen gusto, que pudiese aludir á cofradía de la cruz, y despues de haberse aporreado por algun tiempo la cabeza, sin encontrar cosa que le satisficiese, su buena fortuna le deparó una admirable especie, que á un mismo tiempo le sirvió para cumplir gallardamente con la circunstancia agravante de la cruz, y con la de los penitentes de sangre, que no le daba menos cuidado que la otra. Acordóse haber leído en un estraordinario libro, que se intitula: *idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, como en honor del dios *Izcocauhqui*, que era el dios del fuego, iban los indios al monte por un grande árbol, que con mucho acompañamiento, música y aparato conducian al patio del templo: allí le descortezaban con estraordinarias ceremonias, le elevaban despues á vista de todo el pueblo, para que constase á todos que tenia la altura, que prescribia la ley; despues le bajaban, y cada uno le adornaba con ciertos papeles teñidos en sangre propia: hecho lo cual volvian á levantarle con gran tiento, devoción y reverencia. Entonces los amos tomaban acuestas á sus esclavos, y bailando al rededor de una grande hoguera, que estaba encendida junto al árbol, cuando los pobres esclavos estaban mas descuidados, daban con ellos en las llamas y se hacian ceniza.

10. No cabe en la imaginacion quanto se regocijó el bendito fray Gerundio con este, á su parecer, felicísimo y oportúnísimo hallazgo, porque en solo él tenia quanto habia menester, para lo que le restaba que ajustar. Habia ár-

bol traído del monte con mucho acompañamiento, y elevado con grande devocion en el patio del templo; que símbolo mas propio del árbol de la cruz? Y mas, que por descortezarle despues, no perdía nada para el intento. Habia papelitos teñidos en sangre de los cofrades, que levantaban el árbol cosa ajustadisima y pintiparada á los penitentes de sangre, pues que esta tiñese papeles ó tiñese faldones; es cuestion de nombre, particularmente cuando ya se sabe, que de los faldones se hace el papel. Habia amos, que bailaban al rededor del árbol y de la hoguera con los esclavos acuestas, á los cuales echaban despues en la lumbré, y ellos se quedaban riendo; metáfora muy natural de los penitentes de luz, que son como los amos de la cofradía, los cuales se contentan con alumbrar á los penitentes de sangre, para que estos se quemen y se abrasen á azotes, ya entre los manojos de los ramales, ya entre las ascuas de las pelotillas.

11. Mil parabienes se dió á sí mismo, por haber encontrado con una provision de materiales, los mas esquisitos y mas adecuados, para el intento, que á su modo de entender se podian juntar, y ya quisiera él, que la plática fuese el dia siguiente, para dárse cuanto antes á conocer; pues una vez juntos los materiales, en dos horas le parecia que podria disponerla, particularmente habiéndose de reducir á una exortacion muy breve, como él mismo lo habia abservado en las pláticas de aquella especie, que habia oido, por quanto se comenzaba á platicar, al mismo tiempo que se iba ya formando la procesion; y en orden á tomarla de memoria, eso le daba poco cuidado, porque realmente era de una memoria feliz, y como dicen bural.

12. No obstante, haciendo un poco mas de reflexion sobre todas las circunstancias de esta última erudicion mitológica, no podia enteramente aquietarse, pareciéndole que la aplicacion de los papelitos teñidos en sangre á los penitentes de la cofradía, era un poco violenta; y aunque juzgó, que en caso de necesidad y en un lance forzoso, ya pudiera pasar, mayormente en una aldea, donde no hubiese mas criticos, ni mas censores, que el barbero y el fiel de fechos; pero bien quisiera él hallar otra cosa mas terminante y como en propios términos de *penitentes de sangre*, para asegurar mas su lucimiento, sin esponerse á me-

lindrosos reparos de gentes escrupulosas, de los cuales habia algunas en su comunidad y en el pueblo, que como llevamos significado, era una villa de media braga, ni tan desierto como Quintanilla del monte, ni tan poblado como Cádiz y Sevilla.

13. Con este cuidado se iba ya acercando al lugar, asaz pensativo y no poco pesaroso, cuando de repente dió un alegre grito, acompañado de una gran palmada sobre el albardon de la mula; y prorumpió diciendo; hay borracho como yo! Vaya, que soy un mentecato. En el mismo admirable libro intitulado: *Idea de una nueva historia general de la América Septentrional*, pocas hojas mas allá donde se refiere lo del árbol y lo de los papelitos de sangre en honor del famoso dios *Izcocauhqui*, me acuerdo haber leído dos especies, que luego las apunté para estas ocasiones, y son tan nacidas para ellas, que aunque yo mismo las hubiera fingido, no podian venir mas á pelo. Ambas especies se encuentran en el párrafo X, que trata de los símbolos de los meses indianos, segun Gemelli Carreri: y la primera dice así porque la tengo en la memoria, como si la estuviera leyendo.

14. « *Tozótli*, símbolo del segundo mes, quiere decir « *sangria ó picadura de las venas*; porque asimismo en « el segundo dia de este mes los indios, ó fuese con las « puntas del *maguey*, ó con navajas de pedernal, en se- « ñal de penitencia, se sacaban sangre de los muslos, es- « pinillas, orejas y brazos, y ayunaban al mismo tiempo... « Era esta fiesta de penitentes dedicada al dios *Tlalóc*, dios « de las lluvias. Y mas abajo. Los que tenia el oficio de « hacer *xuchilles* ó ramilletes entre año, llamados *cochi-* « *manque*, festejaban en la tercera edad á la diosa *Chi-* « *vaticue*, que es lo mismo que decir *enaguas de mujer*, « ó por otro nombre *Coatlatóna*, diosa de los mellizos. « La segunda especie es como se sigue, sin faltarle tilde.

15. « *Hueytozótli*, superlativo de *Tozótli*, símbolo del « tercer mes, quiere decir, *punzadura ó sangria grande*: « porque en deteniéndose las aguas, que no comenzaban has- « ta este tiempo, correspondiente á nosotros por abril, se « aumentaban las penitencias, crecia la saca de la sangre, « y eran mayores los ayunos, y aun los sacrificios. La fiesta « se hacia al dios *Cinteolt*, dios de el maiz, etc. » Estas

dos especies tengo apuntados en mi cuaderno, y encomendadas á mi memoria: y me andaba yo aporreando los cascos por encontrar otras, que se adaptasen á las circunstancias principales del asunto? donde las habia de hallar mas esquisitas? donde mas nuevas? donde mas cortadas al talle del intento? Aqui tengo esterilidad de la tierra por falta de agua: aqui tengo á *Tlalóc* dios de las lluvias: aqui tengo una procesion de penitentes de sangre, y no menos que en el mes de *Hueytozoztli*: que es el mismísimo mes de abril, en que nos hallamos, y en que se ha de celebrar nuestra procesion: aqui tengo *xuchiles* y *xochimánques*, esto es, los que hacian ramilletes ó *ramalles*, que allá se vá todo, y es bien corta la diferencia: aqui tengo *coatlátóna* ó enaguas de muger, cosa tan precisa para que se vistan los penitentes; y en fin, aqui tengo una india, y ya no me trueco ni por cuarenta fray Blases ni por cuantos autores de florilógios puedan producir las dos estremaduras. Ola: pero esto no quita, que yo los venere siempre como á mis dos maestros, como á los dos modelos, como á mis originales en la facultad de la carrera que emprendo.

16. Embelesado en estos pensamientos, y casi loco de contento, nuestro fray Gerundio llegó á la puerta reglar de su convento; apeóse, fue á la celda del prelado, dió su *benedicite*, tomó la venia, retiróse á la suya, desafortjóse, desocupó, echó un trago, y sin detenerse un punto puso manos á la obra; trabajó su plática, que aquella misma noche quedó concluida, y llegado el dia de la procesion, á que concurrió mucho gentío de la comarca, Anton Zotes y su muger, á quienes el mismo hijo habia escrito para que viniesen á oírle, sin faltar tampoco el maestro Prudencio, que la noche antes se habia retirado de la granja, con gentil denuedo representó su papel, que copiado fielmente del original, decia así ni mas ni menos.

17. « A la aurífera edad de la inocencia, *lavabo inter innocentes manus meas*, en trámite no interrupto sucedió la argentada estacion de la desidia: *argentum, et aurum nullius concupi*. No llevo la ignavia de los mortales á ser letálica culpa; pero se arrimó á ser borron ni-
« gricante de su nivea candidez primera:

« *Pocula tartareo haud aderant nigrefacta veneno.*

« Sobresaltados los dioses, *ego dixi Dii estis*, determinaron
 « prevenir el desorden con admonición benéfica. Admirable-
 « mente el simbólico: *Ante diem cave*; y paralogizaron la
 « corrección en preludios de castigo: *Corripe eum inter te,*
 « *et ipsum solum.* »

18. « La madre Cibeles (ya sabe el docto, que en el
 « étnico fabuloso lexicon se impone este cognomento á la
 « tierra: *terra autem erat inanis, et vacua*). La madre
 « Cibeles, *Cybeleia mater*, que dijo oportuno el proboscide
 « poeta: la madre Cibeles, que hasta entonces espontaneaba
 « sus fruges, resolvió negarlas, mientras no la reconviniese
 « por ellas el penoso afán del madido colono: *In columna*
 « *nubis*. Mas, ó cielos! ¿como habia de elaborar el infeliz
 « agrícola, si le faltaba la causa instrumental para el cul-
 « tivo, y si del todo ignoraba la causa material y la eficien-
 « té para el instrumento? *Quæcumque ignorant, blasphe-*
 « *mant; quomodo fiet istud?* Commiserado Saturno bajó de
 « lo alto del Olimpo: *Descendit de cælis*, y enseñó al hom-
 « bre el uso del azadon tajante, y del arado escindente: *Ter-*
 « *ra scindetur aratro*; ¿habeislo entendido mortales? Luego
 « bien decia yo, que siempre son los pecados ocasion de los
 « castigos: *Et peccatum meum contra me est semper*. Pe-
 « ro aun no estamos en el caso. »

19. A la argentada estacion sucedió el seculo ferrugi-
 « neo: *Sæculum per ignem*, y aunque en él habia instru-
 « mentos para el cultivo, y poseian los hombres escientífica
 « comprension de su manejo, *possedit me in initio viarum*
 « *suarum*, obstruida la Cibélica madre, correspondia con
 « esterilidades á los afanes del agrícola: *Et pater meus agri-*
 « *cola est*. Aqui el repaso. Si la reconvenia con sus sulcos
 « el corbo hierro, si la llamaba con sus golpes la afilada
 « plancha; ¿por que no se daba por entendida? ¿por que no
 « producía la tierra verdigerantes frutos? *Germinet terra*
 « *herbam virentem*; ¿que oportuno Lira? Porque el cielo
 « empedernido la negaba la lluvia: *Non pluit menses sep-*
 « *tem*; ¿pero que motivo pudo tener esa tachonada techum-
 « bre, para tan cruel duricie? Díjolo Cartario muy á mi in-
 « tento; porque los hijos de los hombres habian multiplica-
 « do las nequicias: *Et delicie meæ esse cum filiis homi-*
 « *num*; pues que remedio? Oid al sapientísimo mitologo.

20. « Despréndase el gran baco de esa bóveda celeste,

« enseñe á los hombres á compungirse, y á implorar la clemencia del tonante con una rogativa penitente: *Te rogamus audi nos*: ofrézcale cultos y sacrificios en futuras aras, y bajará el mismo Júpiter Amon, que es lo mismo que Carnero, y con una sola patada ó debajo de la planta de su pie, á *planta pedis*, hará que broten aguas que apaguen la sed y fertilicen los campos: *Decendit Jesus in loco campestri*. Para el docto no es menester aplicacion; vaya para el menos entendido. No es asi, que á siete meses, que las nubes nos niegan sus salutíferos sudores ¿no es asi, que á esta denegacion se han seguido los síntomas de una tierra empedernida? Pues institúyase una devota rogativa: vayan en ella los cofrades de la Cruz de penitentes; presídala su digno mayordomo Júpiter Amon, Pascual Carnero, que debajo de sus pies, *de sub cujus pede*, brotarán aguas copiosas, que fecunden nuestros campos:

Horrida per Campos bam, bim, bombardas sonabant.
 « Mas es muy celebrado en las sagradas letras el cordero pascual: *agnus pascalis*. Sabe el discreto, que de los corderos se hacen los carneros. Luego nuestro insigne mayordomo Pascual Carnero, seria cuando niño Cordero Pascual. La ilacion es innegable. Pero aun no lo he dicho todo.

21. « A la frugífera Ceres, diosa tutelar de los campos y de las cosechas, se ofrecian aquellos sacrificios, que se llamaban ambarvales, y se hacia una solemne procesion al rededor de los campos, para ofrecerla estos sacrificios: *ambarvales hostiæ*; ¿y quienes eran los que principalmente la formaban? Unos devotos cofrades, que se llamaban arvales: *arvales fratres*; los cuales en sentir de los mejores intérpretes, eran todos labradores. No lo levanto yo de mi cabeza: dicelo el profundísimo Caton: *ambarvalia festa celebrabant arvales, fratres, circumeuntes campos, et litabant ambarvales hortiaæ*; ¿y á quien se ofrecian? ya lo he dicho, á la diosa Ceres, que se deriva de *cera*, para denotar tambien á los cofrades de luz *vos estis lux mundi*.

22. « Mas porque el crítico impertinente ó escrupuloso no eche menos á los penitentes de sangre, id conmigo, y vereis, que esto de los penitentes no es invencion de modernos, como quieren algunos ignorantes, sino una co-

« fradía muy antigua, establecida en todos los siglos y en
 « todas las naciones. Ea, dad un salto á la América Septen-
 « trional.

23. « Alli vereis al dios *Tlalóc*, superintendente de las
 « lluvias, haciéndose de pencas, y no querer desatarlas en
 « el mes de *tozótli*, que es el de marzo. Alli vereis, que
 « para moverle á piedad, se arman los indios de *magueys*,
 « ó puntas de pedernal, y se sacan copiosa sangre de todas
 « las partes de su cuerpo. Alli vereis, que el irritado *Tla-*
 « *lóc* continúa las señas de su enojo en el mes de *hueyto-*
 « *zotli*, que corresponde al de abril en que nos hallamos,
 « y negando en él la agua por los pecados de aquellos in-
 « felices, arrepentidos estos, aumentan las penitencias, y se
 « sacan sangre hasta correr por el suelo al rigor de los *xu-*
 « *chiles*, esto es, á la violencia de los ramales, empapando
 « en ella á la diosa *Chivalticue*; que es tanto como la dio-
 « sa de las enaguas, y dirigiendo la penitente procesion al
 « templo de *Citeolt*, dios del maiz ó trigo de Indias, para
 « que intercediendo con *Tlalóc*, y uniéndose con él, los
 « franquease los frutos de la tierra.

24. « Ea, hermanos, á vista de tan oportunos como
 « eficaces ejemplares, qué haceis; en qué os deteneis; *Quid*
 « *facis in paterna domo, delicate miles*; ¿A qué aguar-
 « dais para empuñar con brioso denuedo esos cándidos *xu-*
 « *chiles*, y convocando primero el humor purpureo á las
 « dos carnosidades postergadas, no le sacais despues con
 « los cerosos *magueys*, hasta dejar empapadas las alvican-
 « tes *chivalticues*, y corra por ellas la sangre á regar la
 « dura tierra: *guttæ, sanguinis decurrentis in terram?*
 « Mirad fieles que está enojado nuestro divino *Tlalóc*: mi-
 « rad que el benéfico *Citeolt* se pone de parte de su ceño.
 « Corred, corred á aplacarlos: volad, volad á satisfacerlos:
 « empuñad, vuelvo á decir, esos *xuchiles*; tomad bien la
 « medida á esos *magueys*: brote de vuestras espaldas el ro-
 « jo licor á borbotones. Asi aplicareis la ira de los dioses;
 « asi satisfaceréis por vuestras culpas; asi conseguiréis para
 « vuestros campos epitalámios de lluvia, y para vuestras
 « almas epiciclos soberanos de gracia, prenda segura de la
 « gloria: *Quám mihi, et vobis, etc.*”

25. No bien habia pronunciado la última palabra, cuan-
 do resonaron en el templo unos gritos, que salian por en-

tre los caperuces, á manera de voces encañonadas por embudo ó por cervatana, que decian: *vitor el padre fray Gerundio, vitor el padre fray Gerundio*; y lo que mas es, que quedaron los penitentes tan movidos con la desatinada plática, no obstante que los mas, y aunque digamos ninguno de ellos habia entendido ni siquiera una palabra, que al punto arrojaron las capas con el mayor denuedo, y comenzaron á darse unos azotazos tan fuertes, que antes de salir de la iglesia ya se podian hacer morcillas con la sangre, que habia caido en el pavimento. Las mugeres, que estaban junto á la tia Catanla, la dieron mil abrazos, y aun mil besos, dejándola al mismo tiempo bien regada la cara de lágrimas y de mocos, todos de pura ternura, y diciéndola, que era mil veces dichosa la madre que habia parido tal hijo. Un cura viejo, que se hallaba por casualidad inmediato á Anton Zotes, y que sin embargo de haber llevado tres veces calabazas para epístola, una para evangelio, y dos para misa, todavía por sus años y por su bondad era hombre respetable: dándole un estrecho abrazo, le dijo: *señor Anton, cincuenta y dos pláticas de disciplinantes he oido en esta iglesia, desde que soy indigno sacerdote (en buena hora lo diga); pero plática como esta, ni cosa que se la parezca, ni la he oido, ni pienso jamas oirla. Dios bendiga á Gerundito, y no me mate su magestad hasta que le vea presentado.*

26. Déjase á la consideración del pio y curioso lector, como quedarian el tio Anton y la señora Catuja, cuando oyeron estas alabanzas de su hijo, y fueron testigos oculares de sus aplausos, y tambien es mas para considerado, que para referido el gozo, la vanidad y la satisfaccion propia, que en aquel punto se apoderaron del corazon de fray Gerundio, al escuchar el mismo tan grandes aclamaciones. Pero como son poco duraderos los contentos de esta vida, y siempre dispone Dios, que en medio de los mayores triunfos sucedan algunos acaecimientos tristes, que nos acuerden que somos mortales, quiso la mala trampa que al bajar del púlpito, y en la misma sacristia de la iglesia le dieron al bueno de fray Gerundio un humazo de narices, que á ser otro, que no fuera de tan buena complexion, le hubiera trastornado.

27. Fue el caso que se hallaba de recluta en aquella villa

un capitán de infantería, capaz, despejado, muy leído, y habiendo oído la plática, luchando á ratos con la cólera, y á ratos con la risa, determinó finalmente holgarse un poco á costa del predicador, y entrando en la sacristía, despues de darle un abrazo ladino, pero muy apretado, le dijo con militar de desenfado. Vamos claros, padrecito predicador, que aunque he rodado mucho mundo, y en todas partes, he sido aficionado á oír sermones, en mi vida he oído cosa semejante. Plática mejor de carnastolendas y exortacion mas propia para una procesion de mogiganga ni Quevedo. Algo cortado se quedó fray Gerundio al oír este extraño cumplimiento; y como en punto de desembarazo no podia medir la espada con el despejo del señor soldado, le preguntó con alguna turbacion y encogimiento: ¿pues qué ha tenido la plática de mogiganga ni de cosa de antruidos?

28. No es nada lo del ojo, y llevábale en la mano, le replicó el oficial. Ahi es un grano de anís las fabulillas con que vuestra paternidad nos ha regalado para compungirnos. La de Saturno vale un millon; la de Baco se debe engastar en oro; lo de Júpiter Amon y Pascal Carnero, con aquel retoquecillo del Cordero Pascal, no hay preciosidades con que compararlo; y en fin, todo aquel pasage de los penitentes americanos con enaguas ramales y pelotillas, los dioses en cuyo obsequio hacian las penitencias, con sus pelos y señales, el motivo de ellas y hasta la oportunidad de los meses en que las hacian, todo es un conjunto de divinidades; y vuestra paternidad, aunque tan mocito, puede ser predicador en jefe, ó á lo menos mandar un destacamento de predicadores, que si son como vuestra paternidad, pueden acometer en sus mismas trincheras á la melancolia, y no solo desalojarla de su campo, sino desterrarla del mundo. Y sin decir mas ni dar tiempo á fray Gerundio, á que replicase, le hizo una reverencia, y se salió de la sacristia.

CAPÍTULO VI.

Donde se refiere la variedad de los juicios humanos, y se confirma con el ejemplo de nuestro famoso predicador sabatino, que no hay fatuidad que no tenga sus protectores.

Asi se despidió el bellacon del capitán, del bueno de fray Gerundio, habiendo echado un jarro de agua á todas las complacencias con que se hallaba el santo varón, por los vitores y aplausos de la iglesia, y dejándole triste desconsolado y pensativo. Pero como en esta vida ni los gustos ni los disgustos son muy duraderos, el que le causó la satirilla viva y desenfadada del señor oficial, le duró poco; porque apenas subió de la sacristia á la celda, cuando se le entró en ella toda la mosquetería del convento: es decir la gazapina de colegiales, coristas, legos y gente moza. Como este por lo comun es uno de los vulgos mas atolondrados del mundo, y por lo mismo uno de los mas perjudiciales, no es ponderable el porrazo que dió á casi todos la tal plática; porque no distinguiendo de colores, y gobernándose solo por el boato y por el sonsonete, á los mas les pareció un milagro del ingenio.

2. Entraron pues de tropel en la celda de fray Gerundio, con tal zambra, gresca y algazara, que parecia venirse á tierra el convento, y como todos habian sido sus condiscípulos, siendo con corta diferencia de una misma edad, aunque él era ya sacerdote y predicador, no acertaban á mirarle con respeto, con que dejaron correr las espresiones de su gozo con toda la libertad de una familiarísima llaneza. Unos le abrazaban, otros le vitoreaban, estos le hablaban por un lado, aquellos por el otro, algunos le tiraban por el hábito y por las mangas para que les contestase, y no faltaron otros que le levantaban en el aire, aclamándole ya por el mayor predicador que tenia la orden; tanto, que uno que era segundo vicario de coro, exclamo; con voz gruesa y corpulenta; *hasta ahora creía yo, que en el mundo no habia otro fray Blas; pero bien puede aprender otro oficio, porque todo cuanto predica, aun-*

que tan esquisito, tan conceptuoso y tan raro, es bázofia respecto de lo que hoy hemos oido á fray Gerundio. A un lego anciano, sencillo y bondadoso, que habia sido refitolero mas de cuarenta años, y le estaba mirando de hito en hito, se le caian las lágrimas de puro gozo y ternura. El despensero le dijo, que tenia á su disposicion todo el vino de la despensa, porque á quien tanto honraba el santo hábito, era razon que todo se le franquease: el cocinero se le ofreció muy de veras á su servicio; y hasta el procurador, que no suele ser gente muy bizarra, le regaló desde luego *in voce* con dos barriles de sardinas escavechadas, y esto sin perjuicio de regalarle con otros dos de otras, cuando las tuviese, en prendas de su amor y complacencia.

3. Déjase á la consideracion del pio y curioso lector cuanta seria la de nuestro fray Gerundio al oirse alabar con tantas aclamaciones, por quanto no era hombre insensible á sus aplausos, ni tampoco era de parecer, como el otro orador a filosofado, que el grito de la muchedumbre inducia fuertes sospechas de grandes desaciertos.

4. Pero ves aqui, que cuando la gente de chilindron estaba en la mejor de su trisca, y el bendito fray Gerundio mas engolfado en sus glorias, entraron en su celda el prelado, el maestro fray Prudencio, y los demas padres graves á darle la que llaman la acenaoria, esto es, la enhorabuena de la funcion, como loablemente se estila en todas las religiones. Al punto cesó la algazara de los mozos, y cada cual se compuso lo mejor que pudo, metiendo las manos debajo del escapulario, y arrimándose hácia las paredes con los ojos bajos y con reverente silencio. El prelado se contentó con decirle que descansase, y habiéndose detenido un breve rato, sin hablar mas palabra, se retiró luego: de los demas maestros, unos solo hicieron el ademan de bajar un poco la cabeza, murmurando entre dientes una especie de enborabuena estrujada, que no se entendia; otros se la dieron con palabras claras, pero tan equívocas, que algun malicioso podia interpretarlas con poca benignidad, como el que le dijo: *fray Gerundio; cosa grande! por el término no la he oido mayor, ni espero oirla igual, sino que sea á tí.* Dos ó tres de ellos, que eran algo encogidos y un si es no es taciturnos, solamente le di-

jeron: *Dios te lo pague, fray Gerundio, que los has trabajado mucho*, y el bueno del frailecito quedó muy solazado, pareciéndole que era lo mismo trabajarle mucho que trabajarle bien.

5. A todo esto callaba el maestro Prudencio, sin hacer mas que mirarle de cuando en cuando con unos ojos entre compasivos y severos: mas luego que se retiraron los otros padres maestros, viendo que los colegiales amagaban hacer lo mismo, los dijo: esténse quietos, que ahora tengo yo que platicar á nuestro padre platicante, y mi plática tambien puede ser provechosa para ellos. Sentóse en una silla, hizo á fray Gerundio que se sentase en otra, y volviéndose hácia él, le habló de esta manera.

6. « Fray Gerundio, has perdido el juicio? Estabas en
« él cuando compusiste una sarta de tanto disparate, y cuan-
« do tuviste valor para predicarla? Es esto lo que me ofre-
« ciste al despedirte de mí en la granja, diciéndome, que
« perdiese cuidado, que por esta vez pensabas que habias
« de acertar á darme gusto? Pues qué? piensas que podia
« yo gustar del mayor tejido de locuras y de despropósitos
« que he oido en los dias de mi vida, sino que le exceda
« ó le compita la desatinada salutacion del sermon de santa
« Ana? Y esto en una funcion de suyo tan seria, tan tierna,
« tan dolorosa, en que todo debiera respirar compuncion,
« lágrimas, gemidos y penitencia? Estoy por decir, que
« cuando no se hubiera cometido otro pecado, que el de tu
« plática, él solo merecia que nos castigase Dios con el ter-
« rible azote de la sequedad y de la esterilidad que padece-
« mos. Pero no me atrevo á decir tanto, porque conozco,
« que no pecas de malicia, sino de ignorancia ó de inocencia.

7. « Ven acá hombre, ¿ tu plática se ha reducido á otra
« cosa, que á atestarnos los oidos de fábulas ridiculas, in-
« sulsas é impertinentes, verificándose á la letra lo que ya
« dijo en profecía el apóstol por tí y por otros predicadores
« como tú, que huirian de la verdad, y convertirian toda
« su atencion á las fábulas, trascendiendo este depravado
« gusto á los oyentes: *A veritate quidem auditum aver-*
« *tent, ad fabulas autem convertentur?* Qué fuerza han
« de tener estas para movernos á hacer penitencia por nues-
« tras culpas, y aplacar por este medio el rigor de la di-
« vina justicia, tan justamente irritada contra ellas?

8. « ¿No tendrian mas eficacia los ejemplos verdaderos
 « de sagrada Escritura y de la historia eclesiástica, una y
 « otra atestada de los horrendos castigos temporales, con
 « que Dios en todos tiempos ha escarmentado los peca-
 « dos de los hombres, sin dejar el azóte de la mano, has-
 « ta que se le diese satisfaccion por medio del dolor, de la
 « enmienda y de la penitencia? Los diluvios, las inundacio-
 « nes, las guerras, las hambres, las pestes, las esterilidades,
 « los terremotos, los volcanes, y todos los demas movimien-
 « tos estraños de la naturaleza, gobernados por el supremo
 « autor de ella, ¿han nacido jamas de otro principio ni han
 « tenido otro fin?

9. « Qué siglo de oro, ni qué siglo de estaño, ni qué
 « siglo de hierro, ni que embustes de mis pecados? No ha
 « habido mas siglo de oro, que la estrechísima duracion del
 « estado de la inocencia, reducida segun los mas á pocos
 « dias, y segun algunos á pocos instantes. Entre la ino-
 « cencia y la malicia no hubo medio. Desde que comenza-
 « ron á multiplicarse los hombres, comenzaron á multipli-
 « carse los pecados, de suerte, que estos solamente fueron
 « pocos, mientras fueron pocos los que podian pecar. Y des-
 « de entónces comenzó Dios sus amorosos avisos, castigan-
 « do á unos para escarmentar á otros, hasta que estendida
 « la maldad, sin dejarse reconvenir del escarmiento, fué
 « tambien menester que se estendiese el castigo.

10. « Si el tiempo que has perdido miserablemente en
 « leer ficciones, le hubieras dedicado á ojear, aunque no
 « fuese mas que de paso, la sagrada Biblia, en ella encon-
 « tarias historias infalibles en que fundar tu exortacion, sin
 « el ridículo, y aun sacrílego recurso á patrañas fabulosas.
 « Esterilidad nacida de falta de agua, y de sobra de pecados
 « encontrarías en Egipto en tiempo de Faraon y de Josef.
 « Esterilidad procedida del mismo principio, encontrarías en
 « Israel en tiempo del profeta Elias. Esterilidad originada de
 « la misma causa, encontrarías en el reino de Judá, en tiem-
 « po de los dos Joranes cuñados. Y si despues de la his-
 « toria sagrada, hubieras siquiera pasado los ojos por la ecle-
 « siástica, y por la profana, apenas hallarias siglo, que no
 « te ofreciese á docenas los ejemplares en diversos reinos y
 « provincias, con la circunstancia de que no cesó el cas-
 « tigo, mientras no cesaron ó se disminuyeron los pecados.

« Pues á qué fin el recurso á los sueños, y á las fábulas?
 11. « No quiero decir, que el estudio ó la noticia de
 « estas sea inutil, y que no tenga su uso. Tiénele; y muy
 « loable, asi para la inteligencia de los autores gentiles, es-
 « pecialmente poetas, como para la comprehension de la teo-
 « logía pagana, que toda estaba reducida al sistema fabu-
 « loso. Pero en el púlpito no debe tener otro uso, que el
 « de un altísimo desprecio. Si tal vez se toca alguna, que
 « fuera mejor no hacerlo, debe ser tan de paso, y con tanto
 « desden, que el auditorio conozca la burla que el mismo
 « predicador hace de ella. Es bueno que los gentiles, como
 « escribe Tertuliano, hacian tanta de nuestros sagrados mis-
 « terios, que solamente los tomaban en boca en los teatros,
 « para hacer irrision de ellos ¿y ha de haber predicadores
 « cristianos, que hagan tanto aprecio de sus fábulas, que
 « apenas se valgan de otros materiales en los púlpitos, para
 « engrandecer nuestros misterios, ó para persuadir las ver-
 « dades mas terribles, y mas ciertas de nuestra religion?
 « Como se puede persuadir con solidez una verdad por me-
 « dio de una mentira? Ni qué parentesco pueden tener los
 « misterios de Jesucristo con los embustes de Belial? *Quæ*
 « *conventio Christi ad Belial?*

12. « Pero supongamos que en la fábula se halle algun
 « remedo, como en muchas de ellas se halla en realidad,
 « de nuestras verdades ó de nuestros misterios: ¿qué fuerza
 « añade á unas, ni que esplendor aumenta á otros este ri-
 « dículo remedo? Adelanto mas: quiero suponer, que la fá-
 « bula tenga la mayor semejanza imaginable con algunos de
 « los misterios, que creemos y adoramos; como por ejemplo:
 « el nacimiento de Minerva, diosa de la sabiduría, que se
 « fingió haber nacido del cerebro de Júpiter, con la gene-
 « racion del Verbo, que es sabiduría eterna, que fué en-
 « gendrado desde la eternidad de la mente del padre. Y que
 « sacamos de eso? Se nos hace mas creible ó mas respecta-
 « ble esta verdad, porque encontremos un borron, ó una
 « obscurísima sombra suya en aquella disparatada mentira?

13. « Ya sabemos todos, que el demonio, á quien lla-
 « ma, no se que santo padre, perniciosísima mona, para con-
 « fundir mas los misterios de la fe, ó para hacerlos ridículos,
 « introdujo algunos rasgos, ó como algunos vislumbres de
 « ellos en las supersticiones paganas; pero tan envueltos en-

« tre estas, y tan mezclados de hediondecas, despropósitos
 « y extravagancias, que se conoce el diabólico artificio con
 « que tiró á obscurecerlos, ó hacerlos enteramente risibles.
 « ¡ Y es posible, que lo que el diablo inventó para burlarse
 « de lo que creemos, y de lo que el mismo cree con fe tan
 « experimental, ha de servir para que nosotros lo apoyemos!

14. « Pero si el valerse de fábulas en el púlpito para
 « persuadir nuestras verdades, siempre es cosa intolerable,
 « y en cierta manera especie de sacrilegio, lo es mucho mas
 « cuando se predica á gente vulgar y sencilla. El auditorio
 « discreto da á la fábula el valor que se merece, recíbela
 « por su justo precio, y en fin sabe que la fábula es men-
 « tira. Respecto de él no hay mas inconveniente, que mez-
 « clar lo sagrado con lo profano, y lo fabuloso con lo ver-
 « dadero. Sobrada monstruosidad es esta mezcla, pues hasta
 « en los pintores y los poetas, cuyas licencias son tan am-
 « plias, la calificó de intolerable el mejor de los satíricos:

*Sed non ut placidis coeant immitia, non ut
 Serpentes avibus gementur, tygribus agni.*

« Mas cuando se predica á un concurso compuesto por la
 « mayor parte de gente del campo, inculta y sin letras, hay
 « el gravísimo inconveniente, de que entienda la fábula por
 « historia, la ficcion por realidad, y por verdad la mentira.
 « Dígalo si no el testamento de aquella vieja, que por haber
 « oído á su cura en los sermones que hacia á sus feligre-
 « ses, hablar muchas veces del Dios Apolo, dejó en él este
 « legado: *Item, mando mis dos gallinas y el gallo al*
 « *bendito señor san Pollo, por la mucha devocion que*
 « *le tengo desde que oí predicar tanto de él al señor*
 « *cura.* Parécete que será imposible, que entre tantos po-
 « bres hombres, de que se compone la cofradía de la cruz,
 « á la cual has platicado, no haya algunos, y aun muchos
 « que vayan persuadidos á que Ceres, Júpiter Amon, Baco
 « y los demas avechuchos que citaste, son unos grandes
 « santos, y los tengan por especiales abogados de la lluvia?

15. « Y qué te diré de aquel tejido de dislates, tomado
 « de la mitología americana, en que pareció consistia lo
 « fuerte de tu plática, segun te inculcaste en ello, y segun
 « el esponjamiento y la satisfaccion con que lo representas-
 « te? No creí que ni aun tú fueses capaz de desbarrar tanto,

« y mira que esta es una grande ponderacion. ¿Quién dian-
 « tres te deparó aquellas noticias, ni como tuviste la poca
 « fortuna de tropezar con ellas, para hacerte mas ridículo?
 « Cierto que tienes singular talento de dar con lo peor de los
 « libros, y gracia conocida para aprovecharte de ello. Valga
 « la verdad: tú quisiste hacer ostentacion de tu memoria y
 « de tu feliz pronunciacion, quedándote con aquellos nom-
 « bres bárbaros, exóticos y estrafalarios de *Tlaloc, Tozot-*
 « *li, Hueytozotli, Magueys, Xuchiles, Chibalticue y Ci-*
 « *teolt*, pareciéndote que esto era una gran cosa, y que de-
 « jabas aturdido al auditorio. Con efecto asi fué, porque
 « aquella pobre gente no distingue de colores, y le basta no
 « entender lo que se dice, para admirarlo.

16. « Pero no me dirás, que gracia ó que chiste tiene
 « eso? La memoria local y material suele ser prenda muy
 « comun de los mas rudos. Y en fe de que yo lo soy, la
 « poseo tan feliz, aun siendo un pobre viejo, que á la pri-
 « mera vez que oí esos nombres, me quedé, con ellos como
 « lo acabas de ver. Pues que mucho los hubieses aprendido
 « tú, á costa quizá de un improbo trabajo?

17. « No quiero decirte nada del estilo pueril, atolondra-
 « do, necio y pedantesco porque es perder la obra y el acei-
 « te. Fray Blas y ese maldito Florilégio, que debiera que-
 « marse en una hoguera, te tienen infatuado el gusto, y todo
 « conocimiento de lo que es idioma castellano puro, castizo
 « y verdadero. El que usas en el púlpito ni es romance, ni
 « es latin, ni es griego, ni es hebreo, ni se lo que en suma
 « es. Dime, pecador, ¿por qué no predicas como hablas?

18. « ¿Qué quiere decir, *aurífera edad, trámite no*
 « *interrumpo, letálica culpa, borron nigricante, can-*
 « *didez primera, paralogizar la correccion, espontanear*
 « *las fruges, madido colono*, y toda la demas retaila de
 « nombres y verbos latinizados, con que empedráste tu plá-
 « tica que la entenderian los cofadres, como si los hubie-
 « ras platicado en siriaco, ó en armenio? ¿No conoces, des-
 « dichado de ti, que esa es una pedantería que solamente
 « la gastan los ignorantes, y aquellos pobres hombres que
 « ni siquiera saben la lengua en que se criaron? ¿No mere-
 « cías, que al acabar la plática, en lugar de los vitores con
 « que te aclamaron los simples, te hubiesen aplicado este
 « otro vitor, que te venia tan de molde como al padre fray

« Crispin , que sin duda debió de ser el fray Gerundio de
« su tiempo :

*Vitor el padre Crispin,
De los cultos culto sol,
Que habló español en latin ,
Y latin en español ?*

19. « De propósito he querido decirte lo que siento á
« presencia de todos estos mozos , y para ese fin los hice
« detener, porque sobre estar ya cansado de hacerte algu-
« nas advertencias privadas, y haber visto, con grande do-
« lor mio , que son inútiles mis correcciones particulares,
« hice juicio que debia hablarte ya mas en público , para
« que no trascendiese á ellos tu mal ejemplo. Mis años y
« mis canas me dan licencia para esto, y la parte que tuve
« en que se te dedicase á esta carrera , que tanto apetecias,
« me obliga en cierta manera á dar esta satisfaccion , por-
« que nunca se piense , apruebo lo que abomino.

20. « Ni creas que solo yo soy de este dictamen ; pues
« en ese caso se podia atribuir á la mala condicion , que
« regularmente se achaca á los de mi edad , aunque por la
« misericordia de Dios la mia no está reputada por la peor.
« Acompañanme en él todos los padres graves de la comu-
« nidad: esto es, los únicos que tienen voto en la materia.
« Todos se lastiman igualmente que yo del malogro de tus
« prendas , y en la sequedad y seriedad con que se presen-
« taron á darte la enhorabuena , pudiste conocer lo mucho
« que los habia desazonado tu plática. Si no todos te hablan
« con la claridad que yo , será , ó porque no todos te esti-
« man tanto ó porque no concurren en ellos las particula-
« res circunstancias, que concurren en mí , para no lisonje-
« arte, ó porque en las comunidades tiene grandes inconve-
« nientes el oficio de desengañador , tanto que hasta los pre-
« lados necesitan ejercitarle con mucho tiento, no obstante
« que su empleo les precisa á practicarle. Yo atropello por
« todo, pensando menos en mí cuanto tu puedas pensar,
« otros discurrir y muchos murmurar , que el deseo de tu
« estimacion , el bien de las almas, el decoro del púlpito,
« y el crédito de la orden. »

21. Y al decir esto, se levantó de la silla , tomó la
puerta, se salió de la celda y se fué á la suya. Fray Gerun-

dio quedó pensativo, los colegiales por un largo rato silenciosos, y los legos mirando á estos y á aquel, Unos escupian, otros gargajeaban, algunos se sonaban las narices, y ninguno se atrevia á hablar palabra. Hasta que un colegial, teólogo del cuarto año (como lo dejó notado un autor curioso indagador, y menudo), el cual era alegrete, vivaracho, intrépido y decidor, rompió el silencio diciendole: *¿ Quien va tras del viejo con vizcochos y vino, y á hacerle mudar camisa, porque el sermón ha estado largo, patético, moral y fervoroso ?* Riéronse todos, menos fray Gerundio, que aun se mantenía suspenso, cabizbajo, y como medio corrido.

22. Pero presto le consoló el teologuillo; porque llegándose á él, y dándole dos palmadas sobre los hombros, le dijo: ola, fray Gerundio, *sursum corda*; pues qué haces caso de las misiones de nuestros padres Matusalenes? no ves hombre que tienen ya el gusto con mas cazcarrias y lagañas, que ojos de aprendiz de bruja; que saben ellos como se ha de predicar, si ya casi se les ha olvidado como se ha de vivir? Todo lo que no les huele á antaño, les ofende, y ellos nos apestan á los demas con sus antañadas. Ellos conocieron al mundo así, y dádole ha, que se ha de mantener el mundo como ellos le conocieron, sin hacerse cargo de que la bola da vueltas; que por eso es bola. Como ya no pueden lucir, rabian cuando otros lo lucen, á manera de aquellos árboles secos de puro carcueros, que en tiempo de primavera, al llenarse los otros de flores y de verdes hojas, ellos parece que se secan mas de pura envidia.

23. Hablan de los sermones como de las modas, y de los bailes. Un corbatin los espirita, por cuanto ocupa el lugar, que debiera ocupar una balona, y no pueden mirar sin furor unos calzones ajustados, acordándose de sus zaraguelles. La mariona, la pabana y las folias valen para ellos mas que todos los paspieses del mundo, y todos los valencianos juntos los darán gana de vomitar, en comparación de un zapateado. Ni mas ni menos en los sermones: erudicion, mitologia, elevacion de estilo, cadencia armoniosa, pinturas, descripciones, chistes, gracia, todos los provoca á vomito, y es, que tienen el estómago del gusto tan destituido de calor, como el del cuerpo: nada pueden

digerir sino que sean papas, puches, picadillos, y á lo sumo carnero y vaca cocida.

24. Hay cosa como querernos persuadir, que las fábulas no se hicieron para el púlpito ¿pues para donde se hicieron? ¿para los estrados y para los locutorios de monjas? puede haber gracia mayor ni mayor ingenio, que probar una verdad con una mentira, y calificar un misterio infalible con una ficcion? aquello de *salutem ex inimicis nostris*, no es del Espiritu Santo ¿y lo otro de *contraria contrariis curantur*, no es del divino Hipócrates? y lo de mas allá de *opposita juxta se posita magis elucescunt*, no es del profundo Aristóteles? ¿cuando está mejor ponderada la virtud del sacramento del Bautismo, y la del agua bendita, que poniéndola al lado de la que fingian á las aguas lustrales, con que se purificaban los gentiles, para disponerse á los sacrificios? *Lustravitque viros*, que dice el incomparable Virgilio. Ni como es posible explicar con gracia, la que tiene el sacramento del matrimonio, sin hacer una bella descripcion del dios Himeneo, presidente de las bodas, ó el dios casamentero, jóven bizarro, de estatura heróica, blanco y rojo como un aleman, pelo blanco, su hacha encendida en la mano, y coronado de rosas? y para ponderar la fineza de Cristo en el sacramento de la Eucaristía, se ha encontrado hasta ahora razon mas convincente, ni se ha inventado en el mundo pensamiento mas delicado, que el de aquella fabulilla de Cúpido, cuando para rendir á cierto corazon un poco duro, despues de haber apurado inútilmente todas las flechas de la aljava, él se hechó en el arco, y él se disparó á sí mismo, con lo cual quedó el susodicho corazon blando y derritado como una manteca?

25. Dice del padre maestro, que usar de fábulas en el púlpito es de ignorantes y de pobres hombres. Eso seria allá cuando su paternidad nació, y se usaba el baile de las paraletas; pero hoy que está el mundo mas cultivado, es otra cosa. Yo tengo en mi celda varios sermones impresos de un famoso predicador de estos tiempos, que asombró en Aragon, aturdió en Navarra, y atolondró en Madrid, tanto, que se ponian soldados á las puertas de los templos donde predicaba, para evitar la confusion y el desorden en el tropel de los concursos: y este tal predicador, á quien no

negará el padre maestro, ni hombre mortal se lo ha negado, que es ingenio conocido, apenas predicaba sermón, cuyas pruebas no se redujesen á encajonar una fábula entre un lugar de la sagrada Escritura; y en verdad, en verdad, que no perdió casamiento, y que no como quiera le aplaudiéron los vulgares, sino tambien muchos hombres que tenian señoría.

26. Entre otros me acuerdo de cierto sermón, que predicó en la profesion de dos ciertas señoras muy distinguidas, y luego se dió á la prensa como cosa grande, en el qual, porque el hábito de la orden es de color negro, las comparó con grandísima propiedad á la diosa Vesta, que sobre la fe y palabra de Cartario, vestia tambien de este mismo color: *Factum est ut nigra appellaretur propter vestem nigram*. Despues dijo, y dijo muy bien, que Minerva habia sido la primera fundadora de la enseñanza de las niñas, citando unas palabras del mismo Cartario, que aunque solo prueban, que Minerva fue la inventora de las labores mugeriles, hilar, coser, devanar, etc. porque Cartario no dice mas, pero harto dice, para que creamos, que tambien se las enseñaria á otras: pues el que estas fuesen niñas ó fuesen ya mugeres casaderas y aun casadas, no hace para el intento, y siempre se verifica haber sido la fundadora de la enseñanza, que es la substancia del negocio.

27. Finalmente, mas allá trae una comparacion gallarda, para probar quanto se enamora Dios de las almas religiosas, que viven en clausura: pues cita con la mayor oportunidad del mundo la fábula de Danae, hija de Arcrisio, rey de los Argivos, á la qual, siendo doncellita, encerró su padre en una torre, donde no pudiese tener comunicacion alguna con los hombres, para que no se verificase el fatal pronóstico del oráculo, que le intimó habia de morir á manos de un nieto suyo. Pero Júpiter se la pegó al astuto viejo; porque enamorado de la señorita, se transformó en lluvia de oro, se caló en la torre, y la doncella parió á su tiempo á Perséo, que yendo dias y viniendo dias, finalmente vino á cumplir el fatídico oráculo, quitando la vida á su abuelo. Y no hay que reparar, en que la lluvia se introdujese por la torre; porque podian estar abiertas las ventanas, ó aunque fuese torre de un rey, no hay repugnancia en que tuviese algunas goteras.

28. Quien creyera, que una fábula, al parecer tan súcia, pudiese jamas servir de prueba para una cosa tan limpia como es el especial amor, que profesa Dios á las almas castas que viven en clausura? Pues aqui está el ingenio: nuestro sutilísimo orador la aplicó con la mayor delicadeza, y con la mayor energia: *en Danae, dice, contemplo una alma retirada, que vota permanencia en la clausura: en Júpiter transformado en lluvia de oro, á Cristo, que baja como lluvia y pan del cielo: y luego al márgen un par de textecitos literales; para la palabra pan: panis de cælo descendens: para la palabra lluvia, et nubes pluant justum; ¿puede haber cosa mas bien dicha? ¿ni pudiera imaginarse invencion mas propia ni mas feliz? Porque ahora, que Danae no fuese la doncella mas casta ni mas recatada del mundo, como lo acreditó el efecto, y que Júpiter fuese un dios bellaco, y estrupador, ese es chico pleito. Ello hay vírgen, hay clausura, hay un Dios que visita á la doncella, sea, por lo que se fuere, que eso no nos toca á nosotros averiguarlo; ¿pues que mas se ha menester para probar que Cristo profesa una ternura muy especial á las vírgenes encerradas, y para contemplarlas á estas Danaes, y Júpiter á aquel? Que es sin duda una contemplacion, sobre ingeniosa, devota y pia.*

29. Asi pues, amigo fray Gerundio, riéte de las vejees de nuestro padre maestro, déjale que gruña, créeme que los viejos por lo comun se disgustan de todo lo que ellos no saben hacer, y que á los mas se les puede aplicar, con la variacion de una sola palabra, aquello de... *Nan quæ non fecimus ipsi... Vix ea recta voco.* Y tu prosigue predicando como has comenzado, que si continuas asi, llegarás sin duda á ser la honra de tu patria, el crédito de la órden, el oráculo de los pueblos, y en fin el hombre del mundo.

30. No se puede ponderar el aplauso con que fue recibida de toda aquella juvenil mosquetería la arenga del colegialillo barbi-poniente y bullicioso. Despues de haberle vitoreado casi tanto como los cofrades de la Cruz habian vitoreado la plática de disciplinantes, repitieron los plácomes y las enhorabuenas á fray Gerundio, aun con mayor algarazara que antes, exortándole todos á que siguiese el

milagroso rumbo de predicar, á que habia dado tan dichoso principio, y pidiéndole los mas que les diese el papel de la plática para sacar muchos traslados. Con esto, no solo respiró nuestro abochornado fray Gerundio, sino que se esponjó, se empabonó, se encaramó, se llenó de vanidad, y quedó tan persuadido á que el modo de predicar era aquel, y á que cualquiera otro modo era una pobretería, que ya no le sacarian de su error frailes descalzos. Pero lo que le acabó de rematar fue un soneto, en elogio suyo, que salió el dia siguiente, y decia asi:

ALIAS DE CAMPAZAS.

SONETO

Yo soy otro fray Gerundio ni de la familia
 Para burlar el nombre de Campazas
 En casa, en conventos, calles, plazas
 Y en las cuevas que me he hecho en la vida.
 Lo que es este el frasco envenenado
 A burlar á burlados, ni á otros burlas.
 Que he escrito, que Oiva ó Galbarras
 En las Viejas, Porteguesas, Españolas
 De monjes, y de los que se llaman
 Los de la Orden, que son los que se llaman
 Por no tener más que monjes
 Solo soy Dios, con otras monjes.
 Si no lo es, lo he hecho en las cuevas
 Por burlar en gloria de los Votos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



AL INCOMPARABLE

FRAY GERUNDIO ZOTES,

ALIAS, DE CAMPAZAS.



SONETO.

No hay otro fray GERUNDIO ni le ha habido;
Hará inmortal el nombre de Campazas;
En casas, en conventos, calles, plazas,
Va dos cuartos que mete mucho ruido:
No nos cite el frances envahecido
A Fleury, á Burdalúe, ni á otros mazas.
Que Seneri? qué Oliva ó Calabazas?
Ni que Vieira, Portugues erguido?
Demostenes, y Tulio? dos Zoquetes:
Los demas oradores? mil orates,
Por no llamarlos pobres monigotes:
Solo fray Blas, con otros mozalvetes,
Sino le exceden, le hacen sus empates;
Por lo demas es gloria de los ZOTES.

FIN DE LA PRIMERA PARTE.



TABLA

DE LOS CAPITULOS,

que se contienen en éste primer tomo.



LIBRO PRIMERO.

CAP. I.	<i>Patria, nacimiento, y primera educacion de fray Gerundio.</i>	37
CAP. II.	<i>En que, sin acabar lo que prometió el primero, se trata de otra cosa.</i>	43
CAP. III.	<i>Donde se prosigue lo que prometió el primero.</i>	47
CAP. IV.	<i>Acábase lo prometido.</i>	51
CAP. V.	<i>De los disparates, que aprendió en la escuela de Villaornate.</i>	57
CAP. VI.	<i>En que se parte el capítulo quinto, porque ya va largo.</i>	65
CAP. VII.	<i>Estudia gramática con un domine, que por lo que toca al entendimiento no se podia casar sin dispensacion con el cojo de Villaornate.</i>	73
CAP. VIII.	<i>Sale Gerundio de la escuela del domine, hecho un horroroso latino.</i>	81
CAP. IX.	<i>En que se da razon del justo motivo, que tuvo nuestro Gerundio para no salir todavía de la gramática, como lo prometió el capítulo pasado.</i>	95
CAP. X.	<i>En que se trata de lo que el mismo dirá.</i>	109

LIBRO SECUNDO.

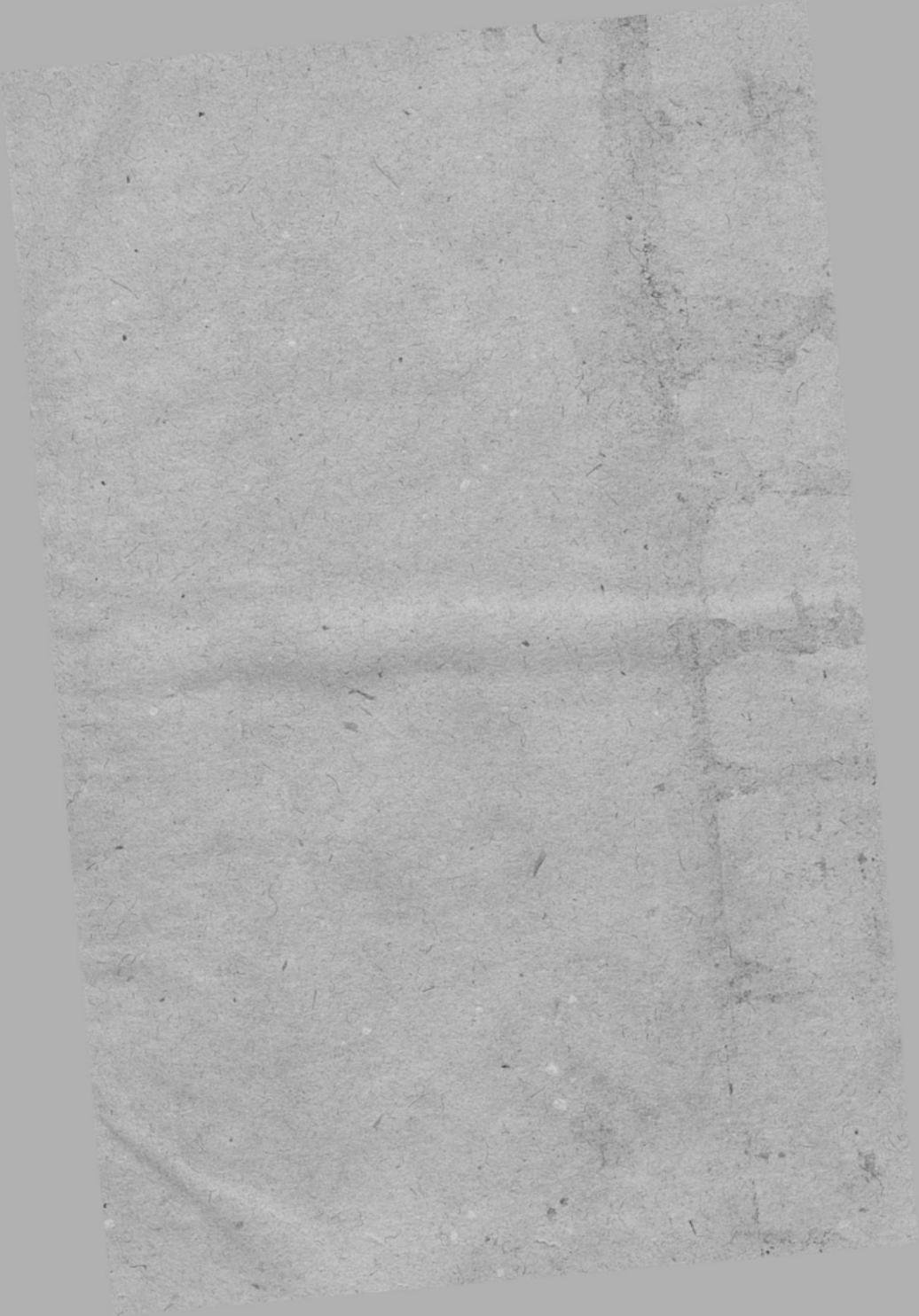
CAP. I.	<i>Concluido su noviciado, pasa á estudiar artes.</i>	119
CAP. II.	<i>Prosigue fray Gerundio estudiando su filosofia, sin entender palabra de ella.</i>	130
CAP. III.	<i>Del grave y docto razonamiento, que un</i>	

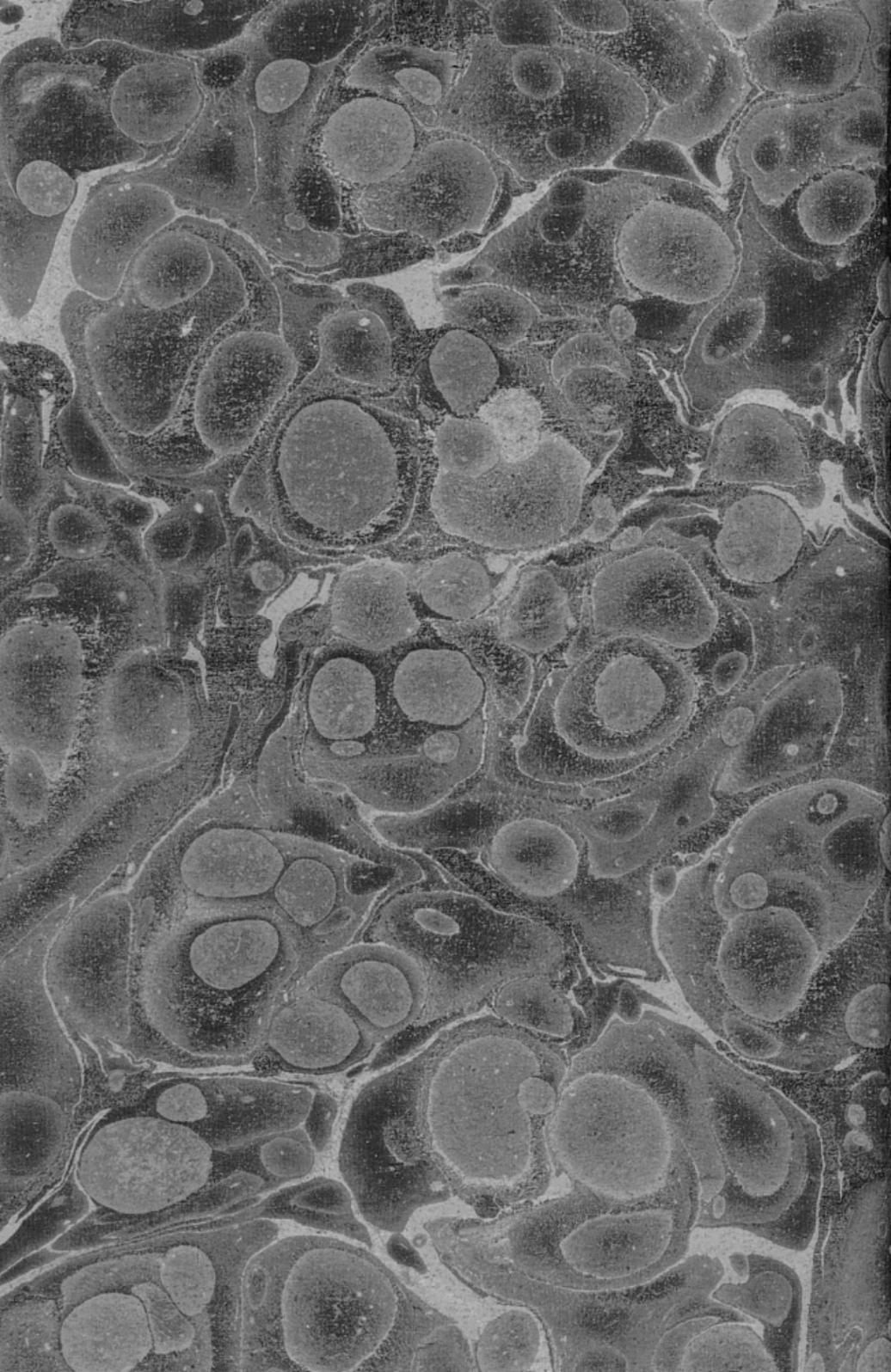
<i>padre ex-provincial, de la orden hizo al predicador mayor de la casa, donde estudiaba las artes nuestro fray Gerundio.</i>	140
CAP. IV. <i>De la burla que hizo el predicador mayor, del razonamiento del ex-provincial y de lo que pasó despues con fray Gerundio.</i>	151
CAP. V. <i>De una conversacion muy provechosa, que un beneficiado del lugar tuvo con fray Gerundio, si este hubiera sabido aprovecharse de ella.</i>	164
CAP. VI. <i>En que se parte el capítulo pasado, porque ha crecido mas de lo que se pensó, y se da cuenta de la conversacion prometida.</i>	174
CAP. VII. <i>Cánsase de hablar el beneficiado, saca la caja, toma un polvo, estornuda, suénase, limpiase, y prosigue la conversacion.</i>	186
CAP. VIII. <i>Predica fray Gerundio el primer sermón en el refectorio de su convento, encaja en él una graciosísima salutacion, y deja los estudios.</i>	240
CAP. IX. <i>De los varios pareceres que hubo en la comunidad acerca de la salutacion y talentos de nuestro fray Gerundio, y de como prevaleció en fin, el de que era menester hacerle predicador.</i>	216
CAP. X. <i>En que se trata de lo que verá el curioso lector, si le leyere.</i>	231

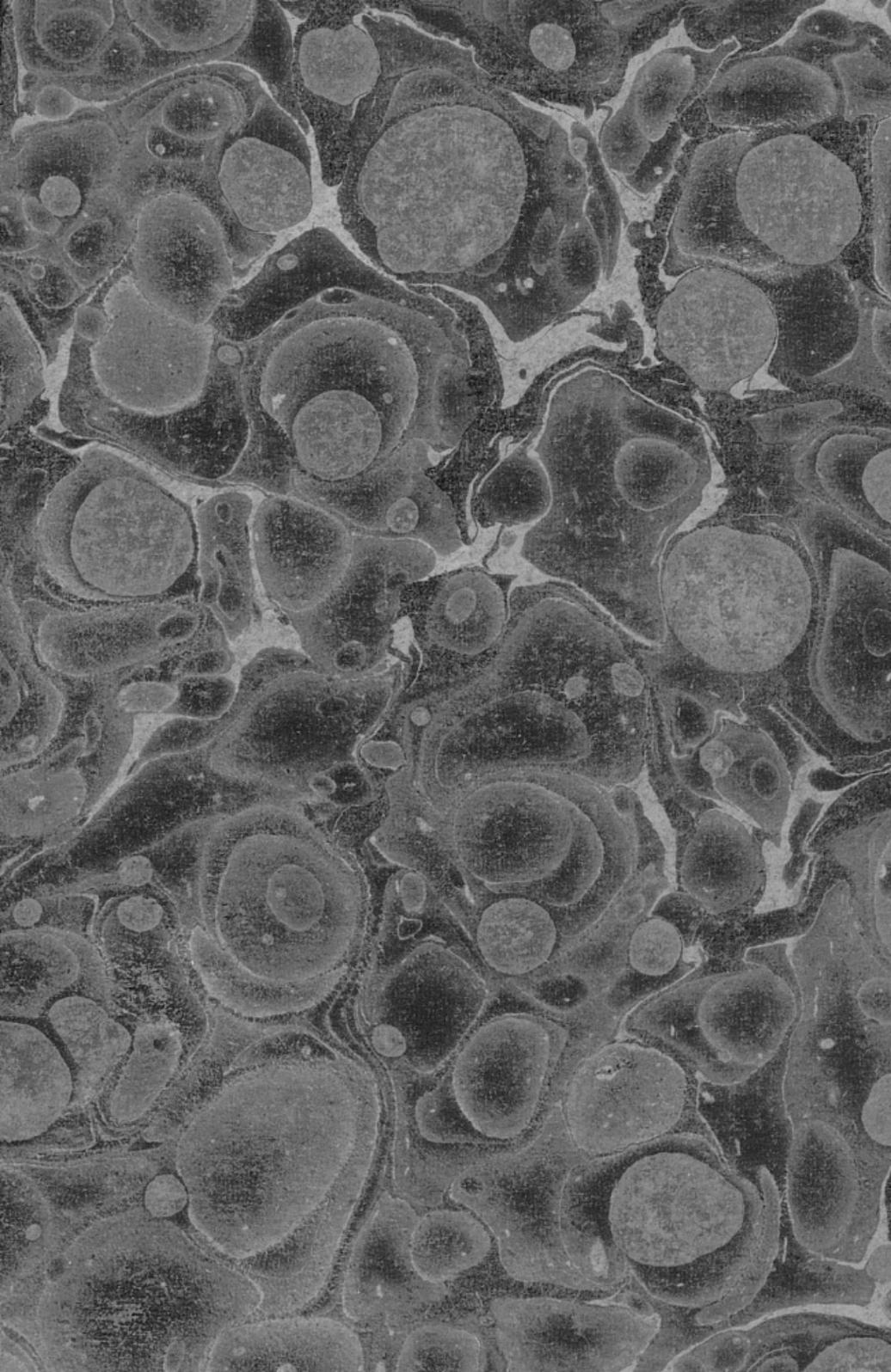
LIBRO TERCERO.

CAP. I. <i>De un enredo de Barrabás, que hizo el mal dimoño, para acabar de rematar á fray Gerundio.</i>	246
CAP. II. <i>Sálense á pasear fray Blas, y fray Gerundio, y de las ridiculas reglas para predicar, que le dió aquel con todos sus cinco sentidos.</i>	259
CAP. III. <i>Lee el maestro Prudencio el sermón de santa Orosia: da con esta ocasion admirables instrucciones á fray Gerundio; pero se rompe inútilmente la cabeza.</i>	272
CAP. IV. <i>Entra el granjero la cena, interrómpese la conversacion, y se vuelve á continuar sobre mesa.</i>	290
CAP. V. <i>Estrena fray Gerundio el oficio de predicador Sabatino con una plática de disciplinantes.</i>	300
CAP. VI. <i>Donde se refiere la variedad de los juicios humanos, y se confirma con el ejemplo de nuestro predicador sabatino, que no hay fatuidad, que no tenga sus protectores.</i>	313

3 vols
Red. 00742











FRAY

GERUNDIO



1

G 56807

